

# LOS NIÑOS DEL INVIERNO

Gilbert Bordes



En plena guerra, seis niños luchan  
por su vida en los Pirineos

Lectulandia

Invierno de 1943. «¿Los niños? ¿Dónde están los niños?». Las preguntas restallan en el silencio de los Pirineos franceses. Unos guías han sido capturados mientras intentaban evacuar hacia España a seis hijos de miembros de la Resistencia. Han ocultado a sus protegidos y se niegan a entregarlos.

Son ejecutados por las SS, pero los niños siguen sin aparecer... Los verdugos deciden abandonarlos al frío, destruyendo la única pasarela por la que podrían regresar al valle.

Los seis niños deberán organizarse, encontrar víveres y fuego, y superar las diferencias —los hay hijos de comunistas y de burgueses, de judíos y de cristianos— para tener alguna posibilidad de sobrevivir.

**Lectulandia**

Gilbert Bordes

# **Los niños del invierno**

ePub r1.0

Titivillus 19.03.2019

Título original: *Les enfants de l'hiver*  
Gilbert Bordes, 2009  
Traducción: Manuel Serrat Crespo  
Digitalizador: lvs008

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

—Los niños, ¿dónde están los niños?

Tabletea una ráfaga de ametralladora. La montaña la amplifica. Luego el silencio. Inmenso. Abrumador. Grita una mujer. Algunos hombres hablan en alemán, aullando órdenes.

—¡Queremos los niños!

—¡No hay niños! —dice Loïc, cuya entonación meridional resuena en el renovado silencio—. Hemos subido hasta aquí, como cada año, para rezar a la Virgen de las Nieves.

—¿Ah sí? ¿De modo que rezáis? ¿No estabais a la cabeza de los terroristas que atacaron el convoy, entre Foix y Vicdessos? Ocho de nuestros camaradas murieron, y cuatro camiones fueron destruidos con el material que transportaban. Y los niños, ¿eh?, y los niños que os llevasteis, ¿dónde están?

—No sé de qué me habla.

—De los seis niños que llevábamos a nuestro centro de Toulouse. Todos hijos de éstos a quienes llamáis resistentes... Sabemos que los habéis traído aquí para ocultarlos en España. ¿Ahora sabéis de qué hablo?

—Pues no.

Loïc Stinger planta cara, resignado. Unos mechones grises se mueven sobre su despoblado cráneo. No ha tenido tiempo de ponerse las gafas y parpadea frente a unas vagas siluetas que se agitan ante él. Sin embargo, mantiene la cabeza alta y finge sorpresa pensando sólo en una cosa: no demostrar el miedo que podría delatarle.

—¿No? —aúlla el oficial—. ¡Eras el jefe de los bandidos que atacaron nuestro convoy! Te hemos reconocido.

Los seis SS apuntan con sus armas a Loïc, su mujer y Marcello, el contrabandista. El viento sopla de una cumbre a otra, algunas aves de presa observan la escena, muy arriba, por encima del valle azulado.

—¿Dónde están los niños? —ruge de nuevo su jefe—. La mujer de La Reine des Neiges ha hablado.

No es posible. Léa Bucher, la encargada de la taberna La Reine des Neiges, en Vicdessos, no les ha traicionado. En su casa se encuentran los resistentes de la organización Montesquieu. Ella recuperó a los niños tras el

ataque al convoy y se quedó con ellos hasta que Loïc, Jocelyne y Marcello fueron a buscarlos para llevárselos a España.

Los alemanes les han sorprendido al atardecer, cuando se disponían a pasar la noche en el refugio. Los han puesto contra la pared, la mujer entre ambos hombres, y les amenazan apuntando los cañones contra su pecho.

Menuda y con el pelo negro recogido en un pequeño moño en la nuca del que escapan unos mechones, con el rostro lívido, Jocelyne no consigue contener el temblor de su cuerpo. Junto a ella, apenas más alto, Marcello clava una mirada de animal acorralado en los alemanes. Algo encorvado, tiene cara de zorro y ojos levemente rasgados, llenos de una luz fría bajo la boina que nunca se quita. Es un hombre de la montaña, no más francés que español, uno de los que conocen todos los caminos secretos entre las cumbres, los que pasan su mercancía ante las narices de los aduaneros y se ganan la vida fuera de la ley.

Los SS han comprendido muy pronto que nada sacarán de él y la toman con la mujer, intuyendo que cederá.

—¿Y tú, qué sabes tú?

Jocelyne mueve la cabeza. Ante sus ojos desfilan rápidamente algunas imágenes: los seis niños reunidos en un cobertizo de pastor, en Vicdessos, una niña enferma, un muchacho de doce años y cuatro adolescentes; el ascenso hasta el Oustal, el refugio al que algunos llaman la Casa del Diablo, desde donde Marcello debía conducirlos a España.

—Habla. ¿Dónde están?

—¡No lo sé! No he visto ningún niño.

Sus ojos encuentran los de su marido, que no se ha inmutado. Su resignación la aterroriza e indigna. Jocelyne se sabe cobarde, capaz de suplicar y traicionar para seguir viviendo. Su espíritu, petrificado por la amenaza del cañón que apunta a sus pechos, le impone horribles mentiras que no puede rechazar. Ganar unos segundos, retrasar el último instante.

—¡Ha sido él! —murmura señalando a Loïc.

El cañón se desplaza unos centímetros.

—¿Qué ha sido él?

—Ha sido él quien ha querido subir aquí para... para...

Confesar una fútil falta para ocultar la verdad y ganarse la clemencia de los SS. Jocelyne se zambulle en esa brecha con desesperada imaginación.

—Hemos subido con Marcello para ir a España, a buscar tabaco y café.

—Ya veo: ¡contrabando!

—¿Qué estás diciendo? —murmura Marcello.

Un disparo. Uno solo. Marcello lanza un grito, una horrible mueca descubre sus dientes negruzcos y desaparejos. Agita los brazos, gira sobre sí mismo y se derrumba. El que ha disparado se ríe ante ese paso de danza con la muerte.

—¡Eso es lo que te espera! —amenaza a Jocelyne—. A menos que hables.

Su vecino dice algo en alemán; una expresión cruel enciende su mirada. Detrás de aquel frío fulgor se adivina un deseo de tortura, de gritos y sangre.

Loïc rodea a Jocelyne con sus brazos. Puesto que van a morir, mejor que sea enseguida. Siendo dos, la muerte parece menos difícil de afrontar. Se vuelve hacia los SS. Parpadea, hace una mueca ante la intensa luz.

—Hacemos algo de contrabando, es cierto —reconoce, esperando que sus verdugos, que sufren también las privaciones, se sientan interesados—. Podemos conseguir de todo, zapatos de lujo, perfumes, vestidos de seda...

Piensa en los seis niños.

También los SS piensan en ellos. Han registrado el refugio de cabo a rabo, y la pequeña capilla. Nada. De todos modos, han logrado su objetivo: solos en la montaña, el frío, los lobos y el hambre darán cuenta muy pronto de ese puñado de fugitivos.

Acaba de levantarse un viento gélido. Grandes nubes van de una cumbre a otra, anunciando nieve. Los SS discuten, visiblemente en desacuerdo. Sólo uno se ha plantado ante Loïc, que sigue abrazando a su mujer. Los demás rodean de nuevo el refugio, entran en una especie de hangar de madera. Dos cabras, rojiza una y la otra blanca, huyen cuando abren la puerta. A pocos pasos de allí, desde una herbosa pendiente, un asno los contempla apuntando hacia ellos las orejas, luego va a ocultarse tras un montículo rocoso.

Los aullidos del viento que rompe contra las rocas sorprenden a los SS, que dirigen a las cimas unas miradas inquietas. Saben que en el Oustal la clemencia del tiempo no dura. El estío hace por allí sólo breves incursiones. Es dominio del invierno, del hielo que hiende las rocas, del cierzo, de la nieve. Aislado en la montaña, último refugio antes de España, el lugar sólo es accesible por una pasarela tendida sobre el precipicio, un frágil puente con el valle.

—¿No quieres hablar? Por última vez: ¿dónde están los niños?

El silencio retumba de una cumbre a otra. Un ventarrón levanta los cabellos grises de Loïc.

Luego, una nueva ráfaga de pistola-metralleta... Loïc y Jocelyne se derrumban. Unos gritos estridentes se mezclan con el eco.

El asno rebuzna en las cercanías. Los hombres lo buscan con la mirada, pero no lo encuentran.

—De momento, la organización terrorista Montesquieu se ha quedado sin jefe —concluye un SS—. La organización será desmantelada muy pronto.

—Bueno —responde otro—, ya está hecho, ahora tenemos que atrapar a los críos.

—¡Eso ya no importa!

—Nuestra misión era clara: no dejar escapar a los niños.

—¿Y qué importa ahora? Aquí nadie vendrá a buscarlos y no tienen posibilidad alguna de salir con vida.

De acuerdo por fin, toman el tortuoso sendero que generaciones de contrabandistas han trazado entre los pesados roquedales que parecen dispuestos a caer por la pendiente, como si sólo unas simples briznas los retuvieran. El mundo está en equilibrio sobre un hilo. El menor guijarro que se mueva sorprende en este silencio mineral tan viejo como el mundo. Los otros dos SS entran, respectivamente, en el refugio y la capilla, y al poco se reúnen corriendo con los demás. Resuenan unas explosiones. Los techos y el campanario vuelan hechos pedazos. No queda ya nada del Oustal, salvo el pequeño hangar milagrosamente intacto.

Los SS llegan al borde del profundo cañón que la gente de por aquí denomina el Reguero del Diablo, una grieta de varios kilómetros de largo que separa el Oustal del valle. La frontera del mundo habitable. La pasarela de tablas y cables de acero se balancea por encima del precipicio. También hay otro paso, en alguna parte, aguas arriba del Blaset, pero quienes lo conocen no hablan de él: cuando los aduaneros vigilan los caminos habituales, pueden así escapar de ellos y encaminar las mercancías.

Los SS enfilan el puente con aprensión. Los cables destensados por años de uso, las tablas casi podridas, convertirían en mortal el menor paso en falso. Entre el cielo y el precipicio, la pasarela se comba bajo el peso de los soldados, que evitan movimientos bruscos. Cincuenta metros separan los bordes del acantilado, más de lo necesario para tropezar. El viento azota los rostros y muerde las manos.

Al otro lado por fin, tranquilizados ya, los hombres se miran sonriendo, luego se vuelven hacia la inmensidad del macizo. Si los niños se han quedado arriba, no tienen la menor posibilidad de sobrevivir. Ya sólo les queda impedir que vuelvan al valle y su misión estará cumplida.

Lo han presenciado todo.

Agazapados en una gruta cuya entrada sólo conocía Marcello, seis chicos y chicas se apretujan temblando unos contra otros. Por una grieta en la roca han visto cómo los SS empujaban a Loïc, Jocelyne y Marcello hacia la pared. Han visto a Marcello, alcanzado en pleno corazón, girar sobre sí mismo, luego a la pareja abrazada y ejecutada a quemarropa. Han oído los gritos de la muerte y el silencio de las cumbres. Sus corazones estallan a cada latido con un dolor abrasador.

El tiempo se ha petrificado en el horror, desde su partida del requisado instituto donde se amontonaban centenares de personas reunidas allí antes de ser trasladadas a los campos en Alemania. Unos SS fueron a buscarlos y los subieron a un camión que partió en plena noche. Se apretaron unos contra otros, temblando de miedo. El rugido del motor era tal que no escucharon las ráfagas de metrallera. Tras un bandazo, el camión se detuvo en un campo. Algunos gritos atravesaban el fragor del tiroteo. Unos hombres que llevaban capuchas hicieron bajar a los niños. Corrieron por el campo y subieron a otro vehículo que partió entre la metralla. Llegaron a La Reine des Neiges, una taberna al pie de la montaña, y la hermosa sonrisa de Léa Bucher les tranquilizó. La mujer les dio comida y bebida...

Algunos guijarros se desprenden del techo con un ruido de granizo. Luego oyen un hilillo de agua que corre por la pared. Abren los ojos. Brotan de la penumbra algunos detalles. De las rocas nace un fulgor que les permite orientarse.

—¡Qué peste!

Christophe, el adolescente que acaba de susurrar esas palabras, se tapa la nariz. Aparta a otro muchacho, más joven que él, muy moreno y con gruesas gafas.

—¡Apestras!

—¡Pero no es culpa mía! —replica el muchacho de las gafas dando un paso, encogiéndose con las manos sobre el vientre.

Matthieu lo alcanza y le hace retroceder por la fuerza.

—¡Quédate aquí! —le ordena.

Humillado, Joachim se oculta detrás de una roca.

Es la primera vez que el miedo lo obliga a hacer aquello. Huele realmente mal. La chica mira las bolsas colocadas al fondo de la gruta, luego se vuelve hacia Matthieu. A los dieciséis años, el muchacho tiene mirada de adulto. Sus gestos, lentos y mesurados, inspiran confianza a los demás, que necesitan a

alguien que les dirija. Sus palabras también. Parece impermeable a ese miedo líquido que huele como los pantalones de Joachim.

—Qué silencio —murmura Marie-Hélène—. Me pregunto si...

—No se oye nada desde hace dos horas —asiente Matthieu—. Hay que hacer algo.

—Ven, Joachim —propone la muchacha—. Vas a lavarte y cambiarte.

De pronto, una voz ruge:

—¡Callaos de una vez, hostia! ¡Siguen ahí!

Vuelve a ser Christophe, que mira hacia fuera por una rendija entre las rocas. Un adolescente alto de pelo rubio y rizado, de rostro huesudo, de mirada incierta.

—¡He visto que se movía alguien tras aquel montículo! Acabarán encontrándonos.

Callan, contienen la respiración, aguzan el oído. Al cabo de un rato, Matthieu se extraña.

—¡Es muy raro! —Se vuelve hacia los demás poniéndolos como testigos.

Christophe sigue escrutando el exterior.

—Han debido de marcharse —dice mientras se desplaza con paso inseguro hacia el centro de la gruta—. A menos que se hayan escondido para cazarnos como conejos en cuanto salgamos.

Se vuelve hacia Séverine, una rubiales de diez años, con el rostro delgado y largos cabellos despeinados, que no deja de toser. Encogida en un rincón, la niña clava en él una mirada fatigada de bestezuela acosada. Inmóvil para pasar desapercibida, apenas se atreve a respirar.

—Iré a ver —decide Matthieu, y se dirige hacia la salida.

—No digas tonterías —interviene Christophe—. Si quieres que te maten, allá tú; pero si te ven salir sabrán que estamos aquí, de modo que te quedas.

Christophe se ha colocado ante Matthieu, con los brazos abiertos, como un gallo dispuesto para la pelea.

—Tal vez tengas razón —responde Matthieu—. Sin embargo, no podemos escondernos aquí toda la eternidad.

Vuelve a hacerse el silencio. Tras una roca, junto al manantial, Joachim se ha lavado a trancas y barrancas. Ha encontrado un pantalón de recambio en su bolsa y advierte que le va algo corto. Regresa hacia el grupo, se ajusta las gruesas gafas.

Matthieu trepa hasta el borde de la gruta y mira al exterior por un alto agujero. Ve, primero, las llamas que coronan las ruinas de la capilla; luego, su

vista se dirige hacia abajo y se detiene en las lejanas siluetas negras que se dirigen hacia el cañón. ¿Los alemanes?

—Se han marchado —dice saltando de su atalaya y dirigiéndose de nuevo hacia el exterior.

Esta vez, Christophe no intenta detenerle. La salida está tapada por grandes rocas que la han ocultado a los ojos de los alemanes. Matthieu se aventura al descubierto. La noche se aproxima. Las vigas del campanario se derrumban entre las brasas de la capilla con un ruido amplificado por la montaña. A su lado, el refugio ya es sólo humeantes ruinas; sus muros, que se yerguen en el fulgor del incendio, tienen algo de sorprendente, una desnudez que indigna. El fuerte olor a hollín que hace más espeso el aire inmóvil deseca la garganta.

Prudente, da unos pasos, mira los tres cuerpos tendidos en la hierba: Marcello, con una mueca y el rostro vuelto hacia el cielo, luego Loïc y Jocelyne, abrazados para siempre. Ahí está la muerte, la injusta muerte de la guerra. Matthieu no se atreve ya a moverse.

Christophe se queda algo más atrás. Linos temblores agitan su gran cuerpo delgado. Castañetea los dientes, incapaz de dar un paso más. Sin decir una palabra, Matthieu da media vuelta, pasa ante él y vuelve a la gruta.

—Loïc, Jocelyne y Marcello han muerto.

Todos lo saben, pero escucharlo les obliga a tener en cuenta una realidad que les supera.

—¡Aquí no podemos hacer nada! —dice Christophe—. Nos iremos mañana. Conocemos el camino para bajar de nuevo a Vicdessos. Entretanto, nadie debe salir de la gruta. La montaña es peligrosa.

Matthieu le lanza una mirada que no escapa al alto adolescente.

—Soy saboyano —dice para justificarse—. He pasado las vacaciones con mi abuelo, que es pastor. Sé de lo que hablo.

Joachim tiembla apretando contra su pecho el estuche del violín. Su pelo peinado al modo de los adultos le envejece. Dice con voz sombría, monocorde, casi inquietante: —No hay que regresar al pueblo. ¡Los alemanes nos echarían el guante enseguida!

—Está en lo cierto —añade Marie-Hélène.

Séverine tose. Christophe se sienta a su lado y la atrae hacia sí con torpes gestos.

—Está muy enferma —dice levantando hacia los demás sus ojos azules.

—¿Es tu hermana? —pregunta Matthieu, que ha observado cómo el muchachote no se separa de la niña desde que salieran de Vicdessos.

—No, pero como si lo fuera.

Rompiendo el nuevo silencio, oyen algo inquietante. Pasos regulares. Guijarros que ruedan. Se miran con la boca entreabierta, petrificados, con los ojos desorbitados por el terror.

—¡Están aquí!

Lo ha susurrado Jeanne, la muchacha del pelo corto. Una insólita voz baja.

Los pasos se acercan. El tiempo se ha detenido de nuevo.

El silencio eriza sus espinazos, los corazones martillean sus pechos. La sangre golpetea sus sienas. Matthieu trepa a la roca que bloquea la entrada y aguza el oído. El incendio de la capilla disminuye poco a poco. A través de aquel crepitar, escucha claramente el sonido de pasos por los gujarros. Christophe acaba aventurándose por el exterior. Dos grandes ojos blancos le miran en la noche; lanza un grito y reconoce la silueta del asno.

—¡Cómo me ha acojonado! —exclama, no obstante, orgulloso de haber identificado el sonido.

La presencia del asno les tranquiliza. Sienten de pronto necesidad de acercarse unos a otros. Joachim aprieta contra su pecho la caja del violín y se cree obligado a precisar:

—Mi madre quiso que aprendiera música.

—También yo estudié un poco de música —dice Matthieu—. Piano, pero no me gustaba.

—Hay que dormir —decide Christophe estrechando contra sí a Séverine—. Saldremos mañana cuando amanezca.

Joachim le lanza una mirada llena de un miedo amplificado por sus gruesas gafas.

—Ya lo sé, corremos el riesgo de caer en las fauces del lobo —dice Matthieu—, pero seremos prudentes. Necesitamos todo el día para bajar. Aguardaremos a la noche para llamar a la puerta de La Reine des Neiges.

Nadie tiene nada que objetar. Piensan en los tres cadáveres y se apretujan en el rincón más apartado de la gruta, cerca de sus bolsas. Séverine, que ha soportado sin una queja la quemazón de su pecho, dormita con la cabeza apoyada en las rodillas de Christophe. Los demás velan, atentos al menor ruido. De vez en cuando, Matthieu mira a Marie-Hélène. Desde que están aquí, sólo la ve a ella porque es la mayor, pero también porque la encuentra hermosa y se parece, de un modo difícil de definir, a la muchacha que conoció durante la pasada primavera.

Christophe, con el pelo enmarañado, examina a los demás. La chica sentada en un rincón, algo apartada del grupo, le intriga a su pesar. Casi no se la ha oído desde que salieron. Es una morenita de quince años y pelo corto, con una mirada que abrasa, un pecho de mujer que oculta bajo su abrigo. Discreta, permanece algo apartada. Joachim se quita las gafas y las coloca en el estuche del violín, que aprieta contra su pecho.

—Siempre tengo miedo de que se rompan —indica—. Sin ellas, soy incapaz de dar un paso.

Christophe advierte sus ojillos de miope en los que brilla un impreciso fulgor. Un muchacho curioso, piensa. Sin duda el más joven, y sin embargo parece un viejo. Camina levemente encorvado, como el relojero de la calle Blanche, en Lyon, con quien Christophe se encontraba cada mañana. Su pelo pegado a la cabeza añade a su pálido rostro una austeridad que no despierta el deseo de acercarse a él. «¡Sin duda es un judío!», piensa el muchacho.

Hace una mueca. El opresivo silencio desnuda su alma, descubre la verdadera naturaleza de un odio tras el que se refugia desde el comienzo de su huida. Piensa en su padre, que le ha enseñado la generosidad y la justicia, que ha sacrificado su libertad y probablemente su vida por los demás. Acaricia la mejilla de Séverine, que por fin se ha dormido con la boca entreabierta. Un hilillo de baba corre por la comisura de sus labios. Pobre niña corroída por una tuberculosis que se la lleva inexorablemente. El abuelo de la enferma, el viejo Parthinot, que se arrastraba con su pata de palo, trabajaba en la imprenta desde el primer día. Un hombre de carácter irascible, siempre de mal humor, siempre maldiciendo contra algo o alguien. Al padre de Christophe le gustaba. Ambos hombres no pasaban un solo día sin pelearse, pero no podían prescindir el uno del otro. Parthinot estaba solo desde la muerte de su mujer. Su hija vivía con un empleado de la tintorería, borracho y violento. Trabajaba en un hotel de mala fama en Lyon. Séverine soportaba las cóleras del alcohólico y la debilidad de su madre. En 1943, Parthinot se llevó a la chiquilla, que comenzaba a escupir sangre. Cuando los alemanes llegaron a la fábrica, él salvó a Christophe. No, Séverine no es su hermana, pero forma parte de su familia.

Matthieu acaba de levantarse y se dirige hacia la salida. Lanza una furtiva mirada a Christophe cuando pasa ante él.

—¿Adónde vas?

Matthieu no responde. Sale y pocos instantes después regresa a su lugar. En el silencio nocturno, el adolescente abandona su espíritu al azar de las pesadillas que le obsesionan. El ruido, las voces, los gritos de dolor, el chasquido de las armas. El final de lo que creía indestructible. La supremacía de la familia Leiman sobre el comercio de ropa en Sentier. El pulpo que su padre administraba a través de sus hermanos y primos no escapó por mucho tiempo a la Gestapo. Isaac creía que todo se compraba, incluso su libertad. Se ha equivocado. Cometió el error de subestimar las convicciones del enemigo. Su gran mansión de la calle de Seine fue requisada por un comandante del ejército que se instaló allí con su amante. El clan Leiman ya no existe. Sus miembros, detenidos en pocas horas, fueron deportados; las tiendas, cerradas.

Matthieu consiguió ocultarse cuando los hombres armados entraron en su casa y se apoderaron de su madre. Se atrincheró en un sótano durante varios días. Un amigo de la familia fue a buscarle. Y luego la partida hacia París en plena noche, escondido bajo el asiento de un coche acondicionado para el transporte clandestino de carne, las horas inmóvil soportando los dolores de sus miembros y el ensordecedor ruido del motor...

Recorre con los ojos aquellos rostros huraños, se detiene en Marie-Hélène. ¿Será judía? ¿Qué importa eso?

Tras sus párpados cerrados, Marie-Hélène se siente abrasada por la mirada de Matthieu. Su experiencia le ha enseñado a desconfiar de los muchachos, a no escuchar su cháchara y, sobre todo, a huir de los que le gustan. Entonces, se reprocha que el joven le parezca guapo, que lo busque en cuanto él se aleja.

## Primer día

El sol se levanta. Matthieu, a quien le hormiguean las piernas, da unos pasos. Mueve los hombros, finge unos movimientos de boxeo. Los demás se incorporan a su vez, como si aguardaran una señal para moverse, para retomar el contacto con la realidad. El joven se desliza entre las rocas de la entrada. El aire frío le picotea el rostro. Le duele la cabeza, sus párpados pesan, su estómago gorgotea.

Tras haber escuchado largo rato el silencio de la montaña, se aventura al descubierto bajo una intensa luz. Las ruinas de la capilla humean aún, pero a su alrededor sólo hay blanco, virgen de cualquier rastro. Matthieu da media vuelta para anunciar a los demás la increíble noticia.

—¡Nieve! —dice a Christophe, que se reúne con él, con las manos en los bolsillos.

Nada se mueve en un reverbero que ciega.

—Ya, nieve —masculla Christophe.

Caminan hacia las ruinas. Ante el muro, los tres montículos blancos de los cadáveres les detienen. Se recortan con toda su monstruosidad.

—¿Por qué? —se pregunta Christophe a sí mismo.

Sin embargo, Matthieu se siente obligado a responder, formulando de otro modo la misma pregunta: —¿Qué daño habían hecho?

—Ninguno. Mi padre dice que el beneficio es el origen de todas las guerras.

Christophe siente la necesidad de hablar de su padre, de distinguirse de aquel muchacho que parece más viejo y que tiene una verborrea de hijo de buena familia.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Que a los obreros les zurren siempre la badana para proteger a los ricos.

—No sé si tienes razón, pero sé que no podemos dejar que se detenga a los judíos como si fueran malhechores.

—¿Por qué? ¿Tú eres judío?

—¡Sí, soy judío y también francés!

Christophe esboza una mueca y aprieta los dientes.

—Mi padre escondía a los judíos en su imprenta de Lyon. Él hacía el periódico de la Resistencia. Uno de esos cerdos, para comprar su libertad, le denunció. De modo que, como comprenderás...

—¡Hay cabrones en todas partes! —responde Matthieu, y se dirige hacia el hangar.

El asno escapa de allí, se detiene a cierta distancia, vuelve su larga cabeza hacia ambos muchachos. Se acerca luego al cadáver blanco de Marcello y empieza a rebuznar, una especie de chirrido potente y lúgubre.

—Pobre animal —dice Christophe—. Me da pena.

Joachim y Jeanne se reúnen con ellos. La presencia del asno les tranquiliza un poco. Aquel animal nervioso les une al resto de la humanidad. Cuando salieron de la aldea, escucharon cómo Marcello le decía: «Mi buen *Martillo*. Tienes la cabeza dura, pero comprenderás que hay que encargarse de estos infelices». Se dicen que el animal, con sus grandes ojos y sus orejas siempre en movimiento, puede ver y oír lo que se les escapa, porque es de aquí.

Rodean el refugio, se detienen de nuevo ante los bultos de los cadáveres, incapaces de darles la espalda, de pensar en otra cosa. El sol se desliza entre las laderas de la montaña y les deslumbra.

—¿Qué podemos hacer por ellos? —murmura Christophe.

—Mucho —responde Joachim—. Tenemos que enterrarles y rezar.

—¡Qué cosas más raras dices! —ríe sarcástico Christophe—. ¿Tu padre es rabino?

—No, pero me abrió los ojos a la tontería.

Christophe, que no encuentra nada para responder, suelta una risa forzada y se aparta del grupo, incomodado siempre por la intensa luminosidad de la nieve.

—Sí, hay que enterrarlos —insiste Joachim—. Dios lo ordena porque le sirvieron bien.

—¡Dios! —exclama Christophe—. Francamente, si existiera, haría ya mucho tiempo que lo sabríamos.

—Te compadezco —responde Joachim volviendo hacia él sus gruesas gafas.

—¡Es cosa tuya y me importa un bledo! —sigue burlándose Christophe—. Dios es un hermoso invento de los ricos para que los pobres crean que les espera el paraíso si aceptan sufrir en la Tierra.

La impresión de haber dicho una tontería, una de esas groseras réplicas que los obreros de su padre intercambiaban a menudo en los talleres, detiene al joven. La soberanía de la montaña y, sobre todo, la presencia de la muerte plantea nuevas preguntas a las respuestas cargadas de un sentido del que nadie le había hablado.

El viento ha empezado a soplar, muy frío. Regresan a la gruta estremeciéndose. Christophe levanta el brazo y pide que le escuchen.

—Marcello trajo las provisiones a lomos del asno. ¡Yo descargué los sacos!

Lo interrumpe un lamento. Las miradas se vuelven hacia Séverine. Christophe ha cubierto sus piernas desnudas con uno de sus jerséis. La enferma ha tosido mucho por la noche, una tos que, a Marie-Hélène, le recuerda a su tía, tuberculosa también.

—¡Me... du... duele!

Christophe toma la mano de la niña y la aprieta contra sí. Los demás permanecen inmóviles ante un dolor contra el que nada pueden. Christophe decide: —Se ha levantado viento. El tiempo puede estropearse. Corremos el riesgo de que caigan metros de nieve y nos atrapen aquí. Tenemos que bajar tanto como sea posible.

—Tengo miedo —masculla Joachim.

—Nos importa un comino —dice el muchacho en un arrebató—. Nadie te impide quedarte.

—No tienes por qué hablarle así —protesta Jeanne irguiéndose ante Christophe—. Todos vamos en el mismo barco.

La muchacha se enfrenta con el alto adolescente. Su pequeño tamaño en nada perjudica su autoridad natural. Tiene la mirada firme de la gente fuerte. Vuelve hacia los demás un rostro de jovencuelo. La creían irrelevante, exterior al grupo, y he aquí que su mera presencia basta para imponerla.

—¡Christophe tiene razón, tenemos que marcharnos!

—Vayamos a recuperar las provisiones —propone Christophe—. Deberían de estar en el hangar, si los alemanes no se las han llevado.

Pensativo desde hace un rato, Matthieu grita:

—¡Alto! No podemos entrar allí.

—¿Por qué? —pregunta Christophe.

—Los alemanes entraron en la capilla, luego en el refugio y por fin en el hangar. ¡La capilla y el refugio estallaron! ¡Pensadlo un poco!

—Tienes razón, estará lleno de explosivos —suelta Christophe.

—Entonces, peor para nosotros —prosigue Matthieu—. Prescindiremos de las provisiones. Vamos a bajar.

Van a buscar sus bolsas al fondo de la gruta. Séverine es presa de un brusco acceso de tos. Las lágrimas corren por sus lívidas mejillas. Doblada en dos, con el pelo en la cara, la niña se asfixia, sostenida por Christophe que le palmea la espalda.

—Ven aquí. Te abrigaré los hombros con mi chaleco.

Ayuda a la enferma, que se sienta en una piedra plana. La tos remite. Un poco de sangre mancilla sus labios. Marie-Hélène toma su mano.

—Esperad —dice la muchacha—. Vamos a comer, nos dará fuerzas.

Los demás le lanzan una mirada curiosa. La joven abre su bolsa y saca dos paquetes de galletas...

—La señora de La Reine des Neiges me las dio para el viaje. Mejor será comerlas enseguida.

Distribuye los pastelillos secos. Séverine no quiere.

—Tienes que hacer un esfuerzo —insiste Marie-Hélène con benevolente autoridad—. Si no comes, no podrás aguantar mucho tiempo. Voy a buscarte algo para beber.

La niña se obliga a masticar una galleta.

Fuera, parpadean ante la intensa luz, pasan ante los cadáveres volviendo la cabeza. Sin embargo, al cabo de unos metros, Marie-Hélène se da la vuelta y se persigna.

—¿Cuánto tiempo tienes para perder? —gruñe Christophe, que camina ante la muchacha.

—Orar por ellos no es perder el tiempo. Murieron por nosotros y ahí están, en el barro, como perros.

—Es cierto —admite el chico, sin argumentos.

La nieve se funde rápidamente, descubriendo los cuerpos inmóviles, con los rostros vueltos hacia ellos, las bocas petrificadas en un rictus de perro que quiere morder. Al terror que sienten junto a esos cuerpos de los que no pueden apartar la mirada se añaden el asco y la tristeza, un horror que no puede expresarse con lágrimas o sollozos, que da ganas de vomitar. Su silencio revela la magnitud de su angustia.

—¡No podemos dejarlos así! —dice Jeanne.

Aunque habla poco, todos sienten en ella una fuerza y un valor de los que carecen. A su lado, Marie-Hélène, con su hermoso cabello ondulado, sus ojos llenos de lentejuelas doradas, encarna una feminidad ordinaria, apaciguadora pero resignada.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Jeanne tiene razón —dice Joachim ajustándose las gafas—, su lugar no es éste.

Un difuso olor nauseabundo flota en el aire. Marie-Hélène no dice nada, pero lo reconoce. En Saint-Ouen, la Gestapo había matado a un hombre en un apartamento contiguo. El cuerpo permaneció tres días tendido en el suelo. Aquel olor de la muerte, que no puede confundirse con ningún otro, se insinuaba por todas partes.

—Tenemos que marcharnos ahora —insiste Christophe.

Desde la roca donde está sentada, Séverine contempla el valle, abajo.

¿Tendrá fuerzas para soportar el camino durante horas y horas?

De las ruinas de la capilla escapa una humareda azul aspirada por un cielo infinito. El valle parece cerca. Christophe piensa en lo que dice su abuelo: cuando el aire espera el frío y la nieve, acerca los valles a las cumbres.

—Hay que contar con más de cuatro horas para llegar a la aldea —prosigue Matthieu.

Toman por el camino que baja hacia el valle. La pasarela por encima del cañón le viene de pronto a Matthieu a la cabeza. El pensamiento de aventurarse a solas por aquel minúsculo puente tendido entre las dos riberas, que se balancea al viento, la idea de afrontar el vacío bajo sus pies, le aterroriza. Matthieu sufre vértigo. Parece muy sólido, sí, pero si Jocelyne no le hubiera dado la mano, no habría podido pasar.

Séverine tose, doblándose en dos. Cuando recupera el aliento, un ruido de hierro oxidado araña su garganta.

Marie-Hélène le toma la mano.

—Ven, te ayudaré.

—En la aldea encontraremos un doctor que te cuide —dice Christophe.

—El doctor de Toulouse dijo que tenía tuberculosis y que no podía hacer nada por mí —murmura la niña.

—Era un mal doctor y hablaba a tontas y a locas —replica Christophe.

Prosiguen su camino entre las rocas. En el lindero de un bosque de abetos, dos cabras se yerguen sobre un promontorio y les miran balando.

Christophe explica que los animales domésticos nunca se aventuran tan lejos en la alta montaña. Es posible que Marcello las subiera para hacer un regalo a alguien.

—¡Cuántas cosas sabes! —replica Matthieu.

Avanzan, conscientes de que están al descubierto y que pueden verlos desde muy lejos. No escucharían el disparo, uno de ellos lanzaría un grito,

rodaría por la pendiente entre los guijarros, y su rostro se inmovilizaría en una expresión de intenso dolor parecida a la de los cadáveres que han dejado en el Oustal. Ese pensamiento les hace reducir el paso. El grupo se aprieta.

Christophe, que sobrepasa a todo el mundo con su flaca cabeza, se dice que es un blanco ideal para un tirador emboscado. Imperturbable, Jeanne avanza con paso decidido. Su seguridad reconforta a los demás. Todos han vivido en una ciudad y sienten con intensidad lo inmenso de la montaña y el peso de las cosas inertes. Matthieu camina por delante, como si quisiera probar que tiene el valor de plantar cara. A Séverine le cuesta andar agarrándose con una mano a Christophe y con la otra a Marie-Hélène. La niña une a ambos adolescentes, les obliga a dar los mismos pasos.

—¡Tendríamos que llegar pronto a la pasarela! —dice Matthieu para alentarles—. Loïc me dijo que el puente lo construyeron los contrabandistas. Antes tenían que dar un gran rodeo, muy peligroso. Por eso al Oustal lo llaman la Casa del Diablo.

¡La pasarela! Matthieu se pregunta cómo hará para ocultar su vértigo, para no temblar como una hoja.

Acaba de levantarse viento. Empieza como una leve y fresca brisa que dobla la hierba seca, luego toma fuerza y empuja las primeras nubes que corren entre las cumbres. El grupo rodea un promontorio que apunta al cielo y al que la gente de la región llama la Puerta del Infierno. Se lo ve desde el valle. Le atribuyen algunas creencias, todas vueltas hacia el infierno que oculta aquel roquedal erguido como una frontera entre el dominio de los hombres y el de los seres maléficos.

Llegan junto a un torrente entre las rocas. Se detienen para beber con la palma de las manos y vuelven a ponerse en marcha, cada vez más ansiosos a medida que se acercan al peligroso paso. La pendiente es más suave. La seguridad de sus pasos les da una razón para esperar. Rodean una colina más bien redonda en ese mundo de aristas, de picos y rocas cortantes. Tras haber escalado un montículo rocoso, toman por una franja bastante estrecha que bordea el precipicio. Séverine no tiene ya fuerzas para caminar. Christophe la carga a su espalda.

—No te preocupes —intenta tranquilizarla—, pronto llegaremos.

Hacen una breve parada. Joachim, que cojeaba, alcanza al grupo. El chico, incomodado por su gran bolsa y la caja de su violín, ha tardado mucho tiempo para escalar las rocas. El frío sube del valle, que desaparece bajo la bruma. Reanudan la marcha.

—El tiempo está estropeándose —constata Christophe, inclinado bajo el peso de Séverine.

—¿Qué sabes tú? —pregunta Matthieu, que no consigue calmar el temblor de sus piernas.

—Nada, una impresión.

Llegan al lugar donde el sendero se detiene, al borde del cañón. Matthieu es el primero que mira alrededor, presa de la impresión de haberse equivocado. Christophe, a su vez, se extraña al no ver los cables tendidos entre ambas riberas y las tablas para caminar por encima del vacío.

—Hemos debido de equivocarnos —advierte Matthieu—. Sin embargo, recuerdo este bosquecillo de abetos, con dos grandes árboles secos en el borde.

—También yo —responde Christophe—. Recuerdo también los pilares que soportaban la pasarela.

Dan unos pasos y descubren los dos pilares de piedra, ocultos tras unas matas de espino albar. Christophe se inclina sobre el vacío y descubre los cables balanceándose al viento.

—¡Qué cabrones! —gruñe el muchacho.

La pasarela no existe ya. Los alemanes la han hecho volar. Enfrente, a más de cincuenta metros, el segundo pilar no es más que un muñón. Entre ambos, el abismo es tan profundo que no se ve el torrente que fluye en un oscuro dédalo de bloques rocosos.

Christophe se incorpora. Los demás han comprendido. Joachim, que no puede más, se ha tendido en el pedregal. Suda abundantemente y respira deprisa, como un animal al que los perros han perseguido. Séverine vuelve a toser.

A su vez, Jeanne sigue con la mirada la abrupta pared que se zambulle en lo desconocido del oscuro farallón. Reina un gran silencio, el de las respiraciones contenidas, dispuestas a ceder a los sollozos. Las consecuencias de aquel sabotaje no escapan a nadie.

—Pasaremos por otra parte —propone Matthieu, a quien la ausencia de la pasarela no apesadumbra.

—¡Imposible! —dice Marie-Hélène—. Hablaron de ello en La Reine des Neiges. Loïc dijo que sólo podríamos pasar por aquí.

Siguen observando los cables que cuelgan en el vacío, sujetando unas tablas calcinadas.

—Marcello dijo en voz baja que había otro paso, pero que era para los contrabandistas. Dijo también que era muy peligroso, razón por la cual los

gendarmes y aduaneros nunca se aventuraban por allí.

—¡Bah! —prosigue Christophe, siempre burlón—, los contrabandistas siempre van diciendo que es muy peligroso. Así les dejan tranquilos los aduaneros. Apuesto a que es más fácil de lo que aseguran.

Séverine gime. El frío la paraliza. Christophe la toma en sus brazos.

—¡Me duele! —murmura ella apretándose el pecho con las manos.

—¡Lo sé, querida, lo sé! ¡Saldremos de ésta!

El viento se ha hecho más fuerte. Los alfileres de hielo picotean su rostro y sus manos desnudas. Séverine vomita una flema sanguinolenta que Marie-Hélène limpia con su pañuelo. Se inclina hacia la enferma, su hombro toca el de Christophe, que la mira de una extraña manera.

—Bueno —prosigue Matthieu—, volveremos a subir al Oustal y aguardaremos ayuda. Nos refugiaremos en la gruta.

—¿Ayuda? —repite Joachim—. Pero ¿cómo van a subir?

—Por el famoso paso. Todos los contrabandistas lo conocen. Los resistentes sabrán muy pronto que estamos aquí. Interceptan los mensajes por radio de los alemanes. Debemos esperar; mañana o pasado mañana nos socorrerán.

Sólo el silencio le responde. Nadie se engaña. Les queda lo más duro.

—No te preocupes —dice Marie-Hélène al oído de Séverine—. Encontraremos algo.

La evidencia les aterroriza, les hace enmudecer: si vuelven a subir allí arriba, donde nadie irá a buscarlos, morirán de hambre y frío. Dan marcha atrás. Sentado en una piedra plana, Joachim ve como los demás se alejan. Le duelen las piernas y tiene retortijones de vientre. Matthieu le grita: — ¡Muévete de una vez!

—¡No puedo más! No me quedan fuerzas.

—¡No puedes quedarte aquí! —insiste Matthieu—. Es peligroso, la noche es muy fría. Además, ¿realmente necesitabas cargar con esa gran bolsa y tu violín?

Joachim reanuda la marcha haciendo muecas. Christophe vuelve hacia él sus ojos azules.

—¿Pero qué creías? ¿Que ibas de vacaciones?

Trepan por el sendero aprisionado entre aulagas y roquedales. Christophe lleva a Séverine, doblado como si fuera cargado con un saco de grano. La niña, bamboleada, ladea la cabeza. Marie-Hélène le da la mano murmurando palabras alentadoras. Matthieu camina por delante, sin volverse. Cae la noche, los primeros copos de nieve revolotean por los aires, muy leves, inofensivos.

Pero el viento coge fuerza. Primero, aúlla en las cimas, en las laderas luego, se carga de nieve y la arroja a los rostros. El grupo inclina la cabeza, se encoge para afrontar sus embates. A Christophe le cuesta llevar a Séverine, pero se empecina apretando los dientes.

—¡A este paso no llegaremos muy lejos!

Los copos caen cada vez más espesos, formando una cortina opaca a través de la que ya no ven la montaña ni, sobre todo, el sendero, aquel sendero de cabras monteses y muflones que se divide en varios ramales —de los que sólo uno lleva al Oustal—. Matthieu busca algunos detalles, rocas de formas particulares en las que se habría fijado, pero no encuentra nada y duda de su sentido de la observación.

La montaña se entrega al invierno.

—¡Hagamos un alto!

Christophe pone rodilla en tierra. Séverine tose de nuevo. El frío irrita su garganta y sus pulmones enfermos. Vuelve unos grandes ojos claros hacia su benefactor, como pidiéndole perdón. Marie-Hélène se ha sentado junto a ella y la protege del viento y la nieve.

Matthieu no oculta su impaciencia. Jeanne, que no se ha detenido, se aleja. La noche no es muy oscura. La nieve que comienza a cubrir las rocas y el sendero mantiene una claridad difusa. Christophe se frota los hombros doloridos. Se ponen de nuevo en marcha. Marie-Hélène tira de Séverine, que hace grandes esfuerzos para contener su tos. La niña piensa en los mirlos que su padre cazaba con trampas. A veces, el pájaro no estaba muerto y, entonces, lo ahogaba en su mano. Aquel pico amarillo abierto, aquellos ojos cuya mirada se volvía vidriosa y, luego, la cabecita redonda que caía... Joachim, que no ve ya nada a través de los gruesos cristales de las gafas, tan empañadas, tropieza a cada instante, pero no se atreve a pedir a nadie que le dé la mano. De pronto, Jeanne se detiene.

—¿Lo oís? —pregunta con voz neutra.

Un lejano maullido, un ruido brotado de ninguna parte, pero largo y siniestro, asciende en la noche. Probablemente el viento que sigue soplando en el valle, o tal vez el ruido de un torrente que cae, en pequeña cascada, por los alrededores. Sin embargo, aquel ruido les hiela hasta lo más profundo.

—¡Tengo miedo!

—¡No te preocupes! —dice Christophe—. ¡Casi hemos llegado! —En realidad, no lo sabe.

Pasa el tiempo. Los copos son cada vez más grandes, más pesados; la nieve cubre el sendero. Les duelen las piernas. Christophe se ha cargado de

nuevo a Séverine a la espalda. Piensa que Matthieu podría ayudarle, llevar un poco a la enferma, pero Matthieu camina por delante sin preocuparse de él. «¡Un egoísta!», se dice Christophe. Quisiera detenerse, tumbarse y dormir para escapar del dolor que le lacera la espalda.

Avanzan cada vez con mayor dificultad entre los bultos y los baches del terreno. Jeanne se ha detenido y mira alrededor. ¿Habrán perdido el sendero? ¿Se habrán alejado del único hilo que les unía al refugio?

—¿Dónde estamos? —pregunta de pronto—. ¡Tendríamos que haber llegado hace bastante tiempo!

Todos piensan lo mismo, pero no se atreven a hablar abiertamente de ello para no abandonarse a la desesperación.

—Estamos del todo perdidos —añade Jeanne.

Christophe deja que Séverine resbale hasta el suelo y se sienta junto a ella. Los demás tienen ganas de imitarle, pero se contienen, pues saben muy bien que, una vez sentados, no tendrá ya valor para reanudar la marcha. El viento corre de una cima a otra en aquella inmensidad donde no son nada. Haciendo una mueca, Christophe vuelve a ponerse de pie y quiere levantar a Séverine. El dolor de su espalda y sus hombros detiene su impulso. Vuelve a dejar a la niña.

—¡No puedo más! ¡Me duele demasiado!

Sin decir palabra, Matthieu carga a la enferma sobre sus hombros.

—Pronto llegaremos —la alienta Marie-Hélène.

Christophe camina en silencio por unos momentos, luego decide:

—La llevaré de nuevo. Me siento mejor.

—Como quieras.

Tiene la desagradable impresión de que no está cumpliendo con su deber al entregar la niña a un desconocido.

—Dices que no es tu hermana —observa Jeanne—, pero debes de quererla mucho.

—¡No es cosa tuya!

—En marcha —dice Matthieu—. Recemos para que Dios nos conduzca hasta el Oustal.

—Eso es, recemos, pero sobre todo vayamos ojo avizor para encontrar el buen camino —se burla Christophe.

Reanudan su lento avance. La pendiente es cada vez más empinada; el silencio de la noche, cada vez más amenazador.

Marie-Hélène vacila, cae de rodillas, luego intenta levantarse. Matthieu la ayuda. Joachim aprovecha para sentarse.

El frío hace resbalar sus dedos de cristal por la piel, el cuello, y avanza hacia el vientre. El silencio que los rodea les recuerda el de los cadáveres cuya horrible imagen les obsesiona. Matthieu aprieta los dientes.

De pronto, un estridente ruido cruza la noche, agrio como el del hierro que chirría. Por unos instantes, los copos parecen suspendidos en el aire, inmóviles. Y de nuevo el silencio.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Joachim con voz temblorosa.

—¡El viento! —se encoleriza Matthieu—. ¿Qué quieres que sea?

—¡Huele a quemado!

En efecto, un vago olor a cenizas flota en la noche. Se extrañan. Matthieu ventea el aire e intenta aislar el olor. Marie-Hélène recuerda el incendio de la fábrica Lemarck donde su madre hacía la limpieza. Un brasero que iluminaba la noche con sus colores de sangre y de guerra.

—¡Es verdad! ¡Huele a quemado! —acaba admitiendo Christophe.

Se mete el índice en la boca y lo levanta por encima de la cabeza.

—¿Pero qué te pasa? —se extraña Joachim.

—Busco la dirección del viento. Él nos trae el olor a quemado, y ese olor es el del Oustal —responde el alto adolescente—. Así hacíamos con mi abuelo cuando íbamos a colocar las trampas.

Todos contienen la respiración. Christophe alarga el brazo en la noche.

—Debemos ir hacia allí, a través de la pendiente.

Se ponen en marcha de nuevo y, esta vez, caminan sin quejarse. Cuando ven las ruinas recortadas contra la clara noche, lanzan todos el mismo grito de alegría. Christophe triunfa.

En el interior de la gruta, el frío es menos vivo, pero los niños no consiguen calentarse. Se aprietan unos contra otros y, a pesar del hambre que los corroe, se duermen profundamente.

## Segundo día

La tos de Séverine les despierta. Se incorporan, dan unos pasos. Matthieu sale, seguido por Joachim. Christophe y Marie-Hélène se atarean junto a la enferma, que no consigue recuperar el aliento.

—¿Tendríamos que intentar encender fuego! —se lamenta Christophe.

Jeanne, hecha un ovillo aún, observa:

—Marcello fumaba. Tenía un encendedor de metal dorado que olía muy mal.

—¿Estás segura? —pregunta Matthieu, que golpea sus zapatos contra la piedra para quitar la pegajosa nieve.

—Sin duda. Era un encendedor de gasolina y lo llenó antes de salir de La Reine des Neiges —prosigue la chica—. Le dijo a Pedro, el criado que ayuda en la cocina: «¡Ve a llenar mi encendedor!», y Pedro salió y luego volvió con el encendedor amarillo. Marcello comprobó que funcionaba y nos marchamos.

—¿Y crees que lleva el encendedor encima? ¿Qué podemos recuperarlo? —pregunta Matthieu.

—Estoy segura de que lo lleva encima, salvo que lo perdiera cuando los alemanes estuvieron aquí. Le vi encender un cigarrillo al llegar.

Matthieu sale, se detiene ante el montículo blanco que forma el cuerpo de Marcello.

—Era zurdo —dice Jeanne, que le ha seguido—. Lo advertí porque también yo soy zurda. Llevaba el encendedor en el bolsillo izquierdo de sus pantalones.

Matthieu traga saliva y piensa en Séverine. Piensa también en la hermosa mirada de Marie-Hélène, en el contacto de su mano. Le invade una extraña sensación, una agradable calidez que le recuerda lo que vivió la última primavera y le arrancó del mundo de los niños, aunque de modo superficial. Eso es al menos lo que le sorprende hoy.

Al fin, se inclina sobre el cadáver y aparta la nieve. Su mano choca con el rostro, ya tieso, y la retira rápidamente. Vueltos hacia él, los profundos ojos

de Marcello siguen siendo los de un animal salvaje derribado, pero no domado.

—¡En el bolsillo izquierdo! —repite Jeanne con voz contenida—. Si te molesta, puedo buscarlo yo.

Matthieu levanta los ojos hacia la muchacha, junto al cadáver.

—¿Por qué va a molestarme?

Duda antes de aproximar la mano derecha bajo la que siente la dura cadera. Afortunadamente, Marcello ha caído sobre el costado derecho, dejando libre el acceso a su bolsillo izquierdo. Con un gesto rápido, el joven toma la tela rígida de hielo, sus dedos se hunden en la abertura. Saca de los prietos pliegues un paquete de tabaco y, por fin, el encendedor, que enseña a Jeanne lanzando un gritito de victoria. La esperanza regresa con aquel objeto dorado que brilla entre su pulgar y su índice. Mete el tabaco en el bolsillo de su anorak.

—¡Estamos salvados! —dice—. Pero tendremos que enterrar a estos desgraciados.

Matthieu se aleja del cuerpo mirando el encendedor, tan valioso como una joya de oro en su mano. La nieve que sigue cayendo blanquea su espalda y su pelo.

—Volvamos —dice, sacudiéndose como un perro.

Se da la vuelta. El asno *Martillo*, que se ha acercado sin ruido, inclina su largo hocico sobre el cadáver de su dueño, luego lanza un rebuzno.

—¿Tú crees que un asno llora? —pregunta Matthieu con su ingenuidad urbana.

—Sin duda —responde Jeanne—. Todos los animales lloran. Para eso no se necesitan lágrimas ni sollozos.

Regresan al refugio. Matthieu blande orgullosamente el mechero.

—¡Podremos encender fuego! —dice a Séverine, que tiembla bajo la ropa demasiado ligera que lleva puesta.

—¿Fuego aquí? —se extraña Marie-Hélène—. ¡Pero vamos a ahumarnos!

—No lo creo —dice Joachim mirando por encima de sus gruesas gafas—. Hay una corriente de aire que procede del fondo de la gruta, hacia el exterior. Eso expulsará el humo...

La maldita corriente de aire que les hiela podría, a fin de cuentas, ayudarles. A veces, lo malo tiene algo bueno.

Todos forman un círculo alrededor de Matthieu, que levanta el capuchón del mechero. El joven hace girar la rueda. Un haz de chispas golpea la negra mecha, pero no brota llama alguna. Vuelve a hacerlo varias veces.

—¡Hay que soplarle por el culo! —aconseja Christophe—. Eso hace que la gasolina suba hasta la mecha.

—¿Cómo que soplarle por el culo? —pregunta Matthieu.

—Déjame ver.

Christophe toma el encendedor como un veterano, lo saca de su armazón dorado, se lo lleva a la boca, sopla con fuerza, pero el mechero sigue negándose a funcionar.

Matthieu, nervioso, toma el objeto y hace girar la ruedecilla hasta que ya no brota chispa alguna.

—¡Bravo! —exclama Christophe—. Acabas de gastar toda la piedra. Ahora se ha jodido. Ocurre cuando uno es torpe.

El entusiasmo desaparece de pronto.

—Mira quién habla —se enoja Matthieu, sin argumentos para responder—. Te advierto que...

Un grito de Séverine lo detiene en seco. La niña delira de nuevo. Christophe se inclina hacia ella, le acaricia la frente. La enferma se apacigua y, luego, se sume en un nuevo acceso de tos que la deja al borde de la asfixia. Con la frente cubierta por gruesas gotas de sudor, la boca abierta, dirige al joven una mirada implorante.

—¡Pero si tenemos fuego!

Dan un respingo y contienen la respiración. De pie, en la entrada de la gruta, Joachim vuelve hacia los demás su blanco rostro. Las gafas de gruesa montura parecen separarle de los otros confiriéndole una insólita visión del mundo. Su pelo negro que ya no peina cae en rígidos mechones sobre sus sienes y oculta en parte sus orejas.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta Matthieu.

—Las ruinas de la capilla siguen humeando —prosigue el miope—. Y donde hay humo, hay fuego.

Es tan sencillo que les sorprende no haberlo pensado antes. Matthieu sale precipitadamente. La nieve y la bruma lo han devorado todo. No quedan ya montañas, ni bosquecillos bajo la gruta. Sola, irreal en aquella opaca blancura, una pequeña humareda escapa de los escombros. ¿Cómo han podido los copos cubrir las ascuas sin apagarlas?

Matthieu se agacha. Con un gesto lento, pues teme cometer lo irreparable —hacer caer un montón de nieve sobre la combustión que queda—, desplaza los pedazos de madera carbonizada.

—¡Ten cuidado!

Joachim está de pie a su lado, como un ingeniero que explica a su obrero lo que debe hacer para no comprometer el experimento. Los demás permanecen más atrás, temiendo que su presencia haga fracasar la última oportunidad. Matthieu vacila.

—Voy a ayudarte —dice Christophe.

—¡No vale la pena!

Matthieu descubre lentamente las cenizas amontonadas sobre unas ramas que, probablemente, han salvado las ascuas. El joven sopla con precaución. Las cenizas vuelan, se mezclan con los copos que se funden con un chisporroteo al tocar la madera muy caliente.

—Hay que cubrirlas.

Sin atender el consejo de Joachim, Matthieu sopla de nuevo y percibe, entre los restos carbonizados, unas brasas que palpitan, muy al fondo, como replegándose fuera de aquel mundo de frío y agua.

—¡Te repito que debemos protegerlas de la nieve! —insiste Joachim.

Christophe regresa de las ruinas del refugio con una tapa de lavadora y una especie de sartén oxidada de largo mango que debía de servir para asar castañas.

—Con esto, la nieve no podrá hacer nada.

Matthieu dispone la tapa sobre las minúsculas brasas y la calza con algunos restos húmedos. Mete la sartén entre los restos de las vigas, pero es demasiado ancha. Delicadamente, intenta quitar los fragmentos de madera encajados unos sobre otros.

Christophe se inclina a su vez. Su presencia molesta a Matthieu, que no dice nada. Finalmente, consigue deslizar el recipiente bajo las brasas, que se cubren inmediatamente de una película negra.

—Cuidado con dejarlas escapar.

Matthieu aprieta los dientes, se incorpora lentamente. Un leve temblor agita sus muñecas.

—¡Deprisa, van a apagarse! —se impacienta Christophe.

Matthieu consigue sacar el utensilio sin derramar su valioso contenido. Joachim lanza un grito de alegría que asciende en el espeso aire. Christophe mantiene la tapa de la lavadora por encima de las brasas. Los pesados copos ruedan por la chapa gris. Caminan así, muy despacio, hacia la gruta. Las muchachas y Joachim les siguen, conteniendo sus pasos.

En la gruta, Matthieu deja la sartén en el suelo. Todos se agachan para observar las brasas, negras ya. El muchacho sopla delicadamente y reviven, vuelven a la incandescencia.

—Necesitamos hierba seca, ramitas, algo que arda fácilmente.

—Papel para conseguir llamas —añade Joachim.

—Cuidado con poner demasiado —replica Jeanne—, de lo contrario se ahogarán. El fuego es como un pez rojo, debe alimentarse sólo lo justo, de lo contrario se ahoga.

—¿A qué viene ahora tu pez rojo? —se burla Christophe.

Joachim ha encontrado papel de periódico en su bolsa. Marie-Hélène, que había salido sin decir nada, regresa con una brazada de ramas y una caja hecha con finas tablas de madera blanca que Christophe rompe a patadas antes de recoger los fragmentos.

—Dame un poco de periódico —dice Matthieu.

Arruga media hoja y la pone sobre las brasas. Un fino ribete incandescente se forma en el pedazo de papel, lo circunda durante unos instantes y, luego, se apaga. Matthieu repite la operación, soplando.

—¡No demasiado fuerte, le das miedo!

Jeanne se reúne con Matthieu que pone de nuevo papel en las brasas. Por fin se retuerce una leve llama. Un grito de alegría la recibe. El papel arde retorciéndose. Con delicadeza, Matthieu coloca pequeños pedazos de caja que se inflaman a su vez.

Lentamente, siempre con infinitas precauciones, el muchacho va añadiendo ramitas. Christophe coloca grandes piedras alrededor de la hoguera para retener la madera y permitir que el aire pase. Las ramas se inflaman a su vez, muy pronto, unas altas llamaradas suben por encima de un improvisado hogar y, como habían esperado, la humareda es aspirada por una abertura natural entre las rocas. Se miran con alegría.

—Esta vez vas a curarte —dice Christophe inclinándose hacia Séverine—, seguro.

Con delicadeza, aproxima la niña a las llamas.

—Tendrás calor, ¡ya es algo!

Entretanto, Marie-Hélène, que ha encontrado una cacerola en las ruinas del refugio, calienta agua del manantial entre las llamas. En menos de cinco minutos, el agua hierve. Sueltan algunas bromas mientras miran las burbujas que estallan en la superficie. Nunca habían pensado que el agua hirviendo podía proporcionar tanta esperanza. Marie-Hélène espera a que el agua llegue a la temperatura adecuada para dar de beber a Séverine, cuyos dientes siguen castañeteando.

—Esto te calentará.

Las mejillas de la niña recuperan algo de color. Los demás no se cansan de mirar las llamas que iluminan las paredes de la gruta.

—¡Aquí estamos bien! Los socorros llegarán hoy.

—Creo —piensa Matthieu en voz alta— que les ha frenado la nieve, de lo contrario ya habrían llegado.

—¿Y si se han perdido? —observa Joachim—. La nieve lo borra todo, los caminos, los puntos de orientación...

—¡Los auténticos montañeros no se pierden! —replica Christophe—. Llegarían hasta aquí con los ojos cerrados.

—No es seguro. Un contrabandista conoce el famoso paso sólo porque sabe dónde está la Casa del Diablo. ¡Creo que se han perdido!

Christophe no responde. Tal vez Joachim tenga razón. Decide:

—Voy a buscar un lugar elevado desde donde sea fácil ver a lo lejos. Nunca se sabe.

—Voy contigo —decide Matthieu—. ¡Mejor si somos dos!

—Y yo también —se suma Joachim.

Christophe se burla:

—¡Cegato como eres, no podrás ver gran cosa!

Ofendido, Joachim pone mala cara y se acerca al estuche del violín.

—¡La nieve sigue cayendo! —advierde Matthieu.

—Cuando acaba el invierno —prosigue Christophe—, donde no es muy espesa, pueden verse flores blancas...

—Son narcisos de las nieves —afirma Joachim.

—Sí —asiente Christophe—. Entonces dicen que la nieve florece.

Mientras finaliza la mañana, Christophe, Matthieu y Jeanne vigilan el horizonte, las laderas blancas que se zambullen en la bruma del valle. A fuerza de escrutar la uniforme extensión, los roquedales oscuros que sobresalen de la nieve se animan. Entonces, gritan, aúllan haciendo grandes gestos. Sólo el eco les responde, y las rocas recuperan su inmovilidad mineral.

Regresan a mediodía. Marie-Hélène distribuye las últimas galletas. Después del fuego, la cuestión del alimento se hace esencial.

Tragan su parte sin perder ni una migaja. Se instala entre ellos el hambre. Comer sólo reaviva un dolor persistente en el estómago y en todo el cuerpo. No hablan, conscientes de que sólo podrían soltar palabras de desesperación. Se retiran al fondo de la gruta, al lugar más abrigado, y huyen una vez más hacia el sueño.

De pronto, Matthieu se incorpora rápidamente, da unos pasos por la gruta.

—¿Adónde vas? —le pregunta Christophe.

—¿Adónde quieres que vaya?

Se dirige hacia la salida. La claridad blanquea un cielo sin nubes. La nieve refleja un fulgor azulado. Los dos muchachos tiemblan. El hambre acentúa la sensación de frío. A pesar de la nieve, las ruinas de la capilla siguen humeando. Llegan al hangar, se detienen en la puerta.

—¿Dónde crees que habrán puesto el explosivo? —pregunta Matthieu.

—No lo sé, pero si no ha saltado todo por los aires es que la mecha se ha apagado. Sé un poco de eso. En los hangares de la imprenta, los maquis fabricaban bombas para joder a los boches.

—¿A qué esperas, pues? —se encalabrina Matthieu.

Christophe vacila lo suyo, empuja luego la puerta de tablas. Matthieu, que no quiere quedarse atrás, entra el primero con cuidadosos pasos.

—La bolsa de provisiones está al fondo, a la derecha. Yo la puse allí cuando llegamos —precisa Christophe.

Se acerca a espaldas de Matthieu, que da un paso más y se vuelve.

—¡Mira!...

Ante ellos, en el suelo, un paquete envuelto en papel del que sale un cordón de unos veinte centímetros, con la punta quemada.

—¡Dinamita!

—¿Crees que...? Tenemos que sacarla de ahí —dice Matthieu.

—¡No la toques! —decide Christophe—. Larguémonos.

Vuelven a la gruta. Marie-Hélène regresa con unas ramas secas espigadas en el bosquecillo de abajo, las pone sobre el fuego que comienza a humear y crepitar.

—Prohibido entrar en el hangar —dice Christophe—. ¡Hay un paquete de dinamita que puede estallaros en la jeta!

—¿Cómo lo haremos para llegar a la leña? —pregunta Joachim volviéndose hacia Matthieu—. ¡Hay que encontrar otra cosa!

Se apretujan alrededor de las llamas, que no les calientan. Christophe se desliza discretamente hacia Marie-Hélène, sentada algo más atrás.

—¿No duermes?

Ella niega con la cabeza.

—Quiero hablarte de una cosa. Nosotros no somos judíos, de modo que debemos entendernos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los judíos van a formar su círculo, y nos la jugarán a la primera ocasión —prosigue Christophe.

—¡No te creo!

—Sé lo que digo. Mi padre, currando mucho, pudo comprarle la imprenta al patrón —añade Christophe como si hablara consigo mismo—. Escondía judíos en sus almacenes. Y esos cabrones le denunciaron para salvarse.

—Si tú hubieras estado en la misma situación, ¿qué habrías hecho? —pregunta Marie-Hélène—. Yo, sin duda, sería cobarde ante la muerte.

La muchacha piensa en su padre. Un rostro sombrío y firme bajo una gorra azul encasquetada sobre su pelo canoso. No puede imaginarlo más que sentado en su silla, en la cabecera de la mesa, cerca de la cocina de leña, con el vaso vacío ante él. Refunfuñaba mucho contra los burgueses, los ricos, contra todos los chupópteros de la sociedad, pero no hacía gran cosa. La muchacha advierte, este anochecer, que nunca le amó y que también él, a su modo, era un cobarde.

—Tenemos que apoyarnos —insiste Christophe—. Séverine está muy mal.

—No te preocupes, sé ocuparme de los niños.

—¿También de los tuberculosos?

—Conocí a una en el taller donde trabajaba, la llamaban Jacotte. Habría sido guapa sin su piel blanca y las venas azules en las sienes. Cuando tenía tos, salía. La patraña habría querido ponerla de patitas en la calle, pero trabajaba mejor que las demás. Todas las tareas delicadas que exigían habilidad las hacía ella.

—¿Bebía tisanas de manzanilla y saúco? ¡Parece que eso va bien!

—No lo sé.

—Séverine tiene que ir a Madrid, donde la curará un gran médico. Mi padre lo arregló antes de que le detuvieran. ¡Tiene que vivir! Su padre es un cabrón de mierda que empina el codo y se pelea con todo el mundo. Y su madre hace de puta en una taberna del viejo Lyon.

Marie-Hélène aparta la cabeza como para ver mejor, a la vacilante luz, el flaco rostro de Christophe. Su pelo rubio y rizado, su corta nariz, sus mejillas hundidas tienen, de cerca, un aspecto que ella descubre ahora. Es bastante guapo, a fin de cuentas. Son sus actitudes de chulo lo que le afean.

—¡Eres un chico extraño, tú!

Christophe no responde. Pone la mano en el hombro de Séverine. Molido por la fatiga, Joachim, sentado con las piernas cruzadas y la cabeza caída sobre el pecho, duerme en una posición tan incómoda que Marie-Hélène debe contenerse para no sacudirlo.

## Tercer día

Llueve. Una espesa bruma encierra el Oustal en una prisión blanca. La nieve se empapa del agua que chorrea por la pendiente. Aquí, el tiempo cambia tan deprisa que puede pasar de la tormenta a la tempestad de nieve, de la lluvia al sol, pero la calma no dura nunca. A pesar de la humedad, las ruinas de la capilla siguen humeando.

Joachim se ajusta sus gruesas gafas, busca a su lado el estuche del violín. Emerge de un sueño feliz en el salón de su casa en Amiens. Su padre estaba en el taller, su madre recibía a unas amigas y le había pedido a Joachim que tocara con su prima Rebecca un concierto para dos violines de Bach. Y, en su sueño, Joachim tocaba a la perfección aquella partitura demasiado difícil para él. Sumido de pronto en la penumbra de la gruta, se extraña: —Pero ¿qué estoy haciendo aquí?

Luego, la realidad se impone, todo regresa a su conciencia. Marie-Hélène ofrece ramas a las llamas. Mientras los demás dormían, la muchacha ha ido a recoger leña y ha podido mantener el fuego hasta la llegada del día. Va a llenar la cacerola en el manantial. Los demás se mueven y hacen muecas. Sus jóvenes cuerpos son sólo dolor.

Mathieu se frota el rostro. Algunos pelos hacen un ruido rasposo en su mentón.

—¡Sin fuego estamos perdidos! —advierde el joven—. Marie-Hélène se ha ocupado de eso mientras dormíamos. Pero tenemos que encargarnos por turnos. De día tendremos que recoger leña en el bosquecillo. Lo bastante para aguantar hasta mañana...

—Necesitaríamos troncos bien secos —añade Christophe.

De pronto, Séverine se incorpora, gesticula.

—¿Por qué te vas, Julie? —grita con una voz extraña—. Sabes muy bien que papá te quiere. ¡Te ha hablado así porque quiere que seas feliz!

Marie-Hélène vuelve hacia Christophe unos ojos pasmados.

—Julie, espérame, voy contigo.

Séverine se agita, mueve los brazos. De pronto, con los ojos abiertos aúlla: —¿Qué estás haciendo? ¡El agua está demasiado fría para bañarse!

Lanza un grito estridente y luego comienza a toser. Un hilillo de sangre brota de sus labios.

—¡Cálmate! —le murmura Christophe estrechándola dulcemente contra sí—. Estoy aquí, nada malo te sucederá.

El cuerpo de la niña es presa de estremecimientos.

—Ha visto cosas que afectarían a los más endurecidos. Su hermana se ahogó ante sus ojos el año pasado. Su abuelo dice que por esa causa pilló la tuberculosis —explica Christophe.

—Los socorros llegarán hoy o mañana. Es preciso tener paciencia —dice Matthieu, intentando en vano ocultar su ansiedad.

—¡No lo creo! ¡Nos engañamos! Los socorros no llegarán porque nadie piensa en nosotros —se indigna Christophe—. ¡Tenemos que salir de aquí por nuestro pie!

—¿Y adónde iremos? —pregunta Matthieu.

—Hacia su famoso paso secreto, y lo antes posible. Llega el mal tiempo.

—Pues yo digo que debemos aguardar aquí —grita Matthieu.

—Eres sólo un cagado. ¡Bien se ve que no eres tú el que escupe sangre!

Christophe se arroja sobre Matthieu, que lo repele con los puños. Los dos muchachos ruedan por el suelo.

—¡Parad de una vez!

Dos voces entremezcladas les inmovilizan: Jeanne y Marie-Hélène están juntas, pequeña y severa una, alta y leve como una pluma la otra. Los ecos de la gruta no dejan de amplificar su voluntad.

—Sois unos chiquillos —les reprocha Jeanne con esa calma que no da pie a la réplica.

Marie-Hélène no dice nada, pero su mirada muestra a las claras que piensa lo mismo.

Los dos muchachos se levantan, cariacontecidos. El deseo de verse las caras sigue leyéndose en el fondo de sus ojos. Dos gallitos en el mismo corral.

Una melodía procedente de muy lejos asciende y llena la gruta con sus notas leves y puras, hace cabriolas como un chivo en las laderas de la montaña. Sorprendidos y en silencio, escuchan fuera ya de la realidad. Olvidan sus dolores y el miedo. Séverine despierta tranquila, lejos de sus demonios, como si la enfermedad hubiera abandonado su cuerpo, demasiado flaco.

De pronto, Christophe se arroja sobre el músico y le arrebató el violín.

—¡Déjalo ya! —aúlla, pues aquella música le hace tanto daño que siente cómo las lágrimas picotean sus ojos.

Joachim recupera con rapidez su instrumento.

—¡Si escucho una vez más tu chirimbolo, juro que lo destrozo contra una roca!

—Ese chirimbolo es un violín más caro que un coche. Tal vez cueste lo mismo que un tanque; pero si los tanques hablan con la voz del infierno, él se expresa con la del cielo.

Los demás se vuelven hacia Joachim. Más bien bajo, rechoncho sin ser gordo, el muchacho tiene un modo de expresarse muy distinto al suyo. Sobre todo les intriga su mirada. A Marie-Hélène le parece, de pronto, muy sabio con sus grandes ojos deformados por la lupa de sus gafas.

—Con la música ya nadie piensa en pelearse. Sin su fuerza, no saldremos nunca de aquí.

—Si los socorros no llegan pronto, no será tu música la que nos impedirá morir de hambre.

Ese pensamiento calma los espíritus caldeados, un largo silencio se hace en la gruta.

—Hay algo de comer en la bolsa de Marcello —replica por fin Marie-Hélène.

—Tal vez, pero no podemos entrar.

—Volvamos allí —decide Marie-Hélène—. Sin duda habrá alguna solución.

Regresan al hangar, se detienen ante la puerta abierta. Christophe lanza un grito de sorpresa.

—¡La dinamita!

—¿Qué pasa?

—¡Que ya no está aquí!

En efecto, el paquete envuelto en papel de periódico ha desaparecido.

—¿Qué significa eso? —se inquieta Matthieu.

—¡No significa nada!

Se vuelven rápidamente. Jeanne les mira con una leve sonrisa en los labios.

—Yo la he quitado.

—¿Eso has hecho?

—La he llevado al arroyo —añade ella.

—Jeanne, ¡realmente eres una chica extraña! —exclama Christophe sonriendo.

Marie-Hélène entra primero y encuentra la bolsa.

—Haremos el inventario de nuestras provisiones —propone.

Saca una hogaza de pan, salchichón, jamón, dos botes de confitura, un cuchillo y una pequeña linterna.

—Funciona —advierde.

—Tenemos que ahorrar la pila —decide Matthieu tomando la linterna de manos de la muchacha y dejándola en un anaquel—. La utilizaremos en caso de absoluta necesidad.

—Hay un montón de troncos para el fuego. Unas palas, un pico. ¿Y qué es esto?

Abre un arcón que hay junto a la leña.

—¡Mantas llenas de polvo! ¿Y en este viejo armario?

Tira del pomo de la puerta, que se desatranca con un sonido agudo. En un estante descubre boles, tazas, tenedores y cucharas. Se vuelve sonriente hacia los demás.

—Lo llevaremos todo allí. ¡Hay que coger también algunos troncos!

Se reúnen alrededor del fuego avivado por la leña. Unas hermosas llamas iluminan el interior de la gruta.

—Debemos pensar que los socorros tardarán dos o tres días en llegar —observa Marie-Hélène—. Debemos racionarlo todo, pues. —Saca la hogaza de la bolsa. Toma el cuchillo puesto sobre la roca y traza seis líneas—. Una porción para cada comida —precisa—. Con una rebanada por la mañana y otra por la noche, eso supone tres días de comida.

—Seguramente bastará —dice Matthieu.

—¿Y si no llega la ayuda? —pregunta Christophe en un tono más alto—. ¿Qué propones?

—La ayuda llegará de Francia o de España, tal vez de ambos lados. Mira, tendríamos que haber llegado ya, quienes nos aguardan se están preocupando y van a buscarnos. Del lado francés, los maquis tienen espías entre los alemanes y ya saben lo que ha ocurrido. Sin duda un grupo ha salido ya para rescatarnos, encabezado por un amigo de Marcello que conoce el paso. Todo irá bien.

—Pse, seguramente tienes razón —responde Christophe, no muy convencido.

—Aquí va una rebanada para cada uno —precisa Marie-Hélène—. ¿Por dónde comenzamos de lo demás? ¿Por la charcutería o la confitura?

—¡Comamos la confitura! —dice Matthieu—. Luego, ya veremos.

Christophe le lanza una mirada colérica.

—Claro, tú no quieres comer charcutería. ¿Y no has pensado acaso que también los demás quieren confitura? —le espeta Christophe—. ¡Eres un verdadero judío!

—¿De qué estás hablando? —pregunta Matthieu, que ha palidecido.

—De tu modo de servirte en primer lugar.

—¡Las leyes de Dios no se aplican en condiciones de supervivencia! —indica Joachim—. Sin embargo...

Callan, se repliegan en sí mismos. Ahora que han comido, dormitan con los cuellos de sus anoraks subidos y ocultando sus manos en los bolsillos. No se atreven a salir de la gruta, temiendo perderse en esa montaña donde todo se parece. Nadie quiere estar ausente cuando lleguen los socorros, algo que podría suceder antes de lo previsto.

Cae la noche. Puesto que no tienen nada que hacer, Marie-Hélène distribuye la segunda rebanada de pan con salchichón o confitura. Comer les ocupa y les permite agarrarse a la esperanza de que los socorros llegarán cuando amanezca.

Se duermen extenuados, aunque no se hayan movido en todo el día.

## Cuarto día

Matthieu sale. La lluvia empantana la montaña, la aplasta en una niebla espesa de la que nacen minúsculas gotas gélidas. La nieve se ha fundido, sólo quedan aquí y allá algunas placas sucias.

Christophe le sigue. Matthieu siente la presencia del joven como un peso que le oprime el pecho. Divisan los cadáveres que la lluvia ha descubierto. El horror les aproxima en un silencio pesado.

—¡No podemos dejarlos ahí! —dice Jeanne, que acaba de reunirse con ellos.

Son incapaces de oponer el menor argumento.

—¿Qué hacemos? —pregunta finalmente Matthieu.

—Hay que enterrarlos. No importa dónde, siempre que podamos cavar.

—Cuando lleguen los socorros, tendrán otra cosa que hacer que bajarlos hasta el valle —dice Matthieu.

Desde que se marchó de París, una semana antes, el muchacho, que ha crecido en la seguridad de la gran mansión familiar, ha descubierto la incertidumbre del mundo. Tras la aniquilación que siguió al arresto de su madre, sus ganas de vivir ponen muy en duda los grandes principios generales que le inculcaron. Tiene la sensación de que los adultos le han mentido ocultándole la realidad. Aquéllos a quienes admiraba por su sabiduría, ¿no eran acaso peores que niños caprichosos?

Vuelve su cuadrado rostro hacia Christophe.

—¿Qué hacemos? —repite con una pizca de desafío.

—Hay dos palas y una especie de pico en el hangar.

—Vamos, entonces —dice Matthieu.

Christophe entra a buscar las herramientas. Las anchas palas, destinadas sobre todo a sacar la nieve, son poco aptas para apartar la tierra y los desechos.

—¿Dónde cavamos?

Matthieu teme tener que tocar los cadáveres para moverlos, pero no dice nada.

—No lo sé —responde.

—¿Y si hiciéramos el agujero a su lado? Bastaría con hacerlos rodar. De todos modos, cuando hayamos salido de ésta, alguien vendrá a buscarlos para llevarlos al cementerio, en el valle.

Matthieu toma el pico, se acerca al muro, sondea el suelo con la herramienta, entre los cuerpos.

—¡Esto es todo roca!

Se dirige hacia el sendero. Los otros le observan sin inmutarse.

Un balido llama su atención. Más abajo, las dos cabras están mirándolos. Christophe se pregunta dónde han podido pasar la noche.

—¿Y *Martillo*, dónde está?

No lo saben.

Christophe se acerca. El aire libre aviva sus pálidas mejillas.

—¡Cavaremos aquí! —decide Matthieu, que se ha colocado más allá del sendero, a unos diez metros de los cadáveres, en la ladera que mira hacia el sol—. Pondremos rocas, algo para marcar el emplazamiento de las tumbas.

Da el primer golpe de pico. Golpea roca. Recomienza un poco más allá, pero la montaña no se deja violar. Aquí, la naturaleza no se anda con chiquitas. Los lobos, los osos, los carroñeros se encargan de los muertos. La vida sólo puede perpetuarse por sí misma, sin esperar nada de la tierra, tal vez unos centímetros de barro o polvo, pero nada que el hombre pueda domesticar, moldear a voluntad.

—Has elegido mal el lugar —advierte Christophe—. Dame el pico.

Se dirige hacia la capilla, se detiene en una pequeña plataforma casi cuadrada, se vuelve hacia los demás.

—Creo que estarán muy bien aquí.

Levanta y descarga la herramienta, que se hunde en una tierra empapada de agua.

—¡Os lo había dicho! ¡Se puede cavar!

Pero de nuevo encuentran roca, a veinte centímetros bajo la tierra negra. El hierro resuena de nuevo. Tal vez sólo sea un guijarro, se tranquiliza Christophe, y golpea justo al lado. Suena un ruido de campana. El muchacho se encoleriza, toma impulso levantando la herramienta por encima de la cabeza, y golpea. El mango se rompe con un crujido de madera vieja. Christophe se levanta, apesadumbrado, con el mango roto en las manos.

—¡Ya está! —dice Joachim ajustándose las gafas.

El agua gorgotea por la pendiente, cae en cascadas entre la roca. Empapados, regresan a la gruta. La lluvia les da una buena razón para retrasar

la tarea. Séverine sonríe a Christophe. Extenuada, la niña yace en su improvisado lecho; la presencia de los demás la tranquiliza.

—Séverine tiene que forzarse a comer —dice Marie-Hélène, y va a buscar la rebanada de la niña, envuelta en papel de periódico.

Rebusca en su bolsa con la mano diestra y dirige a los demás una mirada interrogadora.

—Bueno, ¿qué pasa? —pregunta Matthieu.

—La rebanada —murmura Marie-Hélène—. No está aquí.

—¿Qué significa eso? —se indigna Christophe colocándose junto a Marie-Hélène, que guarda de nuevo su ropa en la bolsa.

Nadie le responde. Se dirigen miradas interrogadoras, teñidas de suspicacia. ¿Quién ha robado la rebanada?

—Tal vez ha sido un zorro —aventura Joachim con voz neutra.

—¿Alguna vez has visto un zorro abriendo una cremallera? —se burla Christophe.

Séverine sigue tosiendo. Entonces, Christophe estalla:

—Entre nosotros hay un cabrón, alguien que se ha comido la parte de la enferma. Y sé dónde está ese cabrón. ¡Con los chupópteros!

Matthieu da un brinco y se planta ante Christophe.

—¿Puedes repetir lo que acabas de decir?

—La lluvia acaba de cesar —anuncia Jeanne.

Los dos muchachos siguen mirándose unos instantes. Ni el uno ni el otro quiere ser el primero en apartar los ojos.

—Vamos, venid —insiste Jeanne—. Éste es el momento, antes del nuevo chaparrón.

Salen. Christophe toma la herramienta cuyo mango ha roto.

—De todos modos, puede servir —advierde.

Matthieu desplaza los guijarros que afloran bajo el musgo, Joachim aparta los escombros. Christophe empieza a cavar con la herramienta del mango roto, Marie-Hélène y Jeanne quitan las grandes piedras.

—Ya es bastante profundo —decreta Matthieu.

Se vuelven hacia los dos cadáveres abrazados. Con los ojos muy abiertos y una mueca en la cara. Nadie tiene el valor de tocar la ropa manchada de sangre. Matthieu se acerca y vacila. Christophe se queda atrás, con la herramienta en la mano.

—También hay que enterrar a Marcello —dice buscando un lugar propicio, junto al primer agujero.

Jeanne se atreve por fin a hacer lo que repugna a los demás. Se inclina sobre los cuerpos y agarra decididamente un brazo, tira con fuerza. Matthieu y Christophe acuden en su ayuda. Los cadáveres, siempre unidos, resbalan por el barro helado y caen a la fosa. Los adolescentes se miran, satisfechos.

—Bueno, no es muy profundo. ¡Echemos tierra encima! —dice Christophe secándose el rostro—. Basta con colocar grandes piedras para que los lobos no les desentierren.

—¿Los lobos? —se burla Matthieu—. ¡Hace mucho tiempo que no los hay!

Christophe se incorpora con ese aire burlón que afea su rostro.

—¡No puede negarse que eres un parisino! En los Alpes no hay lobos desde hace años, pero mi abuelo dice que, con la guerra, han regresado porque no queda nadie ya para expulsarlos. Sin duda, aquí ocurre lo mismo.

Joachim, con las gafas cubiertas de gotitas, se acerca a la tumba y recita una plegaria. Christophe le dirige una mirada irónica, pero no hace observación alguna.

Se apresuran a amontonar tierra sobre los horrendos rostros. Matthieu comienza a cavar al lado un agujero menos ancho para Marcello.

El viento se levanta de pronto. Un aguacero helado descarga sobre ellos. Abandonan las herramientas y corren a refugiarse.

La lluvia cae sin cesar hasta la noche, luego se transforma en nieve. Tiemblan en sus ropas mojadas. Tienen frío y hambre.

—Es hora de hacer una nueva distribución de comida —decide Matthieu—. De momento, nada podemos hacer por el pobre Marcello.

Saca de la bolsa de las provisiones una parte de hogaza, salchichón y el bote de confitura casi vacío. Joachim frunce el ceño viendo que Christophe corta unas rodajas de salchichón. ¿Podrá decidirse a comer cerdo? ¿Por qué no comer serpiente venenosa, sapo o rata? Si la verdadera religión sólo autoriza, en tiempo ordinario, la carne de animales con pezuñas y rumiantes, es que Dios tendrá sus razones. Transgredir su mandamiento debe de llevar a los peores abismos del mal.

—¡No lo consigo! —dice.

—No es grave, los demás se comerán tu parte.

Finalmente, Matthieu, Jeanne y Joachim rechazan la charcutería. Marie-Hélène toma su jamón ante la mirada de Matthieu, se lo lleva a los labios.

—¡Peor para ellos! —dice Christophe con animosidad—. Quienes no quieran charcutería, que coman el pan a secas.

Jeanne observa que no ha pronunciado la palabra «judío», pero no dice nada. Los demás mastican su pan blando en silencio. Disfrutando por primera vez en su vida de aquel gesto anodino.

Séverine, que ha despertado, castañetea los dientes.

No tiene fuerzas para comer y mira a Christophe como pidiéndole socorro. El adolescente la estrecha contra sí, le acaricia el pelo con ternura.

—¡Tiene mucha fiebre! ¿Pero qué podemos hacer?

Marie-Hélène le lleva un poco de agua tibia.

Joachim, que ha salido unos momentos antes, regresa sacudiéndose los copos que han caído sobre sus hombros.

—¡La que está cayendo!

Se apretujan junto al fuego. A pesar de las mantas, Séverine tiembla. Marie-Hélène habla para apartar su atención del tumulto que Matthieu, que acaba de sentarse junto a ella, hace estallar en su pecho. Su corazón palpita tan fuerte que teme que los demás lo oigan.

—Yo cuidaba niños cuando me lo pedían —dice—. Y además, trabajaba en un taller de costura...

—Yo —añade Christophe— era aprendiz en la imprenta de mi padre. Quería que conociera todo aquel curro, que fuera obrero antes de sustituirle. «Así, cuando seas el patrón, nadie podrá jugártela», me decía.

—Mi padre es mecánico —se cree obligado a precisar Joachim—. Mi madre no quiere que trabaje con él.

—Pues yo —suelta Christophe, que siente la necesidad de ponerse de relieve al mirar a Jeanne— soy campeón de tiro en el Ródano. El presidente de mi club dice que soy lo bastante bueno como para participar en el campeonato de Francia.

## Quinto día

—¡Venid a ver! —grita Joachim poniendo una brazada de troncos junto al fuego.

Los demás le miran. La nieve en su pelo transforma su rostro.

Corren hacia el hangar. Joachim rodea el montón de leña hasta una especie de artesa que hay en el rincón más oscuro. La tapa de gruesas tablas ha sido abierta. Sonriendo, el muchacho explica: —Había troncos encima, por eso no lo vimos. He quitado la leña y he aquí lo que he encontrado. —Muestra un saco de yute—. Patatas —dice con voz triunfal—. ¡Más de quince kilos! —Sacan luego un segundo saco—. Habichuelas. Los contrabandistas tenían provisiones para aguantar en caso de mal tiempo. Las habían escondido para que no se las robaran.

—Por eso los osos no vienen a comérselas —explica Christophe.

—Con esto podremos aguantar ocho días —advierte Marie-Hélène.

—No lo necesitaremos —concluye Matthieu—. Los socorros llegarán mucho antes.

Christophe le lanza una mirada incrédula. Lleva el saco de patatas hasta la gruta y comienza la distribución.

—No es muy complicado —explica—. Se pincha la patata en el extremo de un palo puntiagudo y se cuece en las brasas. Es delicioso. Las comía así en la granja de mis vecinos...

Cae la noche, blanca, inmóvil, llena de nieve por venir. Se está bien en el interior de la gruta. Los niños se atracan de patatas asadas. Marie-Hélène ha chafado un tubérculo y lo ha mezclado con agua para hacer una especie de puré para Séverine. Las ganas de vomitar revuelven el estómago de la niña.

Una vez saciado, Joachim recupera su ordinaria gravedad.

—Debemos pensar en dar gracias a Dios —dice uniendo las manos.

Matthieu se vuelve hacia Jeanne, hacia Marie-Hélène luego, como preguntándoles su opinión, pues piensa que Joachim no anda equivocado: las patatas podrían haberse podrido o ser devoradas por los ratones.

En silencio, Jeanne une las manos a su vez, junto a Marie-Hélène, que se arrodilla y hace la señal de la cruz. No es hora de diferencias, sino, por el contrario, de lo que les une. Christophe, que estaba en cuclillas junto a Séverine, se incorpora, demasiado alto frente a los demás que están de rodillas, y protesta.

—Pero bueno, ¡qué gilipolleces!

Nadie le responde. Ha hablado en el vacío y la gruta le devuelve el eco de su voz, como si nadie quisiera oírle.

—Hay patatas porque alguien las llevó allí. ¡Es tan sencillo como eso!

—¡Cierra la boca de una vez! —se indigna Matthieu.

Sin saber qué replicar, Christophe permanece boquiabierto, con los brazos colgando. El murmullo de los demás detiene su protesta. Finalmente, se vuelve hacia Séverine.

—¡Deja que hagan! Nosotros sabemos que no sirve de nada.

Séverine parece dormir. Su ruidosa respiración se une a la plegaria de los demás. Christophe va a buscar troncos y los amontona en un rincón de la gruta. Matthieu permanece unos instantes pensativo y decide: —No hay que forzar demasiado el fuego. Supón que los socorros no lleguen mañana, debemos economizar la leña.

—Podemos tomar los pedazos de viga de la capilla y también los del tejado del refugio —se opone Christophe—. ¡La nieve nos los conserva secos! Y además, más abajo, hay abetos.

—Es verdad, pero ésa no es una razón para malgastar. Tendremos que vigilar el fuego para que no se apague —decide Matthieu.

—Bueno —dice Marie-Hélène—, designaremos un turno de guardia.

Busca en su bolsa y saca papel de carta y un lápiz.

—Escribiré los nombres en esta hoja. Así no habrá discusiones. ¿Quién es el primero?

## Sexto día

Al levantarse, por la mañana, Matthieu tiende las manos hacia las llamas y decide: —Tenemos comida, tenemos fuego. Esta mañana lo prioritario es enterrar al pobre Marcello.

—Con la nieve que ha caído, no será fácil —replica Christophe.

—Además, tal vez la tierra esté helada, tan dura como las rocas —añade Joachim.

—De todos modos, lo intentaremos.

Puesto que Séverine duerme, los cinco salen para realizar una tarea que les cuesta pero de la que no pueden dispensarse. A grandes paletadas, Christophe desbroza el suelo junto a la tumba de Jocelyne y Loïc, y comprueba que la tierra es blanda aún. Matthieu toma el pico del mango roto, consiguen cavar una fosa de unos veinte centímetros de profundidad, luego el hierro choca con la roca. Matthieu se incorpora, se seca el sudor de la frente. Mira alrededor para encontrar un nuevo emplazamiento y evalúa la dificultad de la tarea.

—Seguramente será igual por este lado. Poniendo unas piedras, estará mejor que con nada, a fin de cuentas.

Nadie insiste. Colocan el cadáver del contrabandista en la fosa y ponen la tierra encima. Cuando ya lo han hecho, Matthieu advierte que el hombro aflora a la superficie.

—Con las piedras y la nieve bastará —dice Christophe, que ha olvidado sus guantes y tiene sabañones.

Encuentran algunas piedras pequeñas cerca de las ruinas del refugio, las demás están bajo una nieve que no tienen ánimos de quitar. Tienen frío, las ganas de reunirse junto al fuego les lleva a terminar de cualquier modo el trabajo. Incluso Joachim tiene prisa.

—De todos modos, los socorros se lo llevarán para entregarlo a su familia.

## Séptimo día

Christophe y Matthieu se relevan en su observatorio vigilando los alrededores. Tal vez la nieve sea demasiado espesa para que los socorros puedan cruzar el paso secreto. Y la cosa puede durar: ¡el invierno sólo está comenzando!

—No será mañana cuando florezca la nieve —gruñe Christophe.

—Tal vez la primavera no regrese nunca —murmura Matthieu, cediendo al desaliento. Luego reacciona—: Tú mismo dijiste que los montañeros nunca se pierden. De modo que los socorros van a llegar.

Christophe no responde, pero su huraño rostro muestra que lo duda.

## Octavo día

La reserva de patatas ha disminuido mucho. Las habichuelas no sirven para nada. Probablemente olvidadas en el refugio desde hace años, están llenas de gorgojos y se convierten en polvo. Si nadie viene a buscarlos, ¿cuánto tiempo podrán aguantar prisioneros en la montaña?

Séverine está muy mal. La fiebre, cada vez más alta, corroe su descarnado cuerpecito. Christophe la ha acercado al fuego a tal punto que el rostro le arde, lo que no le impide castañetear los dientes. Un reguero de sangre seca ensucia su barbilla y sus hundidas mejillas. Su entrecortada respiración suena como si se rascara una marmita oxidada. Christophe, que la ha velado parte de la última noche, sabe que está al límite de sus fuerzas. Entonces, ante la aparente insensibilidad de los demás, estalla: —¡Pero haced algo, hostia!

Christophe se refugia en el rincón oscuro de la gruta, tras una roca, y se sienta con la frente apoyada en las rodillas. Jeanne se reúne con él.

—Nadie puede hacer nada. Tienes que calmarte.

—¿Calmarme? ¡Pero es demasiado injusto que esa chiquilla sólo haya conocido el sufrimiento durante toda su vida! Y que ahora...

Jeanne posa su mano en la de Christophe.

—Nosotros, los judíos, tenemos la oración como último recurso. ¡Tú sólo tienes la cólera! Los socorros llegarán y tu pequeña protegida se salvará.

—¿Realmente crees en los socorros, tú? ¡Yo no! La gente del valle tiene otras cosas en que pensar.

Callan. Al otro lado de la gruta, Marie-Hélène atiza el fuego.

—¡Se da aires de gran dama y juega a la mamá con Séverine! —murmura Jeanne—. Cree saberlo todo y no sabe nada de la vida. Es una cáscara vacía.

—¿Y tú, tú qué eres? —responde Christophe.

Ella no contesta.

—Estoy enfadado con Matthieu —prosigue Christophe—. Me golpeó y la mandíbula sigue doliéndome. Me las pagará.

—Tú te lanzaste sobre él. Recibiste lo que merecías, estás celoso porque es más fuerte que tú.

—¿Y tú qué sabes?

—Los chicos no saben hacer trampas y son más estúpidos que el asno de Marcello.

—Te equivocas, te lo juro, te equivocas.

—No, no me equivoco y tú lo sabes.

Un estridente ruido cruza la gruta. Matthieu se incorpora, los corazones palpitan en los pechos. Joachim hace una mueca. Séverine abre de par en par unos ojos llenos de espanto. Christophe corre hacia ella y le toma la mano.

El ruido se repite, como si procediera de todas partes a la vez.

—¡Es la montaña que se queja! —murmura por fin Christophe.

Los demás le miran, pasmados.

—Sí —prosigue el joven—, mi abuelo dice que cuando la montaña grita así, está sufriendo y va a enfadarse. ¡Para nosotros no es buena cosa!

—¿Qué estás diciendo? —se burla Matthieu, como para tranquilizarse—. La montaña es un montón de guijarros, nada más.

Matthieu sale. Christophe se reúne con él. La noche no llega al blanco suelo. El cielo está salpicado de enormes estrellas, tan bajas que parecen al alcance de la mano. Hace frío. Los dos jóvenes se dirigen hacia el hangar y se detienen ante la tumba de Marcello, donde la tierra removida ensucia la nieve. Christophe es el primero que comprende lo que acaba de ocurrir.

—¡Tenemos un problema! —afirma.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Matthieu, ante el lugar donde estaba Marcello y de donde sale un ancho surco que atraviesa la pendiente.

—Algo se ha llevado el cadáver de Marcello. Mira, han apartado las piedras. Claro que no es que fueran muy pesadas. Lo que te digo: ¡un verdadero problema!

—¿Algo? —pregunta Matthieu con voz neutra—. ¿De qué estás hablando?

—¡De los lobos! ¡Los gritos que oímos la noche pasada, eran ellos!

—Se dice que los lobos no atacan a los humanos —intenta tranquilizarse Matthieu.

Christophe suelta una risa burlona.

—Eso se dice en tus libros de pequeño burgués. También se dice que Dios dará el paraíso a los desgraciados, para que se mantengan tranquilos. Francamente, no entiendes nada. Que sepas que, en casa de mi abuelo, en la Alta Saboya, la gente que no ha nacido con una cuchara de plata en la boca dice que los lobos, una vez han probado la carne humana, sólo quieren eso.

—¿Pero qué tonterías dices? Además, nada demuestra que haya lobos por aquí.

—Te digo que van a volver, ¡y vendrán por nosotros!

Entran en la gruta, donde el fuego palpita en las humeantes ascuas. Matthieu comprueba que no quedan ya troncos y monta en cólera: —¡El fuego está apagándose! ¿Quién está de guardia? —brama y va a consultar la hoja que cuelga en la entrada de la gruta—. Sin fuego, la palmaremos todos.

Marie-Hélène da vuelta al saco de patatas, del que caen unos treinta tubérculos.

—Es todo lo que queda —advierte—. No hemos tocado las habichuelas por los gorgojos, pero tendremos que comerlas si nos quedamos aquí unos días más. —Decide—: Comeremos una patata y medio bol de habichuelas por día. Es poco, pero a ese ritmo aguantaremos cinco días.

—¿Y luego? —pregunta Joachim.

—¡Para entonces los socorros ya habrán llegado! —concluye Matthieu, siempre optimista.

Séverine está tan débil que no se levanta ya de la yacija improvisada que Christophe, Marie-Hélène y Jeanne han confeccionado con su ropa. La niña sigue vomitando sangre.

—Necesita carne, algo muy consistente —dice Christophe—. ¡Ah! Si tuviera una escopeta...

—¿Y qué harías tú con una escopeta? —replica Matthieu en tono irónico.

—No olvides que soy el campeón de tiro del Ródano. Iría a cazar.

## Noveno día

Por la tarde hace buen tiempo. El sol brilla en un cielo despejado. La nieve espejea. Joachim se ha aislado en un rincón de la gruta para trabajar en su música. Christophe permanece junto a Séverine. Jeanne ha salido a caminar sola. Todos se repliegan en sí mismos. Buscan una ocupación para escapar del presente.

Matthieu y Marie-Hélène deciden ir a vigilar las laderas: el cielo está claro, los socorros podrían aprovechar la calma para subir. Se apostan en su habitual observatorio, barren el polvo blanco de una amplia roca y se sientan a la intensa luz, parpadeando. Han ido allí sin ponerse de acuerdo, porque nunca se alejan el uno del otro.

Matthieu observa a Marie-Hélène. Las mejillas de la joven están más hundidas, la piel seca de su rostro la envejece. Algunos trocitos de piel se desprenden de sus labios agrietados. El joven no se atreve a romper el silencio. Por fin, ella le dice:

—¿En qué estás pensando?

—En nada. Pensar me alejaría de aquí.

—Yo pienso en mi madre.

—¿Es morena, como tú?

—Sí, con los ojos negros. Trabajaba en una fábrica de piezas de avión. Limpiaba y se levantaba cada día a las tres de la madrugada. Ahora comprendo que era muy fuerte, muy valerosa. Varias veces me pidió que entregara un paquete a gente que yo no conocía. Creo que eran planos que robaba en la fábrica y que hacía llegar a la Resistencia.

Marie-Hélène se detiene unos instantes, dolorida por los recuerdos que desfilan por su cabeza. Luego prosigue:

—Yo trabajaba por la mañana en un taller de costura, y por la tarde cuidaba a los hijos de un funcionario que tiene un alto cargo en París.

—¿Un funcionario de los alemanes? ¿Uno de esos que dan caza a los judíos?

—No lo sé. Era un hombre distante, mucho mayor que su mujer. Me pagaba bien, y sus dos hijas, Marthe y Thérèse, eran adorables. Probablemente gracias a él no me llevaron con mi madre. Cuando la detuvieron, yo estaba en su casa. Me había pedido que me quedara con sus hijas dos días y dos noches.

—¿Y tu padre qué hacía?

—No gran cosa. Jardines. Nunca pudo soportar a un patrón. Se gastaba todo lo que ganaba en la taberna. Y luego, una noche, no regresó. Lo detuvieron porque, después de beber, profería cosas prohibidas sobre los nazis.

Mueve levemente la cabeza. Matthieu mira cómo se agitan los rizos de la muchacha a la luz del sol, bajo ya sobre el horizonte.

—Me digo a menudo que hay que olvidar todo esto y recomenzar de cero. Si salgo viva de aquí, nunca volveré a París. ¿Y tú, y tu familia?

Querría hablar de otra cosa. También él se dice que, si escapa de la prisión del Oustal y la de los nazis, no regresará a París.

—¡Tú eres rico! Se ve —insiste Marie-Hélène—. No tienes reacciones de pobre. La pobreza tiene sus propias palabras, sus gestos, y no son los tuyos.

Él no responde, consciente de que la riqueza familiar ha sido también una picota que le ha aislado del mundo. Aquí, la cortesía de las palabras bien elegidas no sirve de mucho. La guerra le ha mostrado que la violencia prevalecía siempre sobre el saber vivir. Sobre los buenos modos. El que pega primero se impone si no se anda con rodeos.

—Me queda mucho por aprender —advierte—. Me creía una persona mayor y, como tú, debo empezarlo todo de cero.

—A mi padre no le gustaban los judíos —añade Marie-Hélène—. Decía que todas nuestras desgracias procedían de ellos.

—Es lo que dicen, en efecto.

—¿Vivías en un castillo? —pregunta ingenuamente la muchacha.

—No; en una gran mansión. Vino la Gestapo. Vieron los cuadros de grandes pintores colgados de las paredes y la cubertería de plata en las alacenas. Detuvieron a mi padre. Mi madre y yo estábamos escondidos en la cocina. Mis hermanos y mi hermana habían huido unos días antes. Volvieron una semana más tarde; torturaron a mi madre y se la llevaron. Yo me había escondido en el pequeño despacho de mi padre. Me encontraron y me llevaron a la Gare de l'Est, donde habían reunido a centenares de judíos. Después nos llevaron a Toulouse y a Foix...

Ella le toma la mano con un gesto sin equívocos, natural, y aquel contacto envuelve a Matthieu, sobrepasa el dolor de los recuerdos. De pronto oyen un grito que llena la montaña. Un aullido de fiera derribada que se amplifica de una cumbre a otra, se multiplica hasta el infinito. Matthieu y Marie-Hélène dan un respingo. Jeanne, que se había alejado sola, regresa corriendo.

—¿Qué ocurre?

Ante la gruta, Christophe, que lleva a Séverine en sus brazos, acaba de lanzar aquel grito de desesperación. Matthieu y Marie-Hélène corren hacia él.

—¡Séverine, hostia, rápido, se ahoga!

La niña, con la boca abierta y los ojos en blanco, agita nerviosamente los brazos y sacude la cabeza. Grandes borbotones de sangre escapan de su boca.

—¡Séverine! ¡Respira!

Los demás, algo aparte, no se atreven a hacer el menor gesto.

—Séverine, piensa en Dios —dice Joachim uniendo las manos.

—¡Cierra la boca de una vez! —le espeta Christophe, soltándole una violenta patada que le alcanza en el bajo vientre.

Christophe abraza a la niña, la estrecha contra su pecho como para darle su propio aliento. La sangre corre por su anorak, se inmoviliza en grumos negruzcos. Los brazos de la enferma agitan el aire como las aspas desarticuladas de un molino y vuelven a caer, animados por un doloroso temblor; la cabeza se echa hacia atrás en un desorden de mechones rubios. Los grandes ojos abiertos se inmovilizan con aquella expresión de horror que tenía la mirada de Loïc.

—¡Hostia! —dice Christophe, dejándose caer sobre el cuerpecito que ha dejado ya de vivir.

Y mientras él hunde la cabeza en el pelo sucio de la niña, unos grandes sollozos agitan sus flacos hombros. Los demás están aterrados, paralizados por una realidad que supera las más horribles pesadillas. Joachim, sentado en el suelo, olvida el dolor de su bajo vientre.

De pronto, Christophe se levanta como un genio que brota de su lámpara y agita los puños ante Matthieu.

—¡Todo esto es culpa tuya! —ruge—. Si me hubieras escuchado, si nos hubiéramos marchado de aquí, habríamos encontrado el paso y hubieran podido salvar a la pequeña.

—Comprendo tu pena —dice Matthieu con voz grave—. Pero sabes muy bien que...

—Sé que somos unos acojonados de mierda. Y que nosotros hemos matado a la pequeña al quedarnos aquí. Has sido tú, al no querer partir, pero

también yo al escucharte. Somos unas gallinas mojadas.

—¡Basta, Christophe!

Jeanne se ha puesto ante él, erguida, segura de sí misma, sin bajar los ojos. Él vacila unos instantes, luego prosigue:

—Si salimos de ésta, te juro que tomaré un fusil y mataré a todos los alemanes y judíos que encuentre. Te lo juro, Séverine.

Se inclina hacia aquellos ojos abiertos, sin vida. ¿Qué último pensamiento permanece fijo para siempre en aquella mirada que no es ya la de una niña?

—¡Christophe! —repite Jeanne.

La cólera del adolescente se pierde entre lágrimas y sollozos. Jeanne le mira fijamente.

—Sientes pena, lo comprendo. Pero deja de decir tonterías.

La muchacha pasa la mano por los ojos del cadáver, cierra sus párpados con una delicada caricia.

—¿Qué haces?

—¡Es mejor así! —responde Jeanne—. Tiene que dormir.

Ahora, Séverine parece apaciguada. Christophe se arrodilla junto al pequeño cuerpo tendido sobre los guijarros. Lloro largo rato, y los demás respetan sus lágrimas evitando hablar.

—¡Séverine es la nieta de Justin Parthinot! —prosigue Christophe, que necesita hablar—. Cuando detuvieron a mi padre, yo estaba allí. Había armas detrás de la reserva de papel. Corrí para tomar una, porque sé disparar. Y Justin me lo impidió. Me propinó una patada en el culo y todavía la siento. Tenía razón. Si hubiera cogido un arma, me habrían matado con los demás. Me llevó consigo y me dijo que formaba parte, con mi padre, de una organización de resistencia. Por la noche, me habló, pero no como a un niño, no, como a un hombre, sin ocultarme nada de la verdad. Al día siguiente, cuando la Gestapo vino a detenerle, había huido. Yo estaba en casa de un vecino, con Séverine. Unos días más tarde, nos echaron el guante. Se nos llevaron, a la pequeña y a mí, nos amontonaron con otros en un tren que avanzaba al paso. Hacía un calor terrible y la pequeña tosía. Yo no podía darle nada, ni siquiera un poco de agua, y ella sentía fuego en su pecho.

Mathieu se ha acuclillado a su lado. Pone la mano en el hombro del muchacho que solloza al hablar.

Cuando cae la noche, todos están sentados, algo apartados. Christophe sigue estrechando a Séverine en sus brazos, como para seguir calentándola. Esta noche no sienten el fuego ni su calidez. Se hacen un ovillo, conscientes de que ya nada será como antes. Pasan así la noche, en silencio, recogidos.

## Décimo día

Nadie ha dormido. Prostrados junto al pequeño cadáver que Christophe ha tendido en una piedra plana, han dejado transcurrir las horas, conscientes de que el porvenir no les pertenece. Christophe es el primero que se levanta. Va a buscar agua del manantial para lavar el rostro y las mejillas de la niña, que se han puesto duras como la madera. Marie-Hélène quiere ayudarle. Él se niega. Entonces, con unos gestos delicados de los que nadie le habría creído capaz, el joven rubio pasa el trapo mojado por los labios y la barbilla, toma luego un peine de entre sus cosas y desenreda el pelo de Séverine cuidando de no tirar demasiado fuerte de los pegados mechones.

—Quiero que esté guapa —dice mojando su trapo en el agua para limpiar los rubios rizos empapados.

Busca en la bolsa de la niña un vestido limpio, pero todos están manchados, arrugados. Consigue doblar los brazos del cadáver sobre su pecho. Joachim recita una oración. Christophe no la escucha.

Parte de la mañana transcurre en un recogido silencio. El cadáver de Séverine ejerce sobre ellos una extraña fascinación. Les indigna y, sin embargo, no pueden apartarse de él. Joachim susurra a Matthieu:

—Es horrible, pero no podemos tenerla aquí.

Es cierto. Piensan en las dificultades que tuvieron para enterrar a Marcello, lo que no impidió que los lobos robaran el cadáver. ¿Pasarán más tiempo cavando tumbas que buscando el modo de salvarse?

—Hay que encontrar un lugar donde esté tranquila y donde podamos hablar con ella —insiste Joachim, estrechando contra su pecho el estuche del violín, como un escudo.

Christophe no puede admitir la realidad. Adopta la certidumbre de Matthieu que antes había rechazado:

—Cuando lleguen los socorros, la bajarán. Éste no es su lugar.

—¡Esperemos!

Sin añadir nada, Christophe se retira a un rincón de la gruta. Pasan las horas. No saben ya si es la mañana o la tarde. Finalmente, Jeanne exclama:

—¡No podemos quedarnos así!

Todos son conscientes de ello. La presencia de la muerta les impide pensar en lo que podrían hacer para salir bien librados. Permanecen junto al cuerpecito, con el espíritu empantanado en una mórbida letargia.

—Joachim tiene razón. La colocaremos donde esté bien, a la espera de poder bajarla —dice Christophe con voz sorda.

Aquella decisión le vacía de sus fuerzas postreras. Su gran cuerpo se derrumba, sus brazos demasiado largos cuelgan, agacha la cabeza y, luego, se dirige hacia la salida.

Matthieu se reúne con él. Los dos muchachos intercambian una mirada de la que ha desaparecido cualquier animosidad. Van a buscar herramientas al hangar, el pico con el mango roto, las anchas palas para la nieve, y se dirigen hacia el pequeño torrente que corre bajo los abetos. Christophe camina delante, tiene prisa por volver una monstruosa página. Bajo la nieve, el suelo está endurecido. Siguen por la ribera hasta un montón de guijarros coronado de blanco.

—Dicen que bajo los guijarros tarda en helarse —afirma Christophe desplazando las piedras sueltas.

Comienzan a trabajar y al cabo llegan a una tierra negra y muelle donde las palas entran sin demasiada dificultad. Sólo piensan en sus esfuerzos, olvidan momentáneamente que están perdidos en pleno Pirineo y que están cavando una tumba. Retoman el contacto consigo mismos. Con el filo de la pala, Christophe hace un magnífico agujero rectangular, cortando delicadamente las raíces de los árboles que serpentean hacia el agua.

—Pondremos una tela en el fondo y otra encima —dice el joven—, luego colocaremos troncos de madera que no la toquen y retengan la tierra. Así estará bien.

Regresan en silencio a la gruta. El sol poniente ilumina la nieve con cálidos fulgores ocre y rojos. Christophe, con los dientes prietos, toma delicadamente el cuerpecito en sus brazos, lo levanta y sale. Los demás caminan detrás. Joachim, con las manos unidas, murmura una plegaria en hebreo y Christophe no dice nada. Paradójicamente, aquellas letanías ancestrales que brotan en una lengua que no conoce le tranquilizan. Preñadas de una esperanza que él nunca había sentido, le vinculan a toda la humanidad.

Llegan al bosquecillo. Matthieu extiende en la tierra negra un pedazo de lona que ha encontrado en el hangar. Christophe deposita allí a la niña. Todos se arrodillan alrededor de la tumba y oran a su modo. Joachim recita versículos de la Biblia en un silencio que da a sus palabras un alcance

universal. Christophe piensa en la corta y miserable vida de Séverine y aprieta los puños. ¿Qué felicidad se lleva de este mundo? «¡Por tan grande injusticia —piensa rabioso—, su Dios merece que le rompan la cara!». Finalmente, se inclina sobre el pequeño rostro que parece apaciguado y deposita un beso en la fría mejilla.

—Salud, hermanita.

Él mismo la cubre con la lona, pues no quiere compartir con los demás la última imagen de la niña. Matthieu coloca unos palos encima, luego unas ramas de abeto. Finalmente, empuja la tierra negra extendiéndola cuidadosamente con el extremo de su pala.

Christophe se levanta, pálido el rostro, dura la mirada. Jeanne se acerca a él, tanto que siente el hombro de la muchacha contra su brazo. Matthieu y Joachim se muestran graves, con las manos unidas ante ellos. Marie-Hélène tiembla.

Matthieu se seca los ojos con la manga de su abrigo.

—¡Volvamos a poner las piedras por encima! —dice—. Y que sean grandes.

—¡Yo quiero una cruz! —suelta Christophe.

—¿Una cruz? —pregunta Jeanne, sorprendida de que semejante proposición venga del muchacho que no deja de maldecir a Dios y las religiones.

—La cruz es marca de desgracia, y ella la ha sufrido mucho —responde secamente Christophe.

Matthieu encuentra dos ramas de sauce y las ata con un cordel. Cuando todo está hecho, el grupo regresa lentamente a la gruta, silencioso. Tienen la impresión de dejar una parte de ellos mismos bajo el montón de guijarros y ser por ello menos fuertes.

## Undécimo día

Se apretujan alrededor del fuego. Matthieu trae los troncos del hangar y anuncia que la reserva ha disminuido bastante. Por la noche, comen las últimas patatas que Marie-Hélène distribuye equitativamente.

Están tristes. El recuerdo de la pequeña Séverine no les abandona.

## Duodécimo día

Christophe ya no es el mismo. Permanece apartado de los demás. Él, que tan fácilmente se burlaba, no se ofusca ya cuando Joachim se arrodilla para rezar. Sale, da largas caminatas por la montaña, como si buscara algo. Se detiene ante la tumba de Séverine y permanece allí horas y horas, hasta que el frío le expulsa. Sólo quedan las habichuelas rancias que Marie-Hélène hierve en agua y aplasta en un infecto puré. ¿Qué comerán cuando el saco esté vacío?

—Algo no va bien... —se inquieta de pronto Joachim—. La mujer de la taberna debería avisar a los resistentes al no ver a Marcello. Pero, si lo hace, ¿cuánto tiempo va a tardar? Un día para llegar a España por carretera, otro para regresar a Vicdessos, el tercero para subir hasta aquí; son tres días. Así pues, al cabo de tres días, la mujer de la taberna se extraña cuando no ve aparecer a Marcello. Avisa a los resistentes.

—Por lo tanto, algo no va bien —concluye Matthieu.

Todos han hecho el mismo cálculo. Ahora, cuando sólo tienen puré de habichuelas rancias para comer, la certidumbre de que nadie piensa en ellos se impone en su espíritu, aunque la rechacen.

—¡Es la guerra! —dice Matthieu en tono fatalista—. Nada ocurre como estaba previsto. Sin embargo, no hay que perder la esperanza, aguardar es todo lo que podemos hacer.

## Decimotercer día

A mediodía, Matthieu pide a los demás que se sienten junto al fuego y le escuchen. En cinco días, su barba ha crecido; algunos pelos dispersos ensucian su mentón y sus mejillas. Esa superioridad de adulto le confiere cierta autoridad. Sus hombros de hombre, su rostro cuadrado, su calma la imponen.

Christophe se acerca. Se pasa la mano por el mentón, que sigue siendo el de un niño. A pesar de su alta talla, tiene todavía las mejillas lisas, una piel clara que no ha endurecido hoja de afeitar alguna.

—Los socorros están tardando —admite Matthieu—. Pero llegarán un día u otro. Entretanto, las provisiones del hangar se agotan.

—Recogeremos leña en el bosquecillo de abajo —propone Christophe—. He visto varios abetos derribados por el viento. Hay una sierra y varias hachas en el hangar. Podemos hacer leña. Con su resina, la madera de abeto arde muy bien, aunque no esté seca.

—¡Está la cuestión de la comida! —replica Matthieu—. Todavía nos quedan tres o cuatro días de habichuelas.

Joachim contiene una náusea.

—Lo que significa que debemos encontrar el modo de largarnos —responde Christophe.

Nadie dice palabra. Salen, conscientes de que están al pie de una pared infranqueable. Como una razón para esperar, ocupan su tarde transportando haces de ramas secas que encuentran bajo los abetos. Han caído dos árboles. Matthieu y Christophe rivalizan en fuerza cortando las ramas y los troncos con una vieja sierra desdentada. Cuando sube una brazada, a Christophe le extraña la presencia del asno.

—Me pregunto dónde pasa la noche para escapar de los lobos...

—¡Bah! —dice Matthieu—. ¡Se esconde!

—Exacto. Y pienso también en las dos cabras. Las vemos cada día descendiendo hacia el monte bajo. Por lo tanto, debe de existir otra gruta.

Hace varios días que piensa en ello. Su abuelo le habló mucho de los contrabandistas alpinos que pasaban de Italia a Francia y Suiza. Eran hombres previsores que conocían la montaña y sus celadas. Los que cruzan los Pirineos son también muy listos y sin duda disponen de provisiones en distintos lugares.

El tiempo está gris. La nieve refleja una luz macilenta bajo un cielo plomizo. Los copos han dejado de caer, pero la niebla lo envuelve todo. Christophe, que se empeña en comprender, ha dejado a los demás para observar los animales, el asno y las dos cabras divisadas a comienzos de la tarde. Las pierde muy pronto de vista. Sigue su rastro, seguro de que le llevarán a una nueva gruta, otro escondrijo más importante, donde los contrabandistas guardan provisiones por si la tormenta les bloquea durante varios días.

Le cuesta avanzar por una capa de nieve blanda. A ras de suelo corre un vientecillo que levanta ligeros torbellinos de polvo blanco.

—¡Necesitaría unas raquetas!

Avanza hacia un roquedal. Los pasos del asno se detienen ahí. Deslizándose entre los prietos bloques, descubre la entrada de una gruta tan bien oculta que es invisible para quien no la conoce. Se mete por allí. Otra abertura, en lo alto, deja pasar algo de luz. Un ruido le sorprende. Tendida en una cornisa, la cabra blanca escapa por el fondo.

«De modo que hay una salida por aquel lado», se dice.

Prosigue su exploración. La gruta no es una galería horadada en la montaña por las aguas, sino un espacio libre entre enormes bloques de piedra apilados. Lo rodea y regresa a la entrada principal.

«Qué extraño», piensa.

El joven desanda el camino y explora de nuevo los menores rincones: no encuentra la segunda salida. Renuncia momentáneamente a su búsqueda, seguro de haber hecho un descubrimiento importante para la supervivencia del grupo. Se reúne con los demás. Fatigados de buscar leña, se apretujan ante el fuego y tienden sus doloridos miembros a las llamas.

—¿Ha encontrado algo el señor explorador? —pregunta Matthieu, que reprocha a Christophe no haber participado en el trabajo.

—Sí, una segunda gruta, arriba. ¡Y esta vez estoy seguro de que es un gran descubrimiento!

—Caramba —se extraña Matthieu—. ¿Qué nos proporciona eso?

—Allí pasan las noches *Martillo* y las cabras. Entran por ese lado, pero no he podido encontrar por dónde salen. Lo encontraré y estoy seguro de que hay

provisiones bien escondidas, muchas provisiones.

—¿Qué sabes tú? —masculla Matthieu, sentado junto a Marie-Hélène.

—La gente de la montaña nunca pone todas sus reservas en el mismo lugar.

Christophe se frota los ojos. Desde hace algún tiempo, la chimenea natural no cumple ya correctamente su misión y el fuego arde peor. El humo se queda en la gruta y seca las gargantas.

—Mejor haríais en buscar por qué nos estamos ahumando —salta Marie-Hélène—. Si esto sigue así, no podremos ya encender fuego sin riesgo de asfixiarnos.

—¡Ya lo sé! —dice Joachim—. Mirad, el conducto no aspira ya el humo. Por lo tanto, la nieve lo ha tapado. Hay que trepar enseguida a las rocas y quitarla.

Salen. Christophe, que no ha aguardado a Matthieu, escala las resbaladizas rocas hasta una especie de terraza hecha con bloques apilados que la nieve oculta. El joven, que avanza con precaución, encuentra fácilmente el hueco por donde sale el humo. Joachim tenía razón: el orificio está casi tapado por una gruesa capa de nieve. Lo despeja con precaución y las llamas recuperan su vigor.

Matthieu ha aguardado ese momento, como si quisiera que lo vieran, para tomar la mano de Marie-Hélène y llevarla aparte.

Christophe les ve correr hasta el bosquecillo. Un insidioso dolor serpentea en su pecho, lo perfora, le impide respirar. Se siente de pronto perdido, terriblemente solo, excluido del juego entre muchachos y chicas. ¿Es tan feo que repugna a los demás? Es demasiado alto, ciertamente demasiado flaco, su rostro sigue siendo desesperadamente infantil y, sin embargo, siente deseos de hombre. Ardientes impulsos le lanzan hacia las chicas, pero no sabe hablarles. Para ocultar su timidez, se hace el matasiete, el payaso, y habla con grosería, pero a solas ante una muchacha vuelve a ser él mismo: sus deseos, sus ganas de abrazar, de amar sin límites le parecen fuera de lugar, vergonzosos, sucios y repugnantes.

—Te duele, ¿verdad?

Se vuelve con rapidez. Jeanne le mira con sus ojos negros llenos de la luz vespertina. La muchacha se ha acercado sin hacer ruido. Tiene la discreción del gato y está siempre donde menos se la espera. Algo de viento se desliza por su rostro y hace revolotear cortos mechones sobre su frente.

—¿De modo que no habías visto nada? Hace ya dos días que se buscan, que se dan la mano. Francamente, ¿cómo has podido no verlo?

Entonces, Christophe baja los ojos y murmura:

—¡Me importa un pimiento, entérate!

—Tienes razón. ¡Hay cosas más importantes! Pronto no nos quedará nada que comer.

—¿Y qué podemos hacer?

—¡Movernos! —decide Jeanne plantándose ante Christophe—. Ya imaginarás que los socorros no llegarán. Debemos marcharnos de aquí y encontrar el famoso paso. Estoy casi segura de que es menos peligroso de lo que dicen. Es nuestra última oportunidad.

Christophe inspira. Lo que Jeanne dice es cierto, sin embargo, valora los peligros porque su abuelo le habló a menudo de la montaña y sus caprichos.

—Es muy peligroso aventurarse así por la nieve. Acabaremos siendo la cena para los lobos.

Se han alejado del bosquecillo y regresan, a paso lento, hacia la gruta. Escuchan las notas de una melodía ligera: Joachim aprovecha que está solo para tocar el violín.

—Ni hablar de que nos marchemos todos. No conseguiríamos entendernos. Tú y Matthieu os pasáis la vida peleándoos. De modo que nos marcharemos los dos.

—¿Y los demás? ¿Quieres abandonarlos?

—No; cuando llegemos abajo, les mandaremos ayuda.

—Hay que reflexionar antes de hacer cualquier cosa.

—Escucha, esta noche, cuando todo el mundo duerma, nos encontraremos en el hangar. Te enseñaré algo. Bastará para decidirte, pero no debes decírselo a nadie.

Jeanne se aleja con paso firme. Christophe va a esconder su malestar en la gruta de arriba, donde se refugian los animales. Marie-Hélène y Matthieu regresan dándose la mano. La muchacha tiene enrojecidas las mejillas. Cae la noche. El claro cielo y el viento que se ha levantado indican que el crudo invierno no tardará. Christophe sabe que el viento traerá hielo y, cuando se calme, la nieve caerá durante días y días.

La chimenea aspira de nuevo el humo, el fuego arde proporcionando un agradable calor. Christophe se ha sentado aparte. Matthieu y Marie-Hélène charlan el uno junto al otro. Joachim lee un libro que ha sacado del estuche de su violín.

Tragan asqueados el puré de habichuelas. Para disimular sus náuseas, Joachim se sumerge en la lectura de su libro. Esta noche debe ocuparse del fuego y no tiene derecho a dormir antes de que despierte Jeanne, que le

sustituirá. Esas guardias nocturnas son difíciles de soportar y, sin embargo, nadie piensa en evitarlas: su supervivencia depende de ello.

Flota el recuerdo de Séverine. Todos piensan en ella, aunque eviten hablar. Marie-Hélène ha lavado la ropa que servía de yacija a la enferma y la ha puesto a secar al fondo de la gruta, colgada de un cordel encontrado en el hangar. Todas las miradas se vuelven hacia los jerséis, los pantalones y las camisas que recuerdan el suplicio de su pequeña compañera.

Tras haber comido, Matthieu y Marie-Hélène se retiran al fondo de la gruta. Jeanne se levanta y se inclina hacia Christophe.

—Voy. Te reúnes conmigo dentro de unos minutos.

La muchacha sale a la oscuridad. Unos momentos más tarde, aunque parezca una eternidad, Christophe se dirige a su vez hacia la salida. Joachim vuelve hacia él su mirada de miope pero no le hace ninguna pregunta. El viento levanta nubes de nieve que congelan el rostro. Christophe camina deprisa hasta el hangar. Allí, le sorprende una luz eléctrica.

—Es una linterna que he encontrado —dice Jeanne—. Pero eso no es todo. Ven a ver.

Lleva al muchacho hasta una trampilla de sótano que ha descubierto bajo los troncos que la cubrían. Lo que le enseña le deja mudo: un fusil de mira telescópica y dos cajas de cartuchos.

—¡Ya ves! —dice Jeanne con una sonrisa que transforma su rostro—. ¿Te parece suficiente protección para marcharnos?

—¿Cómo lo has encontrado?

—Rebuscaba entre ese revoltijo de cajas y botes de conserva vacíos, por si había otro saco de patatas escondido bajo los desechos.

—Francamente... —dice Christophe, e inspecciona el arma como un entendido.

—Y entonces vi estas tablas y pensé que habría algún escondrijo.

Christophe comprueba el mecanismo y se lleva el fusil a la altura del rostro.

—Es nuestra única posibilidad de supervivencia —insiste Jeanne—. Con este fusil y contigo, que eres un buen tirador, no corremos riesgo alguno.

—Si lo he entendido bien, me llevas para que te proteja.

Ella sonríe.

—Ve a dormir un poco con los demás, para no levantar sospechas. Me toca encargarme del fuego. Te despertaré. Partiremos antes de que amanezca.

## Decimocuarto día

A pesar de sus largas piernas, Christophe sufre en la nieve, donde se hunde hasta las rodillas. Silenciosa, Jeanne camina tras él. Han salido del Oustal mucho antes de que el sol naciente dibujara un ribete dorado en las crestas que se levantan ante ellos, como un muro contra el que van a chocar. Christophe, que teme a los lobos, lleva su fusil en bandolera, dispuesto a empuñarlo y apuntar.

Caminan así mucho rato sin decir palabra. Siguen la pendiente hasta el cañón; basta eso para llegar a las fuentes del torrente y al famoso paso. Ahora, la fatiga comienza a hacerse sentir. Sus pasos son menos seguros.

—Los demás nos tomarán por unos cabrones —murmura Christophe.

—No corren riesgo alguno. Hemos recogido mucha leña y el fuego no se apagará. Les enviaremos socorros. Es su única oportunidad.

—¡Cierto es que comenzaba a estar harto de dar vueltas en redondo!

El sol asciende por un cielo muy claro. Tras el frío matinal es agradable, casi dulce. Flanquean un pequeño bosquecillo de abetos achaparrados, aplastados por gruesas placas de nieve. Jeanne mira al frente, a la inmóvil inmensidad de la montaña. Había esperado que el paso se encontrara sólo a unas horas de camino, pero el cañón prosigue hasta el horizonte, cada vez más profundo e infranqueable. La prueba será más larga de lo que creía.

—Nos hemos precipitado un poco —dice—. No tenemos nada que comer ni para encender fuego y pasar la noche.

Christophe se vuelve. El sol le deslumbra y eso le sienta bien. La luz irradia su cuerpo, lo caldea, le devuelve confianza.

—No te preocupes —la tranquiliza mostrando su arma—. Con esto encontraremos algo que comer.

—De acuerdo —responde la muchacha—, pero ¿nos comeremos cruda la pieza que caces? No será muy buena.

Christophe sonríe, busca en el bolsillo de su anorak y saca el amarillo mechero de Marcello.

—¡Pues sí que estamos buenos! —se burla Jeanne con voz seca—. No funciona.

Christophe quita el capuchón y frota la ruedecilla. En la mecha negra brota una llama.

—Estaba mojado, por eso no funcionaba cuando Matthieu lo cogió del bolsillo de Marcello. Luego se secó y ya ves.

—¡Bien sabía que tú eras el más listo! Debemos prever que vamos a pasar la noche por aquí, en alguna parte —añade Jeanne—. Hay que encontrar un refugio y encender un fuego con leña.

El sol baja ya hacia las cumbres del oeste. Un vientecillo gélido acaba de levantarse. Jeanne se estremece. No consigue ya poner un pie delante del otro, pero no quiere mostrar su fatiga. Flanquean una pared desnuda. La roca, agrietada, forma anfractuosidades, pequeñas grutas abrigadas. Jeanne elige una y se sienta en la roca.

—¡Ya no debe de quedar mucho!

—¡Espérame aquí! Volveré con algo para comer —dice Christophe, montando el fusil.

—Déjame el mechero. Encenderé fuego.

A pesar de los agudos dolores que siente en las articulaciones, Jeanne baja hasta el bosquecillo, reúne un haz de ramas secas y ramitas para llevarlas hasta la gruta. Las pone sobre unas piedras, enciende el mechero. El fuego se propaga a las ramas secas que crepitan. Jeanne tiende las manos. El calor acaricia su piel. De pronto, se siente muy cansada.

La luz declina. La montaña se encierra en un silencio sin vida. En el bosquecillo, la nieve se ha acumulado en montículos donde el muchacho se hunde hasta la cintura. El ruido que hace para librarse descubre su presencia y hace huir a todos los animales. Patrulla largo rato entre los pequeños abetos. Cae la noche. Helado, el muchacho regresa.

—Los animales se esconden —dice—. Habrá que esperar a la mañana, cuando salga el sol.

Jeanne está tan cansada que ya no siente el hambre. Él se sienta junto a la muchacha. El fuego arde y abrasa su rostro. Es agradable. Permanecen así mucho tiempo, silenciosos, con la cabeza vacía, incapaces de fijar sus pensamientos. Jeanne es la primera que habla, la que siente a estas horas deseos de confiarse.

—Mi padre y mi madre son profesores en la facultad de Poitiers. Mi padre enseña filosofía y mi madre, letras. Viven en sus libros, con sus alumnos, y a veces me pregunto por qué nací. ¡Sin duda un accidente!

—Mi hermana, la que murió, tenía más o menos la edad de Séverine — encadena Christophe—. La atropelló un coche. Cuando los gendarmes vinieron a darnos la noticia, mi madre se desvaneció. Siempre exagera. Mi padre, al regresar de la imprenta, vio el cuerpecito tendido en la cama. Unas monjas del convento cercano la arreglaban y tapaban las heridas. Comenzaron a rezar, y mi padre, al que no le gustan esas bobadas, se arrodilló con ellas. Luego permaneció sentado a la mesa, en su sitio habitual, y no se movió en toda la noche. Pálido y sin verter ni una lágrima.

—¿Y tú?

—Yo no lo comprendí enseguida o, en todo caso, me negué a comprenderlo. Me peleaba mucho con mi hermana. Al encargarme de Séverine, tenía la impresión de que me redimía. Cuando la guerra haya acabado, volveré a buscarla para enterrarla con su abuela.

—Yo no existo para mis padres —prosigue Jeanne—. Crecí a su lado sin que ellos se tomaran la molestia de escucharme. Viven en sus libros y no se preocupan de lo que ocurre a su alrededor. Hubieran debido huir cuando comenzó la persecución de los judíos. Se negaron. Dejaron que les detuvieran, pensando que sus derechos acabarían imponiéndose.

—¡Por eso eres tan fuerte! Has tenido que arreglártelas sola.

—Tenía a mi abuela, afortunadamente. Pero no es por eso. Cuando detuvieron a mis padres, yo estaba escondida en un armario. La gente de la Gestapo me buscó, pero no me encontraron por pura suerte. Permanecí encerrada cuatro días.

—¿Y quién te encontró? ¿Tu abuela?

Christophe ve que el rostro de la muchacha, iluminado por las llamas, se contrae.

—No tengo ganas de hablar de eso.

Él no insiste. Un impulso natural le empuja hacia la muchacha. Piensa en Matthieu y Marie-Hélène. Torpemente, posa su brazo en el hombro de Jeanne y siente que se estremece.

—¡Déjame! —murmura ella.

—Tenemos que calentarnos.

—No me gusta que me toquen —repite la muchacha, apartándose—. ¡Intenta dormir! Mañana encontraremos el paso.

## En el Oustal

En la gruta del Oustal, una sensación de frío despierta sobresaltado a Matthieu. Se levanta y corre hacia el fuego agonizante.

—¿Qué pasa? —grita—. ¿Jeanne, dónde estás?

Pone leña en las brasas que palpitan entre las cenizas. El silencio de la gruta le parece profundo, pesado, un silencio donde nadie vive.

Matthieu añade unos troncos, sopla sobre las brasas. De las ascuas brota una llama.

—Hemos tenido suerte —dice Marie-Hélène, que se ha acercado—. ¡Sin fuego no aguantaríamos ni dos días!

—Pero bueno —se indigna Matthieu mientras consulta la hoja en la entrada de la gruta—, ¡Jeanne era la que debía encargarse del fuego! ¿Dónde está?

—¿Y Christophe? —pregunta Marie-Hélène, súbitamente presa de un presentimiento.

Joachim se ajusta las gafas y mira en derredor. Comprueba la ausencia de ambos adolescentes.

—¡No lo sé! —gruñe—. Quizás han salido.

Fuera, Matthieu advierte las huellas recientes que se alejan de la gruta. Las sigue hasta el bosquecillo, luego comprende que Christophe y Jeanne han decidido ir en busca del hipotético paso en las fuentes del torrente.

—¡Están completamente locos! —murmura, y da media vuelta.

Al entrar en la gruta, el horrible olor del puré de habichuelas que Marie-Hélène está cocinando le arranca una mueca.

—Si la ayuda no llega muy pronto y si no encontramos nada que comer...

Marie-Hélène no concluye la frase. Remueve el puré en la cacerola puesta sobre las llamas. Su pelo, que ya no cuida, cae sobre sus hombros en grandes bucles grasientos.

—A fin de cuentas, tal vez hayan hecho bien al marcharse —añade.

—No, en absoluto —decide Matthieu—. La verdad pura y llana es que nos han abandonado, y no me sorprende.

Joachim se aproxima al fuego, abre el estuche, inspecciona su violín.

—¡Tiene frío! —dice al tiempo que lo coloca ante las llamas.

Finalmente, guarda el instrumento en su estuche de terciopelo granate y saca su librito de una bolsa de la caja.

—¿Qué es ese libracó que no dejas de hojear? —pregunta Marie-Hélène.

—Es mi biblia. Algunos extractos, realmente esenciales para los momentos difíciles. Mi padre quiere que lo lleve siempre conmigo.

—¡Qué idea! —Matthieu se ha acercado.

—La Biblia es el libro más importante para la humanidad —afirma profesoralmente Joachim, que ha recuperado su aplomo—. En estas páginas se expresa Dios. Estamos en una situación difícil, pero la Biblia nos enseña que ninguna situación es desesperada. La abres al azar y Dios te da un consejo.

—¿Qué quieres decir?

Joachim cierra su libro haciendo que chasquee, luego lo abre y lee: —«Ahora, hijo mío, te informo de que he depositado diez talentos de plata en casa de Gabael, hijo de Gabri, en Rhages de Media. No tengas miedo, hijo mío, de que nos hayamos convertido en pobres...». —Levanta hacia los demás un rostro arrobado. Sus ojos sonrían detrás de las gafas—. Ya os lo decía... Dios nos hace saber que no debemos tener miedo, que sólo somos pobres en apariencia: hay dinero oculto por aquí, en alguna parte. Ese dinero son, claro está, las provisiones que necesitamos.

—Pse —dice Matthieu—. Puede interpretarse así, pero no me convence.

—¿No? —responde Joachim, seguro de sí mismo—. Pues bien, abriré otra página y esta vez verás cómo Dios nos da otra indicación para encontrar lo que buscamos.

Hace de nuevo que el libro chasquee, lo abre sin mirar, pone su índice en una línea y lee: —«Subieron pues a la ciudad. Cuando entraban por la puerta, Samuel salía a su encuentro para subir a lo alto». —Dirigió a los demás una mirada radiante.

—¡No comprendo nada! —persiste Matthieu.

—¡Es muy fácil! —exclama triunfalmente Joachim—. Debemos subir a la gruta donde los animales pernoctan. Allí encontraremos comida. Christophe nos lo dijo y tenía razón. Dios se expresa a veces por boca de quienes reniegan de él.

—Si tú lo dices, pero yo sigo sin comprender.

Matthieu no había crecido en una estricta práctica religiosa. Su padre, Isaac, no se dejaba llevar por los dogmas. La fortuna de los Leiman se amasó

en dos generaciones, la empresa familiar era su única preocupación.

—Bueno, ¿y qué más dice la Biblia? —pregunta el joven, impaciente.

Joachim, sumido en el juego, abre su libro:

—«Ner engendró a Qish, Qish engendró a Saúl, Saúl engendró a Jonathan, Malki-Shua, a Banadab y Eshball...».

Matthieu y Marie-Hélène se miran sin ganas de reír. Joachim dice, sin embargo, la última palabra: —A veces, Dios se expresa de un modo que no comprendemos.

—¿Para qué se expresa, entonces? —pregunta Matthieu.

—¡Debemos subir a la gruta de arriba! —insiste Joachim, guardando su libro—. Allí está la solución.

—¿Y sabes dónde se encuentra?

—Sí, vi como Christophe salía de ella. La entrada está oculta por la nieve, bastará con quitarla.

Salen. El viento ha cambiado de dirección. Grandes nubes anuncian una tempestad.

—¡Ya sólo nos faltaba eso! —dice Matthieu, estremeciéndose.

Encuentra fácilmente la entrada, de la que quita la nieve con la pala que se utilizó para cavar las tumbas. Es sólo un estrecho paso, una grieta en la roca que da acceso a un espacio desnudo. Le sorprende un fuerte olor a sebo de oveja.

—¡No se ve nada! —exclama Marie-Hélène, y aprovecha para coger la mano de Matthieu.

—Vuelvo enseguida —dice el muchacho.

Instantes más tarde, regresa con un ascua incandescente que revela un suelo de tierra cubierto de cagarrutas de cabra. Las paredes son un amontonamiento rocoso de vivas aristas. Joachim levanta su ascua, que se apaga desprendiendo una humareda espesa y acre.

Sin embargo, se acostumbran a la penumbra y advierten que, como en la gruta de abajo, las rocas emiten una fluorescencia que les permite explorar ese largo laberinto. Joachim se aventura por él, impulsado por la convicción de que la Biblia no les ha llevado en balde hasta allí. De pronto, lanza un grito. Matthieu corre.

—Joachim, ¿qué te pasa?

—No lo sé, he caído en un agujero.

—Voy a sacarte. Sigue hablando para que pueda orientarme.

—Necesitamos una linterna —susurra Marie-Hélène, muy cerca de Matthieu.

—Aquí hay un paso —murmura el joven, acucillado—. Comprendo que Christophe no lo haya encontrado, mira, lo disimula esta cresta. Me pregunto cómo ha hecho Joachim para caer aquí.

Marie-Hélène sonríe.

—Es tan miope que no ha visto por dónde andaba.

Avanza tanteando por un estrecho corredor en pendiente, por el que fácilmente puede pasar agachado.

—Tenemos la linterna que encontramos en la bolsa de provisiones —recuerda Marie-Hélène.

—Voy a buscarla, pero no sé si seguirá funcionando —dice Matthieu.

Corre hasta la gruta de abajo. El frío es intenso. Las nubes cubren las cimas y gravitan sobre las laderas. Cae la noche. En el hangar, Matthieu advierte que la linterna ya no está allí. Siente un acceso de mal humor antes de alejarse. El aire se densifica con una gélida polvareda. De regreso a la gruta, informa: —Se han llevado la linterna. ¡Tendremos que arreglárnoslas así!

—Sé prudente —murmura Marie-Hélène, de pie ante el estrecho paso.

Una vez más, la oscuridad no es total. Matthieu ve lo bastante para distinguir la silueta de Joachim, sentado en el suelo.

—¿Qué te ha pasado?

—He sentido como una mano que me empujaba hacia la grieta.

—Muy bien —dice Matthieu—. Ahora tenemos que sacarte de ahí.

Se encuentra en la entrada de un nuevo espacio, mayor que el primero. Una leve corriente de aire fresco le lleva, hacia una abertura que da a unas rocas, a pico sobre el vacío.

—La nieve está pisoteada, prueba de que las cabras y el asno entran y salen por aquí.

—¿Por esas rocas resbaladizas, por encima del vacío? —se extraña Joachim.

—Christophe dice que con sus pezuñas pasan por donde los lobos no pueden seguirles.

En un rincón, descubren un amplio armario de hierro. La débil claridad muestra la puerta y el candado que la cierra.

—Creo que tienes una flor en el culo —dice Matthieu—. Tal vez en este armario haya comida, pero tenemos que abrirlo.

Recoge una gran piedra y aporrea el candado. Los golpes repercuten en el dédalo de rocas. Al cabo de un rato, Matthieu se detiene, desalentado.

—¡Es un candado muy fuerte!

—Sin duda Marcello llevaba la llave en su bolsillo. Pero los lobos se lo han llevado —replica Joachim.

—Pues los lobos no se habrán comido sus ropas... —gruñe Matthieu.

## Decimoquinto día

Las señales precursoras de la tormenta no escapan a Christophe. Bajo las nubes que cubren las cimas, el rugido del viento se amplifica. La montaña abre sus grietas, bien ocultas bajo la blanda nieve, y prepara sus aludes. Los animales lo saben y se agazapan en el fondo de sus refugios. Al cazador no le extraña no encontrar ya nada, ningún zorro, ni siquiera cuervos, tan abundantes, sin embargo; los lobos callan.

—¡Las cosas van mal! —masculla el joven.

—El paso debe de estar cerca —responde Jeanne—. Mira: el cañón se estrecha.

Caminan horas con un paso cada vez más pesado, obstaculizados por la nieve blanda. El viento les empuja con su gélida mano. Christophe aprieta los dientes y planta cara.

Llegan a un espacio más regular, en suave pendiente hacia el precipicio, que parece menos profundo. Jeanne está segura de que el paso se encuentra ante ellos. Christophe no se lo niega.

—Hay que buscar un lugar donde refugiarse hasta que la tormenta amaine. No podemos encender fuego.

Bajo una roca descubre una especie de abrigo natural. Jeanne se desliza en él y pide a Christophe que se una a ella.

—No hay mucho lugar, pero no podemos hacer otra cosa —dice, resignada.

El muchacho vacila, escruta los alrededores. Duda que el paso se encuentre en aquellos parajes: es un lugar demasiado despejado.

—Bueno, ¿vienes o no?

El de pronto divisa una silueta que se aleja atravesando la pendiente. Los torbellinos de viento pasan por encima del abrigo, dejando intacta su huella, aquel rastro de vida impreso en la nieve. ¡No están solos!

—¿A qué esperas?

—He visto...

—Te digo que vengas.

Jeanne sale del refugio y se reúne con Christophe, con la mano ante los ojos para protegerse del polvo de nieve. Lo que ve la deja perpleja.

—Unos contrabandistas acaban de pasar por allí —anuncia Christophe triunfante—. Van a llevarnos hasta el paso, ¡estamos salvados!

—Son nuestras propias huellas —responde Jeanne—. Mira, sin duda hemos pasado por allí esta mañana.

—¡Imposible! Cuento cuatro huellas distintas y nosotros somos sólo dos.

El viento aúlla sobre sus cabezas. Las nubes descargan grandes y prietos copos.

—No hay tiempo que perder. Dentro de una hora ya no se verá nada.

Siguen la pista, trepan a un pequeño cerro donde el viento ha borrado ya los oscuros surcos. Ante ellos se extiende la uniformidad blanca de la ladera que se mezcla con la nevada y el cielo.

—¿Qué hacemos? —pregunta Jeanne.

—¡Seguimos adelante!

La muchacha no comparte su opinión.

—Conocemos la dirección, pero pronto anochecerá y estaremos en medio de ninguna parte, sin refugio. Debemos regresar a donde estábamos. Mañana, cuando el tiempo se haya calmado, nos pondremos en marcha siguiendo las huellas. La gente que ha pasado por aquí esta tarde no se ha detenido y no vamos a encontrarles.

Ante la violencia de la borrasca, Christophe se rinde a las razones de la muchacha. Teme que la tempestad transforme el lugar hasta el punto de que no pueda reconocer ya nada y busca algunos hitos para orientarse en las cumbres del horizonte. Al pasar cerca de una maleza helada, advierten unas ramas que sobresalen de la nieve, probablemente amontonadas allí por un alud reciente.

Cae la noche. Ven entonces, posado en las ramas, un curioso pájaro que clava en ellos sus grandes ojos.

—¡Una lechuza! —dice Christophe apuntando con su fusil—. La tormenta la ha inmovilizado.

El disparo se impone al rugido del viento y reverbera hasta muy lejos, anunciando la presencia de los extraviados. La lechuza cae fulminada. Christophe fanfarronea.

—Era el mejor de la sección de tiro. Mi entrenador me dijo que tenía nivel para ser campeón de Francia.

Recoge la lechuza y advierte que no pesa mucho y que la bala ha destrozado parte de su minúsculo cuerpo bajo un buen grosor de cálidas

plumas.

—¡Habrá que desplumar esa sucia bestia! —dice Jeanne con asco. Pero tiene hambre y no se andará con remilgos.

—La prepararemos enseguida —dice Christophe.

—Ya, ¿pero cómo vamos a hacerlo sin fuego? —pregunta Jeanne con una mueca de asco.

La nieve les azota con sus helados zurriagos. Deambulan unos momentos, llegan a unas rocas donde encuentran un minúsculo refugio.

—¡Aquí no podemos encender fuego! —afirma Christophe, y arroja a un lado el cadáver de la lechuza, que el viento arrastra como una hoja muerta.

—Ven —dice Jeanne—. O la tormenta te arrastrará también.

Se acuclilla junto a la muchacha, que se estrecha contra él levantándose el cuello del abrigo.

—He tomado nota de algunos puntos para orientarme. Las huellas van en línea recta hacia el pequeño valle, entre las dos rocas. Sin duda al final se encuentra el paso. ¿Tienes mucha hambre?

Siente la necesidad de hablar para no pensar en que están solos en plena borrasca y que el rastro descubierto no les llevará a ninguna parte.

—Duerme. Mañana será otro día —interrumpe Jeanne.

Christophe calla. Se siente blando como una seta podrida. Él, a quien tanto le gusta sobresalir, jugar a ser el más fuerte y, sobre todo, mandar, se descubre débil ante una Jeanne que le domina. Sin embargo, su corazón late deprisa; con la respiración entrecortada, se dice que esa ocasión es única. Si no intenta nada, Jeanne va a pensar que es un incapaz. Su compañero Franck, que presume de haber poseído a varias chicas, se lo dijo: «A las mujeres no les preguntas su opinión. Las tomas. ¡A ellas les gustan los hombres temerarios!».

Se atreve entonces a poner la mano en el hombro de la muchacha, su índice toca la piel cálida y suave del cuello. Jeanne retrocede rápidamente.

—Eh, ¿qué pretendes?

—¿También tú me detestas?

—Claro que no.

Christophe retira la mano. Esperaba esa reacción. Lo que los demás obtienen, a él le está prohibido.

—¡Es normal! —murmura—. Nadie me quiere.

No sabe cómo contarle su angustia, su necesidad de contacto, de amor; siente el hombro de la muchacha, su muslo pegado al suyo. Entonces piensa

que lo ha hecho mal, que Jeanne no es como las amigas de Franck, que debe hablarle, sincerarse.

—¿Sabes?, comprendí enseguida que estábamos hechos para entendernos —murmura.

—¿Tú crees?

Ella no le rechaza. Él se anima y sigue adelante, aproximando sus labios a la pequeña oreja de Jeanne.

—¡Estoy enamorado de ti!

—Pero bueno, ¿qué dices? Esto sí que es nuevo, si ni siquiera me has mirado nunca.

—¡Porque no me atrevo!

—Será mejor que te duermas. Ya has dicho suficientes tonterías.

Él se enfada.

—Desde luego —masculla—, nunca comprenderé a las chicas.

—Tranquilo, ¡no hay nada que comprender!

—Os hacéis las coquetas, atraéis a los muchachos con vuestros gestos y, cuando llega el momento, os arrugáis.

—¿El momento de qué?

—Yo qué sé —responde Christophe, turbado—. El momento de hacer lo que un hombre y una mujer...

—¡No te creía tan tonto!

Jeanne se encoge, se encierra en un silencio que Christophe no se atreve a romper. Ella no puede decir nada.

Antes, era como todas las adolescentes de su edad. A los trece años estaba enamorada de un vecino, el hijo de un profesor de matemáticas que se parecía un poco a Christophe por su talla y sus ojos azules. Se encontraban cada día. Pero aquella Jeanne llena de deseos murió. La que la ha sustituido no puede rozar a un hombre sin sentir repulsión y náuseas.

—Sé por qué me rechazas —dice de pronto Christophe—. Estás enamorada de otro. De Matthieu: ¡es judío, como tú!

—No vale la pena responder a semejante burrada.

Pasan las horas. En la noche, muy oscura, una pesada nieve les va cubriendo. Ya no cruzan palabra hasta el amanecer.

## En el Oustal

Matthieu y Marie-Hélène deciden pasar el día en la gruta de arriba para intentar descubrir sus secretos. El olor de los animales les tranquiliza. Se está más caliente allí que abajo. Joachim ha subido su violín, pues considera que la temperatura natural es más favorable que el calor del brasero. Lo ha puesto delicadamente en una roca e inspecciona el techo.

—No podemos encender fuego —advierte—. No hay abertura para el humo.

Matthieu se encarniza con el candado, golpeándolo con una piedra grande, pero el artilugio no quiere ceder. Marie-Hélène está a su lado y le observa. Evalúa su torpeza de pequeñoburgués que nunca ha hecho la menor actividad manual. Le pregunta, con una sonrisita socarrona: —¿Has clavado alguna vez un clavo con un martillo?

Él la mira, desconcertado por aquella pregunta que le excluye del sencillo mundo de la muchacha.

—¡Mi madre tenía miedo de que me golpeará los dedos! —responde sonriendo a su vez.

—Yo hacía costura, pero me habría gustado aprender a bordar. Tal vez más adelante...

—¡A mí lo que me gustaría es salir de aquí! —responde Matthieu, golpeando de nuevo el candado que, aunque oxidado, es más resistente de lo que creía.

Se hace el silencio entre ambos, salpicado por los golpes que hacen vibrar la chapa del armario.

—Dime... —suelta de pronto Marie-Hélène—. Cuando estabas en París, ¿tenías novia?

—¿Qué importa ahora eso?

—Nada, claro. Yo ya he estado enamorada.

Matthieu da un respingo y se vuelve sin soltar la gran piedra. Se descubre muy celoso del pasado de la muchacha, convencido de que si no estuvieran allí ella ni siquiera le habría mirado.

—Era un mensajero que venía a buscar las ropas que cosíamos. Era muy guapo —prosigue ella ingenuamente.

Matthieu golpea torpemente el candado, logrando que la piedra resbale y le aplaste un dedo. Suelta un grito. Joachim, con su voz monocorde y sin apartar los ojos de su biblia, dice: —¡Los malos sentimientos siempre son castigados por el Señor!

Matthieu le lanza una mirada asesina. Con el mango del pico, intenta hacer palanca y arrancar los tornillos del cerrojo. Se apoya con todo su peso, el mango se rompe.

Marie-Hélène se queda absorta, evocando su primera aventura. Paul Lebrun era mucho mayor que ella. Casado y padre de una niña. No tenía buena reputación entre las demás trabajadoras. Ella sólo tenía quince años, pero parecía mayor y la mirada de los hombres se demoraba en ella. Aquello no le disgustaba y pasaba cada vez más tiempo ante el espejo, por la mañana, prefiriendo sacrificar algo de sueño para vestirse y peinarse. En el taller de costura recuperaba los retales y pasaba largas horas, los domingos, haciéndose vestidos y blusas. Su padre, siempre muy directo, le había dicho: «¡Acabarás en Pigalle!». Su madre la ponía en guardia: «¡Atraes a los hombres y, luego, te extrañas de su audacia!». Al pensarlo, a Marie-Hélène le parece que Matthieu es muy joven aún, casi un niño que nada sabe de la vida. La divierte verlo golpeando torpemente aquel candado con una piedra. A su lado, Joachim permanece imperturbable, ausente, como sumido en una profunda meditación.

A pesar de los esfuerzos de Matthieu, el candado no cede. Harto, el joven suelta un juramento, tira la piedra, se sienta en el suelo y luego, sin volverse hacia la muchacha, confiesa: —También yo conocí a una mujer.

Marie-Hélène da un respingo. ¿Cómo es posible? Matthieu le miente para darse ínfulas. Mostrar la menor curiosidad sería reconocer unos celos que el muchacho podría aprovechar. Decide callarse. Joachim levanta por fin los ojos del libro y dice: —¿Terminaréis alguna vez con esas tonterías?

Callan. Las preguntas permanecen en ellos, ardientes. De pronto dudan el uno del otro, conscientes de haberse dicho sólo trivialidades, de ser unos verdaderos desconocidos. Sin embargo, la sinceridad les da miedo, pero no piensan en escamotearla.

Matthieu sale. Marie-Hélène lo sigue con la mirada. ¿Cómo conoció a aquella mujer? ¿Era una criada de la que abusó aprovechándose de su posición, o una muchacha de su edad, de su medio, una chica contra la que Marie-Hélène nunca tendrá la menor oportunidad?

La nieve ha comenzado a caer en grandes copos que aplastan la montaña. Los lobos aúllan en el bosquecillo, a menos de doscientos metros del Oustal. Matthieu da unos pasos hacia la gruta de abajo. Su estómago gorgotea, pero sólo con pensar en el puré de habichuelas rancias siente asco. Le duele todo el cuerpo. La confesión de Marie-Hélène le reconcome a tal punto que tiene ganas de marcharse también, de lanzarse tras las huellas de Christophe y Jeanne, de abandonar a la muchacha y a ese iluminado de Joachim. ¿Qué está haciendo aquí el heredero de los almacenes Leiman?

Atiza el fuego diciéndose que, mañana mismo, tendrá que ir a buscar leña. Pasa por el hangar, hurga entre las herramientas buscando un mango más sólido que el anterior, vuelve a subir luego a la gruta, donde Marie-Hélène escucha cómo Joachim lee un pasaje de la Biblia.

Reanuda su trabajo cuando unos aullidos le detienen. Se vuelve interrogante hacia Marie-Hélène y Joachim. Los aullidos se repiten y parecen más cercanos.

—¿Qué es eso? —pregunta Matthieu, todavía de pie junto al armario.

—Lobos... —responde Joachim con voz temblorosa, y añade para tranquilizarse—: Christophe dijo que, con la guerra, regresaron a las montañas porque ya no hay cazadores, pero no me lo creo.

—¿Quién se llevó entonces el cuerpo de Marcello?

—No lo sé, tal vez los zorros o los osos.

—En invierno, los osos hibernan —replica Matthieu.

Inquieto por los ruidos cada vez más cercanos, el joven, armado con el mango del pico, sube por el estrecho corredor hasta la abertura entre las rocas. Ve unas vagas formas oscuras pasar ante él y desaparecer en la espesura de los copos. ¡Lobos! Abre unos ojos como platos, con el corazón palpitante. Christophe tenía razón, pues: tras haber devorado a Marcello, las fieras se han aficionado a la carne humana.

Marie-Hélène y Joachim se reúnen con él. Algunos gruñidos les advierten de que los animales se han acercado, que se pasean ante la entrada. Matthieu, dispuesto a defenderse, sujeta su mango. Temblorosos, Marie-Hélène y Joachim se apretujan a sus espaldas.

—¡Tengo miedo! —dice el muchachito castañeteando los dientes.

El miope abraza el estuche del violín. Matthieu agita su garrote, pero los animales no le prestan atención. Se acercan, husmean la nieve, se deslizan por entre las rocas. Matthieu se encuentra de pronto ante unas enormes fauces de belfos contraídos. Grita, se bate en retirada empujando ante él a Marie-Hélène y Joachim, que toman por el estrecho paso y se atrincheran en la sala del

armario que da al precipicio. Las fieras les persiguen. Matthieu oye el roce de sus zarpas sobre las rocas. De pronto, ve unos ojos amarillos que le observan y la cabeza de la fiera, de puntiagudas orejas, acercándose. Deja el mango del pico, demasiado corto, coge una piedra, la lanza y acierta al animal en el hocico; lo detiene, pero no consigue que retroceda.

Joachim murmura una plegaria en hebreo que Matthieu repite, siempre de pie ante el lobo, dispuesto a defenderse con las manos desnudas si es preciso. Marie-Hélène recoge piedras y las lanza con todas sus fuerzas a las fauces cuyos colmillos brillan en la penumbra.

El animal recibe los proyectiles sin inmutarse. Una segunda bestia se coloca al lado del gran macho. El resto de la manada se apretuja detrás, aguardando la señal del ataque. Matthieu, que empuña de nuevo su garrote, planta cara ante Marie-Hélène.

—¡Sálvanos, Dios mío! —murmura la muchacha.

Con un gesto desesperado, Joachim abre su biblia, pero no consigue leer la línea sobre la que, al azar, ha puesto el índice. Entonces recupera un dato procedente de una lectura: —Cuando el *Titanic* se hundió en las aguas gélidas, la orquesta tocó en cubierta hasta hundirse en el oleaje.

La cerradura del estuche del violín chasquea al abrirse.

—¡Debo permanecer de pie porque tengo miedo! —añade el chiquillo.

Unas notas aisladas logran que los lobos levanten las orejas. Se prolongan, vacilan, van uniéndose en una sucesión que forma una melodía grave. Atónito, Matthieu ve entonces cómo el músico avanza hacia las fieras. Tiene narices, piensa el muchacho, ese mochales de Joachim; es para preguntarse si comprende todo lo que ha leído. Sí, a su modo tiene valor, y su arma, mucho más fútil que una piedra, es también más desconcertante.

Matthieu y Marie-Hélène oyen una especie de sordo ruido. Los dos lobos vuelven la cabeza, retroceden por el paso, vacilan unos instantes y finalmente huyen. Aquello es tan inesperado que Matthieu permanece inmóvil, con el mango preparado para golpear. Marie-Hélène interrumpe su oración.

La manada se ha alejado por las buenas. El arco detiene su vaivén, el brazo que lo sujetaba cae a lo largo del cuerpo, el violín se separa de quien le daba vida, vuelve a ser un objeto de madera barnizada, valioso con sus formas redondeadas y puntiagudas.

—¿Pero qué ha ocurrido? —articula Matthieu—. ¿Les ha asustado ese ruido?

—¿Qué ruido? —pregunta Joachim—. No he oído nada.

—Sí, se ha escuchado un ruido, fuera —confirma Marie-Hélène—. Como una explosión.

Recuperan el valor y Matthieu se atreve a asomarse a la salida.

—Diríase que se han marchado —afirma cuando regresa.

Joachim deposita el violín en su estuche y gruñe:

—No ha habido ningún milagro. Los lobos no han tenido miedo de una explosión.

—¿Qué importa eso? —se enoja Matthieu.

—Importa porque soy un mal músico.

—Claro que no —replica Marie-Hélène—. Has tocado muy bien.

Están en la entrada, ante la noche erguida como una barrera infranqueable donde tal vez los lobos sigan emboscados.

—Bueno, hay que bajar —dice Matthieu—. El fuego va a apagarse.

Temen esos doscientos metros en la oscura noche. Joachim se decide: —¡Yo iré! Deja que vaya, lo necesito.

No espera respuesta y se aleja en la oscuridad. Instantes más tarde, regresa llevando un leño en llamas.

—Si vuelven, se las verán conmigo —fanfarronea el miope, orgulloso de la victoria obtenida sobre su propio miedo.

Regresan juntos a la gruta de abajo. Joachim atiza el fuego. Marie-Hélène pone a hervir las habichuelas en la vieja cacerola. Un fuerte olor a moho les arranca una mueca. Se sienten tranquilizados: los lobos no pueden entrar y ellos dormirán seguros. Es todo un alivio.

—Estoy harto —dice Joachim sin apartar los ojos de las llamas, tras un largo silencio—. Arrojaré mi violín al fuego.

—¿Pero qué dices? —se extraña Marie-Hélène con su habitual sentido común—. ¡No puedes destruir un instrumento tan hermoso!

—Sí que puedo. Mi madre siempre me incitó a estudiar música contra mis deseos. Yo quería ser escritor. Contar historias, vivir otras vidas...

—Calla, no sabes lo que dices —gruñe Matthieu, que, también él, tiene la impresión de haber sido moldeado de un modo que no ha elegido.

—¿Y tu padre lo permitió? —se extraña Marie-Hélène.

El muchacho se enfurruña. Tras un silencio lleno de sobreentendidos, precisa: —¿Mi padre? Los vecinos dicen que es un buen hombre...

Las habichuelas ya están cocidas. Marie-Hélène distribuye en unos boles desportillados la parte de cada cual.

—Qué curiosa esa explosión —continúa Joachim—. Me pregunto si no será la dinamita que Jeanne llevó al arroyo.

—A mí me parece que el ruido venía de más lejos, del otro lado de la colina —sugiere Marie-Hélène.

—Mañana iremos a ver —concluye Matthieu.

Tragan algunos sorbos de puré que les revuelven el estómago, luego intentan dormir. Matthieu y Marie-Hélène se aprietan el uno contra el otro. Joachim se sienta enfrente, cerca del estuche de su violín.

—Yo nunca me enamoraré —dice de pronto, rompiendo un silencio que le molesta.

Matthieu se extraña:

—¿Y tú qué sabes? ¡Eres demasiado joven para eso!

—No, las chicas de mi colegio dicen que no soy guapo, que parezco demasiado serio y que no sé hacerlas reír.

—Hay chicas también fuera de tu colegio. Algún día encontrarás una...

Joachim mueve la cabeza.

—No me gustan las chicas.

—Hablas por hablar —responde Marie-Hélène sonriendo—, pero muy pronto cambiarás de opinión.

—De ningún modo. No quiero ser músico como mi madre desea. Quisiera ser escritor, pero nunca podré serlo.

—¿Por qué no?

—¡Porque soy demasiado tonto! Soy un tullido condenado a un curro de mierda, un chupatintas con la cabeza llena de deseos y, si mi vista continúa mermando, me convertiré en un ciego que toca en la acera y mendiga para comer.

—Qué tonterías dices. ¡La vida te reserva muchas sorpresas!

—Qué va —responde Joachim con voz monocorde—. Es culpa de mi madre. Ahora puedo decirlo. Desde que estoy aquí, ya no pienso como antes. En Amiens, mi padre es mecánico, pero mi madre procede de una familia burguesa. Me pregunto por qué se casó con un currante lleno de grasa. Ella es la que desea que me convierta en un buen músico, para complacerla, para que pueda darse importancia ante los demás.

—No lo sabemos todo de nuestros padres —responde Marie-Hélène—. Con el tiempo lo comprenderás.

—No lo creo. Al parecer, cuando nació mi madre me encontró tan feo que quería que me ahogaran, como a un cachorro.

—¿Qué dices! ¡Es monstruoso!

—Es verdad. Me crió mi abuela. Y luego mi padre se encargó de mi educación. Pero ahora los han detenido y me digo que ya es hora de pensar de

otro modo, de volver a empezar y seguir otro camino.

Joachim cierra los ojos y se abandona a ese otro camino. Marie-Hélène apoya la cabeza en el hombro de Matthieu, y ambos se duermen. De pronto, Joachim da un respingo: el fuego se apaga. Añade unos troncos y sopla las brasas que palpitan entre las cenizas y los pedazos de carbón. Cuando las llamas crepitan de nuevo, Matthieu y Marie-Hélène han despertado.

—Pienso que tenían razón —dice el chico.

—¿Quiénes? —pregunta Matthieu en tono molesto.

—Christophe y Jeanne. Algo me dice que encontrarán el paso.

—Sería un milagro —masculla Matthieu.

—¿Y qué? —presume el muchacho miope—. Cuando los lobos estaban en la gruta se produjo una explosión, ¿te has preguntado por qué?

—Pues no —admite Matthieu—, pero quiero saber de dónde procedía.

—Sí, pero la cuestión es saber por qué se produjo en el momento preciso para salvarnos, y no una hora más tarde o mañana —insiste Joachim, mirando sucesivamente a Matthieu y Marie-Hélène.

—¿No tienes otra cosa en que pensar? —refunfuña Marie-Hélène.

—Quiero decir que ese ruido nos salvó la vida —insiste Joachim—. ¡No puede haber sido una coincidencia!

—¿Y qué sabes tú?

—Lo sé, y daré gracias a Dios por haber permitido ese milagro.

Joachim recuerda a su padre en su garaje, con las manos negras de grasa. Su madre pasaba a veces, como una ventolera, y se tapaba la nariz por el olor de la chatarra; su madre, demasiado elegante para ser mujer de un mecánico, un detalle que adquiere ahora toda su importancia.

—Me hago preguntas —continúa, evasivo.

—Harías bien en dormir un poco, porque... —Le interrumpe un aullido.

Aguzan el oído, dirigiéndose una mirada aterrorizada. Los lobos siguen en los alrededores. Matthieu coge un leño y se acerca a la salida. Marie-Hélène lo sigue, pone una mano helada en la del muchacho. Escuchan la noche silenciosa e impenetrable. Los lobos callan, pero sienten su presencia, como si estuvieran a dos pasos, dispuestos a saltarles a la garganta.

Joachim se une a ellos.

—Los lobos no pueden trepar como los gatos o los tigres. Podemos subir a la roca del fondo. Allí arriba no correremos peligro.

Matthieu le mira, asombrado de que aquel muchacho más bien torpe tenga a veces juiciosas ideas en las que nadie había pensado. Al fondo de la gruta, distingue una alta cornisa donde podrían refugiarse.

—Pondremos más leña en el fuego. ¡Todo el mundo sabe que los animales tienen miedo del fuego!

## Decimosexto día

Encaramados en el reborde rocoso que tanto les ha costado alcanzar, apretujados como pajarillos en su nido, permanecen atentos a los ruidos nocturnos. Los lobos no regresan. Joachim se adormece al amanecer. Matthieu, que ha tenido que bajar varias veces para alimentar el fuego, le dice a Marie-Hélène:

—De día no corremos peligro, pero esta noche volverán. Habría que encontrar un medio de cerrar la entrada de la gruta. No podemos quedarnos aquí. Es un sitio demasiado pequeño.

—Las tablas que quedan del tejado del refugio podrían servir —propone la joven—. No quisiste que las quemáramos y tenías razón.

Salen. La nieve caída durante una parte de la noche transforma de nuevo el paisaje. Las huellas de los lobos han desaparecido. El lugar ha recuperado el aspecto mineral de un invierno sin fin. Marie-Hélène va a buscar una pala al hangar para recoger los restos del refugio. Matthieu elige varias tablas que sólo han ardido por los extremos.

—Con esto construiremos una barrera. Necesitaríamos clavos, pero nos las arreglaremos con piedras.

El trabajo les ocupa parte de la mañana. Joachim lleva las piedras que encuentra en los desprendimientos, al fondo de la gruta. Matthieu coloca las tablas y Marie-Hélène las apuntala.

—Ya es bastante alta —decide Matthieu, y salta por encima de la improvisada balaustrada—. Tenemos que poder salvarla. Esta noche, añadiremos algunas tablas y los lobos no podrán pasar.

Tranquilizado y bastante satisfecho, Matthieu propone:

—¿Y si fuéramos a ver lo que provocó el ruido de ayer noche?

—¿Qué piensas encontrar? —responde Joachim, siempre pesimista—. Probablemente fue una roca desprendida por el hielo que rodó por la pendiente.

—No —responde Matthieu—, fue como una explosión.

Salen y atraviesan la ladera, con Matthieu en cabeza.

—Creo que la explosión venía de allí.

—No lo sabemos —observa Joachim—. La gruta pudo deformar el ruido...

—Vayamos a ver.

Avanzan con dificultad por la nieve blanda. Matthieu abre el camino, seguido de Marie-Hélène y Joachim, a quien obnubila la idea de que una brasa pueda caer sobre el estuche de su violín, que se ha quedado junto al fuego. La noche anterior quería arrojar su instrumento a las llamas, pero esta mañana se dice que, sin él, estaría perdido. Acaba de levantarse viento, un sopro gélido que barre la niebla en grandes cendales grises. Los copos ascienden hacia las nubes, aspirados en torbellinos. Tras una cota difícil de escalar, los tres adolescentes resbalan por una pendiente donde el viento ha erigido montículos de nieve. De pronto, se detienen.

—¿Qué es eso?

Joachim se hace visera con la mano. La intensa luz le impide ver con claridad lo que Matthieu señala: una masa oscura que sobresale de la infinita blancura.

—Parece un avión... —observa Marie-Hélène.

En efecto, distinguen las dos alas cubiertas de nieve, la cola y la parte delantera, que ha chocado contra una roca.

—Sí es un avión —afirma Joachim—, y un avión inglés.

—¿Qué está haciendo aquí?

—No lo sé, pero tiene bandera inglesa.

—¿Y dónde está el piloto?

—Quizá tuvo tiempo de saltar en paracaídas.

Matthieu se acerca a las ventanillas rotas. El habitáculo está lleno de nieve y la barre con las manos, descubriendo el asiento, los cinturones desabrochados, los mandos.

—Es lo que os he dicho —confirma Joachim—. Se ha soltado el cinturón y el piloto ha saltado en paracaídas.

Matthieu se anima, trepa al pecio y se imagina pilotando. Tras el asiento descubre un extraño artilugio.

—¿Qué es esto? —pregunta el adolescente mientras lo deposita junto al avión.

El artefacto se compone de un cuadro de bici montado sobre dos trípodes con un sillín, una especie de manillar fijo, unos pedales que accionan una rueda dentada al extremo de un objeto semejante a una gran botella de metal gris.

Joachim se ajusta las gafas:

—Es una dinamo.

—¿Una qué?

—Una dinamo. En el taller de mi padre hay una. Pedaleas y eso que hay detrás produce electricidad.

—¿Y sabes utilizarla? —pregunta Matthieu, asombrado por un Joachim al que creía capaz sólo de hablar de la Biblia y tocar el violín.

—Claro. Aquí hay dos clavijas. Conectas los dos hilos a una bombilla y produce luz.

—¿Pero qué hacía en el avión?

—No lo sé.

Aquel descubrimiento, con el que no saben qué hacer, les incita a registrar minuciosamente el interior del aparato. Matthieu saca una gran caja de metal provista de empuñaduras.

—¡Una caja de herramientas! —se extasía al inspeccionar el interior—. Destornilladores, alicates, un martillo. Con esto podremos abrir el armario de la gruta.

—¡Y aquí hay una cuerda! De más de veinte metros —dice Marie-Hélène—. Puede servirnos.

Joachim inspecciona la cabina del piloto. Su mano se detiene en una caja fijada con dos tuercas. Hace girar sus botones.

—Es la radio —explica—. La batería debe de estar muerta, no funciona. Con la dinamo, podríamos probarlo.

—¿Sabes hacerlo? —pregunta Matthieu.

—Intentándolo, lo conseguiremos.

Joachim afloja las dos tuercas que sujetan el aparato con una destreza que vuelve a sorprender a Matthieu.

—¿Entiendes de mecánica?

—Ayudaba a mi padre, aunque sólo en pequeños trabajos para no estropearme los dedos, por lo del violín.

—¿Nunca has pensado que tu violín es algo que te impide hacer lo que deseas? —pregunta Marie-Hélène dirigiendo al chiquillo una curiosa mirada.

—No, lo que me lo impide son mis ojos. La música me lleva a donde no puedo llegar...

—Desde luego eres un bicho raro.

—Nos lo llevaremos todo a la gruta —decide Matthieu—. No podemos abandonar el fuego demasiado tiempo. Ya veremos qué hacer con ello.

El aparato es pesado. Matthieu y Joachim lo toman cada uno por un extremo y lo arrastran por la nieve. Marie-Hélène lleva, a trancas y barrancas, la caja de herramientas y la emisora de radio.

—¡Volveremos! —dice Matthieu—. Tal vez haya provisiones.

Piensa también en un arma que les permitiera cazar los muflones y las cabras monteses que ve de vez en cuando en el lindero del bosquecillo de abetos.

En la gruta, instalan la dinamo sobre sus trípodes. Matthieu sube y acciona los pedales, que apenas se mueven.

—¡Qué dura va!

La dinamo arranca con un chirrido y el joven puede pedalear con más facilidad.

Joachim observa la radio a la luz de las llamas. La inspecciona y anuncia:

—Está en buen estado, no hay razón alguna para que no funcione.

—En ese caso —explica Matthieu—, estamos salvados. ¡Ahora podemos pedir socorro!

La certidumbre de que la pesadilla toca a su fin le da ganas de cantar y bailar. Toma a Marie-Hélène en sus brazos.

—Esta vez ha habido suerte. ¡Ya decía yo que debíamos esperar! ¡Volveremos al avión! —decide Matthieu—. He visto dos cajas más en la bodega.

Vuelven a ponerse en marcha. Se prepara una tormenta. El cielo se cubre de grandes nubes oscuras. El viento gélido del norte sopla más fuerte.

La primera caja contiene material eléctrico, bombillas, pilas para linternas pegajosas por la humedad. La segunda contiene latas de sardinas, una hogaza, paquetes de cigarrillos, dos botellas de vino y un pequeño saco de harina.

—¡Incluso podremos hacer pan! —exclama Marie-Hélène.

Matthieu y Joachim se sienten tan felices que se dejan caer en la nieve y ruedan por la pendiente. Marie-Hélène los mira sonriendo. Esta vez no cabe duda: su calvario ha terminado.

Llevan las dos cajas a la gruta. El viento aúlla en las cumbres. Matthieu siente que sus fuerzas se renuevan con tantas buenas noticias.

—Prefiero estar en mi lugar que en el de Jeanne y Christophe —se alegra.

—¡Haremos un festín! Pero antes hay que ir a buscar leña, mientras todavía haya luz.

Se apresuran. Matthieu corta en pedazos el tronco de un abeto seco. Joachim y Marie-Hélène los llevan a la gruta. Cae la noche. El joven, agotado, deja la sierra, se seca la frente y decide:

—¡Con esto bastará!

Regresan a la gruta, colocan la barrera de tablas sujetas por grandes piedras. Por fin podrán comer algo más que habichuelas rancias. Marie-Hélène corta gruesas rebanadas de pan. Matthieu utiliza unos alicates que ha encontrado en la caja de herramientas para abrir una lata de sardinas y descorcha, con un destornillador, una botella de vino.

—Si los otros nos vieran... —dice Joachim, sonriendo.

—Creo que Christophe no es un mal tipo —observa Marie-Hélène—. En cambio, Jeanne es una chica extraña. Cuando habla, sus palabras cortan como una navaja de afeitar, y además...

Sus palabras se pierden en el aullido del viento. Matthieu se dice que nunca podrá entenderse con Christophe. Su presencia le molesta. El hijo del impresor convertido en patrón tiene un lenguaje directo que le hace perder el sentido de lo conveniente.

Comen con gula, sin hablar, sin mirarse, absortos en el sabor de las sardinas y el aceite que impregna el pan. Beben el vino, que irrita sus gargantas; los pómulos de Marie-Hélène se enrojecen y Joachim chasquea la lengua al dejar la taza desportillada. Es el día más hermoso de toda su vida. Matthieu se vuelve hacia Marie-Hélène.

—¿Tu enamorado era realmente muy guapo? —pregunta el muchacho, a quien el vino ha vuelto audaz.

Ella suelta una risita que Joachim no le conocía.

—Mi madre no quería que tratara a Paul porque tenía diez años más que yo y estaba casado. Yo mentía para reunirme con él. Al final, la guerra se lo llevó.

Las cejas de Matthieu bajan.

—¡Se lo tenía merecido! Espero que no vuelva nunca —masculla.

Esa impulsiva declaración divierte a Marie-Hélène. Matthieu abre un paquete de cigarrillos y lo tiende a Joachim. La cabeza le da vueltas, pero al joven miope ni se le ocurre rechazarlo.

—¿Y tú? —prosigue Marie-Hélène—, ¿no me dijiste que habías conocido a una mujer?

Matthieu responde con la decidida intención de pagarle con la misma moneda:

—Sí. Pasé dos días con ella en una habitación, en la calle de Vaugirard.

Joachim tira la colilla a las brasas. Le cuesta levantarse y titubea hasta el estuche de su violín. Le cuesta abrirlo. Finalmente, toma el instrumento, lo coloca bajo su mentón, tensa el arco y quiere tocar, pero sólo consigue sacarle

unos agrios y chillones sonidos; entonces, con un brusco gesto, levanta el violín como dispuesto a arrojarlo al fuego.

—¡A veces quisiera destrozarlo!

—Ya estamos otra vez —se indigna Marie-Hélène—. Que hayas bebido demasiado no es culpa del violín.

Joachim coloca el instrumento en el estuche, se vuelve hacia la hoguera y se derrumba sollozando.

—Bueno, sí, mi violín es hermoso, pero yo soy feo. Soy un verdadero adefesio.

Marie-Hélène quiere consolarle. Matthieu la detiene:

—Déjalo, está borracho. Mañana no recordará nada.

Esa noche, los dos jóvenes no duermen el uno junto al otro, separados por lo que se han dicho. Matthieu está celoso del tal Paul, tan guapo que Marie-Hélène mentía para reunirse con él. Por su parte, la muchacha le reprocha haber pasado dos días en una habitación con una mujer joven. Cuando salgan de aquí, ¿no será su primera preocupación ir a buscarla? La costurera sabe muy bien que no tiene posibilidad alguna de mantenerle a su lado.

## En la montaña

Su improvisado refugio está bastante bien protegido de los asaltos del viento. Extenuados, Jeanne y Christophe consiguen adormecerse durante unas horas. Cuando despiertan, la tempestad se ha calmado, el día se levanta.

—Tenemos que marcharnos —dice ella—. El paso está ahí delante, a menos de una hora. Esta noche estaremos en Vicdessos.

El sol ilumina las laderas con una luz rasante, incendia la cima de las crestas. Tienen hambre. El frío se desliza bajo su ropa, demasiado ligera, y bajo sus guantes de tela. Caminan a trancas y barrancas por una capa de nieve leve y blanda, deteniéndose en el lugar donde descubrieron las huellas de pasos.

—Hay que ir en esa dirección —dice Christophe—. Hacia aquel pequeño valle, allá.

Caminan un par de horas por una ladera. Christophe va abriendo camino, Jeanne sigue las huellas de Christophe. Así, avanzan lentamente, sin advertir que el cielo se ensombrece de nuevo, que el viento ha vuelto a levantarse en las cumbres.

Comienza a caer la nieve, tupida, espesa y cegadora. Al empezar la nevada, divisan aún el sol blanco entre los copos, luego la cortina se hace más gruesa. Cegados, avanzan al azar, perdidos.

—¡Hubiéramos debido esperar en nuestro refugio! —se lamenta Christophe.

—¡Aprieta los dientes y sigue!

De pronto, el suelo desaparece bajo sus pies. Sueltan un mismo grito, ruedan en una avalancha que se lo lleva todo a su paso. Al final se detienen, bajo montones de nieve. Christophe se sacude, consigue sacar la cabeza y respira hondo.

—¡Jeanne! ¿Dónde estás?

Una mano se agita por encima de un montículo. Christophe se libra de los bloques helados, aferra la mano y saca a la muchacha de su prisión helada.

—¡De buena nos hemos librado! —dice ella sacudiéndose el anorak.

Han caído en una grieta. Christophe evalúa la altura de las paredes.

—Estamos jodidos —dice—. ¡No saldremos de aquí!

—No vamos a reventar en esta ratonera —se rebela Jeanne.

Christophe inspecciona los muros de hielo, busca cualquier resquicio que le permita trepar.

—Intentaremos tallar una escalera —decide.

Se desilusiona muy pronto. La nieve es como arena, la escalera se derrumba a medida que intentan consolidarla. El frío les muerde, se encarniza con ellos cómo una bestia ávida que devora vivas sus presas. Tras un larguísimo esfuerzo, Christophe abandona, desalentado.

—¡Maldita sea! Tengo los pies y las manos helados.

Jeanne se ha encogido en un rincón y parece abandonarse. De pronto, se sobrepone.

—La gente cuyos pasos hemos visto también ha sido detenida por la tormenta.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez estén por los alrededores y que debemos alertarlos de nuestra presencia...

Toma el arma que está junto a Christophe, levanta el cañón y dispara. El retroceso la echa hacia atrás. La ruidosa detonación provoca la caída de pesadas masas heladas.

—¿Quieres enterrarnos vivos? —aúlla Christophe.

Un segundo disparo de fusil hace añicos otra vez el silencio mineral.

—¡Basta!

Escuchan como la detonación reverbera a lo lejos.

—Juro ante Dios que si salgo viva de aquí, consagraré mi vida a los niños que la guerra ha privado de sus padres —dice Jeanne con emoción.

—Qué fácil es jurar cuando uno está atrapado —responde Christophe—. Más difícil es cumplir la promesa cuando se ha salido del lío...

—¡Cállate, imbécil!

—Sólo los judíos pueden hablar así...

—Judíos o no, todos morimos del mismo modo y no es muy bonito.

—En el fondo, tienes razón al hablar del porvenir. Yo, si salgo de aquí, pondré en marcha otra vez la imprenta de mi padre.

Callan. Sus pensamientos sobre el porvenir chocan contra el muro de nieve y el silencio de la montaña.

—¡Creo que he oído hablar! —dice Christophe aguzando el oído.

—Es un alud que cae hacia el valle.

Pero no. Son hombres, en efecto. Dos siluetas gesticulan al borde de la grieta.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunta una voz ronca.

—¡Hemos caído en este agujero! —responde Christophe—. ¡Ayudadnos!

Instantes más tarde, uno de los hombres lanza una cuerda. Jeanne se agarra y trepa hasta arriba; luego Christophe, que da las gracias a sus salvadores.

Uno es bajo y rechoncho, sombrío; lleva una gorra calada hasta las orejas que oculta su anguloso rostro. Sus enormes manos, de las que Jeanne no aparta los ojos, sujetan una carabina. El otro es más alto, lleva la cabeza cubierta con un pasamontañas de piel de lobo.

—¿Qué coño hacíais aquí? —pregunta el más bajo con una enronquecida voz de borracho.

—Nos hemos perdido.

—¿Perdido? ¿Pero cómo?

Christophe sabe que no tiene elección y decide decir la verdad, considerando que aquellos contrabandistas, que son de la región, sólo pueden ponerse de su lado.

—Queremos bajar. Tenemos hambre y frío.

—¿Pero cómo habéis llegado hasta aquí?

—¡Estábamos con Marcello!

Ambos hombres intercambian una mirada cómplice.

—¿Marcello? —repite el de la gorra.

—¿Por qué? ¿Le conocéis? —Enciende un cigarrillo—. Sí.

—¿Y dónde está?

—Los alemanes lo mataron. Los lobos se llevaron su cadáver.

El de la gorra suelta una grosera carcajada.

—Aún hay justicia en esta tierra.

Christophe se acerca con pasos resueltos a los dos hombres. Jeanne permanece un poco atrás, a la defensiva.

—Yo soy Clovis; él, Arthur. El guía soy yo. Arthur no es de aquí. Podemos llevaros. —Se vuelve hacia Jeanne—. ¿Y tú, moza, cómo te llamas?

Jeanne, con la cabeza gacha, no responde.

—Bueno, ¿se te ha comido la lengua el gato? —insiste Clovis.

Ella no responde. El alto Arthur lanza a Clovis una sombría mirada. Christophe, advirtiendo de pronto que probablemente estaban más seguros en el fondo de la grieta, se vuelve hacia Jeanne, que mira sus zapatos. ¿Cómo

hacerle comprender que, a la primera ocasión, tendrán que abandonar la compañía de sus salvadores?

Reanudan el camino hasta un refugio de pastor oculto casi por completo bajo la nieve. Han despejado la entrada, la chimenea de piedra seca humea. Clovis empuja la puerta con el pie. La estancia, única, es mucho mayor de lo que hacía pensar el aspecto exterior. En un rincón, sentados con las muñecas atadas, dos niños vuelven hacia los hombres unos ojos llenos de espanto. Una chiquilla de rizos rubios que recuerda extrañamente a Séverine y un muchachuelo de grandes orejas.

Clovis cierra la puerta y, con un gesto brusco, se apodera con rapidez del arma de Christophe.

—Pero ¿qué...?

—No es un juguete para niños. Aquí soy yo el que dicta las normas. Queréis bajar al valle, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces, voy a llevaros. Átame a los señoritos para que nadie se sienta tentado a hacer tonterías.

Christophe se pone de espaldas a la pared y se pone en guardia con los puños en alto. Clovis suelta una carcajada.

—Vas a portarte bien, ¡ya lo creo!

El adolescente no puede defenderse. Le atan al mismo tiempo que a Jeanne. Clovis toca el pecho de la muchacha y exclama:

—¡Tú ya no eres una chiquilla! ¿Qué edad tienes?

Jeanne no responde. El hombre pasa sus grandes manazas bajo el anorak de Jeanne y le manosea los pechos.

—Esta noche me encargaré de ti.

—¡No va a tocarme! —le espeta Jeanne mirándolo a los ojos.

—Ya lo veremos, bonita. E incluso te gustará. Soy un especialista. — Mientras habla, se acerca mucho a la muchacha, que le escupe al rostro. Resuena un bofetón—. ¡Pero qué maneras son ésas! Si te pones tonta te arrepentirás.

Sin ningún miramiento, empuja a Jeanne y Christophe hacia el rincón, junto a los dos niños.

—Bueno —prosigue Clovis—, hoy no podemos marcharnos. Se prepara una nueva tormenta. Levantaremos el campamento en cuanto haya pasado. De modo que tened paciencia.

Arthur no ha abierto la boca. Parece a la defensiva, como si desconfiara de su compañero. La tensión entre ambos hombres es palpable. Clovis atiza el

fuego y se sienta en un taburete.

—No debes tocar a esta chica —dice entonces Arthur—. No sabes quién es. La cosa podría tener consecuencias.

—Subió con Marcello, ¿no? Ya sabemos lo que eso significa. Nosotros trabajamos con las autoridades legales, no con los resistentes.

—Escucha —insiste Arthur—, los alemanes nos pagan para que les devolvamos a los fugitivos en buen estado. No sabes quién es esta chica. Con el dinero que tal vez vale, podrás pagarte una verdadera mujer. Te digo que debes andarte con cuidado.

Christophe se vuelve hacia el niño sentado a su derecha. La chiquilla llora sin hacer ruido. Los mocos brotan de su nariz y de vez en cuando se los enjuga con el brazo. Su pelo suelto cae ante su rostro.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Christophe.

El chiquillo lanza una furtiva mirada a los contrabandistas que se atarean junto al fuego, luego se inclina hacia Christophe.

—David, y ella es Judith. Estábamos en España, ellos nos secuestraron para devolvernos a los alemanes que nos buscan.

Mientras escucha, Christophe mueve sus muñecas: la cuerda no está muy apretada...

Arthur y Clovis, sentados en taburetes junto al fuego, comen pan y salchichón. Clovis bebe largos tragos de vino tinto, con su bota de piel de cabra. Y a medida que se embriaga su voz va subiendo.

Jeanne se vuelve hacia Christophe, que le hace una señal con las cejas. Las ataduras de sus muñecas se han aflojado lo bastante como para que pueda soltarse cuando lo considere adecuado. De momento, Clovis no está bastante borracho; además, el joven desconfía de Arthur, que no bebe.

La noche ha caído. Ruge la tormenta y las ráfagas de viento, como un ariete, hacen que la cabaña cruja. Crepita el fuego. Altas llamas suben por el conducto de la chimenea. El calor no llega al rincón donde están atados los niños. Judith sorbe. David aprieta los dientes.

Junto al fuego, ambos hombres han dejado de comer. Clovis articula cada vez con mayor dificultad y recurre a su bota.

—Bueno —dice intentando ponerse en pie—, ahora que hemos comido bien, vamos a divertirnos un poco.

Se vuelve hacia Jeanne, derriba un taburete y tropieza con las cajas amontonadas junto a la chimenea. Un escalofrío recorre a la lívida muchacha.

—Bueno, princesa —comienza Clovis—. Estoy seguro de que estabas esperando este momento. Pues bueno, yo también.

Arthur atiza el fuego y luego retiene a su compañero por el hombro, obligándolo a apartarse de la muchacha.

—Clovis, te he dicho que la dejaras tranquila. Aquéllos para quienes trabajamos nos lo reprocharían.

—¡No me fastidies con tu moralina! —exclama Clovis plantando cara a su compañero, que le saca una cabeza—. Nos pagan por los dos pequeños, es cierto, y se los llevaremos. ¡Pero a éstos no les espera nadie! ¿Quién dice que nos los pagarán? ¿Por qué privarse, entonces?

—¡Eres un auténtico tarugo! Si estaban con Marcello, es que pasaban a España. Los alemanes estarán buscándolos y tal vez valgan mucho dinero. De modo que vas a acostarte en un rincón a dormir la mona y mañana bajaremos. ¡Además, es una chiquilla!

—Precisamente por eso me excita. Tú no puedes comprenderlo, señoritingo Arthur. Eres muy delicado, me miras de arriba abajo.

—¡No digas más bobadas!

—Yo no digo bobadas. Déjame en paz, ¡haré lo que quiera!

Dando un brinco, Arthur rodea la mesa y se planta entre Clovis y Jeanne. Agarra a su compañero por el cuello del abrigo y lo sacude.

—¡Comienzo a estar harto de ti! —grita—. Éste es el último trabajo que hacemos juntos. ¡Bebes, bebes y bebes, y luego ya no sabes lo que haces!

—¡Claro, como que me traes contigo por deporte! Sabes bien que sin mí reventarías en esta montaña, porque soy el único que conoce el emplazamiento del paso. Sin mí, estás perdido. Sin mí, no podrás llevar a los chiquillos hasta donde los aguardan. Me necesitas, pero yo no a ti. Así que algún día voy a despanzurrarte. ¡Ándate con ojo, pues!

—¡Calla! No despanzurrarás a nadie. Estás como una cuba y no puedes tenerte en pie. Duerme la mona. Mañana serás más razonable.

—¿Que estoy como una cuba? ¿Pero por quién me tomas?

—¡Por lo que eres! Tienes suerte de conocer el paso, de lo contrario nadie querría nada de ti.

—Pues sí, conozco el paso. Mira, voy a decirte el secreto... Hay varias cumbres con forma de pico de loro y el paso se encuentra al pie de uno de esos picos.

—Cuando hayamos pasado una vez, lo sabré tanto como tú.

—¡Apuesto una barrica de aguardiente a que no! Además, te he dicho demasiado y no quiero que vayas a contárselo a otro.

Mientras habla, ha alargado el brazo hacia el arma que está a su lado, sobre una caja. Arthur no lo espera. Clovis apunta a su compadre. La

detonación desgarrar el pequeño espacio lleno de cajas, taburetes y sacos. Arthur lanza un grito, levanta los brazos y se derrumba con estrépito. Su cabeza choca con el borde del muro. Judith aúlla de terror al ver los grandes borbotones de sangre que brotan del pecho del hombre que suelta un estertor. David, petrificado, abre de par en par los ojos. Jeanne no se inmuta.

Christophe ha conseguido liberar sus muñecas, pero considera que no ha llegado aún el momento de intervenir. Extrañamente tranquilo, permanece atento a cada gesto de Clovis.

Clovis se lleva la bota a los labios y bebe un largo trago. Se inclina sobre su compañero. Una risa horrible sacude su pecho.

—Francamente, tus ansias de mandonearme me han sacado de quicio. ¡Peor para ti! No recordabas que estamos en guerra y nadie va a reclamarte.

Arroja fuera el cadáver. Christophe vacila: ¿cómo recuperar su fusil sin que el contrabandista lo advierta?

Decide esperar a que beba unos tragos más. Clovis vuelve a entrar y mira sonriendo a Jeanne.

—¡Ya has visto, chaval! Más te vale no tocarme las narices. ¡Arthur me tomaba el pelo! Se embolsaba el dinero de los alemanes y me daba unas migajas. Bueno, ahora estaremos tranquilos.

Deja su carabina junto a la puerta. Christophe mira su escopeta abandonada en el montón de leña, a la izquierda de la chimenea. Podría cogerla de un salto. Pero tiene delante la mesa con el trozo de hogaza, los vasos, la botella y dos cajas que no le dejarían correr hacia la salida.

Clovis ordena a Jeanne que se ponga en pie. La muchacha no se mueve. Con la cabeza gacha, parece no haberle oído. Él la levanta por los hombros. Entonces, Jeanne le mira de frente.

—¡Prefiero morir! —dice con voz firme.

Clovis suelta una carcajada y la empuja entre las cajas hacia la pared, junto a la ventana.

—¡No puedes evitarlo! ¡Tienes las manos atadas y eso me gusta!

Christophe comprende que ésa es su oportunidad, mientras Clovis esté de espaldas. Jeanne le lanza una mirada desesperada, entonces él se agazapa como un gato, bloquea sus pensamientos y se abalanza. Dando un brinco, coge su arma y apunta al contrabandista. No es ya Christophe, el inseguro adolescente de piernas demasiado largas, no es ya el rebelde de la burla fácil, sino alguien que acaba de nacer cuando ha dado el brinco.

—¡Déjala! —ordena acercándose a Clovis.

—¿Pero qué te has creído? —gruñe el borracho, y suelta una risotada—. ¡Dispara, anda! Sin mí, estáis condenados a morir de hambre y frío. El paso está en alguna parte, ahí delante, pero, aunque lo encontrarais no pasaríais. Un paso de más, a derecha o izquierda, ¡y adiós muy buenas!

Jeanne se refugia detrás de Christophe. En su rincón, los dos niños se encogen.

—¡Dispara ya! —repite Clovis acercándose—. Al matarme, te matarás y matarás también a los otros.

Christophe vacila. El otro aprovecha su ventaja.

—Vale, deja la escopeta y escúchame.

El muchacho mantiene el arma apuntada contra el pecho de Clovis, su dedo se crispa en el gatillo. El hombre quiere apartar el cañón.

—¡No se mueva o disparo!

—Muy bien, ¡dispara!

Christophe baja el cañón hacia el pie izquierdo del contrabandista y aprieta el gatillo. *Clic*. La recámara está vacía. Clovis estalla en una risotada.

—¡Ya lo tenía previsto, chavalote! Bueno. Ya nos hemos divertido bastante —dice Clovis y coge la carabina que está junto a la puerta—. Ésta sí está cargada.

Christophe corre hacia la salida. Suena un disparo, los niños se tapan la cara con los brazos. Christophe cruza la puerta cuando un segundo disparo destroza una tabla. El adolescente tropieza contra el cadáver de Arthur y rueda por la nieve. Grandes copos se aplastan contra su rostro. El viento le azota con sus gélidos zurriagazos. Se detiene, aún empuñando la escopeta descargada; su corazón palpita, pensando en Jeanne en manos de aquel borracho.

—Voy a matarle —murmura.

Se vuelve hacia el oscuro refugio. La única abertura es un ventanuco con el cristal blanco de nieve.

Un grito brota del interior. Christophe se acerca al ventanuco. Clovis, que ha derribado a Jeanne sobre la mesa, abre el anorak de la muchacha, le desgarrá las ropas y frota su rostro sobre los pechos. Con las manos atadas a la espalda, Jeanne se debate. Christophe, con el corazón desbocado, sabe lo que debe hacer. Los cartuchos que cogió en el Oustal siguen en su bolsillo. No puede permitir que ese monstruo repugnante mancille a la muchacha, eso le destruiría a él. Mete un cartucho en la recámara. El disparo chasquea como un látigo en el rugir de la tormenta. El cristal estalla hecho añicos. Clovis, alcanzado en la cabeza, se yergue como dispuesto a responder, pero cae hacia

atrás sobre las cajas y los taburetes. Jeanne se cubre rápidamente los pechos descubiertos. Christophe empuja la puerta. La joven cae en sus brazos y solloza posando la cabeza en el hombro de su salvador.

Pero Christophe no puede evitar pensar que, al matar a Clovis, acaba de condenar a todo el mundo, a ella, a él y a los dos niños aterrorizados que castañetean los dientes de miedo y frío.

Los contenidos sollozos de la pequeña Judith rasgan el silencio. Jeanne vuelve a la realidad. Retrocede rápidamente, como si acabara de quemarse. Sin decir palabra, Christophe pone unos troncos en la chimenea, pasa ante el cadáver de Clovis y le sorprende no sentir remordimiento alguno. ¿Tan fácil es, pues, matar a un hombre?

—Voy a desataros —dice a los niños.

Libera las muñecas y los tobillos de la niña, y luego al muchacho. A ambos les cuesta mantenerse en pie.

—Hace dos días que estamos atados así —dice David—. Como pollos llevados al mercado.

Judith tose y retrocede hacia la pared al ver el cuerpo. David tiene el valor de acercarse al fuego y aproxima sus manos a las llamas.

—Bueno —dice Christophe señalando el cadáver—, vamos a sacarlo. Luego podremos hablar más tranquilamente.

Coge a Clovis de los pies y lo arrastra sin miramientos hacia la puerta, que Jeanne ha abierto.

—¡Esto es lo que merece! —asegura la muchacha, como justificando su indiferencia ante los niños—. Ni siquiera le querrán los lobos.

Después cierran la puerta y, por precaución, amontonan delante unas cajas.

—Ahora estamos en casa —dice Christophe—. Vamos a comer.

Los dos niños miran a hurtadillas el pedazo de hogaza que hay en la mesa. Christophe corta unas rebanadas y un poco de salchichón para los pequeños.

—¡No podemos! —dice David—. ¡Somos judíos!

—No es momento para andarse con remilgos —replica Christophe—. Peor para vosotros. ¡Yo como!

Jeanne vacila, luego toma un pedazo de salchichón.

—No habéis comido desde hace dos días. ¡Podéis hacerlo! —dice mordiendo el alimento prohibido—. ¡No es ninguna falta!

Mastica aquella carne ahumada que no conocía, y su sabor le gusta.

Los pequeños no se atreven a contrariarla y comen a su vez.

Judith evita las miradas. David, por el contrario, no baja los ojos ante Christophe. Es muy delgado, de rostro alargado y mejillas chupadas. Su pelo corto no oculta unas grandes orejas de soplillo.

—¿Dónde están vuestros padres? —le pregunta Jeanne.

—No lo sabemos. Fueron detenidos con otros amigos de Nevers. Unos vecinos nos escondieron, pero era demasiado peligroso. Nos llevaron a España. ¡Estoy muy contento de haberme marchado!

—¿Ah sí?

—Pse, la gente de la casa donde estábamos me tomaban por un crío y me vigilaban como si fuera leche en el fuego. Si esos dos no hubieran venido a buscarnos, habría tomado el portante, ¡seguro!

—¡Caramba, tú no tienes pelos en la lengua! —exclama Christophe.

—Eso mismo dice mi tío Georges. También dice que eso sirve para defenderse.

—¿Qué edad tienes? —pregunta Jeanne a la niña.

—Nueve años, y David dice que tiene doce, pero no es verdad, ¡sólo tiene once años!

Ahora que han comido, la fatiga prevalece. Los dos niños se duermen ante el fuego, en el suelo. Jeanne se tiende junto a Christophe, que querría estrecharla entre sus brazos pero no se atreve.

## Decimoséptimo día

El fuego se apaga. Cuando Christophe despierta, el humo azul le indica que aún hay brasas bajo las cenizas. Arroja unas ramitas que se encienden.

Jeanne se pasa la mano por su corto pelo.

—Lo he pensado —dice—. Más valdrá que nos quedemos aquí hasta que encontremos el paso.

—Eso creo también —responde Christophe—. El paso está por aquí delante, ¡la cosa ha de ser rápida!

—No es seguro. Estará bajo metros de nieve y ya has oído a ese tipo: basta con dar un mal paso para caer en el vacío o al fondo de una grieta. Habrá que ser prudentes.

—Lo sé. Pero, con un poco de suerte, otros contrabandistas se detendrán aquí. ¡No todos son mala gente!

Christophe remueve el fuego con la punta del palo. Haces de chispas suben por la chimenea.

—¿Y los dos pequeños? —pregunta Jeanne—. ¿Qué hacemos con ellos?

Judith y David, que acaban de despertar, lanzan inquietas miradas a los dos adolescentes. Judith pregunta con una vocecilla: —No iréis a abandonarnos, ¿verdad?

—¡Claro que no! —dice Jeanne.

—Bueno —decide Christophe—, aquí tenemos leña para el fuego y comida para algunos días. ¡Todo va bien, pues! Nos tomaremos tiempo para decidir.

Sin añadir más, toma su escopeta, el par de guantes forrados de Clovis y sale. Los cadáveres han sido cubiertos por la nieve y nada revela su presencia. Christophe flanquea el cañón, que va estrechándose en una multitud de grandes roquedales separados por precipicios. Evalúa los riesgos de aventurarse por aquel dédalo dispuesto a tragárselo. Rodea el lugar, regresa hacia el cañón que prosigue hasta el pie de una montaña extremadamente escarpada. Delante, varias cumbres de base ancha y cima ganchuda le recuerdan los picos de loros que mencionó Clovis. Más allá, el muro de la

montaña excluye que pueda cruzarse, salvo si se hace escalada. El paso está allí pues, pero ¿dónde? Aventurarse al azar sería un suicidio. Despechado, regresa al refugio.

—Seguiré mañana —dice a Jeanne, sentándose junto al fuego.

## En el Oustal

A Joachim le duele mucho la cabeza y sale a ver si el aire fresco le sienta bien. Matthieu abre los ojos. Su primer pensamiento es para el fuego que está apagándose. Ayer comieron, bebieron, fumaron y se durmieron sin pensar en los turnos de guardia. Una vez más, consigue salvarlo depositando musgo seco y pedazos de cortezas en las últimas ascuas que palpitan en la ceniza. Ha evitado la catástrofe, pero se dice que, en adelante, tendrán que ser muy estrictos.

Marie-Hélène se muestra huraña. Pone agua a calentar en la marmita. La muchacha piensa en su padre, que se bamboleaba cada noche, en sus palabras a menudo groseras, en sus gestos destemplados para con su madre. ¿Acaso ha heredado su afición por el alcohol?

Joachim regresa con sus gafas llenas de vaho. Matthieu busca en la caja de herramientas.

—Subiré a abrir el armario.

—¡No verás nada! —dice Joachim—. Espera a que consiga hacer que la dínamo funcione.

—Me las arreglaré con esta linterna. Tiene poca pila, pero bastará.

Aflojar los cuatro tornillos que fijan la cerradura no le cuesta mucho a Matthieu. La puerta gira rechinando sobre sus oxidados goznes. El insondable interior da acceso a un subterráneo entre las rocas. Matthieu entra con la linterna por delante. Tras él, a Joachim le cuesta abrirse paso. La luz revela cajas de galletas apiladas en un rincón, un jamón envuelto en tela, una bolsa llena de lentejas y, al fondo, dos fusiles con mira telescópica y cajas de municiones. En un rincón oscuro, Joachim divisa una gran caja de madera. Acerca la linterna y descubre una red.

—¡Vaya! ¡Podemos pescar! —afirma el muchacho—. ¿De modo que hay un lago por los alrededores?

—Sin duda —responde Matthieu—. Tendremos que buscarlo.

Abre una caja de galletas de la que surge olor a podredumbre. Los pastelillos, de color grisáceo, se convierten en un polvo nauseabundo. El

muchacho comprueba que las lentejas no son mejores que las habichuelas encontradas en la alacena. Y el jamón está rancio.

Matthieu coge un fusil, lo examina y acerca la mira a su ojo derecho. No entiende nada de ello, pero se dice que no ha de resultar muy difícil apuntar y apretar el gatillo. Deja el arma y levanta una parte de la red, ligera como una telaraña.

—¿Cuándo vas a probar la radio? —pregunta.

—Esta noche. Pero debemos pensar, de todos modos, que corremos el riesgo de permanecer aquí unos días más. Si el tiempo empeora los socorros no podrán subir.

—Tienes razón, nos queda un poco de leña, pero bajaremos a cortar más —añade el joven.

Así transcurre la jornada. Joachim se las ve con la radio que no funciona. Ha conseguido conectar la dinamo, que produce corriente para encender una lámpara, pero hay que pedalear y la cosa resulta muy pronto fatigosa. Pasan las horas escuchando el viento que aúlla fuera; la nieve, que no deja de caer desde la mañana, les impide salir a buscar leña. Para ocuparse, Joachim intenta esculpir un tronco y, luego, acaba tirando su mediocre esbozo.

—Si tuviera buenos ojos —explica—, podría hacer muchas cosas. Pero soy un tullido.

—¡Todos somos tullidos de un modo u otro! —filosofa Matthieu sin apartar los ojos del arma—. Lo que necesitamos es fuerzas para caminar.

Marie-Hélène y Matthieu sólo se dirigen la palabra cuando es necesario. Matthieu se dice que, tras su actitud de mosquita muerta, la muchacha oculta una verdadera mujer, y bastante desvergonzada. Ella mira furtivamente a Matthieu y le encuentra realmente bajo, vulgar y sin fantasía. ¿Cómo una muchacha pudo aceptar pasar dos días en una habitación con él? Joachim finge no advertir nada. Ha olvidado por completo la velada, salvo que bebió demasiado vino y que de ahí procede su dolor de cabeza. Y sabe que está de más.

—¿Os molesto? Si queréis, puedo ir a la gruta de arriba.

—¿Pero qué dices? —gruñe Matthieu.

Por la tarde, la tormenta se calma. Las nubes desfilan deprisa, dejando pasar algo de sol que ilumina la nieve reciente. Matthieu sale, da unos pasos y su mirada es atraída por unas cabras monteses que bajan de la montaña. Se oculta tras una roca y aguarda. Los animales corren por la ladera levantando una nube blanca. Se detienen en el lindero del bosquecillo, a menos de cincuenta metros del muchacho, y comienzan a ramonear las hojas secas que

han quedado colgando de las ramas de las jóvenes encinas. Tomando precauciones para no asustarlas, Matthieu regresa a la gruta.

—¡Las cabras montesas han descendido! —anuncia, y coge el fusil para comprobar que está cargado.

Marie-Hélène le pregunta:

—¿Sabes utilizarlo?

—No, pero no hay que ser un genio. ¡Apunto y aprieto aquí! —dice con una voz que quiere sonar convincente.

Matthieu sale sin añadir nada, llevando el fusil apuntando ante él. Consigue regresar al abrigo de la roca sin asustar a los animales que están comiendo. El joven espera, con el corazón palpitante y la respiración entrecortada. Se coloca al abrigo de las rocas, levanta el arma a la altura de su rostro y dispara. Una enorme detonación sacude la montaña. El retroceso proyecta violentamente a Matthieu hacia atrás. Un animal salta en el aire, hace una curiosa pirueta, permanece unos instantes inmóvil en el suelo y, luego, se levanta de nuevo y se aleja lentamente en la dirección que ha tomado el aterrorizado rebaño.

—¡He fallado! —advierete Matthieu—. ¡Qué torpe soy!

Marie-Hélène y Joachim llegan corriendo. Encuentran a Matthieu sentado en la nieve, con el arma a un lado.

—¡Le he dado a uno! —dice mirando a la muchacha—. Ha huido, pero no llegará muy lejos. Iré a buscarlo —añade, deseando remediar su fracaso.

Se aleja con el fusil en la mano. Joachim le alcanza.

—Voy contigo.

—No, quédate con Marie-Hélène. Tú mismo has dicho que no veías nada. Mejor ser precavido. ¡Hay grietas!

El muchacho avanza hacia el lindero del bosquecillo donde estaban los animales y descubre gotas de sangre en la pisoteada nieve. Sigue largo rato las huellas que atraviesan una altiplanicie hasta un valle poco profundo.

El viento acaba de levantarse. «Habrás que ir deprisa», piensa.

Las manchas rojas le llevan a una ladera sembrada de rocas junto a un bosquecillo de abetos. Matthieu camina resuelto, seguro de encontrar el animal herido. No tiene conciencia del camino recorrido. A su alrededor, todo es blanco. Sólo las gotas de sangre, cada vez más numerosas, ocupan su atención.

Llega a un circo cuyo suelo ha sido pisoteado. Un curioso olor reina en aquel lugar abrigado. Un olor que cree reconocer y que le hace dar un respingo. Se detiene en seco. Levantándose ante él, un brazo desnudo, con la

mano abierta, sobresale de la nieve. El antebrazo está desgarrado. Se ve el hueso claro entre las carnes mordidas.

—¡Dios mío!

El viento aúlla desgarrándose en las mismas aristas de las rocas. Matthieu escruta las nubes que pasan entre las pendientes, se enrollan en volutas blancas, obstruyen el horizonte y cierran la jaula que le rodea.

El muchacho da media vuelta, pero ya no está seguro de qué dirección seguir. Sus huellas han desaparecido. Trepa por una breve pendiente, resbala, rueda por la nieve blanca. Le detiene una roca puntiaguda. Esta vez, ante él, una pierna roída se yergue como un pedazo de madera arrastrado por la última tempestad. A su alrededor, jirones de ropa dispersa, desgarrados, mordidos, cubren el suelo.

—¡Mierda!

Un ruido le hace dar un respingo, como un animal que se sacudiera. Es *Martillo*, el asno de Marcello, que se ha acercado y vuelve a él sus grandes ojos negros.

—¡*Martillo*! —grita Matthieu como para asegurarse de que no es un espejismo.

El asno rebuzna, araña la nieve con una pata. Matthieu se acerca y descubre la cabeza de Marcello, que las fieras han abandonado. De los ojos, picoteados por los cuervos, sólo quedan las carnes viscosas de las órbitas. Una parte del cuero cabelludo ha sido arrancada, desnudando el hueso sanguinolento. E, intacta aún, la boca, los labios con su rictus, inscrito con la petrificada forma de un desafío, un grito de orgullo. Matthieu castañetea los dientes.

No sabe ya si la nieve brota del suelo o cae del cielo. Al polvo que levanta el viento se mezclan grandes copos que le harán difícil la marcha.

—¡Hay que regresar! —murmura Matthieu—. ¡Volveré más tarde a enterrar esos pobres restos! *Martillo*, tú me ayudarás a encontrar el camino.

El asno le mira, pero no se mueve.

—Te digo que vengas.

*Martillo* se niega a seguir al muchacho, que finalmente se aleja apretando los dientes, sin ver adónde va. De pronto, el suelo cede bajo sus pies y cae en una grieta invisible. Se debate, consigue agarrarse y sale de aquella trampa. Reanuda su marcha forzada, al azar, con la impresión de encontrarse fuera del mundo, en un espacio infinito y cegador, de flotar entre el cielo y la tierra.

Avanzar contra el viento es demasiado difícil. Se desvía entonces por lo que parece una cuesta. Llega por fin a la pared de la montaña, que se yergue

ante él como una barrera y sirve de cortavientos. Sigue el borde de la roca desnuda, encuentra una anfractuosidad bajo una piedra plana. La nieve se ha amontonado allí. Matthieu la quita con grandes brazadas. Se refugia bajo el saledizo y decide aguardar a que la borrasca cese.

El viento aúlla, desplaza montones de nieve que se aplastan contra la roca. Los elementos combaten, se miden, fluido y nervioso uno; inmóvil, duro e inmutable el otro.

«¿Qué puedo hacer yo? Estoy aquí, agazapado como una rata bajo esta roca, aguardando que a la tempestad le dé la gana. Si revienta, mi cuerpo quedará hecho jirones, como el del pobre Marcello, y las estaciones continuarán. A la montaña le importo un pimiento, al mundo le importa un comino mi sufrimiento. No soy nada».

Tiene la sensación de haber sido engañado.

## Decimoctavo día

Marie-Hélène y Joachim se impacientan. Matthieu desapareció la víspera por la tarde. Lo han buscado antes y después de la tormenta. Lo han llamado. Sólo les ha respondido el eco. Han caminado cada vez más lejos. El miedo a perderse les ha obligado a dar media vuelta, desesperados.

—Tal vez esté enterrado bajo varios metros de nieve... —suspira Joachim—. ¿Qué podemos hacer?

—¡No digas tonterías! —se rebela Marie-Hélène—. La tormenta le sorprendió y se refugió bajo una roca. Ahora se ha calmado y va a regresar.

Joachim, sentado junto al fuego, observa a la muchacha, que aprieta los dientes para contener sus sollozos.

—Le quieres, ¿no es cierto?

Ella da un respingo. Se yergue con vivacidad.

—¡Qué dices! Es un compañero, ¡nada más! Aquí todos somos iguales. Pero reconozco que no es justo que desaparezca cuando iba a buscar al animal herido para que tuviésemos algo de comer.

—Tal vez había preparado la jugarreta, tal vez se ha marchado para reunirse con Christophe y Jeanne y nos ha dejado a los dos aquí, porque somos un peso inútil.

—¡No te creo! —responde Marie-Hélène agitando la cabeza, en un tono que no admite réplica.

Joachim sigue viéndoselas con la radio.

—Es nuestra única oportunidad. Tengo que conseguir hacer que funcione —dice.

—Me duele la cabeza.

Él levanta la cabeza del aparato desmontado, pensativo de pronto. Recuerda una de sus antiguas lecturas en la que un historiador afirmaba que los vikingos se curaban con decocciones de corteza de abedul.

—Al parecer eso cura muchas enfermedades —precisa—. Y por aquí hay abedules. Se reconocen por su tronco blanco.

Baja hacia el bosquecillo, la noche está cayendo. El cielo despejado anuncia que hará mucho frío, salvo si las nubes que se amontonan sobre las cimas vuelven a traer nieve. El viento es apenas perceptible.

Unos minutos más tarde, regresa con un gran puñado de corteza y prepara una infusión en agua hirviente.

Cuando la tisana está lista, prueba el líquido parduzco.

—Es muy bueno —decide, orgulloso de su descubrimiento.

Marie-Hélène bebe a su vez y, pronto, tiene la impresión de que su dolor de cabeza se calma.

—Sabes muchas cosas, tú —dice sonriendo—. ¿Te has pasado la vida leyendo libros?

—¿Qué querías que hiciese? Mi padre estaba en el garaje, mi madre no se interesaba por mí, de modo que yo leía y tocaba el violín.

—¿No tienes hermanos?

—No. Ya es un milagro que naciese. ¡Mi madre estaba encinta cuando se casó con mi padre!

—¿Cómo puedes saber eso?

—¡Bastante hablaban de ello mis padres cuando se peleaban! ¡No era un secreto para nadie!

—Eso me recuerda a mi tía Léontine —replica Marie-Hélène—. Una mujer soberbia que amaba la vida. Quedó encinta, de modo que fue necesario casarla para evitar la deshonra. Se casó con quien la quiso, un pobre muchacho no muy listo que aceptó dar su nombre al niño.

Joachim le dirige una mirada llena de aflicción. Lo que la muchacha acaba de decir le parece una revelación: —¿Crees que eso es posible? ¿Que un hombre acepte casarse con una mujer hermosa para dar su nombre al hijo que lleva?

—¡Sucede más a menudo de lo que creemos!

—¿Mi madre, por ejemplo?

Su rostro es hosco, su mentón tiembla. Marie-Hélène intenta reconfortarle.

—¿Pero qué cosas imaginas? ¡No lo he dicho por ti!

Él suspira, contiene un sollozo y abre el estuche de su violín. Se pone a tocar. Marie-Hélène se abandona a esa música llena de tristeza, tan pura como el agua que brota del manantial. De pronto, Joachim deja el violín y dice: —Supón que Matthieu no esté muy lejos de aquí, que esté a punto de llegar, ¿cómo quieres que encuentre la gruta en esta noche tan oscura?

La música le ha apaciguado momentáneamente; recupera su sentido común habitual.

—¿Quieres que salga para llamarle? —pregunta Marie-Hélène.

Joachim guarda el violín, lentamente se pone en pie y se dirige a la salida.

—¡De qué servirá llamarle! Nuestra voz no llega más lejos que la gruta de arriba. En cambio, eso me hace pensar que antaño encendían hogueras en la costa para los barcos que regresaban. Después construyeron faros.

—Entonces, ¿por qué no encender una hoguera en la cresta, junto a la gruta? —propone Marie-Hélène animándose.

—Con la nieve no lo conseguiríamos. Y si se levanta el viento, la apagará muy pronto. ¡Hay algo mejor!

—¿Qué cosa?

—Tenemos hilo eléctrico, bombillas y una dinamo para producir electricidad.

Mientras habla, Joachim ha ido a buscar la caja de herramientas. Conecta los dos hilos a la dinamo y los hace llegar hasta el exterior. Fija una bombilla en una pértiga.

—¿Y si el viento hace caer tu pértiga? —pregunta Marie-Hélène.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —responde Joachim, sin argumentos.

Le pide que pedalee mientras él comprueba que la bombilla funcione. Regresa con una gran sonrisa en los labios.

—Funciona muy bien. Nos relevaremos para pedalear.

Pasan las horas. Se agotan pedaleando uno tras otro. De vez en cuando, Joachim sale a la noche y aguza el oído. El viento que se ha levantado cubre los demás ruidos.

## En algún lugar de la montaña

Matthieu, hecho un ovillo bajo el saliente de la roca, no puede contener los temblores que le recorren. El frío se apodera de sus miembros, le paraliza. ¿Cuánto hace que se marchó? ¿Dos horas, un día, una semana? No lo sabe. Su vientre gorgotea, cada inspiración le desgarrar el pecho. ¡Qué estúpida idea lanzarse en persecución de la cabra montés herida! Evalúa la importancia de cada decisión en ese universo hostil. Una vez se ha tomado una dirección, es imposible dar media vuelta, comenzar de nuevo la partida. El menor deseo, el menor gesto puede tener consecuencias desastrosas.

Intenta comprender. Tras haber dado media vuelta, ¿se acercó o se alejó del Oustal? Siguió sus huellas que se adivinaban en la nieve, pero el viento lo borró todo muy pronto. ¿En qué momento se desvió? Ya no lo sabe, su pensamiento se enmaraña. Le abrumba una inmensa fatiga. De pronto oye un redoble, un ruido de trueno, como si la montaña se derrumbara. El suelo vibra, las laderas tiemblan; el extraviado contiene el aliento, se encoge bajo su roca, consciente de que es el único ser vivo en una inmensidad muerta.

La noche le rodea bruscamente, total y gélida, una noche de nieve apelmazada. Y luego, silencio. Más amenazador aún que el estruendo que lo ha engendrado. El joven castañetea los dientes. ¡Ha sido enterrado por un alud! El miedo fluye en él, espeso. Tiene ganas de llorar.

El lugar es reducido. Matthieu se mueve, consciente de que pronto faltará el aire. Piensa que va a morir, que está enterrado bajo metros y metros de nieve apelmazada y que Dios no hace milagros para un joven judío cuya existencia ni siquiera ha advertido.

Se debate como un animal enjaulado al que el instinto de supervivencia empuja a luchar hasta sus últimas fuerzas. Golpea con la culata del arma el muro que tiene delante. El bloque que le aprisiona se hace pedazos, haciendo que aparezca otro bloque. Pero su cadencia se hace pronto más lenta. Extenuado, jadeante, deja caer el fusil y lanza un gran suspiro.

—No puedo más —dice sin aliento.

Piensa en Joachim, luego en Marie-Hélène, que estuvo enamorada de un hombre casado. Marie-Hélène, que no aguardó a Matthieu para lanzarse a la vida. Él es sólo una pieza de recambio, el premio de consolación. Rabioso, aprieta los dientes, golpea de nuevo con el fusil y arranca jirones de nieve a su cárcel.

—¡Veo luz!

Pero no está tan seguro. ¿No será esa claridad una ilusión, el reflejo de su deseo? Recurriendo a sus últimas fuerzas, reanuda su trabajo. La culata de madera desprende bloques helados que el muchacho amontona debajo. ¿Cuánto ha avanzado? ¿Un metro? No lo sabe, sólo sabe que la capa es mucho más gruesa de lo que creía. Sin fuerzas ya, siente que su ronca respiración se acelera, como al final de una carrera.

Se detiene. El dolor de sus miembros le llega al pecho, clavando sus saetas en su corazón. Cierra los ojos lanzando un ronco rugido, se distiende, empujado por una fuerza incontrolable, un resorte que él no sospechaba. A su pesar, sin realmente desearlo, sus manos agarran el fusil y golpea, no ya con la culata sino con el cañón, que se hunde en la frágil pared. Toma impulso y golpea de nuevo.

—¡Ya está, casi! —murmura entre sus apretados dientes.

Una vez más, el cañón choca con una nieve tan dura como la roca. ¿Por qué ese postrer esfuerzo si no hay posibilidad alguna de liberarse? Le invade la renuncia. Cierra los ojos, calmo de pronto, casi sereno. Su espíritu boga hacia unas luces intensas y magníficas, luego sobre aguas azules, en una dulce calidez de estío, la del lago de Ginebra a cuyas orillas sus padres tienen una mansión. El verano pasado había seguido a un pescador en su barco. Se levantaba el día; pescaban corégono y Matthieu recuerda los tirones en su mano cuando el pez que había picado intentaba liberarse. Se sobresalta porque, en su duermevela, se encontraba en el lugar del animal cautivo. Entonces, rabioso, recupera su fusil con renovada fuerza, la del corégono intentando liberarse del invisible hilo que le arrastra hacia la superficie.

La nieve que ya no echa hacia atrás se amontona bajo él, que se tiende boca abajo para avanzar por el túnel cada vez más estrecho. No piensa ya, es sólo una máquina. Obedece a su instinto de supervivencia y se descubre insospechadas fuerzas.

Esta vez...

Ve claramente una luminosidad a través de los cristales de nieve, pero sigue sin saber si procede del exterior o es fruto de su imaginación. Al acercarse

la mano, discierne con claridad el color gris de sus guantes. Y la culata del fusil que se recorta ante él. Esta vez...

No se atreve a golpear en la luz por miedo a que se marche. Finalmente, lanza un puñetazo que atraviesa y sale al aire libre, a la claridad. Un fragmento de cielo azul abandonado por la tempestad se recorta en el desgarrón. Lanza un grito y comienza a utilizar los codos para salir lo antes posible. Intenta ponerse de pie y echa un vistazo alrededor.

No reconoce nada, ningún detalle que le permita orientarse. La tempestad ha creado cerros donde sólo había valles y ha modelado un horizonte de inmóviles olas.

Matthieu titubea al azar hasta una pequeña colina, busca la cornisa en el lindero del bosquecillo. Hay, en efecto, algunos abetos y altas rocas contra las que se ha detenido el alud, pero no son aquellas junto a las que encontró los restos de Marcello.

«El bosquecillo no era tan pendiente», se dice.

Toma una dirección al azar. Su fusil le pesa en su brazo derecho, pero sabe que el arma le protege, que el olor a pólvora basta para alejar a los lobos.

Matthieu está como borracho. Sus articulaciones chirrían con cada movimiento. Sus pesados pies abren una nieve apelmazada.

—¡Y todo por una maldita cabra montés! —masculla.

La fatiga hace claudicar sus miembros. Sus piernas avanzan maquinalemente, pero las siente cada vez más pesadas, a pesar de que la nieve dura facilite la marcha. A veces, se vuelve y ve su estela perdiéndose entre intensos reflejos. Cae varias veces, se levanta apretando los dientes, sordo a los dolores que le corroen. Prosigue a cuatro patas luego vuelve a ponerse en pie. Piensa entonces en una lectura que le impuso el profesor de francés. El autor contaba la epopeya de los pioneros de la aviación. La frase de Henri Guillaumet, que consiguió sobrevivir más de veinte días en la cordillera de los Andes, resuena aún en su cabeza: «¡Lo que yo he hecho, ningún animal habría podido hacerlo!». Ser un hombre es combatir hasta el límite extremo, es soportar el dolor y no renunciar nunca.

El viento aúlla en las crestas. Matthieu sabe que no tendrá fuerzas para liberarse de un nuevo alud ni para sobrevivir al intenso frío que se acrecienta. La imagen del piloto de la Aéropostale perdido en la inmensidad helada de las montañas de la América del Sur no le abandona. Guillaumet tenía sólo, como arma, el deseo de vivir aferrado al cuerpo, su juventud que no abdicaba.

Matthieu aprieta los dientes. Sobrevivir no exige cualidad especial alguna, sólo la obstinación del insecto con el cuerpo aplastado que sigue agitando sus

patas para escapar de la herramienta del jardinero. No hay otra cosa que hacer: caminar hasta el último latido del corazón.

Cae de nuevo, se levanta maldiciendo con la boca llena de nieve helada, intenta hacer balance, busca en esa extensión blanca un detalle que le indique el camino. Pero no, la tormenta ha dado a la montaña una de sus numerosas máscaras invernales, que nunca muestra dos veces.

Con la mente bloqueada en un solo pensamiento, Matthieu dice en voz alta, para convencerse de que avanza en la buena dirección:

—Me marché así. Voy en dirección contraria desde esta mañana. Por tanto, ya debería de haber llegado.

En realidad, ya no lo sabe. Tal vez el Oustal esté delante, invisible, oculto por una colina. Y esta vez no hay olor a quemado que pueda guiarle.

Cae la noche y el frío recrudece. Matthieu avanza cada vez con más dificultad. Mientras había luz, encontraba aún la voluntad de seguir adelante. El dolor en las piernas es insoportable. Le domina la desesperación. ¿Para qué seguir si va a caminar hasta el último aliento? Se derrumba sobre el polvo helado, se dice que Guillaumet debió de vivir la misma desesperación y que supo resistirla.

Entonces se pone de nuevo en pie, convencido de que el Oustal se encuentra justo detrás de la siguiente colina y de que lo peor sería renunciar tan cerca de la meta. «¡Lo que yo he hecho, ningún animal habría podido hacerlo!». Trepa a cuatro patas por un montículo. La sensación de frío le ha abandonado; una dulce calidez corre por sus miembros, quisiera dormir. En lo alto de la colina, jadeando, inclinado como un anciano, con el rostro desencajado por el frío, Matthieu mira alrededor. La noche se ha hecho más espesa. El viento levanta torbellinos de copos, no ve nada. Tiene ganas de acostarse y esperar, de dejar que le cubra el sudario blanco, aunque sea arrastrado, desgarrado por los lobos como Marcello. Vagamente consciente de que ha realizado los últimos gestos de su vida, de que va a morir de un momento a otro, da unos pasos al azar. Al carajo el hermoso valor de Guillaumet, explorador del mundo a bordo de su avión; su ejemplo sobrepasa a Matthieu.

—¿No oyes?

Ha hablado de nuevo como si hubiera alguien con él. Un olor a carroña le devuelve a su macabro descubrimiento. Y luego el olor desaparece; lo lamenta, pues le aferraba a algo.

—¡Mira!

Frunce el ceño, se hace visera con la mano como para protegerse de una luz ausente.

—¡Una estrella! ¿Qué te parece? ¿No encuentras extraño una estrella perdida, caída del cielo, que permanece posada en el horizonte?

Vuelve a ponerse en marcha, doblado bajo las ráfagas que le detienen, con la cabeza entre los hombros. Los montones de nieve le azotan, le entran en nariz y boca, bloquean su respiración, pero sigue hacia la estrella. Recorre así unos metros, trepa una ligera pendiente antes de un nuevo declive del que emprenden el vuelo espesas nubes claras que le ciegan.

—No pueden ser los del Oustal...

Prosigue, con los ojos clavados en la luz que desaparece. Era sólo un espejismo más, un fuego fatuo que no indicaba dirección alguna.

—A veces —murmura—, el rayo prende en un viejo abeto que arde días y días...

Cree ver de nuevo la luz entre las ráfagas de nieve. Se frota los ojos.

—¡No puede ser un fuego fatuo!

Reanuda la marcha, aferrándose a una esperanza insensata, aunque persista la duda. ¿Quién encendería una bombilla en aquel lugar? Y sin embargo, ¡sí! Ahora ve claramente la bombilla atada al extremo de la pértiga que el viento agita. Le invade un júbilo abrasador; sus últimas fuerzas le abandonan. Rueda por la pendiente, tarda largos minutos en poder levantarse. Está salvado. ¡He aquí la entrada de la gruta!

Entra. Marie-Hélène se levanta y se queda horrorizada por su aspecto. Joachim baja de la dinamo, inquieto, pero orgulloso ya de su invento, que acaba de salvar a Matthieu.

—¡Soy yo! —dice el aparecido dejándose caer junto al fuego.

## Vigésimo día

Hace dos días que Christophe explora los alrededores buscando el famoso paso. No puede aventurarse demasiado cerca del precipicio, la nieve que el viento levanta en nubes heladas transforma constantemente el paisaje, desplaza las celadas. Había subestimado la dificultad, ¿qué hacer, pues? ¿Aguardar a otros contrabandistas? El invierno está sólo comenzando, pueden pasar meses antes de que alguien aparezca por los parajes.

—Sólo nos queda una solución: huir por España —dice al regresar, deslomado. Y pregunta a David—: ¿Sabrías encontrar el camino?

El chiquillo lo piensa unos instantes. Las ganas de hacerse útil, de ser indispensable le empujan a mentir; sin embargo, conoce el riesgo de partir a través de la montaña.

—Caminamos durante tres días. No puedo decirlo.

—¿Dónde dormíais?

—En grutas que ellos conocían. Había reservas de leña y encendían fuego.

—Hay que regresar con los demás, al Oustal —decide Jeanne.

—¡Ni pensarlo! —salta Christophe—. ¿Para qué habríamos hecho todo este camino? ¿Para nada? ¿Y los demás? ¡Imagina cómo va a burlarse de nosotros Matthieu!

—Me importa un bledo. No podemos hacer otra cosa. Además, les llevaremos víveres. ¡Deben de tener hambre!

—Tienes razón.

Christophe se reprocha no haber pensado en ello. Jeanne registra la ropa que cuelga de un clavo, en la entrada, dobla las mantas que están en un montón, en el suelo.

—Podemos necesitarlas —le explica a Christophe.

Toma una de las armas de los contrabandistas junto a la de Christophe. Encuentra una caja de cartuchos.

—¡Es una escopeta de cinco tiros! —comenta Christophe—. Es mejor que la nuestra.

Jeanne mete en la bolsa lo que queda de pan y los salchichones y se la echa a la espalda. Christophe ata las mantas y la ropa de abrigo sobre la suya. El sol brilla a pesar del intenso frío. Los cadáveres de los dos contrabandistas están enterrados bajo la nieve. Nadie se preocupa por ellos. Sólo Christophe piensa que ha matado a un hombre, pero barre sus remordimientos repitiéndose que aquella chusma no merecía vivir. Él, que jugaba a ser duro, pero no soportaba ver cómo degollaban un cerdo, advierte ahora cómo le ha transformado la guerra. Se pone en cabeza, seguido por Jeanne y los dos niños, que avanzan penosamente.

—Siempre que no haya otra tormenta —se preocupa Jeanne—. Nos quedan más de dos días de marcha.

—¡Si no nos perdemos!

Judith y David siguen en silencio. Al cabo de unas horas, la niña, sin fuerzas ya, cae y se levanta un par de veces. David la toma de la mano y tira sin decir una sola palabra.

—Casi hemos llegado al lugar donde pasamos la primera noche —dice Christophe—. Es fácil reconocerlo, allí está el farallón, pero ¿dónde están las rocas apiladas?

Por mucho que escrute la montaña no encuentra ese detalle que le había impresionado por su gigantismo. La tormenta lo ha ocultado todo, lo ha transformado todo. Jeanne mira cómo el sol baja por detrás de las nubes.

—¡Necesitamos un refugio! Se acerca la noche y no podemos dormir al aire libre.

El claro cielo difunde una buena luminosidad. Siguen trazando su estela por la blanda nieve en polvo. El frío es soportable; el viento, que se hace más fuerte, presagia nuevas borrascas.

Judith, que no puede más pero no se atreve a quejarse, lanza de vez en cuando algunos grititos. Hasta que cae, incapaz de dar un paso más.

—Bueno —dice Christophe agachándose ante la niña—, súbete a mis hombros.

Se yergue con aquel fardo, inseguro sobre sus largas piernas, y vuelve a ponerse en marcha titubeando. De pronto se detiene, tiende el brazo hacia una pared que se levanta a pocos metros.

—Es aquí —dice—. Recuérdalo, nos extrañó que la montaña tuviera esa forma de huevo.

—La entrada del hueco donde nos refugiamos está detrás de aquel montículo —precisa Jeanne—. Me pregunto si podremos limpiarla.

—Basta con que excavemos un pequeño paso —responde Christophe—. La nieve forma como un edredón y mantiene el calor.

Deja a Judith, trepa difícilmente por la pequeña cuesta.

—He aquí los restos de nuestra hoguera —advierde Jeanne—. Y queda leña aún. Afortunadamente, recogimos mucha. Hoy no conseguiríamos encontrarla.

Se instalan en el pequeño espacio libre, bajo las rocas amontonadas. Christophe reúne los restos de la hoguera y coloca unas ramitas para encender el fuego. Mete la mano en un bolsillo de su anorak, en el otro luego. Por fin, explora los de sus pantalones.

—¡Mierda, el mechero!

—¿Qué? —pregunta Jeanne.

Christophe hurga de nuevo en sus bolsillos.

—¡Mierda! —repite.

Mira a Jeanne como preguntándole qué ha podido pasar.

—¿Lo has perdido? —pregunta ella—. Chico, ¡eres un desastre!

¡Pues bueno, sí! Cuando estaba sentado contra la pared, retorciéndose para liberar sus muñecas, el mechero debió de caer de su bolsillo y nadie le prestó atención.

—No hace tanto frío —se conforma Jeanne—. Prescindiremos del fuego.

No es el calor lo que más falta les hará, sino la luz de las llamas, su presencia que aleja a los lobos y los malos espíritus. Cae la noche.

—¡Nos apretaremos y nos mantendremos calientes! —añade la joven—. Y además, vamos a comer.

Mientras habla, deja su mochila, saca la hogaza de pan. Judith, con las manos en el vientre, se retuerce y hace muecas.

—¿Qué te pasa?

—Tiene ganas de hacer pipí —dice su hermano—, pero le da miedo.

—Bueno, pues acompáñala.

Los dos chiquillos se aventuran fuera del refugio, pero no van muy lejos. La blancura del suelo ilumina tenuemente la noche. El cielo está salpicado de infinitas estrellas. Cuando regresan, Jeanne les tiende una rebanada de pan y salchichón.

—Mañana por la noche estaremos con los demás —dice Christophe—. Siempre que los socorros no hayan ido a buscarles.

—Claro que no, sabes muy bien que esto es imposible.

—Ya, pero podemos equivocarnos. También creíamos que el paso sería fácil de encontrar.

Cuando han comido, se apretujan en la esquina de una roca y se suben el cuello del abrigo. Judith y David obedecen sin rechistar cuando Christophe les dice que se sienten junto a la pared. Jeanne despliega las dos mantas que se ha llevado del refugio y cubre a los niños. Luego se apretuja contra el muchacho.

El silencio nocturno llena el refugio con los crujidos de la montaña, sordo atronar de un pequeño alud, aullidos del viento en una cresta. La vida está ausente, agazapada bajo la nieve o en el fondo de los cubiles. El invierno es el único dueño.

Judith y David se han dormido. Christophe, embriagado por el contacto de la cabeza de Jeanne posada en su hombro, por el cosquilleo del pelo en sus mejillas, no se atreve a moverse para no provocar en la muchacha uno de sus acostumbrados movimientos de rechazo. Palabras llenas de calidez afluyen a su mente. Quisiera murmurarlas, susurrarlas junto a esa orejita tan cercana a sus labios. Por fin, se atreve a moverse.

—Perdón, se me ha dormido el brazo.

Jeanne hunde un poco más el rostro en el cuello del joven, que se envalentona:

—Cuando la guerra haya terminado, estaría muy bien que pudiéramos permanecer juntos los dos.

La muchacha no tiene reacción alguna, como si durmiera. Sin embargo, Christophe está seguro de que le ha oído. Insiste:

—Es la primera vez en mi vida que siento algo así por una chica.

Esta vez, ella se mueve. La helada punta de su nariz se pega a la piel del muchacho, que siente como sus labios se mueven.

—Cállate, no es el momento. Los niños nos oyen.

—Me importa un bledo. ¡Te amo! ¡Ya está, tenía que decírtelo!

Ella no reacciona y el silencio se hace de pronto muy pesado, cargado de una emoción que embarga a Christophe. Jeanne inspira profundamente. El busca su mano, la toma. La joven se deja hacer.

—Tengo que decirte algo —añade él—. Cuando los grandes dedos de aquel bandido se posaron en tu piel, lo vi todo rojo. Yo no sabía que era capaz de disparar contra un hombre.

Hasta entonces, sólo había disparado contra dianas de cartón. Tiene la sensación de haber cruzado una temible frontera.

—¡Te das cuenta de lo que he hecho!... —susurra aún, como si tomara conciencia de ello en aquel instante.

La mano de Jeanne se crispa en la suya. Él siente que un estremecimiento recorre el cuerpo de la muchacha.

—Intentemos dormir —murmura—. Mañana nos queda mucho camino por recorrer.

No dicen una palabra más en toda la noche; Jeanne deja su mano en la de Christophe. Duermen muy poco. Su mente está atestada de pensamientos contradictorios.

## Vigesimoprimer día

Se levantan. Los dos pequeños abren unos ojos fatigados. Christophe toma su escopeta y se aleja. El frío es intenso. Cuando regresa al refugio, Jeanne distribuye pan y salchichón. Christophe toma su parte. La mirada de Jeanne se demora en él y el muchacho siente una nueva complicidad que le hace bien.

—¡En marcha!

La nieve se ha endurecido durante la noche y caminan fácilmente sobre la brillante costra. Si todo va bien, llegarán al Oustal a media jornada.

Caminan en fila india. El sol asciende por el cielo claro; el viento ha cesado, la bruma se amontona en el valle. Christophe cree reconocer las cimas dentadas próximas al Oustal. Señala con la mano hacia una hondonada.

—¡Un lago! —dice—. Nadie nos dijo que había uno por estos parajes. ¡Espero que no nos hayamos perdido!

Nadie responde. A Jeanne le duelen las piernas y se asombra ante la resistencia del muchacho. Rodean el lago cuyas aguas, libres aún de hielo, se erizan bajo un leve viento. Guardan silencio, esperando ir en la dirección adecuada.

Atraviesan un circo donde sus pies se hunden en la nieve en polvo, cruzan un leve declive, seguido por una empinada pendiente y una nueva colina.

—Nos estamos alejando —se inquieta Christophe al cabo de un rato.

—No —replica Jeanne—, reconozco esta montaña. —Alarga el brazo—. Mira.

Señala un edificio con sus muros grises sobresaliendo de la nieve.

—El hangar —murmura Jeanne—. La gruta está justo al lado.

Cuando se plantan en la entrada, Matthieu está aún tendido junto al fuego. Duerme sin cesar desde que llegó. Joachim se atarea con la radio que sigue negándose a funcionar. Marie-Hélène se mantiene apartada. Ella es la que primero ve a Christophe. Lanza un gritito, se levanta y retrocede un paso, incrédula, como ante una aparición. Joachim se vuelve a su vez, frunce el ceño.

Matthieu emerge de las profundidades de su sueño. Mueve la cabeza, palpa la desnuda roca y le sorprende no estar enterrado bajo el alud. Mira sucesivamente a Marie-Hélène, que le sonríe, a Joachim y a los recién llegados.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

—En el Oustal —responde Joachim—. ¡La casa del diablo!

Sin decir palabra, Christophe se sienta ante el fuego. Sigue empuñando su arma. Jeanne permanece de pie en la entrada, con los dos niños. Al cabo de un rato, Christophe dice:

—Bueno, hemos vuelto. Hemos encontrado la zona donde está el paso, pero es demasiado peligrosa. La única solución es seguir hacia España.

Joachim mueve la cabeza. Su cabello, que no peina ya, cae en espigas alrededor de su plano cráneo.

—Pienso en ello desde hace días —dice—. Es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque está demasiado lejos. Marcello hablaba de tres días de camino. Nos perderemos y moriremos de frío. Mejor es permanecer aquí.

Matthieu mira a Christophe con insistencia. El joven ha cambiado. Su rostro parece haberse afirmado; su piel se ha bronceado. Todo su ser desprende una impresión de nueva fuerza.

Judith y David se apretujan en un rincón. Temblorosos con su ropa sucia que les protege mal, tienen la sensación de estar de más y temen las asombradas miradas que se posan en ellos.

—Venid a calentaros —les dice Marie-Hélène.

Se acercan y tienden sus manos hacia las llamas.

—Bueno, vamos a comer —decide Christophe volviéndose hacia Matthieu.

Abre la bolsa de Jeanne, saca el pan y el salchichón. Marie-Hélène comienza a distribuirlo, Matthieu añade leña al fuego. Christophe advierte sus mejillas hundidas y su delgadez.

—¿Pero qué es todo este follón? —pregunta, señalando la dinamo y la radio que está al lado.

—Lo encontramos en los restos de un avión que cayó cerca de aquí.

—Cuando sucedió, los lobos estaban tan cerca de nosotros que notábamos el olor a carroña de su aliento —explica Joachim—. Sólo podíamos rezar.

—Siempre puede hacerse algo más que rezar —replica Christophe.

—Entonces —prosigue Marie-Hélène—, Joachim tocó el violín.

Christophe suelta una sonora carcajada. David sonríe y dice:

—En nuestra casa, en Marret (bueno, es la casa del tío Georges y la tía Léa), el viejo Gentil toca el acordeón cuando está borracho; y no cualquier cosa, ¡toca cánticos! ¡Eso molesta a todo el mundo!

—Y luego se produjo un gran ruido —prosigue Marie-Hélène—, los lobos tuvieron miedo. Era el avión que había caído...

—¿Y vosotros? —pregunta Matthieu volviéndose hacia Jeanne, que no ha dicho una sola palabra.

—Tampoco ha sido fácil...

—Fuimos capturados por unos bandidos —interrumpe David, cuyos ojos brillan—. Nos maniataron. ¡Pero Christophe pudo liberarse! Uno de los contrabandistas mató a su compañero. Y cuando quiso abusar de Jeanne, Christophe lo mató de un disparo de escopeta.

Matthieu lanza una pasmada mirada a Christophe. ¿Habría tenido él, en semejantes circunstancias, el valor de matar a alguien? David ha conseguido captar la atención de los demás, y prosigue:

—Nosotros somos de Nevers. Nuestra madre, la de Judith y la mía, trabajaba en una tienda de zapatos. Nos cuidan unos vecinos, el tío Georges y la tía Léa.

Matthieu coge el paquete de cigarrillos que hay en un reborde de la roca, lo tiende a Joachim, que toma uno, luego a Christophe, que se sirve a su vez. Junto a ellos, David abre unos ojos llenos de envidia.

—También yo fumo —dice haciéndose el interesante—. El tío Georges ponía su paquete encima de la mesa de la cocina y no sabía cuántos cigarrillos había dentro. Yo cogía uno e iba a fumarlo a orillas del río.

Christophe le pasa el paquete. El chiquillo, orgulloso al hacer como los mayores, toma una brasa y la acerca a su rostro, soltando grandes penachos azules. Y para dejar bien claro que es un verdadero fumador, aspira el humo y lo hace salir por la nariz con aire desenvuelto.

—Y luego, con el tío Georges, fumaba cuándo la tía Léa no estaba allí. Bajábamos a la bodega para empinar el codo. El tío Georges se enrolla bien.

—Tal vez —replica Matthieu, harto—, pero él no va a darnos de comer.

Cuenta a Christophe su intento de matar una cabra montés, la persecución del animal herido, la tormenta...

—Yo no habría fallado... Pero no es un reproche —corrige Christophe—. Si las cabras monteses vuelven a bajar, os garantizo que tendremos carne.

La noche ha caído. Marie-Hélène distribuye la decocción de corteza de abedul, asegurando a Jeanne y Christophe que aquel descubrimiento de Joachim cura todos los males. David y Judith beben conteniendo una mueca.

Christophe se levanta, sombrío de pronto.

—¿Y ella, la hemos olvidado? Todos estamos bien aquí, junto al fuego, comiendo pan y salchichón, pero ¿y Séverine, eh, en la tierra helada, nadie piensa en ella?

David y Judith le lanzan una mirada temerosa. Jeanne le toma de la mano.

—Siéntate.

Él obedece y se seca las lágrimas de las mejillas.

—Era mi hermana menor —explica Christophe a David—. Se parecía a ti, Judith.

La niña, que no sabe qué actitud adoptar, se vuelve hacia su hermano. Los demás callan: ahora que han comido, prevalece la fatiga. Jeanne decide:

—Yo cuidaré el fuego.

## Vigesimotercer día

—¡Hace ya veinte días que estamos aquí! —dice Joachim contando las marcas en la roca.

Vuelve a contar, se detiene en una marca distinta a las demás.

—Me he equivocado en algunos días. Es posible que haya olvidado alguno o que haya hecho dos marcas, una por la mañana y otra por la tarde.

—¡Mejor sería si pudieras decirnos cuántos días vamos a seguir aquí! —rezonga Christophe.

El sol se levanta en un cielo de un azul descolorido. El viento del norte sigue soplando, gélido. En las riberas del torrente, la corriente intenta arrastrar unas lenguas de hielo que se agarran a la tierra dura. Christophe recuerda lo que le decía su abuelo.

—En los Alpes, podríamos decir que el tiempo está estropeándose.

—Tenemos que encontrar algo para comer, pero cómo —se pregunta Matthieu, pensativo.

Christophe pasa horas al acecho detrás del roquedal, frente al bosquecillo, pero las cabras montesas no bajan ya de las alturas.

—Podríamos probar suerte con la red en el lago —sugiere Matthieu.

—Tienes razón —afirma Christophe—. Cuando pasamos por allí, el agua no estaba helada aún y, desde entonces, no ha hecho mucho frío.

—¡Buena idea! —exclama David—. Con el tío Georges, yo iba a tender arañas en el Loira. ¡Atrapábamos unos barbos así de grandes!

Se dirigen al lago. Matthieu y Christophe abren la marcha. David y Joachim llevan la red. Las chicas se han quedado en el Oustal para recoger en el bosque ramas muertas. Marie-Hélène decide: —Con la harina, intentaré hacer pan. ¡Para eso necesitamos mucha leña!

—¿Y cómo lo harás? —pregunta Jeanne.

—Hace mucho tiempo que pienso en ello. Por eso escondí el saco de harina, para que no lo malgastáramos con cualquier cosa. —Levanta la tapa de la marmita que está junto al fuego—. Una de las mujeres del taller donde trabajaba me contó que ella hacía su pan. Me lo explicó, pero yo no conseguía

recordar cómo lograba que la masa se levantara. Y esta mañana me ha vuelto a la memoria. Era demasiado sencillo para pensarlo de entrada. Ya está, he hecho la masa y la he puesto cerca del fuego. Basta con esperar, eso es todo. Naturalmente, no tenemos sal y será menos bueno.

—¿Y crees que funcionará? Yo sé que en la masa ponen levadura. En casa lo hacían así.

Marie-Hélène duda unos instantes. Luego observa:

—La levadura es para que vaya más deprisa. Pero sin nada funciona también, ¡mira cómo se ha hinchado mi masa!

—Pero no tenemos horno —se inquieta Jeanne.

—Pienso también en eso desde hace días —reconoce Marie-Hélène—. Pondremos algunas piedras planas en el fuego y, cuando estén muy calientes, tenderemos la masa encima. Tendría que funcionar como un horno.

—Pues nunca lo habría pensado —replica Jeanne, admirada.

Christophe muestra su optimismo:

—Probablemente, ese lago no ha visto un pescador desde hace años.

Caminan durante más de una hora, luego Christophe se detiene en seco: —Me fijé en unos puntos de orientación. Recuerdo que, cuando el lago estaba ante mí, veía a la derecha esa cumbre. Ahora es así y, sin embargo...

—Piénsalo. El Oustal está en esa dirección —indica Matthieu.

Christophe se separa del grupo, mira la cumbre de dos picos que había observado, luego la ladera que lleva al Oustal.

—Hay que ir en esa dirección. Estamos lejos aún.

Caminan más de una hora. La mañana está avanzada. Joachim rezonga, cansado de buscar en vano un lago que tal vez no exista. Si no fuera miope, si fuera capaz de encontrar solo el camino, regresaría a la gruta.

De pronto resuena un grito:

—¡Venid!

Es David. Se había alejado del grupo y vuelve corriendo.

—¡Vuestro lago está ahí, justo detrás!

Llegan por un sendero que domina la extensión de agua. Casi circular, es mucho más grande de lo que Christophe recordaba. La nieve llena las riberas invisibles hasta el agua libre.

—¡Debemos ser muy prudentes! —aconseja Christophe—. El hielo del borde parece grueso, pero puede ceder de pronto bajo nuestros pies.

Joachim y David extienden la red en la ribera. No ha sufrido por la humedad: los plomos están bien fijados a un lado y, al otro, los pedazos de corcho son nuevos.

—Afortunadamente he pensado en traer la cuerda que encontramos en la caja de herramientas —dice Matthieu, lleno de orgullo.

Ata el cabo a un extremo, la red se desliza en el agua entre aplausos. Esta vez no cabe duda, van a saciar su hambre.

—¡Siempre que haya algo en este lago! —dice Christophe.

Regresan al Oustal casi jubilosos. Joachim reemprende sus manejos con la radio. Marie-Hélène ha puesto a calentar agua en la marmita y se dispone a lavar la ropa de Judith, sentada frente al fuego, con una manta en los hombros. David, a quien nada se le escapa, observa que la muchacha pone varios puñados de cenizas en el agua.

—Sirve de jabón —le explica ella.

Matthieu y Jeanne bajan a buscar leña; Christophe sale con la carabina esperando encontrar, aún, una cabra montés aislada.

—¿Qué te pasa? —pregunta Jeanne—. ¿Estás enfadado con Marie-Hélène?

—No. ¿Por qué? —masculla Matthieu cargándose un haz de leña al hombro.

—Yo creía que os sentíais bien juntos. En fin, no puedo saberlo: Marie-Hélène y yo cambiamos dos o tres palabras, pero realmente no hablamos.

Matthieu le devuelve la pelota:

—Supongo que las cosas entre Christophe y tú fueron bien.

—¡Buf! —responde Jeanne haciendo una mueca—. No me gustan los chicos.

Él deja su hacha y se acerca a la muchacha, que le planta cara y lo mira a los ojos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Sólo eso.

Matthieu corta leña, Jeanne la amontona. De pronto, la muchacha levanta la cabeza.

—Christophe fue muy valiente, ¿sabes?

Matthieu vacila, con el hacha levantada sobre una rama de abeto. Siente de pronto la necesidad de sincerarse con ella y se pregunta si puede hacerlo.

—Tiene mala mirada y los labios llenos de desdén —afirma, y deja caer el filo de la herramienta sobre la leña.

—¿Por qué hablas así? A mí, por el contrario, me parece muy amable. ¡Te produce esa impresión porque se las arregla mejor que tú!

Matthieu no esperaba esa afrenta. Lo aprovecha para expresar su rencor: —No comprendo que os marcharais con la única arma disponible. Los lobos

podían habernos devorado. ¡Sólo pensasteis en vosotros!

—¿Los lobos? Antes de que nos fuéramos no los habíamos visto y, mira, siguen sin verse. Francamente, no tuvisteis suerte.

—Eso no importa, os marchasteis sin decírnoslo.

—¡Ah, caramba! —se indigna Jeanne—, ¿y qué podíamos hacer? Con Joachim que no ve a dos pasos, Marie-Hélène que es una delicada, tú y Christophe que no habríais perdido la ocasión de pelearos... No, no era posible, y si hubieran llegado los socorros y no hubieran encontrado a nadie, ¿eh?

Vuelven a subir cargados con haces de leña. Cuando entran en la gruta, Christophe está de vuelta, con las manos vacías. En su rincón, con el pelo alborotado, Joachim fija dos cables a la dinamo y luego solicita: —Que alguien pedalee.

—¡David, te sentará bien! —ordena Matthieu mientras atiza el fuego.

El chiquillo se sienta en el sillín. Está cansado, le duelen las piernas y su estómago vacío protesta, pero aun así no cedería su lugar por nada del mundo. Comienza a pedalear lentamente, luego cada vez más deprisa. Al girar, la dinamo emite un pequeño ronquido regular.

Joachim manipula los botones, golpea los altavoces. Unos crujidos seguidos de siseos llaman la atención de los demás, que se acercan.

—Casi lo he logrado —dice—. David, no dejes de pedalear.

El niño, con el rostro enrojecido, sigue deslomándose sobre la bicicleta sin ruedas. De pronto resuena una voz grave, metálica: «Louis, dile a Gastón que tengo preparados los bombones».

Se miran, paralizados. Joachim lanza un grito de victoria. Los demás le ovacionan. Finalmente, cuando la calma ha regresado, Matthieu explica riendo: —Es un lenguaje cifrado. No podemos comprenderlo. Pero está bien. La radio funciona, podremos pedir socorro.

El aparato emite unos ruidos agudos que perforan los oídos sobre un lejano rumor de oleaje marino. Joachim sonríe y exhibe sus dientes mal colocados. Sus ojos de miope, detrás de los cristales, se alargan cerrándose ligeramente y brillan con un fulgor jubiloso que le rejuvenece.

—Bueno, para emitir —explica recuperando un tono serio— basta con invertir las cosas moviendo esta manija. Y se enciende esta luz, aquí.

—Bueno —dice David, jadeando—, hazlo deprisa...

Joachim sigue girando botones, habla muy cerca del aparato cuyo micrófono, integrado, está indicado por una pequeña rejilla redonda. La luz no se enciende.

—Oiga, aquí el Oustal, respondan si me oyen...

Coloca la manija en posición de escucha y capta otra voz: «Aquí Gastón, vengo enseguida a comerme los bombones».

—¡Que se callen de una vez con sus condenados bombones! —brama Christophe.

—Volveré a empezar —se obstina Joachim.

David no puede seguir pedaleando y se derrumba sin aliento.

—¡Aparta, voy a reemplazarte! —dice Christophe.

Los chirridos de la radio suenan de nuevo. Joachim vuelve a lanzar su llamada, con voz grave, pero nadie le responde.

—Bueno —concluye—, algo no funciona, pero sin duda no es grave.

La tarde avanza. El sol descende ya hacia el horizonte.

—No tardará en caer la noche y, si queremos ir a buscar la red, es hora de marcharnos —sugiere Christophe.

El tiempo es casi tibio, favorable para la pesca según Christophe. Van al lago charlando. David habla de sus recuerdos en el Nièvre: —Con el tío Georges poníamos redes en el Loira. El tío no llevaba los pescados que atrapábamos a la tía Léa sino a la hija de Martin, la que tenía una tasca junto al puente. Tomábamos un vaso de vino, pero Georges no esperaba eso.

—¡Ah caramba! ¿Y qué esperaba? —pregunta ingenuamente Joachim.

—Esperaba lo que estoy pensando. Se encerraba en la habitación durante una hora, o más, con la hija de Martin.

—¿Y tú qué hacías?

—Bueno, ¡miraba por el agujero de la cerradura, claro! Un día, el tío me descubrió. ¡Recibí una buena!

Llegan por fin al lago, llenos de impaciencia. David recupera la cuerda. Matthieu y Christophe sujetan la red en la otra ribera.

—La recogeremos formando una nasa. Los peces que estén de este lado quedarán atrapados.

El hielo que se ha formado junto a las riberas no es muy grueso y se rompe. Tiran de la cuerda alentándose con la voz. Muchas ramas secas se han enganchado en las mallas. David lanza un grito señalando con el dedo un fulgor brillante. La red sale del agua, resbala por la ribera. Hay muchos peces atrapados. Algunos no se mueven ya, otros se contorsionan para liberarse. Un aullido de júbilo estalla en la soledad de la montaña. Tienen ganas de bailar, de tirarse bolas de nieve, pero la cercana noche les llama al orden.

—Necesitamos un buen rato para llevar todo eso al Oustal —advierde, feliz, Matthieu poniendo manos a la obra.

Desprenden con cuidado sus capturas. David quiere demostrar que sabe hacerlo y se atarea más que los demás. La bolsa está casi llena. Al levantarla, Matthieu siente en sus manos el sobresalto de los peces.

Llegan a la gruta. Matthieu vacía la bolsa en el suelo y empieza a contar las presas.

—¿De qué especie son? —pregunta Matthieu, que lo ignora todo sobre los habitantes de los lagos pirenaicos.

—¡Son carpas! —exclama David—. Lo sé porque las carpas son grandes peces de estanque...

—¡Son truchas! —rectifica Christophe—. En los lagos fríos de montaña sólo hay truchas.

—¿Ah, sí?

—Todo eso está muy bien, pero hay que prepararlos.

—Los asaremos —decide Matthieu—. Es lo más sencillo y es muy bueno.

—¿Y cómo?

—¡Es muy sencillo! Se atraviesa el pescado con una varita y se cuece sobre las brasas.

Marie-Hélène destapa la marmita. La masa se ha hinchado tanto que llena el recipiente. A los demás les asombra el prodigio.

—Es la fermentación —explica, docto, Joachim—. Las levaduras de la fermentación están en el aire, por todas partes. Se posan en la masa y hacen que se hinche.

—Necesitamos leña para hacer una gran hoguera —dice Marie-Hélène con entusiasmo—. Pondremos en las llamas esas piedras planas que encontré al fondo de la gruta, para cocer el pan.

—También necesitamos varitas para asar los pescados —encadena Christophe.

—Tenemos muchos —observa Marie-Hélène—. Deberíamos guardarlos para los próximos días.

—No vale la pena —protesta Joachim—. ¡El lago está lleno!

Ponen de buena gana manos a la obra. Podrán comer hasta saciarse; mañana, la radio estará reparada; la prueba toca a su fin. ¡La vida es bella!

Marie-Hélène coloca bolas de masa sobre las piedras calientes. Un buen aroma a pan llena de inmediato la gruta. Judith sonríe. Christophe y Jeanne limpian los pescados y los clavan en varitas de avellano, disponiéndolas sobre las llamas.

—¡Cuidado! —advierte Marie-Hélène—. ¡Que el jugo de los pescados no caiga sobre mi pan!

Joachim, que por fin ha abandonado la radio, ha ido a buscar en las cajas del avión la segunda botella de vino.

—Nos la beberemos, no vale la pena dejarla aquí para los osos —dice riendo.

—Ve con cuidado —le aconseja Matthieu—. ¡Recordarás que el otro día te pusiste enfermo!

Marie-Hélène sirve a Judith el primer pescado ya cocido. Christophe muestra a la niña cómo separar la carne blanca de las espinas. Matthieu prepara más resbaladizas truchas. Quieren comer hasta que se les hinche el estómago.

Marie-Hélène, utilizando un palo, hace que las bolas de pan rueden fuera del fuego.

—¡Cuidado, está muy caliente! —dice.

—Están quemadas por un lado —observa David, que no pierde ocasión de lograr que se fijen en él.

Luego, ante la mirada de reproche que Matthieu le lanza, añade:

—Es muy bueno el pan algo quemado.

—Hay que llevarlo fuera —añade Joachim—. Se enfriará más pronto.

Marie-Hélène pone las tres bolas en una tabla y se detiene junto a la salida.

—¡Que no nos las robe algún animal!

—Yo vigilaré —dice Christophe tomando su carabina—. Estará frío en cinco minutos.

La fiesta dura hasta muy tarde. Joachim toca el violín. David, que nunca se queda atrás, empieza a gesticular en una danza improvisada. Joachim, falto ya de repertorio, guarda finalmente su violín y va a buscar un paquete de cigarrillos, que hace circular. Christophe está sentado junto a Jeanne, que no lo rechaza. Tras haber bebido vino, Matthieu se atreve de nuevo a mirar a Marie-Hélène. Esta vez, ella no aparta los ojos. David, que no pierde ni un ápice de la escena, susurra a Joachim: —¡Esto empieza!

Matthieu murmura al oído de Marie-Hélène:

—¿Hacemos las paces?

La muchacha le sonrío. Una buena comida y unos tragos de vino han bastado para olvidar sus diferencias. Se aíslan al fondo de la gruta, ante la traviesa mirada de David.

—Ven —le dice a Joachim—. Vamos a alegrarnos los ojos.

Joachim no comprende, pero de todos modos le acompaña hasta la barrera rocosa que protege a la pareja.

—Se ponían mala cara el uno al otro desde que bebimos vino —dice el miope—. Y ahora, cuando han vuelto a beberlo, se han reconciliado. ¡No lo comprendo!

—¡Bah! —responde David—, los chicos y las chicas son así, ¡un día blanco y al otro negro! Nos pondremos allí. Lo veremos todo por aquella grieta entre las rocas. Estoy seguro de que será de toma pan y moja.

Abren los ojos y aguzan el oído. Marie-Hélène está sentada en un promontorio. Matthieu se encuentra ante ella.

—¿Por qué me rehúyes? Me siento desgraciado —dice el muchacho.

—No te rehúyo —responde la joven.

—Al principio, estábamos bien juntos.

David susurra al oído de Joachim:

—Lo está haciendo muy mal. Con las chicas no hay que hablar demasiado, de lo contrario no dices la última palabra. Hubiera tenido que besarla enseguida. Ella se habría debatido un poco, al comienzo por pura forma, pero habría acabado gustándole.

Matthieu insiste:

—¿Es porque te dije que había pasado dos días con una muchacha? Eso ya no cuenta. Además, no contó nunca. Y también tú estuviste enamorada de un hombre casado...

Ella sonríe moviendo la cabeza. Los rizos revolotean a su alrededor.

—No, no es por eso —responde—. Ya hablaremos. De momento tenemos cosas más urgentes que hacer, especialmente encontrar el modo de marcharnos de aquí.

—Es cierto, pero eso no impide que esté muy cerca de ti. Desde que te vi por primera vez, no puedo dejar de pensar que estamos hechos el uno para el otro.

—Eso está mejor —comenta David—, pero sigue hablando demasiado.

Tras un silencio, Matthieu tiende los brazos hacia Marie-Hélène. Los dos jóvenes se abrazan y se dan un largo beso.

—¡Bravo! —dice David sacudiendo a Joachim—. Esta vez lo ha hecho bien, podrá follársela.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que, si no mete la pata, podrá follársela. ¡Ella está esperándolo!

—¿Qué es follársela?

—Mira y lo sabrás.

De pronto, Marie-Hélène se suelta del joven y retrocede hasta la roca.

—¡No quiero!

—Es normal, todas lo dicen, pero es el momento adecuado.

Joachim abre mucho los ojos. Lo que ve y, sobre todo, los comentarios de David le abren un mundo insospechado.

—¿Pero dónde has aprendido tú todo eso?

—Mis compañeros son mayores que yo y me lo cuentan todo. Además, cuando el tío Georges está con la belleza del puente, me las arreglo para espiarlos.

Marie-Hélène está sentada de nuevo en el reborde rocoso. Matthieu se mantiene ante ella, con los brazos colgando.

—¡Juro que si salimos de aquí me casaré contigo!

—El muy cretino —murmura David—; ahora se pone a hablar de nuevo. Ya lo ha jodido todo. Ven, vámonos a dormir.

Joachim vuelve una mirada interrogante hacia su compañero, que considera oportuno explicar: —Tenía que volver a la carga enseguida, sin decir palabra, utilizando las manos y haciéndole sentir que no es precisamente manco. ¡Menudo desastre es ese chico!

—¡Caramba! —dice Joachim admirado mientras regresan hacia el fuego—. ¡Cuánto sabes!

## Vigesimocuarto día

La tos de Joachim despierta a todo el mundo. El viento devuelve el humo por el conducto; el aire hace que los ojos piquen. Christophe sale el primero y advierte que la nieve se ha endurecido bajo sus pasos. Se sube el cuello del anorak y se estremece. Del cielo límpido cae un frío intenso. El muchacho regresa palmeando.

—¡Hace un frío que pela! —suelta.

Los demás están sentados alrededor del fuego, silenciosos como cada mañana. Emergen del sueño para recuperar su aislamiento, su miedo. Junto a la parrilla, la marmita llena de espinas y cabezas de pescado recuerda el festín. La botella de vino yace junto a las ramas de abeto que subieron la víspera. Esta mañana tendrán que ir a buscar leña de nuevo.

—¡Es lo único que hacemos! —refunfuña Matthieu—. ¡Nos pasamos las horas cortando leña y subiéndola hasta aquí!

Christophe le lanza una mirada gélida.

—Cuando eras rico, resultaba más fácil. Los demás recogían la leña por ti y te bastaba acercar las manos al fuego. Aquí todos somos iguales.

Matthieu no responde, pero su rostro huraño revela lo que está pensando. Marie-Hélène ha puesto a calentar la tisana de corteza de abedul y comienza a distribuirla en boles y tazas. Cuando se acerca a Christophe, el muchacho le dice lo bastante alto como para que todo el mundo lo oiga:

—Tú, al menos, sabes ocuparte de los demás. ¡Conservas el sentido de lo que debe hacerse!

La joven sonrío y eso disgusta mucho a Matthieu. David asiste a la escena con los ojos brillantes. A su lado, su hermana intenta desenredarse el cabello. Jeanne toma el peine de las manos de la niña.

—Voy a ayudarte.

—Echaremos la red al agua y luego nos encargaremos de la leña — propone Christophe.

Salen. El frío les detiene, un muro helado que hace muy leves sus ropas de llanura. Christophe recuerda que su abuelo desconfiaba siempre de un cielo

demasiado azul.

—Esto es sólo el principio —explica—. Con este cielo debemos esperar frío, pero frío de verdad.

Matthieu prácticamente no ha dormido en toda la noche. La afrenta de Marie-Hélène le ha dejado magullado, le abrumba con un dolor difuso, un malestar que le molesta en sus más sencillos gestos. Sin embargo, finge indiferencia y va a colocarse junto a Jeanne.

—Esto es la guinda —susurra David a Joachim—. ¡Vamos a divertirnos!

Marie-Hélène camina por detrás, dándole la mano a Judith, paralizada por el frío, y parece no prestar atención a la maniobra de Matthieu.

—¿En qué estás pensando, Jeanne? —pregunta el muchacho en tono algo forzado.

Jeanne siente la dureza de la nieve bajo sus pies. Con el rostro roído por los alfileres del frío, tiembla.

—Pienso que esto no puede durar. El frío está sólo comenzando y no tenemos ropa de bastante abrigo. Además, acabaremos peleándonos.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos tenemos los nervios de punta y perdemos el control. Christophe y tú acabaréis estallando.

Matthieu asiente en silencio.

—¡Él es el que está buscándome!

—También tú le buscas. Somos demasiado distintos. Mira, conmigo y Marie-Hélène sucede un poco lo mismo. Tenemos que marcharnos lo antes posible. Ojalá la radio funcione pronto.

—Ojalá.

Llegan al lago. Pero les espera una desagradable sorpresa: la superficie está cubierta de hielo. Se dirigen miradas desesperadas y vuelven a la gruta sin decir palabra; sólo Judith lloriquea. Joachim piensa en su radio. Con el frío intenso que va asentándose, la supervivencia del grupo depende cada vez más de su habilidad para hacer funcionar ese aparato estropeado por el choque del avión.

De regreso en la gruta, Matthieu pone las últimas ramas en las llamas y, sin decir nada, toma el hacha que está junto a la entrada. Christophe se le reúne con la sierra en el bosquecillo.

—Podemos cortar árboles verdes —advierte—. El abeto no necesita estar seco para arder. La resina es como gasolina.

Juntos, limpian de nieve un tronco. Matthieu corta las ramas con su hacha de filo embotado, Christophe sierra el tronco; el ruido de la hoja dentada llena

el aire frío, tan frágil como el cristal.

Marie-Hélène, Jeanne y Judith llegan para llevar los haces hasta la gruta. Joachim ha preferido quedarse para hacer alguna chapuza en la radio, confiando a David la misión de accionar la dinamo.

Por fin, con los brazos cargados de troncos, el grupo vuelve a subir a la gruta.

—Ahora se recibe muy bien con esta radio, pero no hay modo de emitir —se lamenta Joachim.

Sin decir palabra, Matthieu se instala junto al fuego y apoya la cabeza en sus rodillas. Le duele todo. La intensa fatiga acumulada durante su periplo hace que sus miembros sigan doloridos. Por su lado, Christophe inspecciona las cajas de cartuchos: dos de ellas están vacías.

—Tendremos que economizarlos —advierte haciendo cuentas.

—No —responde Matthieu—. Hay una gran provisión en la gruta de arriba.

—Algo es algo —gruñe Christophe—. Lamentablemente, las cabras monteses no bajan ya.

—¿Y por qué esperarlas? —se extraña Jeanne—. ¡Para comer tenemos las otras cabras!

Los dos animales no se alejan mucho. Los niños las ven a menudo cerca del bosquecillo donde ramonean los tallos que sobresalen de la nieve. Cada noche, se refugian en la gruta de arriba.

Marie-Hélène la mira, sorprendida. Cierto es que pueden matar una de las dos cabras, pero se han acostumbrado a esos animales y al asno *Martillo*. Una valiosa compañía de la que no piensan prescindir.

—Bueno, ¿qué? —prosigue Jeanne ante su mutismo—. ¿Preferís tener hambre?

—Por mí, de acuerdo —dice finalmente Christophe, tomando el fusil de mira telescópica.

—¡No necesitamos el fusil! —exclama David, orgulloso de captar la atención de los mayores—. En casa del tío Georges tenemos cabras tan salvajes como esas dos. Podemos atraparlas fácilmente, y sin correr.

—¿Ah sí? ¿Y cómo? —lo desafía Christophe.

—¡Con tabaco!

—¿Tabaco?

—Sí, las cabras adoran el tabaco. Haces que lo huelan y las llevas a donde quieras. —Mientras habla, el chiquillo ha ido a buscar un paquete de

cigarrillos—. Bueno —prosigue, y recuerda las muchas veces que ha asistido a la matanza del cerdo en casa de su tío—, tendremos que atarle las patas.

El chico corre a buscar la cuerda en el hangar. Deshace sus nudos y la coloca en el suelo.

—Ahora sólo queda esperar a que suban.

No tardan. En cuanto la luz diurna comienza a declinar, los dos animales se acercan a la gruta y buscan la compañía de los niños.

David desmigaja un poco de tabaco en su mano, asegurándoles que, cuando una de las cabras lo haya probado, le seguirá para recibir una nueva ración.

—¡Sé prudente! —suelta Marie-Hélène.

David se acerca al animal mayor, el menos huraño. Pero, sobre todo, lo hace porque no se imagina matando al otro, de un blanco immaculado. Le tiende tabaco y la bestia lo olisquea. Luego lo toma delicadamente entre sus labios rosados. Lo mastica y se acerca para recibir un poco más. David pone una nueva pizca en su mano; entretanto, los demás lo rodean.

Matthieu es el primero que agarra con firmeza la cabra por el cuello. La bestia se debate, lanza unos balidos que hacen retroceder a Judith. Entretanto, Christophe, David y Joachim le atan las patas y la llevan al interior de la gruta.

—¡Pobre! —dice Judith sollozando.

El grupo toma conciencia de lo que está haciendo. Joachim vacila; David, que haría cualquier cosa para llamar la atención, mira el cuchillo que está a su lado, sin atreverse a agarrarlo.

—Bueno —dice Matthieu—, ha llegado el momento. ¿Quién tendrá el honor de servirla?

—¿Servirla? —grita Joachim—. ¡Menudas palabras utilizas!

—Eso decimos aquí, en la caza de montería.

—¡Pobre! —solloza todavía Judith, tapándose el rostro con la falda.

—Ven —dice Marie-Hélène, alejándola.

Matthieu vacila en tomar el cuchillo. Christophe le desafía. Jeanne se acerca.

—¡Apartaos!

Empuña el cuchillo, se coloca junto al cuello de la cabra, le aprieta la cabeza contra la roca y la degüella con un gesto rápido y seguro. Brota la sangre y salpica a Matthieu y Christophe, que no sueltan su presa. Todas las miradas se clavan en esa agonía. Cada latido del corazón proyecta un borbotón de sangre. Christophe, impasible, se apoya en el cuerpo agitado.

—¡Bueno, es sólo una cabra! —dice con su sentido común montañés—. Los lobos tienen que matar para no morir de hambre.

Joachim, en su dogmático lenguaje, por una vez reconforta a sus compañeros:

—Abraham degolló un cordero para ofrecérselo a Dios. Así es el orden de las cosas: los animales fueron creados para alimentar a los hombres.

La cabra lanza unos gemidos de niña. Agita las patas como si corriera todavía entre brezos y lavandas. ¿Qué ve? ¿Qué se abre ante ese pobre cuerpo que la vida está abandonando? Un charco de sangre se coagula a sus pies. Joachim retrocede con gesto de asco.

Jeanne sigue empuñando el cuchillo ensangrentado que ha cortado el cuello y la arteria del animal. La sangre no brota ya. El cuerpo es agitado por estertores; profundas inspiraciones levantan las matas de pelo marrón.

—¡Ya está! —dice ella dejando el cuchillo.

Se aleja de la cabra yacente en el promontorio de piedra y se dirige hacia el fuego. Un curioso fulgor brilla en los ojos negros de la muchacha.

—¡Hay que trocearla mientras la carne esté caliente! —prosigue—. Dentro de una hora o dos, no podremos ya quitarle la piel.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Christophe.

—En Poitiers no había nada que comer. Mi vecino iba a buscar corderos en una granja. Los mataba en el patio interior. Yo lo ayudaba porque mis padres le compraban carne.

Lo más duro está hecho ya. Joachim y David van por recipientes a la alacena y los colocan alrededor del cadáver que van a trocear. Matthieu vacila unos instantes antes de cortar la cabeza. Aquellos ojos entornados parecen reprocharle un sufrimiento no merecido. Toma por fin el cuchillo, pero el pellejo resbala bajo la hoja antes de ser cortado.

—¡Ya sólo es carne! —se tranquiliza—. Tenemos que trocearla. He visto hacerlo a los cazadores de ciervos. El pellejo se corta a lo largo y luego se arranca. Entonces resulta fácil cortar los pedazos.

Empieza utilizando la hoja, poco afilada, como una sierra. Christophe le ayuda tirando de un lado. Las humeantes entrañas se desparraman por el suelo entre un hedor de cálida podredumbre.

Matthieu las coge y las amontona, viscosas, en una caja.

—Llévatelo fuera —ordena a Joachim—. Será un festín para los lobos.

Troceada la bestia, limpia de vísceras y sangre, se ha convertido por fin en alimento. Ahora, pueden comer.

Matthieu y Christophe cortan pedazos de carne y los colocan en un plato desportillado. Los demás bromean, orgullosos de haber superado la prueba de la matanza. David danza canturreando. La perspectiva de una buena comida les llena de alegría. Se acerca a Joachim, que mira el estuche de su violín, y le susurra al oído:

—¡Prepárate! Esta noche habrá movimiento. Cuando hayan comido, no podrán contenerse. ¡Vamos a reírnos!

—¿Qué quieres decir?

—Desde luego, ¡eres un tontolaba!

Matthieu, delante del fuego, pide la atención de todos:

—No lo haremos como con los pescados que malgastamos. La carne puede conservarse en la nieve. Así, pues, la distribuiremos en raciones para cada día.

Asienten y Matthieu lanza una rápida mirada de vencedor a Christophe, que se ha sentado junto a Jeanne. Un aroma de asado llena la gruta. Matthieu piensa en la cabra blanca que ha huido. Hubieran debido atarla: los lobos acabarán devorándola y privarán al grupo de varios días de supervivencia.

Se sirven por fin. David, que no tiene cuchillo, da una dentellada a su pedazo. Se quema y masculla:

—¡Qué dura es!

—Si no estás contento, nadie te obliga a comer —gruñe Christophe.

—¡La carne es demasiado fresca! —explica Jeanne—. Cuando matábamos un cordero en casa, lo dejábamos reposar dos días antes de cocerlo.

Christophe piensa en la pobre Séverine, en su fría tumba, y siente un escalofrío surgido de lo más hondo de sí mismo. Se inclina hacia Jeanne.

—Tengo que hablarte.

—Muy bien, habla. Pero no hay nada que decir.

—Sí. Es la primera vez que...

—Cállate, eres sólo un niño.

—Deja ya de jugar a la mujer mundana que lo ha visto todo, que lo ha comprendido todo. Eres como los demás. Ante Clovis no te mostrabas tan altiva, y sabes qué habría sucedido si yo no hubiese estado allí. ¡La verdad es que me detestas!

—No, no es cierto.

Christophe se enfurruña, dolido. Entonces Jeanne añade:

—No es culpa tuya.

Él quiere alejarse, pero ella le retiene:

—Quédate, sé que tienes buen corazón. Pero ahora lo importante es encontrar un medio de salir de aquí.

—Lo sé. Ese paso que estaba ante mí y que no conseguí encontrar me obsesiona. Si hubiera tenido una cuerda, me habría atado a una roca por si caía al vacío.

—Deja ya de pensar en eso. Tenemos que encontrar otra cosa.

—¿Qué?

Tras aquella pregunta sin respuesta se hace el silencio.

## Trigésimo día

Esta noche, comen los últimos pedazos de carne. Marie-Hélène desactiva una pelea entre Christophe y Matthieu. El primero acusa al segundo de haberse guardado un pedazo de filete cuando a él le ha tocado un trozo duro y nervudo de la espalda.

Las reservas les han alimentado durante una semana vivida sin grandes preocupaciones. Las cajas de cartuchos encontradas en la gruta de arriba les han permitido entrenarse disparando. El blanco era un pedazo de madera colocado sobre una roca. Matthieu, por mucho que apuntara largo rato, no lo conseguía. Christophe, en cambio, no fallaba nunca y lo aprovechaba para burlarse del torpe que le dejaba hablar, sabiendo qué útil podía resultar esa habilidad; pero el rencor iba acumulándose en él.

Cuando no disparaban, los dos muchachos recorrían la montaña en busca de huellas de gamuza o de cabra montés. Ya con las manos vacías de nuevo, saben que esta noche van a comenzar las verdaderas dificultades.

—¡Si hubiéramos pensado en atar la cabra blanca! —se lamenta Matthieu—. Tendríamos seis días de carne por delante. ¡Vete a saber dónde está ahora!

—Queda medio saco de lentejas —observa Marie-Hélène—, aunque es verdad que no son muy buenas.

—Quieres decir que son asquerosas —corrige Christophe.

—También queda harina para hacer una hornada de pan.

La nieve ha vuelto a caer en grandes copos silenciosos. El frío se ha acentuado, ir a buscar leña es cada vez más penoso.

—¡Es pleno invierno! —declara Christophe—. En adelante, será difícil aventurarse por la montaña. Los aludes pueden producirse en cualquier momento, sin avisar.

Joachim cuenta las rayas que ha grabado en la roca, pero no sabe ya cómo están las cosas. Las muescas naturales se confunden con las suyas y, cuando cuenta, nunca llega a la misma cifra.

—No lo consigo, y eso me molesta. Pero que sean veinte o cuarenta días no cambia las cosas —se resigna.

Se han reunido alrededor del fuego. Tragan el último pedazo de carne. El miedo al mañana les domina. David sugiere.

—Puesto que no podemos matar animales grandes, ¿por qué no cazamos los pequeños, como liebres, conejos, perdices?

Christophe vuelve una incrédula mirada hacia el chiquillo.

—Bueno, mi tío Georges, que no podía trabajar porque estaba enfermo — prosigue David con delectación—, se las arreglaba para atrapar liebres y las vendía...

—¿Y cómo se las arreglaba?

—Ponía lazos. Atrapaba también perdices con un alambre y pichones con trampas.

—¿Y sabes hacerlo?

—Claro —responde el chiquillo, sonrojándose de satisfacción ante la atención de los mayores—. Le seguía siempre y él decía que yo tenía manos de cazador furtivo. Me enseñó a caminar silenciosamente por el bosque, pero sobre la nieve no sé.

—Al principio, cuando no había casi nieve, lo intenté —reconoce Christophe—, pero nunca cacé nada.

—No sabías hacerlo —responde doctamente el chiquillo—. Con las liebres es fácil. Se necesita una varita de avellano, el extremo de la cual debe dividirse con la hoja de un cuchillo para que la trampa quede a la altura adecuada. Mides tres dedos de tío Georges, es decir cuatro de los míos. Luego, no hay que ponerla en cualquier parte. ¡Mi tío decía que la liebre es el animal más tonto! En un campo, en un prado, no importa dónde siempre que sea en terreno descubierta, colocas en medio una gran piedra. Pones tu trampa a una mano de la piedra y a cuatro dedos del suelo. Entonces, la liebre va a mear junto a la piedra, pero antes la rodea para encontrar el mejor lugar. ¡Y queda atrapada en la trampa!

—¿Qué dice éste de cuatro dedos y una mano? —se burla Christophe—. ¿De verdad crees que la liebre necesita una piedra para mear?

—Juro que es verdad. Dejad que lo haga y veréis.

Todos quieren participar en la operación, pero David se opone.

—Tal vez la liebre sea el animal más tonto, pero también es desconfiada. La nieve pisoteada le quitaría las ganas de mear.

David va a buscar el rollo de alambre oxidado que encontraron en el hangar. «¿Qué edad puede tener?», se pregunta Christophe. ¿Once años? Bastante alto, muy flaco, con el pecho hundido, la cabeza plana y la nariz chata, el pelo casi rojizo y enmarañado sobre unas orejas que parecen hojas de

col, muestra su verdadera naturaleza: un chiquillo del campo que sabe muchas cosas y no se muerde la lengua.

—Tengo tiempo de poner algunas antes de que anochezca. No os preocupéis, si hay una liebre por estos andurriales será mía y mañana comeremos carne.

—¿No te reñían tus tíos? —pregunta Marie-Hélène.

—¡Yo no les contaba todo lo que hacía! —responde el chiquillo con una sonrisa pícara.

—¿Y no se lo contaba tu hermana?

—¿Mi hermana? Qué va. Me las arreglaba para engañarla.

Sale. En su rincón, Joachim no se interesa por la conversación y sigue bregando incansablemente con la radio. A pesar de todos sus esfuerzos, sólo consigue captar mensajes cifrados.

—Imposible llamar a nadie —dice el miope acercando su rostro hasta casi tocar el metal—. Hay un falso contacto en alguna parte. ¿Ves?, esta lámpara tendría que encenderse. Además, si alguien hiciera funcionar la dinamo, sería más sencillo.

—Tal vez esa lámpara esté fundida —sugiere Christophe.

—Caramba, eres más listo de lo que parece —responde Joachim.

Menos de una hora más tarde, David regresa de poner las trampas. Christophe se extraña:

—¡No has tardado mucho!

David, más confiado que nunca, fanfarronea:

—No es necesario ir muy lejos. He puesto doce trampas en la maleza, junto a los abetos. ¡Estoy seguro de que van a caer!

El optimismo del chiquillo no es contagioso. Los demás se muestran escépticos. No tienen ganas de hablar. Hasta ahora han escapado del hambre, pero, esta noche, presienten que no tienen ya la suerte de su lado.

## Trigésimo primer día

A la mañana siguiente, despertando antes que los demás, David se apresura a visitar sus trampas. Sale al intenso frío; el día se levanta. El chiquillo camina deprisa por la nieve helada y, gracias a su extraordinario sentido de la orientación, va derecho a los primeros cepos. No ha caído animal alguno.

«¡Me pregunto por qué! —piensa frotándose las manos—. Con el tío Georges, funcionaba siempre».

Las demás trampas están vacías también. El entusiasmo del pequeño cazador furtivo da paso al desaliento.

—¡Es la nieve! —intenta justificarse al regresar a la gruta—. Además, tal vez las liebres estén escondidas porque hace frío.

El grupo debe limitarse a un bol de lentejas rancias. El recuerdo de la buena carne de cabra acentúa su asco.

—Si al menos tuviéramos sal —se queja Christophe.

Joachim se mantiene aparte. Come sus lentejas a regañadientes. De pronto, su rostro se contrae en una mueca que le arruga las mejillas. Lanza un ronco grito y arroja el bol al fuego.

—¡Estoy harto! —grita, para sorpresa de los demás.

Hastiado por días y días de bregar con una recalcitrante radio, estalla.

—¡Ya podéis mirarme, me importa un bledo! —aúlla dando patadas a la dinamo—. ¡Reventaremos todos!

—Pero ¿qué te pasa, Joachim? —pregunta Matthieu lanzándose sobre el muchacho para sujetarlo—. ¿Ya no confías en Dios?

—¡Dios se burla de nosotros! Eso es lo que pienso. Tal vez ni siquiera exista, tal vez los hombres corran tras un sueño vacío.

—¡Basta!

Llora, gimiendo con voz ronca:

—¡Todo es culpa mía! Si hubiera logrado reparar la radio estaríamos ya en España, bien calentitos.

—Claro que no —intenta consolarle Christophe—. ¡Has hecho lo que has podido!

Joachim les dirige una incierta mirada.

—Además, tengo que decíroslo... Es como si llevara una piedra en el pecho. Bueno, hice una cosa muy mala.

Los demás le miran con asombro. ¿Qué puede haber hecho de malo aquel muchacho?

—Sí —prosigue, agachando la cabeza—. ¡La rebanada de Séverine la robé yo! ¡Ah!, si hubiera sabido...

Marie-Hélène y Matthieu intercambian una mirada asombrada. Todos recuerdan aquella rebanada reservada para la enferma y que había desaparecido. Jeanne se acerca a Joachim, que sigue con la cabeza baja, culpable.

—¡Y tuve la caradura de decir que había sido un zorro!

—Eso ya no tiene importancia —dice ella, poniendo una mano en el hombro del chico.

—¡Mis gafas! ¡He perdido mis gafas! —grita abriendo los brazos.

—No es momento de subirse a la parra —añade Jeanne mientras recoge las gafas—. Debemos conservar nuestras fuerzas.

—No hay razón alguna para que la radio no funcione. Creí que la lámpara estaba fundida, como dijo Christophe, pero no, funciona muy bien. ¿A qué se debe, pues?

Recuperan su lugar junto al fuego y tragan su puré, conscientes de que el peor peligro está en lo más profundo de sí mismos y no tienen armas para combatirlo. Marie-Hélène prepara la tisana de abedul. La decocción tiene la virtud de apaciguarles momentáneamente, de calmar sus dolores. Hacen de ella un gran consumo.

Esa jornada que comienza les encierra un poco más en sí mismos. En su rincón, Joachim se inclina sobre el estuche de su violín, abierto. No ve ya la utilidad de consultar su biblia puesto que Dios les ha abandonado. Con la yema de los dedos acaricia su instrumento, un magnífico Vuillaume del que le gusta extraer alegría o melancolía, melodías que, aquí, suenan a falso.

Christophe decide partir de nuevo en busca de una presa, por modesta que sea, pero incluso los cuervos, tan numerosos por lo general, se han marchado. Sin decir palabra, Matthieu sigue sus pasos. Los días anteriores, salían cada uno por su lado para aumentar sus posibilidades. Pero esta mañana permanecen codo a codo. Sin embargo, la presencia de Matthieu molesta a

Christophe: para cazar, hay que estar atento a todo, al sonido del viento, al menor crujido de la maleza.

Caminan largo rato en silencio. Christophe piensa en Clovis, a quien mató a quemarropa. Aquel acto le pesa, aunque no hable de ello. Le corroe el remordimiento.

—Me encolericé —dice de pronto.

Matthieu le lanza una mirada curiosa.

—¿Qué quieres decir?

—Al contrabandista, cuando estaba con Jeanne, hubiera debido amenazarlo y obligarle a que me llevara hasta el paso.

—Se habría burlado de ti. No, hiciste bien —decide Matthieu en tono seguro.

Llegan al lago. La nieve, inmaculada, cruje bajo sus pasos. El sol les deslumbra. La montaña está vacía.

—No sé si yo habría tenido tu valor —reconoce Matthieu.

La observación les aproxima. Regresan pronto para ir a cortar leña. El viento de las cumbres se ha levantado y agujonea su rostro. Matthieu maneja la sierra, Christophe corta con el hacha los troncos. Joachim y las muchachas llevan brazadas de leña hasta la gruta.

Al caer la noche, se reúnen junto al fuego. Marie-Hélène une sus manos y, con los ojos bajos, murmura una plegaria. Joachim, que lamenta su escándalo matutino, ha vuelto a emprenderla con la radio. Christophe es el primero que aguza el oído.

—¿No oís nada?

Matthieu corre hacia la salida. Los lejanos aullidos no dejan duda alguna.

—¡Lobos! —dice con voz átona.

Comienza a disponer las tablas para tapar la abertura. Christophe se ha acercado a él y empuña la carabina.

—No te preocupes —dice, seguro de sí mismo—. Los espero.

—Están del lado del lago —observa Matthieu.

Christophe sale ante la gruta, con el fusil amartillado.

—Tengo ganas de cargarme uno —añade en un tono que disgusta a Matthieu—. Mi abuelo me contaba a menudo que, cuando era joven, todos los inviernos, los lobos empujaban a los muflones por las laderas donde la nieve era profunda. Allí, los muflones se hundían por culpa de sus pezuñas. Y los lobos, que no tenían ese problema, sólo tenían que atraparlos.

Christophe escucha un momento el aullido de las fieras, que le recuerda el de una jauría de perros.

—¿Vamos?

Parten. Ha salido la luna y la visibilidad es como en pleno día. A medida que avanzan hacia el lago, los aullidos se alejan.

—Diríase que se han marchado.

—Apuesto a que están haciendo lo mismo que en los Alpes, empujando a algunos animales hacia un lugar donde la nieve sea profunda.

—¿Y por qué no hacemos nosotros lo mismo?

—Porque los lobos no temen el frío y saben protegerse de las tormentas y los aludes. Pueden correr días y días, ir a buscar muflones allá donde estén. ¡Nosotros no!

Dejan atrás el lago y atraviesan un circo que Christophe cree reconocer:

—Pasamos por aquí con Jeanne y los chiquillos. Tras esa subida hay una pendiente, ¡sin duda están ahí!

Atraviesan el circo. Christophe empuña el arma con el dedo en el gatillo, dispuesto a disparar. Matthieu siente temblores en todo el cuerpo. Trepan por la pendiente, bastante empinada. En lo alto, descubren una vasta extensión de nieve espejeante. Christophe señala ante él alargando el brazo.

—Allí —susurra.

Su excelente vista, que le permite disparos precisos a más de cien metros, ha descubierto unas formas que se mueven.

—¡Los lobos!

Matthieu descubre a su vez la jauría, que se encarniza con un cadáver.

—¡Voy a cargarme uno! —dice Christophe poniendo rodilla en tierra y apuntando con su fusil de mira telescópica.

—¿A esta distancia? —se sorprende Matthieu.

—¡Eso no es nada!

Apunta y luego suena el disparo con inaudita potencia. Un lobo parece morder el aire lanzando un fuerte aullido y cae junto al cadáver. Los demás huyen.

—No íbamos a permitir que esos animales nos jodan, ¿verdad? —concluye altivo Christophe.

Corren hasta el lobo muerto. A su lado, descubren los restos de un muflón, casi entero, sobre la nieve manchada de sangre. Las fieras han devorado sus entrañas dejando intacta la carne. Ambos muchachos lanzan un grito de júbilo.

—Bastará con estar atentos a los lobos. ¡Cazarán por nosotros! —exclama Matthieu.

—No lo creo. Saben que estamos aquí y no volverán tan pronto. Han sobrevivido durante siglos porque son más listos que nosotros.

Los muchachos regresan al Oustal arrastrando lentamente la pieza robada. Los demás no dan crédito a sus ojos. Se sienten de pronto tan felices que a Joachim le apetece tocar el violín. Una certeza se le impone: Dios, de quien ha renegado en su acceso de desesperación, le indica que sigue protegiéndolos con su infinita bondad.

Matthieu y Christophe colaboran para trocear el muflón. David y Judith no se pierden nada de la operación y, por adelantado, se les hace la boca agua. Matthieu decide una vez más:

—Podemos cortarlo en tantos trozos como la cabra. Sé que estamos hambrientos y comeríamos mucho más, pero debemos ser previsores —añade con aquella voz de adulto prudente de la que Christophe carece.

Por fin comen algo distinto a las infectas lentejas. Cada cual traga su ración y, aunque tenga hambre aún, se abandona a un bienestar momentáneo. Matthieu se acerca a Marie-Hélène, que no lo rechaza. Cuando toma su mano para llevarla aparte, ella, dócil, no reacciona. David, que observa a todo el mundo, le hace una señal a Joachim.

—Esta vez es la buena, ¡va a follársela!

—Pero ¡qué dices!

—Ven y verás. Ella ya está madura.

Regresan a su observatorio, detrás de la roca, y ven a Matthieu sentarse junto a la muchacha. Permanecen unos instantes silenciosos, luego Matthieu dice:

—De nuevo hemos tenido mucha suerte —dice.

—Sí, y me pregunto por qué...

—No debes hacerlo. Yo pienso en el instante, porque mañana será diferente.

—Yo no. Siento la necesidad de rezar.

—¡Qué charlatán! —murmura David—. ¡En él es como una enfermedad!

Desde hace unos días, Matthieu no deja de darle vueltas a la misma cuestión. Haber estado prisionero del alud le ha abierto los ojos sobre lo que el valor y la tenacidad pueden aportarle. Ahora sabe que los socorros no llegarán: Joachim no conseguirá reparar la radio. En su mente se impone una única solución, siempre la misma, insistente. Calla por fin.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Marie-Hélène colocándose ante el absorto joven.

Él mueve la cabeza sin responder.

—Yo pienso en mi madre —prosigue ella—. Dio su vida por la libertad. Quisiera ser digna de ella.

—Lo eres encargándote de nosotros como lo estás haciendo —la consuela, distraído, Matthieu—. Esta noche tengo que decirte lo que en el fondo pienso, porque es muy importante: te amo.

Marie-Hélène baja la mirada, titubea, como herida en lo más sensible de su ser. Su corazón se desboca, pierde el dominio de sí misma; quisiera huir, pero una fuerza implacable la mantiene junto al muchacho.

—Éste no es lugar para hablar de ello —murmura.

—Sí —insiste Matthieu con voz firme—. Éste es el lugar porque he decidido algo muy grave. Fue un milagro que pudiera salir de la tumba de nieve que me cubría, y ese milagro debe servir para algo.

—¿Qué quieres decir?

No hay respuesta. La toma entre sus brazos.

David ríe sarcástico, con la mano ante la boca. Asustado, Joachim ve como Matthieu y Marie-Hélène se dan un largo beso; luego, las manos de Matthieu bajan hasta la cintura de la muchacha, acarician sus nalgas.

—¡Esta vez lo hace bien! —comenta David como si presenciara un partido de fútbol—. Ella protestará, pero, si él sabe hacerlo, acabará pasando por la piedra.

—No —dice ella separándose del muchacho—. No quiero.

Joachim se queda de una pieza. ¿Cómo ha podido David prever que Marie-Hélène rechazaría a Matthieu?

Él la abraza de nuevo. Ella se debate con escasa convicción, como un nadador fatigado que se deja arrastrar por la corriente.

—¡Ea, muy bien! —comenta David—. Verás como ella dirá «no» otra vez.

En efecto, Marie-Hélène se debate y murmura un «no» que arranca una risita a David. Joachim le reprende:

—¡Ríe más flojo, van a oírte!

—¡Qué va! Están demasiado ocupados.

Ambos jóvenes ruedan por el suelo. Joachim mira estupefacto las piernas desnudas de la muchacha y las nalgas de Matthieu, que se ha bajado los pantalones.

—¡Esta vez se la pasa por la piedra! ¡Ves qué fácil es! —concluye David, sin perderse ni un detalle de la escena.

Joachim retrocede, asqueado. Sabía muy bien que los hombres y las mujeres hacían el amor, pero no se lo imaginaba así, con esos gruñidos, esos

estertores animales. Se aleja, dejando solo a David, que goza del espectáculo. Le gustaba Marie-Hélène, la encontraba dulce y discreta, atenta; esta noche la detesta, y detesta a Matthieu.

## Trigésimo segundo día

Sentada aparte, Marie-Hélène llora. ¿Cómo ha podido ceder tan fácilmente ante Matthieu? Tras su relación con Paul había tenido tanto miedo, que sé había jurado no conocer hombre alguno hasta su boda. Y hoy, por culpa de la carne que le caldeaba el cuerpo, a causa de la confesión de Matthieu que tanto bien le ha hecho, se le ha entregado. Teme ahora las consecuencias de su acto, el castigo de las muchachas fáciles: el vientre que va redondeándose.

Matthieu quiere consolarla, pero ella lo rechaza. Se sorprende deseando que los socorros no lleguen nunca, que mueran de frío y hambre, pero luego se reprocha desear la desgracia de los demás para borrar su falta. Entonces, el deseo de partir al azar, de acostarse en la nieve, la empuja a salir de la gruta. Matthieu la detiene.

—¡Te amo! —dice—. Sé lo que debo hacer.

—¡Cállate!

En él estalla la cólera, aprieta los dientes.

—¡Nos casaremos! —dice—. ¡En cuanto lleguemos abajo!

—¡Sabes muy bien que es imposible!

—Es posible. ¡Sólo pienso en eso!

Aumentan los sollozos.

—¿Por qué me haces tanto daño? —murmura ella.

David y Judith acercan las manos a las llamas.

—Sin mí, haría mucho tiempo que el fuego se habría apagado —refunfuña Christophe con los ojos clavados en Matthieu y Marie-Hélène y lanzándoles una mirada preñada de reproches.

Matthieu sale fuera. El tiempo ha cambiado. Se ha levantado viento, un gélido viento del oeste que arrastra grandes cendales de bruma poblados por minúsculos copos de nieve, leves como plumas, pequeñas mariposas que se posan en la capa dura.

Con la cabeza pesada, el joven piensa en su noche de amor. Está dispuesto a pelearse con su familia, con toda la comunidad judía, dispuesto a renunciar

a lo que creía. Con Deborah, la primera moza a la que conoció, sólo fue un juego, con Marie-Hélène quiere comprometer toda su vida.

Se dirige al bosquecillo con la cabeza gacha. Una silueta brota de la maleza.

—¿Jeanne? ¿Qué estás haciendo ahí?

—Estaba acechando. He pensado que tal vez los socorros iban a llegar esta mañana.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque he soñado que llegaban. Eran una decena, armados con metralletas y nos llevaban con ellos porque la guerra había terminado.

—¿Que la guerra había terminado? No lo creo. Durará mucho tiempo aún, y muchos hombres morirán.

Caminan juntos hacia el bosquecillo. La luz del cielo y la nieve se mezclan en una blancura de estopa que deslumbra. El viento levanta rebaños de nubes que corren por las laderas.

—¡No puedo más! —dice de pronto la muchacha—. ¡Quiero acabar de una vez!

—¿Qué te sucede?

Ella suspira.

—Nunca veremos florecer la nieve, como dicen en casa de Christophe, en Saboya. Mira, mi ropa está hecha jirones, no puedo lavarme y cada vez hace más frío. Creo que debemos intentar lo imposible.

Matthieu no responde porque piensa lo mismo. Regresan. Joachim ha vuelto a emprenderla con la radio. Sigue sin comprender por qué se niega a emitir. ¿Falta alguna pieza? Es posible. Al fondo de su garaje, su padre preparaba radios y teléfonos para los maquis. A veces llevaba un aparato recalcitrante a su casa y lo desmontaba en la mesa del comedor. Joachim no se perdía nada, ni una de sus observaciones, presentes aún en su memoria: «Nada hay más caprichoso que estos chirimbolos. Una fisura apenas visible en una soldadura, algo de óxido en una conexión de hilos y la corriente ya no pasa». El chico orienta su búsqueda en esa dirección: si el piloto no se enciende, es que el circuito eléctrico tiene defectos en alguna parte.

Matthieu vuelve a colocarse junto a Marie-Hélène, que agacha la cabeza. La joven no se ha tomado la molestia de peinar su abundante cabellera negra y comienza a parecer un guiñapo. Lloro en silencio. David la mira con malicia, una sonrisa de suficiencia en los labios, y le pregunta si está enferma. Ella responde rápidamente con un «¡no te metas en lo que no te importa!».

Matthieu, que no soporta verla desgraciada por su culpa, reclama la atención de todo el mundo y declara: —Marie-Hélène y yo, ¿cómo decirlo...?

Ella le dirige una mirada enojada. Christophe aprieta los labios. Joachim tiene una inspiración: —¡Vais a casaros!

Christophe hace una mueca. Jeanne ni siquiera levanta la mirada. Joachim se sube las gafas y prosigue: —¡Una boda! ¡Magnífico! ¿Por qué no lo hemos pensado antes?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Matthieu.

—¡Podéis casaros aquí mismo!

—¡No es posible! —protesta Marie-Hélène.

Joachim coge su violín e improvisa una melodía que pretende ser alegre, pero que cae en el vacío. Christophe aprieta los puños. La idea de la boda le hace daño. Su hirviente naturaleza le impulsa a cargar directamente contra los obstáculos, a riesgo de romperse los riñones. Sale. La nieve cubre el cielo, oculta la montaña, hace que el mundo se detenga a la entrada de la gruta.

—¡Una boda! —repite Joachim con las manos unidas, como si fuera la solución para su aislamiento.

—¡Organizaremos una fiesta! —grita David.

¡Fiesta! La palabra ha sido dicha. El olvido de su condición durante un breve instante de locura. Lo desean. Ellos, que deben racionarse, pensar constantemente en el día de mañana, necesitan, y mucho, despreocuparse. Joachim, que no quiere renunciar a su idea, coge las riendas. Imagina una coreografía, se coloca en distintos lugares de la gruta para encontrar el mejor emplazamiento para los recién casados. Busca piedras lo bastante altas para servir de sitial. Todos se atarean con impostada alegría. Su estómago gorgotea; la desesperación de la que intentan huir les muerde como un perro rabioso.

—Pareces triste. ¿Qué te pasa? —pregunta Marie-Hélène a Jeanne.

—¿Quieres que salte de alegría? ¡Es muy poco para mí!

Marie-Hélène se reprocha su debilidad, pero no se atreve a hacer nada ante el entusiasmo de Joachim y los pequeños. Pero eso nada cambia en su decisión de no permitir que Matthieu se acerque a ella.

—Es para divertirnos —precisa, algo avergonzada al prestarse a ese juego pueril—. Para no pensar en otra cosa.

—Yo no puedo.

—Todo el mundo sabe que eres fuerte, Jeanne. Conmigo puedes hablar sin tapujos. Seamos amigas.

—Eso no es posible.

—¿Por qué? —pregunta Marie-Hélène.

—¡Déjame!

Christophe ha asistido a la conversación. Espera que Marie-Hélène se haya alejado y luego reprocha a Jeanne: —Ha venido a tenderte la mano. ¡No te comprendo!

—¡Marie-Hélène representa lo que más detesto en el mundo! Esa boda le permite jugar, sin saber qué se oculta detrás de las cosas. No tiene la menor consistencia, ni tampoco más grosor que una hoja de papel en blanco.

—¿Y tú? —se encoleriza Christophe—. Estás tan vieja como amargada. ¡No es mucho mejor!

—¡Veo las cosas tal como son!

Christophe hace una mueca. Jeanne no le ofrece presa alguna. Mientras los demás juegan a la boda, él se reconcome, lleno de contradictorios sentimientos. Baja hasta el bosquecillo y se detiene ante la ladera que lleva al cañón y al paso secreto. «Si hubiéramos ido el primer día, antes de la nieve, lo habría encontrado y tal vez Séverine estuviera viva aún», rumia.

El día pasa entre preparativos. La nieve caída es tan ligera que resbala por las ropas y no moja. Cortan leña para hacer una gran hoguera, la única distracción que les queda, pues, a pesar de la boda, Matthieu se ha mostrado estricto con el racionamiento. Joachim aporta corteza de abedul para la bebida. De pronto se vuelve hacia Matthieu con aire temeroso y pregunta: —¿Y los anillos?

Han pensado en todo salvo en las alianzas que deben sellar el compromiso de los recién casados. Matthieu no le da la menor importancia. Jeanne busca en su bolsa y saca un pequeño joyero.

—Son las alianzas de mis abuelos.

Matthieu se niega. Jeanne insiste:

—¡Tómalas! Lo hago de todo corazón. Pertenecieron a gente feliz. Sólo pueden traeros suerte.

—¡No quiero! —replica Marie-Hélène.

—¡Eres muy libre! —dice Jeanne recuperando el joyero—. Era por hacer un favor.

Joachim, con sus pesadas gafas en la minúscula nariz, se encarga de los últimos detalles. Pone su libro en la roca plana que servirá de altar, desplaza ligeramente las piedras. El fuego arde, pero la parrilla puesta a su lado les recuerda que sólo les queda un pedazo de carne. Se sienten obligados a bromear.

Llega por fin la hora de la ceremonia.

Fuera, la noche envisa la montaña. La tierra entera se ha hundido, son los únicos supervivientes en un arca dispuesta a zozobrar a su vez.

—¿Y Christophe?

Les sorprende la ausencia del adolescente alto y rubio.

—Ha salido —informa David—. No parecía estar muy bien.

Matthieu advierte que Christophe ha dejado su arma en el reborde de una roca. La nieve sigue cayendo, tan ligera que los copos parecen no tocar el suelo. Judith y David llaman al joven con sus voces agudas, que se pierden en la vacía inmensidad.

—¡Voy a buscarlo! —dice Jeanne.

Los otros le dejan hacerlo. David susurra a Joachim: —Querría casarse con Jeanne, pero ella no quiere, de modo que pone mala cara.

Jeanne camina en la noche. Los copos se han transformado en un polvo gélido que irrita los ojos. Sabe adónde ha ido Christophe, impulsado por una asociación de ideas que en él es habitual.

Le encuentra temblando; su alta silueta negra se recorta en la nieve. Tiene la cabeza gacha, recogido junto a un montículo blanco. Séverine está siempre presente en los espíritus. Su agonía y su rostro inmóvil pueblan las noches del Oustal con monstruosas pesadillas.

Jeanne se acerca al adolescente y se coloca a su lado. Él vuelve levemente la cabeza.

—¡Déjame! —dice, seco.

Ella pone la mano en la del muchacho, desconcertado por unos momentos, pero al punto recupera su animosidad.

—¡Ya estáis tocándome las narices, todos! —grita—. ¿Crees que ella es feliz aquí, en pleno frío y sola? ¿Crees que a ella le divierte esa boda?

—¡Ven! —dice Jeanne—. O vas a enfermar.

—¿Y qué puede importarte eso? —aúlla alejándose a grandes zancadas.

—¡Deja ya de hacer niñerías!

Él se vuelve.

—¡Ah! ¡Estoy haciendo niñerías! Mientras los otros se casan, yo hago niñerías; pero ¿es que no comprendes que eso me revienta? ¡No pude hacer nada para impedir que muriera, la pobre pequeña!

—¡Hiciste lo que estaba en tu mano!

—No, y además...

Es demasiado difícil decirlo. Él, tan temerario, tan fanfarrón, a quien tanto le gusta bravuconear, retrocede ante las palabras que le obsesionan y que no tiene el valor de pronunciar. Jeanne se acerca tanto que él siente su aliento en

el rostro. Nunca la ha encontrado tan deseable, con su pequeño rostro oval perfilado en la penumbra, su pelo corto cayéndole en mechones sobre la frente, sus pequeñas orejas al descubierto y sus ojos negros, tan profundos, tan llenos de misterio. Sorbe. Las lágrimas corren por sus mejillas, dejan un rastro frío como el filo de una navaja.

—Es culpa mía —repite.

—Deja ya de compadecerte. Regresemos, hace frío.

Christophe se deja arrastrar. Tiene la sensación de que no sabe nada del mundo.

Joachim invita a los demás a sentarse en las piedras colocadas en semicírculo alrededor del altar. Todos serán testigos del compromiso de Matthieu y Marie-Hélène, que se acercan tomados de la mano. Matthieu es el único que olvida que sólo es un juego. Lo siente como un acto de adulto que le dará fuerzas para llegar hasta el fondo de sí mismo, para desafiar los peores peligros.

El oficiante abre su libro y lee varios versículos consagrados al matrimonio.

—«Los esposos se juran mutua asistencia y fidelidad. Deben vivir bajo el mismo techo. El marido es el cabeza de familia...».

David y Judith llevan la cola del vestido demasiado corto de Marie-Hélène. El niño adopta un aire desenvuelto, para indicar que aquello no le afecta. La tímida Judith, ruborizándose de emoción, baja los ojos.

Serio, Joachim lee otros pasajes de la Biblia. Finalmente, al terminar, se prepara para proceder al intercambio de consentimientos cuando un sordo ruido le detiene. Los demás se vuelven hacia la salida. Un poderoso ronquido hace vibrar la gruta.

Christophe y Jeanne corren al exterior, abandonando al oficiante y a los contrayentes. David y su hermana salen a su vez, seguidos por Joachim.

Christophe tiende los brazos hacia las estrellas parpadeantes que cruzan el cielo.

—¡Aviones! —dice—. ¡Por lo menos diez!

Se dirigen hacia el este. Muy alto en el cielo, unos hombres sobrevuelan la inhóspita montaña sin saber que siete jóvenes extraviados, temblando de frío, les miran. Las luces de posición se alejan lentamente y desaparecen detrás de las cumbres. Durante largo rato aún, su estruendo mantiene a los niños con la nariz al aire. Christophe es el primero que regresa al refugio. Los demás le siguen, pero no recuperan su lugar en las piedras dispuestas para la ceremonia. La boda no les divierte ya. Christophe echa leña al fuego. Marie-

Hélène permanece retirada, avergonzada por haberse prestado a ese juego estúpido. Matthieu va a buscar un trozo de carne oculto en la nieve, bajo grandes piedras, y lo corta en siete pedazos. Jeanne los pone sobre la parrilla. El aroma que desprende no basta para devolverles las ganas de comer: el hambre crónica les ha desarreglado el estómago. Comen sin placer, se apretujan unos junto a otros como en los primeros días y buscan el refugio del sueño.

Sólo Christophe vela: es su turno de guardia ante el fuego.

## Trigésimo séptimo día

Ayer por la noche, Matthieu distribuyó el último pedazo de muflón.

Esta vez, no se produjo el milagro. Matthieu y Christophe recorrieron incansablemente la montaña en busca de una improbable bestia herida, olvidada por los lobos. Agotados, buscaron a *Martillo*, a quien Christophe podría matar de un tiro, pero el asno ha desaparecido. El joven David multiplica los lazos para liebres en el bosquecillo y a orillas del lago, sin éxito.

Los animales permanecen ocultos al fondo de sus madrigueras. Incluso los pájaros han huido hacia el valle.

El saco de harina está vacío. Marie-Hélène lamenta haber hecho pan en las horas de abundancia, cuando tenían peces o carne. Se aísla en un rincón, regaña agriamente a David cuando el chiquillo hace una observación que no le conviene. Se encoleriza también con Joachim, a quien no ha perdonado el simulacro, frustrado, de boda.

—En vez de meterte en lo que no te importa, mejor harías reparando la radio.

Para comer, les queda todavía el fondo de los sacos de habichuelas y lentejas, bastante para aguantar dos días si se hacen raciones pequeñas.

—¡Deberías rezar a tu Dios! —le suelta con desafío Christophe a Joachim—. Sería el momento de hacer un milagro.

Pero Joachim no está ya para oraciones. Rumia en su interior los recuerdos de sus antiguas lecturas. Y, ante su humeante bol de lentejas, se le ocurre una idea: —No estamos obligados a comer carne continuamente. Si no hay animales para cazar, tal vez haya plantas que puedan hervirse.

Matthieu es escéptico. El habitante de la ciudad, que nunca ha tenido que preocuparse por lo que llenaba su plato, no conoce las plantas comestibles y duda de que la montaña sea muy generosa en legumbres silvestres. Ha leído, en efecto, *Robinson Crusoe* como todos los jóvenes de su edad, pero la isla de aquel inglés estaba perdida en los trópicos y no en pleno desierto helado de los Pirineos.

—Joachim tiene razón —estima Christophe—. Mi padre, al que le gustaba mucho cazar, decía que en invierno los ciervos y los gamos comen líquenes blancos que crecen en las rocas. Al parecer son muy alimenticios.

—¿De qué líquenes estás hablándome? —pregunta Joachim, que pretende ser el más sabio.

—De esos líquenes blancos con hojas dentadas. Siempre están secos. Si los animales se los comen es que nosotros podemos también. En todo caso, no es un veneno.

—¿Y qué? —prosigue Joachim.

—Pues que me parece haber visto abajo, antes de que cayera tanta nieve. Propongo que vayamos a ver y, si encontramos, que los hirvamos en agua.

—¿Por qué no? —dice Matthieu, dubitativo.

Se dirigen al lindero del bosquecillo donde afloran las rocas, las limpian de la fina capa de nieve que las cubre y recogen esas curiosas plantas blancas, finas y dentadas que, a pesar de la humedad, se hacen polvo entre sus dedos.

—¡Será curioso como ensalada! —dice David.

Limpian de tierra el liquen y lo ponen a hervir en la marmita deportillada. Marie-Hélène atiza el fuego. Un curioso olor se extiende por la gruta.

—¡No es desagradable! —dice la muchacha que no quiere asquear a nadie.

Sin embargo, aquel olorcillo a tierra y orines nada tiene de apetitoso.

—¡Sin duda es muy nutritivo! —prosigue Joachim conteniendo una mueca de asco.

Cuando considera que los líquenes están ya bastante cocidos, Marie-Hélène los retira del agua.

—Son viscosos, diríase setas que están pudriéndose —observa David.

—¿Eso es todo? —se enoja Matthieu.

—¡Todo el mundo va a comerlos! —suelta la muchacha viendo el aire asqueado del chico.

Pone un poco en cada bol y se obliga a comer su parte para dar ejemplo. Matthieu la imita, seguido por Christophe y Jeanne. David y Judith hacen una mueca.

—¡No es del todo malo! —insiste Christophe lanzando una mirada llena de autoridad a Judith.

—¡Es bueno, incluso! —añade Jeanne.

—¡Pues bien, a mí me parece que es asqueroso! —se enfurece David, que deja su bol y se niega a comer.

Marie-Hélène le amenaza con las peores enfermedades si no come su parte y él acaba cediendo, conteniendo sus ganas de vomitar. Mastica durante largo rato una bola de fibras que no consigue tragar.

—¡Francamente, tendremos que encontrar otra cosa! —dice Jeanne a Christophe.

## Trigésimo octavo día

Despiertan con la cabeza pesada, como si regresaran de un largo viaje. Aplastados de nuevo por el peso de la realidad, vagabundean sin objetivo por la gruta. El fuego está agonizando entre las piedras. Christophe le echa más leña. Pronto será necesario buscar más, pero esta mañana no se siente con fuerzas para dar diez pasos.

¿Cuántos días han transcurrido? Joachim ha dejado de hacer una marca en la roca cada mañana: ha perdido la cuenta y aún se empeña en reparar la radio.

Joachim dormita. Se ha refugiado en una duermaveva sin pensamientos sobre el futuro y, sobre todo, sin gastar fuerzas. Incluso David, tan vivaz por lo general y siempre dispuesto a contar una historia, calla con la mirada perdida en las llamas que ya no lo calientan. Christophe se sienta junto a Jeanne; cada poco, la muchacha apoya la cabeza en su hombro y él se dice que no debe desistir, que debe combatir hasta el último aliento.

Matthieu se encoge en su rincón. Marie-Hélène no quiere que se acerque a ella, lo que enmaraña tanto sus pensamientos que pierde toda esperanza. Su cuerpo, lleno de dolores, se ha convertido en el de un viejo. Las mejillas se han fundido, la piel se ha arrugado. El cabello, demasiado largo, acentúa la impresión de delgadez del rostro. Unos pelos hirsutos ensucian el mentón. La comezón del cuerpo le resulta insoportable.

Marie-Hélène lava ropa, pero la ceniza que utiliza en vez de jabón sólo acaba parcialmente con la mugre e irrita la piel. Jeanne sufre más que sus compañeros de infortunio. Cuando tiene la regla, se lava con agua del manantial, ocultándose al fondo de la gruta. La muchacha utiliza una bufanda que aplica, helada, sobre la piel. Por su lado, Marie-Hélène atribuye al desarreglo de su cuerpo un significado muy preciso. Desde su noche de amor, el más mínimo dolor resuena como una alarma que la mortifica.

—¿No tienes náuseas? —le pregunta a Jeanne.

Jeanne comprende lo que inquieta a Marie-Hélène y la contempla con curiosidad.

Ambas han adelgazado mucho. Jeanne tiene toda la apariencia de un muchachito arrugado. Extrañamente, diríase que Marie-Hélène ha crecido. Su rostro hundido y su piel marchita la envejecen.

—¿Qué quieres decir?

—No sé —responde Marie-Hélène, que siente la necesidad de confiarse —, pero las privaciones, el frío y todo lo demás me han trastornado por completo. Ya no sé dónde estoy.

—¿Y crees que los demás sí sabemos?

—Tengo el estómago revuelto. Ganas de vomitar.

—También yo, si eso te tranquiliza. Todos tenemos náuseas.

Marie-Hélène no se atreve a seguir adelante con su confidencia. Para ella, las náuseas tienen la misma causa que la ausencia de la regla: está encinta. ¡El castigo no se ha hecho esperar! La obsesiona el recuerdo de una compañera de trabajo que se veía con el camarero de un café. Cuando Hortense quedó encinta, sus padres la pusieron de patitas en la calle. Intentó librarse del niño, pero estaba bien agarrado. Su amigo no quería verla ya. Parió sola, en una habitación del servicio... Marie-Hélène se había jurado que a ella no le sucedería semejante desgracia. No obstante, hubo un Paul, y ahora Matthieu...

## Trigésimo nono día

David sale de la gruta corriendo. Los líquenes cocidos le han producido diarrea; baja hacia el bosquecillo que sirve de letrina. Al comienzo, Marie-Hélène insistió en que reservaran el lugar escondido tras el roquedal para este uso. Nunca han podido seguir esta disciplina y cada cual va donde le parece.

El día se levanta. Subiendo de nuevo hacia la gruta, David recorre con la mirada las iluminadas cumbres, mientras el Oustal permanece en la sombra. Escruta especialmente una ladera donde el viento ha barrido la nieve. Y lo que ve entre las abruptas rocas, con su color dorado, le da fuerzas para correr hasta la gruta.

—¡Venid pronto! Esta vez...

Despiertan sobresaltados. Christophe se levanta el primero. Es el más reactivo de todos ellos, el que, a pesar de unos escasos momentos de desaliento, mantiene el deseo de seguir peleando.

—¿Qué ocurre?

—Coge tu fusil. ¡Las cabras montesas!

¡Las cabras montesas! Aquello basta para que dirijan una mirada esperanzada hacia el impaciente chiquillo. Corren al exterior, insensibles al frío.

—¿Dónde? —pregunta Christophe mientras verifica la carga de su fusil.

—Allá, mira, en las rocas puntiagudas.

Christophe ve los animales encaramados en la ladera de la montaña, sobre unas rocas escarpadas. A resguardo de los lobos, que no pueden perseguirlos por aquellas abruptas pendientes, toman el sol. Christophe los observa un momento y pregunta:

—¿A cuánto estimas que están?

—No lo sé —responde Matthieu—. A doscientos metros tal vez. Quizá más.

—El fusil alcanza a más de un kilómetro. Tenemos una posibilidad. No hagáis ruido y no os mováis.

—¿Tú crees? —dice Matthieu—. Es imposible.

Christophe se tiende en la nieve, se apoya en el codo y apunta. Los demás contienen la respiración. Al cabo de unos momentos, el tirador se vuelve.

—Tráeme un tronco —pide a Matthieu—. La nieve es dura en la superficie, pero no lo bastante para amortiguar el retroceso. Va a hundirse y fallaré.

Coloca el tronco ante sí, lo apuntala y le apoya el cañón. Apunta de nuevo, largo rato. Judith se tapa los oídos con los índices.

Suena el disparo, siempre tan potente en el silencio. El rebaño desaparece de inmediato, salvo un gran macho que rueda de su atalaya hasta unas rocas más abajo. Los niños lanzan gritos de júbilo y corren hasta el pie del macizo que se yergue como un muro.

—¡Caramba! —dice Matthieu, admirado.

Christophe se vuelve hacia Jeanne con aire de triunfo y suficiencia.

—Ahora tendremos que subir a buscarlo —dice.

Cuando llegan al pie del monte, David está ya escalando las rocas. El chiquillo es muy ágil y, puesto que los demás le miran, corre algunos riesgos.

—¡Ten cuidado, vas a lastimarte!

Llega a la pared brillante de hielo, intenta agarrarse a ella, resbala y cae. Christophe llega a su altura. La pared tiene casi diez metros a pico. El muchacho busca cómo rodearla, trepando por los roquedales vecinos. Pero la nieve no es lo bastante dura y se derrumba bajo su peso. Rueda por el suelo.

—¡Hostia! —grita saliendo del montón de nieve.

—No podemos trepar hasta allí arriba —reflexiona Joachim—, pero tal vez podamos hacer resbalar el animal con la cuerda...

—¿Cómo?

—Atando una piedra. La lanzamos detrás del cuerpo y tiramos para que se deslice.

—¡No funcionará!

Pero Joachim no espera los comentarios. Corre hacia la gruta. Los demás permanecen allí, al pie del inaccesible promontorio. Las patas del animal muerto sobresalen de la cornisa.

—¡Qué mala suerte! —se lamenta David—. Está justo en el borde, bastaría una pizca para que cayera.

Eso es lo que Joachim piensa al regresar con la cuerda. Busca una piedra. Entretanto, Matthieu se dice que tal vez dando la vuelta sea posible trepar por encima de la cornisa. Se aleja y encuentra entre los bloques un sendero que le permite llegar a la altura del animal muerto, pero aún demasiado lejos. Joachim ha atado una cuerda a la piedra.

—¿Y tú vas a lanzarla hasta allí arriba? —se burla Christophe.

Tras varios intentos infructuosos, han de admitir que la piedra es demasiado pesada. Joachim corre a buscar una rama de abeto e intenta cortarla con el hacha.

—¡Haremos una especie de ancla de barco! —dice—. Un gancho que se agarre al animal y lo haga rodar.

A Christophe la idea no le parece mal y ayuda a Joachim, que está atando la rama al extremo de la cuerda. Christophe toma impulso y hace revolear el lazo. A un extremo, el gancho de madera vuela por el aire, pero cae por debajo de la cornisa.

—No lo he lanzado con bastante fuerza —dice el joven recuperando la cuerda y enrollándola.

Lanza de nuevo y esta vez el garfio cae en la cornisa, aunque al lado del cuerpo inerte. No pierde la paciencia y vuelve a empezar, obstinado. Tras él, Jeanne le observa y le alienta con la mirada. Marie-Hélène da la mano a Judith. David está con Matthieu, en las rocas, deseosa de participar en el intento. Christophe se empecina hasta que le embarga el desaliento:

—La madera es demasiado ligera y resbala por el pelaje de la cabra. No lo conseguiremos; se necesitaría un garfio de hierro.

—¡Tal vez haya otro medio! —dice Matthieu, y desciende de su observatorio.

—¿Cuál? —pregunta Christophe, sentado en la nieve.

—Basta con lanzar la cuerda de través; pasará por detrás del espolón de piedra y yo podría agarrar el extremo desde el lugar donde estaba. Luego, bastará trepar con la ayuda de la cuerda.

Christophe levanta los ojos, observa unos instantes el espolón que Matthieu señala con la mano. Busca el mejor lugar para lanzar la cuerda.

—Manos a la obra.

Matthieu vuelve a subir a su promontorio, seguido de cerca por David, que corre grandes riesgos para llegar lo más cerca posible del espolón por detrás del cual Christophe lanzará la cuerda.

—¡Vamos, lanza!

Christophe debe intentarlo varias veces. Finalmente, la cuerda pasa entre la pared y el espolón. El extremo cuelga en el vacío, a menos de un metro de David, que se contorsiona para agarrarla. Sus esfuerzos no han servido para nada: la cuerda es demasiado corta. Matthieu vuelve a bajar y está a punto de romperse la crisma. Christophe se ha dejado caer en la nieve. Judith llora. Los

demás no apartan los ojos de las patas del animal muerto, que cuelgan en el vacío.

—Bueno —decide Christophe—, vamos a pensar. Sin duda encontraremos una manera de hacerlo caer.

Entretanto, deben contentarse con líquenes de infecto sabor. A regañadientes, bajan a recogerlos en el lindero del bosquecillo, donde las rocas afloran bajo la nieve. Entonces, David encuentra bellotas en el musgo. Examina los pequeños frutos con su lustrosa cáscara, pensando en las ardillas que el tío Georges cazaba en los encinares. Extrae la almendra blanca de piel rojiza.

—Oye —le dice a Christophe—, tú que entiendes de eso, las ardillas comen bellotas y recogen muchas para el invierno, ¿no?

Christophe reflexiona unos instantes. Lo que el chiquillo acaba de decir tal vez sea la solución de sus problemas. Las pequeñas encinas son numerosas entre los abetos. Se reconocen por sus hojas secas, que permanecen colgando de las ramas. Debajo, la nieve no es muy espesa. Basta con limpiarla para encontrar una alfombra de bellotas.

—¡Eh! —dice el muchacho—, venid a ver.

Los demás se reúnen a su alrededor. Él les enseña un puñado de bellotas.

—Las hay por todas partes. Si las ardillas y los cerdos las comen, ¿por qué no nosotros?

Aceptan de inmediato la idea. Impacientes por escapar de los horribles líquenes, no necesitan mucho tiempo para recoger un saco de bellotas. Joachim, que siempre quiere tener la última palabra, propone:

—La bellota no parece muy distinta de la castaña. Las pelaremos y las asaremos en la tapa de la lavadora. Sin duda estarán muy buenas.

Vuelven a la gruta, seguros de haber encontrado la solución para su hambre crónica. Matthieu echa unos troncos y coloca la tapa sobre las llamas. Las bellotas se tuestan desprendiendo un vago aroma de café. Con un palo, Christophe les da la vuelta regularmente.

Cuando parecen a punto, Matthieu las retira del fuego. Se lleva una a la boca, la mastica ante la atenta mirada de los demás. Su sabor amargo es bastante desagradable, pero no lo dice.

—Te acostumbras —afirma Christophe, tras probar a su vez—. Además, siempre será mejor que nada.

Comen. No es muy bueno pero cruje entre los dientes; mucho mejor que la infecta blandura de los líquenes.

Esa noche se duermen con la impresión de estar saciados. En plena madrugada, David despierta a todo el mundo con gritos quejumbrosos. Un vivo dolor atenaza sus entrañas. También Joachim se sujeta el vientre. Judith, doblada en dos, lanza gemidos de animal herido.

Marie-Hélène, olvidando los retortijones de su estómago, prepara la corteza de abedul en agua hirviendo. Distribuye la tisana, que les calma un poco, pero no por mucho tiempo. Jeanne, que soporta sus dolores sin la menor contracción del rostro, declara.

—Las bellotas son tóxicas. Hubiéramos debido sospecharlo.

—¿Y cómo podíamos saberlo, si los animales las comen?

—Porque durante las grandes hambrunas de la Edad Media la gente no las comía —afirma la muchacha haciendo una mueca.

—¡No he leído eso en ninguna parte! —replica Joachim, superado en un campo donde no admite competidores.

¡Morir envenenados! ¿Es eso posible? ¡Haber aguantado tantos días para terminar de modo tan lamentable! Asustados, espían el progreso de sus dolores y se dicen que los vegetales, en su diversidad, son mucho más peligrosos que la carne.

—La cabeza me arde —dice David dirigiendo a los demás una mirada aterrorizada.

—Tengo la impresión de haberme tragado un alambre de espino —dice Christophe.

—Siempre comienza así —responde Joachim—. Primero el vientre, después la cabeza y luego...

Inspira ruidosamente. Es el más afectado. Ya se ve en la agonía.

—Y luego tienes la impresión de que te están haciendo pedazos, de que te arrancan las tripas y el corazón. Y todo por tu culpa, Christophe: ¡dijiste que las ardillas y los cerdos las comían! —brama.

Christophe no tiene ya fuerzas para defenderse. Se retuerce, corre hacia fuera y luego vuelve con una mueca en el rostro.

## Cuadragésimo día

Cuando el día se levanta, a Joachim le sorprende estar vivo aún. Christophe se encuentra ya algo mejor y piensa que es preciso ir a buscar leña. Baja al bosquecillo y comienza, lentamente, a trabajar. Matthieu se reúne con él. El ejercicio les sienta bien.

A mediodía, todos están curados. La alarma ha sido breve, pero les servirá de lección. Se recuperan lentamente de su horrible indigestión. Febriles aún, sólo salen para buscar leña, y la economizan. Los troncos de abeto verde crepitan, desprenden un humo negro que irrita la garganta, pero desprenden un agradable calor y un aroma de resina fresca. La nieve cae de nuevo. De modo regular, silenciosamente, los grandes copos se amontonan sobre las antiguas capas.

La reserva de lentejas y habichuelas se ha agotado. Beben abundante tisana de corteza de abedul. Con la experiencia de las bellotas, se limitan a líquenes, francamente malos, pero que les alimentan un poco y no les provocan dolor de vientre.

Judith soporta sin quejarse el hambre. Se pega a los pasos de Marie-Hélène y no se separa ni un momento. La niña, que nunca habla cuando están en grupo, aprovecha los momentos en que está a solas con la muchacha para contar su vida en Nevers, hablar de su madre, a la que echa mucho de menos, y de la tía Léa, que la cuidaba y mimaba con golosinas.

—¿Y tu padre? —le pregunta Marie-Hélène, que ha advertido que David, tan charlatán, nunca habla de él.

—Mi madre dice que se marchó muy lejos y que algún día regresará. Pero yo sé que ella siente pena, de modo que no le hablo de ello —responde Judith bajando los ojos.

Y de pronto, el grito:

—¡Ya está! ¡La luz se ha encendido!

Se vuelven hacia Joachim. David acciona la dinamo, que emite un leve siseo. Joachim señala con el dedo el pequeño piloto de la radio.

—¡Funciona! —grita brincando de júbilo.

—¿Estás seguro? —pregunta Matthieu.

—¡Seguro!

Pide a David que pedalee y se acerca al micrófono.

—Oiga, oiga. ¿Me escuchan? Cambio.

Espera unos instantes. La radio chirría, pero ninguna voz responde. Insiste: —Oiga, oiga, aquí el Oustal, la Casa del Diablo. Necesitamos socorro. ¿Me escuchan?

Nada aún. David, agotado, deja de pedalear. Christophe le sustituye. Joachim repite su llamada, en vano.

—Es normal —dice de pronto Matthieu. Los resistentes no van a hablar. No quieren que les descubran.

—Supón que los alemanes nos hayan oído —se inquieta Jeanne—. No tardaremos en verlos llegar sigilosamente.

Joachim se aparta del aparato, consciente de pronto de que, aunque la radio pueda salvarlos, también puede denunciarlos. Entonces, Christophe tiene una inspiración. Da una fuerte palmada en la espalda de Matthieu.

—¡Qué imbéciles somos!

Matthieu le lanza una mirada asombrada.

—¡El muflón! —explica Christophe—. ¡He encontrado la manera de bajarlo! —Coge el fusil y comprueba que esté cargado—. ¡Venid! Esta noche tendremos carne.

—Explicate —lo apremia Matthieu.

—Muy bien, es sencillo: me colocaré donde tú estabas, algo apartado del animal, y dispararé. La bala golpeará su cuerpo congelado y lo arrojará al vacío.

Joachim asiente. Se reprocha no haberlo pensado.

Matthieu lo duda:

—¿Crees que con una bala bastará?

—¡Estoy seguro! —responde Christophe.

Todos desean creerle. Cuando llegan al pie de la pared, se detienen estupefactos.

—¡Hostia! —dice Christophe, mirando la cornisa de la que ha desaparecido el muflón.

—Los lobos se lo han llevado —murmura Jeanne.

—Pero ¿cómo han podido trepar hasta allí arriba? —masculla Christophe.

Matthieu suspira.

—Ahora sí estamos jodidos.

## Cuadragésimo tercer día

Hace tres días que nieva sin cesar. Decenas de centímetros de nieve en polvo cubren la antigua capa helada.

El miedo se ha apoderado de ellos. La tarea de recoger leña les ocupa parte de la jornada. Deben limpiar con la pala montones de nieve para encontrar líquenes cada vez más escasos. Sólo hablan para lo esencial, se encierran en sí mismos, con la cabeza gacha para no leer su propia angustia en el rostro de los demás. Las noches suceden a los días en la blancura de los copos. Sólo Matthieu y Christophe salen, de vez en cuando, para vigilar los alrededores. ¡Maldita nieve que les mantiene prisioneros! Cada cual, a su modo, se siente responsable de la desesperación de sus compañeros.

—Hace tres días que Joachim lanzó su llamada —dice Matthieu—. Si los alemanes o los maquis la hubieran captado, alguien habría venido.

Marie-Hélène sigue haciendo hervir el agua para preparar la decocción de corteza de abedul. Se han acostumbrado al sabor amargo del brebaje y hacen de él un gran consumo. En cambio, nadie corre a comer líquenes. Curiosamente, a fuerza de privaciones, no tienen hambre ya.

—Hay que forzarse —insiste Marie-Hélène.

Jeanne hace una horrible mueca, escupe en el fuego y vuelca su bol.

—¡Deja de decir tonterías! —chilla—. Ves muy bien que estamos agonizando.

Es la primera vez que los demás la oyen gritar y ésa no es su voz habitual. Se levanta rápidamente, como presa del deseo de acabar de una vez, de no seguir viviendo con esa angustia peor que la muerte. No puede soportar más los dolores de su cuerpo magullado, no puede seguir viviendo entre la mugre, ser repugnante. Christophe intenta calmarla: —Pero bueno, Jeanne, hay que empeñarse. Mientras sigamos vivos podremos salvarnos.

—¡Sabes muy bien que no es cierto! —aúlla rechazando al joven, y huye hacia la salida.

Christophe se lanza tras ella. Matthieu lo alcanza. Ha caído la noche.

—¡Déjame solo! —dice el alto adolescente—. Iré a buscarla yo.

—¡Mira sus huellas! —dice Matthieu, sin hacerle caso—. Tenemos que alcanzarla, va a perderse.

Ambos corren, cegados por los copos. Matthieu cae, se levanta rápidamente y se reúne con Christophe, que se ha detenido.

—¡La he perdido!

Se inclinan hacia la nieve lisa, caminan al azar. Encuentran por fin a la muchacha tendida en el sendero del lago.

—¡Jeanne! —grita levantándola por los hombros—. ¿Qué te ha pasado?

—Quiero morir, eso es todo.

—Pero bueno, ¡déjate ya de melindres!

La estrecha contra sí. Matthieu, que se ha quedado atrás, advierte que nada tiene que hacer allí, y se aleja.

—Jeanne —prosigue Christophe—, ¿no comprendes que si mueres seré muy desgraciado?

—¿Y a mí qué me importa?

—No sé cómo decírtelo. No puedes comprenderlo, ¡tú detestas a todo el mundo!

—¿Qué dices? ¡Qué dices, Christophe!

—¡Cosas que me hacen daño! Y, sin embargo, preferiría morir antes que no sentir las. No puedes comprenderlo, pero soy más desgraciado que tú.

—¡Eso es imposible! —grita Jeanne, soltándose.

Escapa en la noche. Él la alcanza.

—¡Te he dicho que me dejes! —aúlla—. ¿No queda bastante claro?

Esta vez se siente vencido. Se encorva, su cabeza resulta demasiado pesada para su huesudo cuerpo. Titubea. El dolor que siente abrumba su corazón, cada inspiración le duele tanto que, también él, tiene ganas de dejarse caer sobre el suelo helado.

—¿Por qué me haces esto, Jeanne?

Se siente detestable, realmente repugnante. Morir, y pronto; hundirse en el refugio de la nada. Jeanne tiene razón: están en un callejón sin salida y de nada sirve esperar, salvo para sufrir un poco más.

Camina al azar, perdido a su vez en aquella noche gélida. Abre los brazos para ofrecer mayor presa al frío.

—¡Vamos, ven!

Jeanne se ha plantado ante él. Lo mira fijamente. Él contiene sus sollozos; se sabe inferior, incapaz de plantarse a su vez ante aquella muchacha que apenas le llega al hombro.

—Puesto que me obligas, te diré lo que llevo en el corazón. No eres tú el que me horroriza, sois todos los hombres. En cuanto uno de ellos se acerca a mí, tiemblo, tengo ganas de vomitar...

—¿Por qué?

—¿Quieres saberlo? Hubo una vez en que estaba escondida dentro de un armario... —No puede seguir evocando aquel recuerdo que la tortura tanto como el hambre y el aislamiento. Todo su cuerpo se crispa—. Es demasiado difícil —reconoce, vencida a su vez.

—Pero veamos, Jeanne —murmura él—. Sabes muy bien que tenemos aún una posibilidad de salir de ésta si permanecemos unidos.

—Tienes razón —admite ella, resignada—. Volvamos.

## Cuadragésimo cuarto día

La nieve ha dejado de caer durante la noche. Esta vez, Matthieu no puede retroceder: la llamada de Joachim no ha sido escuchada. Los socorros no llegarán. La imagen de Henri Guillaumet, perdido sin fuego y sin alimentos en la cordillera de los Andes, sigue obsesionándole. El aviador no era distinto a los demás; lo que él hizo, Matthieu puede hacerlo también.

Los otros, tendidos en el suelo, duermen o dormitan. Las horas desfilan. Sin reloj, ¿cómo saber si la noche agoniza o no hace más que comenzar? Matthieu se asegura de que nadie le mire y se levanta, pone algunos troncos en el fuego y se aleja sin hacer ruido. Toma el fusil colocado en la entrada, la bolsa que contiene la cuerda y una caja de cartuchos. Se detiene ante la noche inmóvil, da un paso, vacila por última vez. Alguien se pone a su lado.

—¿Adónde vas?

Marie-Hélène le vigilaba. Se planta ante él como si hubiese adivinado sus intenciones. La luna ilumina su rostro y sus grandes ojos preñados de una profunda tristeza.

—Tengo dolor de vientre, de modo que voy a dar una vuelta —responde Matthieu.

—¿Con el fusil?

—¡He oído aullar lobos! Entra, hace mucho frío y no vas bastante abrigada.

Ella vacila; él quisiera estrecharla en sus brazos, pero no lo hace. Marie-Hélène le ve marcharse bajo la claridad azulada de la luna.

El día se levanta. Matthieu camina a pesar de los lacerantes dolores de sus rodillas, de los músculos de sus muslos, del daño que le hace la espalda, como si se la serraran. Algunas nubes corren por el cielo. El joven avanza a pasos regulares por la pendiente que lleva al cañón. La ancha grieta gris destaca en la inmensidad blanca, de un horizonte a otro, como una barrera infranqueable entre el mundo de los hombres y el de la montaña. Matthieu temía no llegar hasta allí y ahora todo le parece sencillo: seguirá el cañón remontando hacia la fuente del torrente, donde se encuentran los picos de loro.

El frío despierta a Christophe. El fuego se ha apagado. Dando un brinco, toma unas ramitas y las arroja sobre los carbones humeantes. Sopla sobre las brasas, levantando unas cenizas blancas tan leves como plumas. Los carbones se convierten en brasas. De las ramitas brota una pequeña llama. Una vez más, el fuego se ha salvado *in extremis*, pero ¿cuánto tiempo les queda?

Se vuelve hacia los demás, busca a Matthieu. Por la noche ha oído que alguien se levantaba, ha visto a Marie-Hélène salir y regresar sola. No ha hecho pregunta alguna, pensando que era una nueva disputa de la pareja. Esta mañana, la muchacha llora con la cabeza apoyada en las rodillas.

—¿Qué pasa? —grita.

Los demás dan un respingo, vuelven hacia ellos unas miradas asustadas y curiosas. Pasada la sorpresa, Jeanne se levanta y pone la marmita de agua a calentar sobre el trípode de hierro oxidado recientemente encontrado en los escombros del refugio.

—¿Dónde está Matthieu? —insiste Christophe.

Marie-Hélène levanta unos ojos enrojecidos hacia el esquelético muchacho.

—¡Se ha marchado esta noche!

—Pero ¿adónde, hostia? ¿Adónde?

—No me lo ha dicho.

—¡Qué imbécil! ¡No tiene posibilidad alguna!

Christophe toma su escopeta y corre hacia la salida. Jeanne quiere detenerle.

—¡Piénsalo! —dice con su voz grave.

—Todo está pensado. Era yo el que debía marcharse. Lo había calculado todo, sólo esperaba que la nieve cesara.

—Pero ¿adónde quieres ir?

Aparta a Jeanne, corre hacia el hangar, busca la bolsa donde había puesto la cuerda, no la encuentra y comprende. Es un día claro, sin viento. Las huellas de Matthieu van directamente hacia el cañón; no es la andadura de alguien que vacila. Christophe avanza deprisa, pero sus fuerzas le traicionan. Cae de rodillas, la escopeta le pesa en los brazos. Se levanta apretando los dientes. «Tengo que alcanzarle».

Se reprocha estar corriendo tras aquél a quien siempre ha considerado un incapaz y que sin embargo está enseñándole el camino. Desde que vio los picos de loro, piensa en esa solución, pero evalúa también sus peligros. «Una posibilidad entre mil —sigue reflexionando—. ¿Qué hacer entonces, hostia, qué hacer?».

Vuelve a ponerse en marcha. El sol asciende en el cielo y Christophe sufre cada vez más. Su gran cuerpo subalimentado cruje como un viejo almacén. Pero prosigue con los ojos clavados en el extremo del surco que ha trazado su predecesor. Matthieu le lleva unas horas de ventaja, pero la fatiga, el agotamiento deben de haberle detenido ya, pues es un hombre de ciudad. Christophe, descendiente de pastores saboyanos, tiene más resistencia.

Llega por fin al borde del cañón. Los pasos siguen la grieta remontando hacia la fuente del torrente. Transcurren las horas; el sol pasa por una escotadura de la montaña que prolonga el día. Para engañar el estómago y apagar el fuego de su cuerpo, Christophe come nieve. Sabe muy bien que su carrera no durará mucho. Cuando la noche llegue, el frío lo petrificará todo. Tendría que buscar un refugio, pero camina. De pronto, se detiene en seco. Ante él, una masa oscura se yergue al extremo de un surco. Ahí está Matthieu, sentado, sin fuerzas. A su lado, el cañón del fusil brilla con los últimos rayos del sol. Christophe da un rodeo para acercarse sin que le vea.

Matthieu da un respingo, coge el fusil, se levanta penosamente.

—Pero ¿cómo te marchas sin decir nada a nadie? —le recrimina Christophe.

—¿Y por qué vienes tú a tocarme los cojones?

—¡Ah! ¿Te toco los cojones? Muy bien, sigue solo. La nieve te devorará y van a encontrarte dentro de diez, tal vez cien años, cuando la montaña decida devolverte. Yo iré por mi lado.

Matthieu vacila un instante. Arroja su arma y se lanza sobre el recién llegado con sorprendente vivacidad. No le quedaba ya fuerza para dar un paso pero encuentra, en la cólera, una insospechada energía. Christophe recibe el empujón y cae. Ruedan por la pendiente levantando una nube helada. Jadeando, intercambian golpes rabiosamente. Pero gana el frío. Se separan sin aliento, con el rostro vuelto hacia el cielo que se oscurece. Se miran sin comprender por qué han llegado a las manos.

—No hay que perder las armas —se inquieta Christophe.

—¿Por qué me has seguido? —insiste Matthieu—. Necesito estar solo.

—¡Porque eres un incapaz! ¡No tienes posibilidad alguna!

Matthieu querría explicarle que ha preparado esta expedición durante varios días. Christophe ha hecho lo mismo, y se reprocha no haber sido el primero en marcharse, haber recibido una lección de valor de un burgués que nada sabe de la montaña.

—Ahora que estamos aquí —decide—, ¡tenemos que hacerlo juntos!

La luna ha salido y su resplandor rasante enciende fulgores en la nieve.

—El refugio está lejos aún —observa Christophe.

—¿Qué propones, entonces?

—Que busquemos un lugar para pasar la noche. Haremos un agujero en la nieve, cerca de aquella pared, y nos refugiaremos. Mañana, ya veremos.

Su estómago está vacío desde hace tanto tiempo que ya no sienten hambre. Un difuso dolor amasa su cuerpo. Tienen frío y tiemblan.

—¡Hay que moverse! Podemos palmarla de un enfriamiento —dice Christophe, secándose una gota de sangre helada en su mejilla.

Les cuesta mucho levantarse. Se arrastran hasta el muro rocoso. Con la culata de su arma, Christophe excava un agujero. Se dejan caer allí, se cubren y se duermen.

Matthieu despierta con castañeteo de dientes. Mira alrededor: el día se levanta. ¿Dónde está Christophe? Quería estar solo, pero le aterroriza pensar que el muchacho le haya abandonado. No, a su lado, el joven sale de la nieve. Se incorpora, levanta la cabeza con el pelo blanco. Christophe evalúa la proeza de seguir vivo aún.

—Hemos hecho la peor tontería —dice.

—Sin imprudencia no hay hazaña —responde Matthieu.

—Ésa es una frase de alguien sentado, muy calentito, en su casa; no de un montañero.

Christophe se levanta penosamente, titubea, cae, intenta volver a levantarse maldiciendo. Matthieu no tiene fuerzas para ponerse en pie.

—¿Qué te sucede?

—No lo sé. Me duele todo. Creo que estoy enfermo.

—Bueno, te quedarás aquí. Yo intentaré encontrar el refugio y volveré a buscarte.

El rostro de Matthieu se contrae.

—¡Cabrón! ¡Quieres abandonarme! Sí, pretendes marcharte solo y no cargar con un enfermo.

—Di lo que quieras, me importa un comino. Si te quedan fuerzas, anda; de lo contrario, déjame en paz.

Christophe se aleja lentamente con sus inseguros pasos de viejo.

—Tengo que encontrar comida. De lo contrario no iremos muy lejos.

Piensa en la lechuga abandonada al viento. Esta mañana, sería un bocado regio. La montaña está vacía. El sol ilumina las laderas. Muy cerca de la grieta, unas puntas de abetos sobresalen de la nieve. Christophe se acerca lentamente, esperando que un pájaro, un cuervo o un cernícalo esté apostado allí, acechando alguna rata. Pero no hay nada, ni el menor signo de vida.

Su única esperanza es encontrar el refugio. Cree reconocer el lugar, el vallecillo inclinado del lado del sol naciente y la cresta tras la que se alberga la casita de piedra. Trepa lentamente por la pendiente con la ayuda de su carabina, como un bastón. Lo que descubre le frustra: una inmensidad blanca que abole las distancias. Ningún refugio: se ha equivocado. Su mirada divisa una forma que se mueve a un centenar de metros. Una forma blanca en la blancura. No la habría descubierto sin la sombra que hace. «Una liebre — piensa sin atreverse a creerlo—. ¡Una liebre de las nieves! ¡El sol me la ha enseñado! ¿Qué estará haciendo ahí?».

Monta la carabina, se tiende y apunta. No tiembla. Su visión es clara como cuando se entrenaba con blancos de cartón. El animal avanza de través, lentamente; confía en su color de invierno para pasar desapercibido. Christophe vacila. Su corazón palpita tanto que prefiere esperar unos segundos. Tiene su supervivencia en la yema del dedo helado que se apoya en el gatillo. Inspira con fuerza y vacía sus pulmones.

Apunta y dispara. La liebre, herida, se inmoviliza. Christophe se dispone a gritar de júbilo, pero algo más profundo crece en él. Una especie de agradecimiento al improbable azar que ha colocado esa liebre ante él. ¿Es azar?

No corre, pero sus pasos han recuperado seguridad. Se acerca a la liebre, a la que el hielo pone ya rígida. La levanta y comprueba que es muy grande. Lo bastante como para recuperar fuerzas y salvarse. Sí, pero ¿cómo encender fuego?

Hurga en sus bolsillos y saca la navaja. «¡Espero que corte lo bastante!», ruega.

Da media vuelta para reunirse con Matthieu, orgulloso como un niño que acaba de ganar un juego difícil. Cuando Matthieu le ve llegar con el animal, las lágrimas llenan sus ojos. También él tiene ganas de decir gracias.

—Pero no tenemos nada para encender fuego —gruñe Christophe.

Piensa en el mechero perdido en el refugio y comprende que, en la montaña, cada movimiento debe reflexionarse.

—¿Cómo lo haremos?

—Comeremos cruda la carne —rezonga Christophe, pero la animosidad se dirige contra él mismo—. Los lobos no cocinan su carne y eso no los mata.

—¡Nosotros no somos lobos!

—Casi —responde Christophe temblando—. Sólo nos falta su pelaje para protegernos del frío.

Matthieu mira con asombro a aquel muchacho alto, demasiado flaco, que tiene el don de la vida. No consigue imaginárselo escuchando, estudioso, las lecciones de un maestro.

—¿A qué clase ibas? —pregunta—. Yo estaba en primero, debía examinarme de bachillerato la próxima primavera.

Christophe contempla a Matthieu y dice:

—Eso es lo que pensaba: te pasas la vida en la escuela y no sabes nada.

—¿Por qué lo dices? Sé hablar inglés y español.

—¡Pues sí que va a servirte eso!

Christophe ha comenzado a desollar la liebre, cortando su immaculado pellejo.

—Yo —dice de pronto— no pude acostumbrarme a la escuela. De modo que mi padre me tomó como aprendiz con él, en su imprenta. Pero no creo ser un ignorante: para imprimir periódicos hay que saber ortografía.

Cuando la liebre está desollada y vaciada de sus vísceras, los adolescentes se miran.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Matthieu.

—Comer —responde Christophe, y corta una tira de carne oscura para llevársela a la boca. —Hace una mueca mientras mastica—. Es asquerosa, pero alimenta más que los líquenes o las bellotas. —Corta una loncha del muslo y la tiende a Matthieu—. Prueba, verás como te acostumbras.

—Cuando estaba bajo el alud —responde Matthieu masticando la carne —, no tenía posibilidad alguna, y sin embargo salí de aquélla. De modo que, siendo dos, vamos a lograrlo.

—Tenemos una oportunidad sobre mil.

—¡Ya es bastante! —replica Matthieu.

Christophe calla, pero el modo como mira a Matthieu muestra que comparte su opinión.

—¡Puaj! ¡No puedo tragarlo! —añade Matthieu escupiendo—. No tengo hambre.

Unos difusos temblores agitan su cuerpo. Se encuentra mal.

—Es preciso —insiste Christophe—. Ya es un milagro que hayamos podido cazar la liebre, de modo que no es momento para melindres.

Se fuerza conteniendo sus ganas de vomitar.

—¿Y ahora hablas de milagro?...

—Era un modo de decir que, gracias a un concurso de circunstancias, la liebre estaba allí, y otro concurso de circunstancias nos situó en el mismo

lugar y momento. Hubiera bastado muy poco para que las cosas fueran distintas.

—Es cierto, ¡y tú hubieras podido fallar!

—He practicado seis años de tiro. En mi nivel, no se falla un blanco como ése.

Callan. No tienen fuerzas para pelearse, el aislamiento les aproxima.

—No dejo de pensar en Marie-Hélène. Me marché para salvarla.

Christophe vacila. Acaba preguntando:

—¿Es verdad que pasaste dos días con una chica?

—Fue la primavera anterior. Se llamaba Deborah, era la hija de un amigo de mi padre. Se había refugiado en nuestra casa tras el arresto de los suyos.

—¿Era hermosa? —pregunta Christophe, intrigado.

—No estaba mal. Tenía veinte años. Se había producido una primera alarma. Muchos judíos fueron detenidos, otros huyeron lejos de París. Mi padre tenía muchas relaciones, especialmente en la prefectura, y se creía a cubierto. Sin embargo, quiso tomar sus precauciones y nos pidió que fuéramos a Normandía. Deborah quiso pasar por su casa y me rogó que la acompañara. Fuimos y, una hora más tarde, cerraron el barrio. Nos encerramos en una habitación de su apartamento vacío. Permanecimos allí dos días.

—¿Y qué hicisteis?

—Quedarnos en la cama. Había provisiones, comíamos conservas y volvíamos a la cama.

—¿Hicisteis el amor durante todo ese tiempo?

—Pse. ¡Fue estupendo! ¿Y tú, has conocido alguna chica?

Christophe vacila, luego dice en ese tono fanfarrón que tanto le afea: — Claro. Era una obrera de mi padre, de modo que, como comprenderás, fue fácil para mí. Se llamaba Sophie.

La cité en un prado, junto a la imprenta, y nos tendimos en la hierba.

Baja la mirada. Aunque por lo general miente con aplomo, se siente incómodo en esta montaña, en vísperas de cruzar el difícil paso. La verdad es que Sophie se reunió con él en el prado, pero, cuando se mostró demasiado emprendedor, ella le puso en su lugar con un bofetón que le será difícil de olvidar.

—¿Y con Jeanne? —pregunta Matthieu.

—No quiero hablar de eso. Ahora, pongámonos en marcha. Hay que encontrar el refugio.

Jeanne tiene que montar en cólera para que Joachim y David vayan con ella a recoger leña. Desde que los dos mayores se han marchado, los demás no tienen ya fuerzas para moverse. Permanecen sentados junto al fuego que se apaga, indiferentes al tiempo que no pasa. Marie-Hélène se encarga de Judith, a la que le castañetean los dientes. La muchacha le hace beber tisana de corteza de abedul. Una tos seca sacude regularmente su cuerpecito.

Junto al lugar, vacío ya de leña, Jeanne estalla:

—Si no hacemos provisiones mientras el sol brille, moriremos antes de que lleguen los socorros.

Vuelven hacia ella unos rostros famélicos con los ojos demasiado grandes. Las mejillas de Joachim se han hundido, su aspecto de anciano se acentúa por sus andares inseguros y lentos. Las gafas resbalan por su nariz, descubriendo sus ojos surcados de capilares. ¿Para qué encender fuego si habrán muerto de hambre antes de tener frío?

—Hay algo seguro —observa—: si nos quedamos aquí, moriremos. Con la radio tendremos más posibilidades.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Jeanne, que ha comprendido.

—Si llamamos, podemos ser oídos por los alemanes, es cierto, pero también por los maquis.

—¿Quieres...?

—Intentarlo de nuevo. ¡Tal vez nos oiga alguien!

—De acuerdo.

Jeanne sube a la dinamo y Joachim conecta la radio.

—Oiga, oiga. ¿Me escuchan? —dice con voz ronca.

Gira el dial. La radio chirría, sisea, hasta que se oye una voz distorsionada. David lanza un grito de alegría. Desconfiada, Marie-Hélène permanece al margen. Jeanne pedalea con menos fuerza. La detiene una duda: —Me pregunto si hacemos bien...

—Funciona —la corta Joachim—. ¿Qué más quieres?

Esta vez, alguien les habla:

—Les oigo. ¿Quiénes son?

Joachim vacila un instante. También él desconfía. Oír a alguien tras tantos días de aislamiento le parece muy improbable. Entonces, con voz contenida, pregunta acercando sus labios a la reja del micro: —¿Y quién es usted?

—Hable primero.

Esta vez no cabe duda, le han respondido en un francés sin el menor acento. Jeanne ha vuelto a pedalear.

—Estamos en el Oustal, la Casa del Diablo, desde hace mucho tiempo. Esperamos que alguien venga a rescatarnos.

—¿Y qué están haciendo en el Oustal?

—No podemos más —se lamenta Joachim—. No tenemos nada que comer.

Se escucha un crujido seguido de agudos silbidos. La comunicación se ha cortado.

—¡Mierda! —dice Joachim, muy educado por lo general.

Manipula el aparato, pero no consigue restablecer la conexión.

—No es grave —decide—. Hemos logrado que nos escuchen, van a enviar socorros.

—No confío en eso —dice Marie-Hélène—. Tal vez hayamos hablado con los alemanes.

—Claro que no. ¿Conoces algún alemán que hable francés así?

El fuego crepita. La resina de la leña verde chisporrotea.

—No estamos muertos aún —replica Marie-Hélène—. Nos meteremos en la gruta. Nadie conoce la entrada, salvo los contrabandistas.

—No les costará encontrarla —responde David—. Con las huellas que hemos dejado en la nieve, no tenemos posibilidad alguna.

—¿Y el viento? ¿Olvidas que el viento borra las huellas?

—Te equivocas —dice Joachim—. El viento lo borra todo en una nieve fresca. Ahora está helada, tan dura como la roca, y conservaría nuestras huellas durante mil años si no llegara el deshielo. Tal vez si Christophe estuviera aquí...

Callan de pronto. ¿Dónde están Christophe y Matthieu?

—Christophe conoce la montaña —dice Jeanne en tono tranquilizador—. Sin duda han llegado al refugio y buscan el paso. Como los socorros están obligados a pasar por ahí, los verán antes que nosotros.

Jeanne toma el fusil y lo tiende ante ella.

—¡Con esto podremos defendernos! ¡Tal vez los alemanes lleguen por otro camino!

—Es peligroso —recuerda Joachim.

—Ya veremos. Sólo hay algo seguro: no nos rendiremos. Ahora, manos a la obra.

Marie-Hélène y Jeanne toman las herramientas que hay en la entrada de la gruta, la sierra y el hacha, y bajan lentamente hacia el bosquecillo, seguidas por Joachim, David y Judith. Avanzan en fila india por el pequeño sendero excavado en la nieve. De pronto, David detiene a Joachim.

—¡Mira!

Dos rapaces vuelan por encima de la cornisa.

Joachim tiene una idea y pregunta:

—¿Se comen esos pajarracos?

—Son cernícalos o buitres —responde David—. Mi tío dice que así parecen muy grandes, pero que una vez desplumados no queda nada.

Mientras habla, el muchacho no aparta los ojos de otro lugar de la montaña, mucho más cerca, donde algunos matorrales forman redondos montículos en lo plano de la nieve.

—No me refería a eso. Mira hacia abajo, esos animales que escarban la nieve...

—Ya. Parecen corderos. Tal vez sean lo que llaman muflones. Si Christophe estuviera aquí, esta noche comeríamos carne.

—¡Pero Christophe no está aquí! —responde Joachim regresando a la gruta.

Abajo, Jeanne y Marie-Hélène se han puesto a trabajar. La pequeña Judith recoge las ramas dirigiendo una mirada de reproche a su hermano, que no participa en la tarea. Joachim va a buscar el pesado fusil. David comprende y se extraña.

—¿Crees que podrás?

—Si no lo probamos, lo lamentaremos.

Se tiende en la nieve como ha visto hacer a Christophe y apunta hacia los animales.

—Yo en tu lugar lo pensaría —insiste David, que se mantiene aparte—. Es una gran arma, hay que saber utilizarla.

Sin decir palabra, ajusta la mira y apunta sin prisa. Por fin suena el disparo y el fusil recula con violencia. La detonación provoca el trueno de un alud. Abajo, los muflones se alejan levantando una nube de nieve.

Jeanne corre hacia el muchacho aturdido, cuya mejilla sangra. Sus gafas han sido lanzadas al sendero. David las recupera y advierte que no se han roto, es una suerte para el miope incapaz de orientarse.

—¿Pero qué estáis haciendo? —aúlla Marie-Hélène.

—¡Yo no he sido! —responde David—. Ha sido Joachim, ha querido matar a uno de los animales que estaban allí.

Jeanne ayuda a Joachim a ponerse en pie. Para calmar su dolor, la muchacha aplica nieve en la mejilla herida.

—¡Os hemos dicho que dejarais en paz el fusil, que era demasiado peligroso! —vuelve a gritar Marie-Hélène.

Jeanne ayuda a Joachim a ir hasta la gruta. Allí, le hace sentarse junto al fuego. Marie-Hélène encuentra un pedazo de tejido seco para limpiar la sangre. El moratón adopta un color violeta y se hincha a ojos vistas.

—¿Y el muflón? —pregunta él con voz entrecortada.

Nadie responde. Marie-Hélène pone el arma en su sitio, diciéndose que la desventura de Joachim disuadirá a los demás de utilizar semejante fusil.

Joachim coge sus gafas y sale: recoger leña es esencial, es todo lo que les queda para mantener la impresión de que siguen luchando. Tiran de las ramas hasta la gruta, se arquean, se empecinan como hormigas.

—Si *Martillo* estuviera aquí podríamos uncirlo; lo llevaría todo de un solo viaje —dice David.

Nadie replica. Uncir un asno es tan improbable como matar un muflón con el fusil. Se atarean sin decir palabra y suben las pesadas ramas con hojas como agujas que crepitan en el fuego. Al caer la noche, cuando el frío desciende de las cumbres, Marie-Hélène recoge líquenes cuya mera visión le revuelve el estómago.

Esta noche, los pequeños mastican su fibroso condumio aguantando las ganas de vomitar. Beben en abundancia la decocción de corteza de abedul que apacigua las náuseas, luego se duermen con la escudilla ante ellos, sin tenderse. Se sumen en una protectora letargia que no es un buen sueño, sino una huida.

Marie-Hélène llora en silencio. Las lágrimas serpentean por sus mejillas captando una pizca de la vacilante luz de las llamas. Su secreto se hace cada vez más difícil de soportar. Debe compartirlo, y sólo puede hablar de ello a la única persona capaz de entenderla. Echa leña al fuego y se sienta junto a Jeanne.

—Necesito hablar contigo.

—Muy bien, habla.

—Es sobre Matthieu.

Jeanne vuelve lentamente su rostro de hundidas mejillas. Sus ojos negros no han perdido la fuerza, aunque las arrugas surquen la piel en el rabillo de los párpados. Se advierte que el fuego interior sigue ardiendo. No todos los resortes han cedido aún.

Marie-Hélène inspira y luego suelta:

—Estoy preñada.

Jeanne da un respingo, como herida en lo más vivo, picada por una abeja.

—¿Qué estás diciendo? —susurra.

—Matthieu y yo... bueno, ya está, no he tenido la regla desde que sucedió.

Jeanne no deja que se advierta el tumulto que la agita. Imágenes terribles desfilan por su cabeza. Un intenso dolor la posee, bloquea su respiración.

—¡Eso te enseñará a follar como es debido!

La crudeza de la afirmación arranca un gritito a Marie-Hélène, que siempre ha retrocedido ante la fuerza de las palabras. Finalmente, Jeanne se muestra tranquilizadora.

—Habrás calculado mal.

—No. Hace varios días que hubiera debido tener la regla.

—¿Y tú qué sabes? Ni siquiera sabemos cuánto tiempo hace que estamos aquí, ni distinguir el día de la noche. Incluso Joachim ha perdido la cuenta. Te preocupas por nada.

—Lo que más me inquieta es que tengo náuseas continuas. Es un indicio inequívoco.

—¡Todos tenemos náuseas!

Jeanne mira, sin verlo, el montón de ramas puesto a su lado. Una de ellas está cubierta de pifias. De pronto, en su cabeza surge una asociación de ideas. Los domingos, antes de la guerra, su padre compraba siempre algún dulce en la pastelería de su calle. Jeanne recuerda los piñones, aquellas pequeñas semillas con sabor a resina que estaban bajo la costra.

Se levanta, toma una piña y separa las escamas. Ahí están las semillas. Las hace caer en su mano, se las lleva a la boca, las mastica. Marie-Hélène la contempla y comprende.

—¿Crees que...?

Arrancan las piñas de abeto sujetas a las ramas. Basta con golpearlas con fuerza contra el suelo para que caigan las semillas pegadas en una película transparente, tan delicada como el ala de una libélula.

—¡Tal vez podamos hervirlas en agua! —propone Marie-Hélène—. Sin duda serán mejores que el líquen.

—¡Y más alimenticias! —añade Jeanne—. Tenemos que ir a buscar otras.

Llenas de esperanza, salen a la noche y llegan al bosquecillo bajo la luna. El entusiasmo las hace insensibles al frío.

—¡No se ve nada! —dice Jeanne—. Mañana, cuando sea de día, encontraremos muchas más.

De regreso en la gruta, recuperan las semillas y arrojan al fuego las piñas vacías, que chisporrotean con unas hermosas y vivas llamas.

Marie-Hélène coloca la marmita llena de agua sobre el fuego. Cuando el agua hierve, vierte las semillas, como si fueran arroz. Un agradable olor se difunde por el aire. David es el primero que abre los ojos.

La muchacha distribuye las semillas cocidas en cinco escudillas. No es mucho para cada uno, pero la esperanza ha regresado. El fuerte sabor de la resina escuece en la boca y la garganta, pero es mucho mejor que el liquen.

## Cuadragésimo quinto día

Sólo sienten un deseo: bajar a coger pifias. Van casi con júbilo. Falta muy poco para que David se burle de Joachim y de su enorme mejilla amoratada.

—Diríase que has engordado, aunque sólo de un lado —dice con su mirada traviesa.

En el bosquecillo; se desilusionan muy pronto. Su tarea no será tan fácil como creían. Sólo un árbol tiene frutos. Por mucho que escruten las ramas altas, por mucho que recorran el bosquecillo en todas direcciones, nada.

—Córcholis —refunfuña Jeanne—, ¡por qué los demás no tienen!...

—Es muy sencillo —advierte Joachim—. Las pifias sólo crecen en los pinos. Los demás árboles son abetos.

Es cierto: el árbol con pifias es un pino de largas agujas, los demás son epiceas de agujas cortas. La diferencia les salta ahora a la vista.

Recogen las pifias a su alcance y advierten que las ramas más cargadas están en lo alto. David trepa por el tronco escamoso. Pero ha evaluado mal sus fuerzas. Se detiene en la primera horquilla, sin aliento.

—Baja, vas a romperte la crisma —dice Joachim—. ¡Cortaremos el árbol!

¡Cortar el árbol! Sería una buena idea, pero el tronco es enorme y sólo disponen de dos hachas y una sierra desdentada.

—Tardaremos el tiempo que haga falta, pero acabaremos consiguiéndolo. No vamos a abandonar otra vez la comida porque esté demasiado arriba.

Joachim golpea la base del tronco con su hacha. La corteza vuela en astillas oscuras. Y la carne blanca de la madera herida aparece, como el inicio de una victoria. David toma la sierra.

Han podido recoger un saco grande de piñas, lo bastante para dos comidas. Jeanne y Marie-Hélène caminan juntas. Esa momentánea mejoría de su dieta es su común victoria.

Joachim y David se empecinan durante todo el día con el tronco que ya han hendido profundamente, pero el pino, sólido aún sobre su único pie, se niega a tenderse.

—¿Qué edad puede tener? —pregunta David, exhausto.

—Ya lo sabremos. Basta con contar los anillos del tronco. Uno por año.

Cae la noche. Deben subir, pues el frío se intensifica en cuanto las sombras ascienden del valle. Han emprendido una tarea desmesurada para sus escasos medios, pero llevarla a cabo, derribar aquel monumento de la naturaleza, es para ellos un modo de vencer la adversidad, de permanecer del lado de los hombres.

Comen su ración de piñones y se duermen, molidos.

## Cuadragésimo sexto día

Pese al dolor de sus miembros y a su espalda molida, Joachim y David vuelven al trabajo.

—¡Iremos a ayudaros! —dice Jeanne, que comienza a creer en el éxito de su tentativa.

Todos lo hacen, por turnos. Joachim no puede evitar dar algunas órdenes, explicar cómo sujetar el hacha y cómo manejar la sierra para que no se atranque en la madera.

—Ya no corta, pero no tenemos modo de afilarla —deplora por fin el muchacho, cuya mejilla derecha se ha vuelto negra con trazos rojos.

Pasan las horas. El sol desciende de nuevo hacia las crestas. Los leñadores trabajan con menos ardor. La muesca es profunda y, sin embargo, el árbol sigue en pie. Un leve viento canta en las altas ramas que se balancean. El gigante herido se niega a someterse.

—¡Nunca lo lograremos! —se desalienta David.

Vuelven a subir hasta la gruta, llevando algunas ramas cortadas de los pequeños abetos que crecen entre los grandes árboles. Esta noche tendrán que limitarse a líquenes hervidos. Se sientan alrededor del fuego que Marie-Hélène reaviva. Aprovisionarse de leña les exige tantos esfuerzos que han aprendido a economizarla, cubriendo las brasas con cenizas, lo que les permite también descuidar su vigilancia.

Extenuado, Joachim se niega a perder la esperanza:

—Los socorros han llegado al paso. Matthieu y Christophe se han unido a ellos. Dentro de dos días estarán aquí.

—¡Ojalá! —dice Marie-Hélène.

## En la montaña

Pierden mucho tiempo buscando el refugio donde Christophe y Jeanne pasaron dos días. El viento, que parecía estable en dirección Norte, vira al Oeste y se hace más fuerte con el paso de las horas. Cortinas de nieve se oponen a su avance. Andan al azar, el refugio ha desaparecido.

—Mi abuelo siempre me ha dicho: «En invierno, la montaña cambia continuamente. Si quieres encontrar tu camino, fíjate en algo que no cambie nunca, las cumbres, y no las pierdas de vista» —dice Christophe.

—¿Y qué?

—Pues que cuando salimos del refugio pensé en mirar las cumbres, ¡pero ya no consigo recordarlo con exactitud!

Temen, sobre todo, resbalar. El miedo de ser arrastrados por un desprendimiento hasta el precipicio, de aplastarse contra las rocas del fondo, contiene sus pasos. Tantean el terreno, evitan las zonas peligrosas, dan marcha atrás. Christophe no sabe ya si van en la dirección adecuada.

Matthieu sigue encontrándose muy mal. Los temblores recorren su cuerpo, los escalofríos sacuden su pecho. Las piernas le hacen sufrir; debe hacer un esfuerzo cada vez mayor para seguir a su compañero.

—¿Qué tienes? —pregunta Christophe.

—¡No lo sé! Será un enfriamiento. No es nada, sigamos.

Acaban encontrando un saledizo rocoso, barren la nieve y se acurrucan allí, uno junto al otro, formando un solo cuerpo cálido ante la inmensidad gélida sobre la que flota una leve noche. Con las armas en las rodillas, encogidos para no dar presa alguna al frío, se obligan a comer lomo de liebre crudo. Christophe muerde la dura carne, simulando apetito. Matthieu no consigue tragar un solo bocado.

—No tengo hambre —se resigna.

Christophe toca la ardiente frente de Matthieu.

—Tienes fiebre —constata.

El silencio del invierno, inmenso y monstruoso, reina sobre el mundo que oculta, lo domina, le impone su indiferencia mineral. Zumba en los oídos de

ambos muchachos, inventa ruidos que no existen, espejismos.

Quisieran dejarse devorar por la fluidez del tiempo y recuperar la conciencia sólo cuando amanezca, cuando llegue el momento de ponerse en marcha, pero el miedo les mantiene alerta.

—En tu estado de debilidad, debes forzarte a comer.

—No puedo. Tengo la impresión de que me vuelven como un guante.

Christophe no responde. Se han situado al borde del cañón que no deben perder de vista, so pena de vagar días y días por unas laderas donde todo se parece. Matthieu tiembla y los dientes le castañetean.

—No vas a ponerte enfermo, ¿verdad? —se preocupa Christophe.

—Qué va. Es sólo la fatiga. Mañana estaré mejor.

Acaban adormeciéndose hasta que les despierta un grito estridente.

—Es el viento rompiendo contra una cresta. ¿Qué quieres que sea? —dice Christophe sintiendo cómo, a su lado, Matthieu sigue temblando.

Callan. Al cabo de un largo silencio, Christophe murmura:

—Ya no tenemos otra solución. Estamos obligados a encontrar el paso. Pero no comprendo dónde está ese maldito refugio. ¡Tendría que estar ahí!

—¡Tal vez esté bajo un alud!

—Es posible, pero desde luego no tenemos suerte.

Se repite el grito. Muy cerca de ellos. Con los ojos como platos, aguzan el oído, atentos. Christophe mantiene la carabina levantada ante él, dispuesto a disparar. Matthieu aprieta los dientes. De pronto, da un respingo.

—¡Ahí, justo al lado!

Ha oído como pasos que apelmazaran la nieve. Y luego esa impresión de roce, como si alguien acabara de pasar por su lado.

—¿Qué es eso?

—¡No lo sé! —responde Christophe con la garganta seca—. Mi abuelo, que conoce bien la alta montaña, me dijo que cuando tienes frío estás como borracho y oyes cosas que no existen.

Se apretujan en la pequeña cavidad, contraen los músculos, mueven piernas y brazos, se obligan a pensar en momentos felices de sus vidas, pero sus oídos aguzados siguen oyendo o imaginando amenazadores ruidos.

Transcurren las horas. El cielo está despejado; titila una multitud de estrellas. Acurrucados en su abrigo, protegidos por la nieve amontonada a su alrededor, los dos muchachos no tienen frío. Matthieu parece dormir. Christophe, tranquilizado por el peso de su arma contra su pecho, cierra los ojos.

## Cuadragésimo séptimo día

Al salir de la gruta, Joachim advierte que el tiempo ha cambiado. El sol es menos franco; el viento aúlla en las alturas. El muchacho comprende que deben apresurarse a derribar el pino antes de la tormenta. Se dirige al bosquecillo y golpea de nuevo la gran muesca blanca con el hacha, amplía el corte, cada vez más profundo.

—No lo entiendo —dice cuando le cede el hacha a Jeanne—. El tronco está cortado casi por completo y el maldito pino sigue en pie.

—¡No tiene ganas de morir! —dice Judith.

De pronto, un poderoso crujido hace retroceder a los muchachos. En lo alto, la copa del árbol se mueve lentamente, parece vacilar, luego se inclina en la dirección de la pendiente y adquiere velocidad.

—¡Apartaos! —aúlla Joachim corriendo.

El tronco cede y, arrastrado por su propio peso, se parte. El árbol cae con un ruido de trueno y remueve rocas, levantando un estallido de nieve. Luego vuelve la calma, la del viento, la de las piedras. Joachim mira a Jeanne, que sigue sujetando el hacha, y no sabe si reír o llorar. Tiene la sensación de haber cometido una tontería que le supera.

—De todos modos, un árbol tan grande, tan viejo...

—Ya no verá la primavera —añade Jeanne sentándose junto al tronco.

—Entretanto, comeremos —replica David, ya recogiendo las pifias.

Marie-Hélène se acerca a Jeanne con una sonrisa radiante.

—¡La regla! —le susurra—. ¡Me ha venido!

—Ya lo ves, no valía la pena preocuparse —responde Jeanne en tono huraño.

Cuando Christophe despierta, la luz blanquea ya el cielo. Se incorpora, consciente de que estar vivo cuando la luz regresa es ya una primera victoria. A Matthieu le castañetean los dientes; su rostro está pálido, sus ojos brillan de fiebre alta.

—¿No te encuentras mejor?

—Creo que estoy enfermo de verdad.

Salen de su abrigo, con los miembros rígidos. La nieve no cae ya; la niebla flota a un metro del suelo. Están en medio de una pendiente. Caminar hacia la cumbre les parece lo más lógico, pero saben que pronto les fallarán las fuerzas. De pronto, Christophe tiene una inspiración.

—¡Nos hemos asustado en balde! Mira, ¿no te recuerda nada esa cumbre ahí delante?

—Pse, puede parecer el pico de un loro, pero también el pico de cualquier otro pájaro.

—¡El alud no lo ha cubierto todo! Hay otros picos de loro, más allá, donde el cañón se detiene. Y allí está el paso.

Valerosamente, salen hacia el extremo desde el nivel que asciende en suave pendiente. Matthieu tiene la impresión de caminar sobre plumas. Los estremecimientos recorren su cuerpo. No siente ya ni las manos ni los pies. Sólo su corazón le llena el pecho de desordenados latidos.

—¡La montaña nos aprisiona como insectos en el fondo de un vaso! —dice Christophe—. Te agarras a los bordes y resbalas de nuevo.

Buscan en su interior las últimas fuerzas, olvidan el frío que trepa bajo su ropa y afrontan la cuesta que se levanta como un muro para sus agotadas piernas. La nieve dura resiste bajo sus pies, pero deben declararse vencidos muy pronto.

—Puesto que no podemos subir, intentaremos bajar. Mira, por aquí hay un paso.

Matthieu hace un esfuerzo sobrehumano para seguir a Christophe. De pronto, su visión se nubla, tropieza, rueda por la pendiente.

—No es nada, he resbalado.

—Se trata de nuestra última posibilidad —insiste Christophe.

Ayuda a Matthieu a levantarse. El viento se ha calmado. La fatiga y el agotamiento deforman su visión.

—¡Qué curioso, no tengo hambre, pero me muero de sed!

—Come nieve.

—¡Ya no puedo! Me revuelve el estómago, y esta nieve hiela la boca, pero da muy poca agua.

Reanudan la marcha, jalonándola de pausas cada vez más largas, hasta que no pueden avanzar ya. Tienen el reflejo de excavar un hueco, de apelotonarse el uno contra el otro, pero su espíritu está ya en otra parte. Avanzan silenciosos por un mundo de imágenes nuevas e insólitas. No hablan ya. Su respiración se ha acelerado, como si hubieran corrido. En lo más hondo

de su ser, una voz estridente les grita que la dulce somnolencia que les invade va a matarles, que deben levantarse, moverse, aunque eso duela mucho.

—Si pudiéramos encender fuego...

—Es fácil decirlo, pero no hay leña.

Se adormecen. A pesar del intenso frío, Matthieu suda profusamente.

—Christophe, ¿me oyes?

—¿Qué quieres?

—Tengo que decirte algo —farfulla el enfermo—, cuando llegué aquí sentía una gran admiración por mi padre. Ahora me pregunto qué clase de hombre es...

—¡Olvídate de eso!

Matthieu cierra los ojos. Una leve sonrisa alarga sus labios.

—¡Mierda, las armas! —recuerda de pronto Christophe.

Las ha dejado en la nieve cuando ha ayudado a Matthieu a levantarse.

—Voy a buscarlas.

Camina como un juguete cuyo resorte ha cedido. Camina sin pensar en lo que hace: levantar un pie, poner delante el otro, apoyarse en él y levantar el siguiente. Las armas son pesadas, pero Christophe no puede decidirse a abandonar una. Se reúne con Matthieu y lo encuentra de pie, es un milagro.

—¡Me encuentro mejor! He descansado un poco y me siento en forma.

—Vamos entonces —dice Christophe—. El paso está ahí delante. En alguna parte, entre esos picos de loro.

Vuelven a ponerse en marcha.

No por mucho tiempo.

Tras dar unos pocos pasos, Matthieu se derrumba. La ilusión ha durado poco. El enfermo delira, habla de una montaña desconocida, luego de una isla rodeada por un mar tan azul como el cielo.

—Matthieu, ¡deja ya de decir bobadas! —aúlla Christophe sacudiéndole. Quiere levantarlo, pero sus propias fuerzas le abandonan. Vencido, se sienta. El viento se ha levantado de nuevo—. ¡Pues sí que estamos mal!

Agotado, excava en la nieve para pasar la noche.

—¡Cómo animales, somos como animales! —alcanza a mascullar antes de sumirse en un pesado sueño.

## Cuadragésimo octavo día

Cuando despierta, la luna se oculta detrás de las montañas. Pronto saldrá el sol, el alba blanquea las crestas. ¿Cómo han podido dormir tanto tiempo y seguir vivos? Matthieu continúa delirando. Christophe duda en poner nieve sobre su frente ardiente. Sus articulaciones crujen como leña seca.

—Mi madre me lo permite todo —murmura el enfermo—. Tengo dos hermanas y un hermano mayores que yo. Soy el benjamín y mi madre no soporta verme llorar... Según mi padre, soy el más adecuado para sucederle. Siempre me he preguntado por qué mi hermano mayor había ido a trabajar en la competencia. Creo que lo he comprendido.

—Deja de decir estupideces —estalla Christophe, mirando la montaña—. Prosigamos, el paso no debe de estar muy lejos.

Se obliga a tragar unos bocados de carne helada que cruje entre los dientes. Es terriblemente malo, pero indispensable. Corta unos pequeños cubos para Matthieu, que los rechaza.

—¡Debes comer!

El sol se ha levantado. Las cumbres parecen muy cerca unas de otras, tras un cielo claro que no tarda en oscurecerse. Matthieu hace una mueca y escupe el cubo de carne cruda.

—¡Come! Tenemos que marcharnos enseguida.

Christophe levanta al enfermo tirándole del brazo, para obligarlo a ponerse en pie. Matthieu no se sostiene sobre las piernas.

—¡Qué putada! ¡Haz un esfuerzo! ¡Eres un gallina!

Matthieu no puede. Las fuerzas han abandonado su cuerpo, que se ha vuelto insensible.

—Márchate —dice—. Déjame aquí. Voy a dormir un poco más, luego estaré mejor. Si encuentras el paso, ve a pedir socorro.

—¡Pero vas a palmarla! —aúlla Christophe—. ¿No sientes el frío? Además, vuelve el mal tiempo. ¡Eres más gilipollas de lo que creía!

Con un considerable esfuerzo, Matthieu consigue ponerse en pie. Christophe le ayuda a dar un paso. Tropiezan y caen.

—Vete solo, te digo —insiste Matthieu—. Voy a descansar un poco y luego te alcanzaré.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

Christophe abre la mochila que Matthieu ha traído y coge la cuerda. Ata al enfermo por debajo de los brazos, rodeándole el pecho.

—¿Qué haces? ¿No ves que me ahogas?

—Deja ya de refunfuñar.

Cuando Matthieu está bien atado, Christophe toma el otro extremo de la cuerda y tira. La nieve está dura y resbaladiza. El esfuerzo para arrastrar a Matthieu no es demasiado.

—¡Y pensar que estoy sacrificándome por un judío! ¡Debe de ser una tara familiar! —bromea.

Se arquea por la pequeña cuesta que lleva a una especie de estrecho entre dos pitones rocosos, cruza el paso y cree reconocerlo. Al otro lado, una nueva cuesta, más difícil, le aguarda, y al fondo una especie de altiplanicie que bordea el cañón. Sabe dónde está.

—Qué imbécil soy —dice en voz alta—. ¡Habría podido buscar el refugio durante mucho tiempo! ¡Está del otro lado! Aquí todo se parece.

Christophe trepa por la cuesta. La cuerda magulla su hombro derecho; afianza la punta de los pies en la nieve, pero, muy pronto, las fuerzas le traicionan. Se detiene. Se ha levantado viento; unas nubes inquietan al joven.

—¡Nunca lo conseguiremos!

Suelta la cuerda. Matthieu, con la cabeza en la nieve, insensible al frío, cierra los ojos. «¡Vamos a palmarla los dos!», piensa Christophe, sentándose junto al enfermo, inerte. ¿Qué haría en su lugar Matthieu? ¿No es una idiotez sacrificarse por él?, ¿morir allí cuando tiene la posibilidad de salvarse?

—Vamos, ¡despierta de una vez! Hay que ponerse a cubierto, se acerca la tormenta.

Matthieu abre los ojos y mira alrededor como si regresara de muy lejos.

—¡Tengo frío!

—¿Y qué puede importarme que tengas frío?

—¡Tengo sed!

—¡Joder!

Christophe siente su impotencia. El deseo de huir lo domina. Correr muy lejos, no seguir viendo, no seguir escuchando a ese muchacho de su edad que va a morir porque está enfermo. Entonces, con un gesto rápido, desanuda la cuerda y la coloca en el zurrón.

—¿Qué estás haciendo? —se inquieta Matthieu, levantando la cabeza—. No vas a dejarme, ¿verdad?

Sobre todo, no responder, no intentar justificar lo que se impone y que le parece muy mal. Toma el zurrón y huye, sordo a las llamadas del enfermo. Trepa por la cuesta, llega a la cima y advierte que el horizonte está despejado, que ya no habrá tormenta. Ante él, el cañón se estrecha hasta una pared abrupta entre una serie de pequeños picos curvos y de ancha base, como picos de loro. Ahí está el paso, ante él, pero, como la primera vez, evalúa el riesgo de lanzarse al azar por encima del vacío.

«Reflexionemos». Se acerca a una especie de terraza que domina los distintos picos. «Se necesitaría un milagro para encontrarlo». ¿Por qué piensa, entonces, en su madre que le pegaba cuando decía alguna grosería? Alice es una mujer de gran corpulencia, no muy delicada. Lavandera en una casa burguesa de Lyon, tras su boda con el obrero impresor que se convirtió en patrón, se consideró a sí misma una persona distinguida, renegando de sus antiguas amigas e intentando frecuentar la alta burguesía. «Hagamos lo que hagamos, no podemos borrar nuestros orígenes —se dice Christophe—. Yo soy grosero, hablador, cobarde también, y ¡no puedo cambiarlo!».

Unos cuervos revolotean entre los picos y se posan, todos, en el mismo lugar, formando una mancha oscura en la nieve. Probablemente picotean alguna pequeña carroña muerta donde el cañón parece detenerse. ¿Será alguna cabra montesa que se despeñó al intentar pasar al otro lado? No, las cabras montesas no se equivocan. Los lobos habrán dejado aquellos restos que las aves limpian.

¿Y Matthieu?

Christophe no puede intentar nada, bloqueado por la mala conciencia, que turba su reflexión y le nubla la vista. Da media vuelta hacia la mancha oscura, visible a lo lejos, sobre la que giran ya los cuervos. Cae la noche, el viento se ha levantado de nuevo.

Christophe se acerca y comprueba con alivio que Matthieu respira. Le sacude.

—¿Por qué me despiertas?

—¡Levántate! ¡La estás palmando!

—No. Tengo calor. ¡Estoy curado!

Con un gesto desenvuelto, Matthieu se quita los guantes. Christophe toca sus manos heladas, sus brazos ya rígidos por el frío.

—¡Vuelve a ponerte los guantes y muévete! El frío está matándote.

Matthieu suelta una carcajada que resuena, siniestra, en el silencio de la montaña.

—He encontrado el paso —miente Christophe—. ¡Vamos, ven!

—¡Déjame en paz! Ya estoy curado y ya no hace frío. ¡Tenemos tiempo!

Exasperado, Christophe le suelta una patada en el estómago. El enfermo lanza un grito, pero vuelve en sí.

—Oye, ¿qué te pasa?

—¡Levántate, joder!

Matthieu lo hace lentamente. Christophe lo ata con la cuerda.

—¡Vamos!

Comienzan el ascenso. Christophe tira de su camarada, que titubea, cae de rodillas, se levanta lentamente.

—¡Vamos, haz un esfuerzo!

Christophe se agarra con pies y manos a la nieve helada. Repta más que andar, sin apartar los ojos de lo alto de la pendiente, objetivo postrero de su empecinamiento animal. Llegan por fin y unos aullidos les detienen. Christophe amartilla su carabina.

—Lobos —murmura.

Tendido en la nieve, Matthieu tiembla de nuevo y respira con dificultad. El ejercicio le ha devuelto cierta lucidez.

—Voy a reventar —dice.

—¡Revienta y no me j odas más!

Los aullidos se acercan. Christophe, con el arma apuntada, aguarda a las fieras que llegan a la cresta. Están persiguiendo una cabra montesa. El animal, un viejo macho de curvos cuernos, corre hacia el callejón sin salida, y eso sorprende a Christophe.

«Sabe lo que está haciendo —se dice el joven—, pero de todos modos...».

Sin vacilar, la cabra montesa se mete entre los picos de loro, sigue por una invisible cornisa y llega al otro lado. Los lobos se detienen al borde del vacío. Christophe dispara al aire para asustarlos.

—Esta vez, creo que he comprendido.

Dirige una radiante mirada a Matthieu.

—¿Qué quieres decir? —pregunta éste, los dientes castañeteando—. Has disparado al aire, ¿por qué no has apuntado a un lobo? ¡Eso no es muy tuyo!

Christophe amartilla de nuevo la carabina.

—¡Nos han salvado la vida!

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Ya verás.

Pensar antes de hacer nada.

La luz se debilita. Christophe considera que no es el momento adecuado para intentar pasar. Encuentra una cornisa por los alrededores, forma una pared de nieve para detener el viento, instala al enfermo y se acurruca a su lado.

La noche es muy oscura. Christophe piensa en la cabra montés que ha saltado sobre el reborde de la cornisa. A medida que pasan las horas, se pregunta si no será una trampa. Lo que una cabra montesa hace, no está al alcance de un hombre: donde los minúsculos cascos acerados han podido encontrar apoyo, sus pies resbalarán. Si los lobos no han perseguido su presa, es que temen caer al vacío. Sin embargo, los contrabandistas consiguen pasar. Matthieu no deja de delirar, de llamar a su madre y a otra mujer. Abre los ojos para quejarse de la sed y el frío. Christophe le pone nieve en los labios, pero el enfermo la escupe. Al amanecer vuelve a sudar, a decir que tiene demasiado calor. A Christophe le cuesta mucho impedir que se desnude.

—Te lo juro —dice Christophe—, si salimos vivos de aquí, no quiero verte nunca más.

## Cuadragésimo nono día

Mucho antes de que salga el sol, la claridad del cielo y la nieve permite orientarse. Christophe, cada vez más perplejo, deja a Matthieu en pleno delirio y se dirige hacia el lugar donde los lobos abandonaron su persecución. A su derecha, los picos de loro forman un dédalo de difícil acceso. Ante él, el cañón, de unos cien metros de profundidad, acaba chocando contra una pared que se yergue como un muro. Allí es donde se estrecha más, diez metros o menos, piensa el joven. Ve claramente, cortada en aquella pared, la pequeña grieta de unos diez centímetros que ha permitido a la cabra montés perseguida tomar apoyo para saltar al otro lado. «Lo que un animal puede hacer, un hombre debe poder hacerlo también», rumia para convencerse.

«Me ataré a la cuerda y la fijaré aquí, en este pico de loro. Si resbalo, me sostendrá».

Vuelve a buscar a Matthieu, que ha recuperado la conciencia.

—¡Me encuentro mejor! —dice el joven, levantándose—. Esta vez creo que estoy curado.

—No, no estás curado, pero si tienes fuerzas para pasar al otro lado, estamos salvados. —Mientras habla, Christophe ata la cuerda alrededor de un pitón y comprueba la firmeza del nudo—. Me esperarás aquí. Intentaré pasar —dice sin apartar los ojos del fondo del cañón—. Cuando esté al otro lado, tú soltarás la cuerda de la roca y te atarás para pasar a tu vez.

Y se acerca, comprobando con la punta de la carabina la solidez de la nieve helada, no muy gruesa en aquella parte al abrigo del viento. El paso, terriblemente estrecho, está parcialmente escondido. El joven se mete por allí, apretando los dientes. Con los ojos cerrados, la mejilla pegada a la pared helada, avanza lentamente, concentrando la mente en los pies, que buscan una presa segura. Con el corazón palpitante, contiene la respiración que podría desequilibrarle. Donde la cabra saltó al otro lado, el lugar es un poco más ancho. El joven se detiene para respirar. El miedo endurece sus músculos. El frío le obliga a hacer unos gestos bruscos, extremadamente peligrosos. Reanuda su lento avance haciendo resbalar por la pequeña cornisa la punta

del pie izquierdo. Unos metros más allá, el paso se hace más ancho para convertirse, por fin, en un verdadero sendero: ya está al otro lado. Lanza un grito de victoria que le libera de una tensión insoportable.

—¡Estamos salvados! —aúlla—. Ahora bastará con bajar hasta el valle.

Christophe se aleja por la nieve dura, luego vuelve sobre sus pasos y le grita a Matthieu: —Te toca a ti, átate fuertemente a la cuerda. Ten cuidado, si el nudo cede caerás al vacío. Y, sobre todo, escucha bien lo que te diga.

Matthieu castañetea los dientes: el terror al vacío le paraliza. Sin embargo, no puede retroceder. Mientras Christophe fija la cuerda a una roca, él se la enrolla a la cintura. Reuniendo todo su valor, se acerca a la pared, avanza lentamente hacia la minúscula cresta.

—Sé prudente —aconseja Christophe—. Hemos llegado casi al final de nuestras penalidades.

—¡No puedo más, tengo vértigo!

—Olvídalo. No mires hacia abajo y todo irá bien.

Pero Matthieu ya no oye a su compañero. La voz que le habla se distorsiona, se convierte en una jerga incomprensible. La cabeza le da vueltas, el vacío lo succiona. De pronto su pie resbala, lanza un grito, cae como una piedra.

—¡Mierda! —aúlla Christophe.

Al extremo de la cuerda, el joven gesticula pidiendo socorro. Christophe deja estallar su cólera: —¡Joder, eres una nulidad! En vez de armar tanto alboroto, agárrate y sube. Te vas a helar ahí abajo.

Abajo, Matthieu intenta incorporarse. Se ha atado por la cintura y se encuentra cabeza abajo.

—Apresúrate.

Por fin, tras un esfuerzo considerable, Matthieu consigue agarrar la cuerda y enderezarse. Tira con sus brazos y logra subir unos centímetros, pero entonces se suelta.

—¡No puedo! —aúlla, vencido—. Todo gira.

—¿Qué hacemos entonces?

Christophe se agarra a la cuerda hundida en la nieve, tira con todas sus fuerzas, aprieta los dientes, se arquea. No atiende a los dolores de sus miembros, a sus riñones que arden, y consigue subir un metro a su compañero. Lo intenta de nuevo, con los ojos cerrados, pensando sólo en su esfuerzo. Gana unos centímetros más, pero sus fuerzas se agotan. Con el corazón latiendo como si fuera a romperse, consigue conservar lo que ha obtenido. La cosa dura mucho tiempo, hasta que sus brazos, tan rígidos como

la madera, crujen y ceden de pronto. La cuerda resbala por sus manos contraídas, corta sus palmas. Allá abajo resuena un aullido, otro le responde. Christophe se derrumba sobre el borde del abismo.

—¡Pero qué gilipollas somos! —solloza el muchacho.

Permanece así largo rato, antes de comprender que, permaneciendo al borde de aquel maldito paso, condena a Matthieu. Los pensamientos desfilan a toda velocidad por su cabeza. Se ha batido contra el vacío, ahora debe batirse contra el tiempo.

—¡Vuelvo enseguida! —grita—. No dejes de moverte, o el frío te petrificará.

Corre por la pendiente. El hielo hiere sus pies y sus dedos, pero no lo siente. Cae, rueda con el alud, se levanta y sigue bajando hacia el valle. No ha comido casi desde hace dos días, la víspera apenas conseguía poner un pie ante otro, pero ahora sus piernas vuelan.

—Permíteme llegar a tiempo —gime sin saber adónde va ni a quién se dirige.

Ante él, la niebla oculta el valle. La nieve es ahora menos espesa. Rodea un bosquecillo, se hunde en unas conchetas de las que sale agitando los brazos. Y eso dura mucho tiempo. No es ya el Christophe sin fuerzas el que baja las laderas, es un aparecido que agota sus últimos recursos para salvar a su compañero.

Cuando llega a una carretera sin nieve, donde se dibujan huellas de neumáticos, lanza un grito de triunfo. Esta vez, los hombres no están lejos. Esta certeza le vacía de sus últimas energías. Resbala, cae cuán largo es y ya no se mueve.

## Quincuagésimo día

Se estrechan junto al fuego que las dos muchachas han conseguido mantener. No se atreven ya a salir.

Ya no luchan. Han terminado las pifias del pino que cortaron y cuyas ramas echan al fuego, pues no tienen ya fuerzas para serrar el tronco; la cosecha de líquenes es cada vez más difícil bajo un metro de nieve. La salida está cerca; la esperanza y el miedo unidos engendran espejismos.

La última noche, Jeanne ha divisado luces más abajo del bosquecillo; temiendo a los alemanes, no tuvo valor para ir a ver qué era. Por la mañana, Judith se ha puesto a aullar. El diablo estaba en la gruta y la amenazaba con su horca. Marie-Hélène la ha acunado en sus brazos; la niña ha despertado sollozando y ha tardado mucho en advertir que estaba segura.

Esta tarde, unos aviones cruzan el cielo, llenando la montaña con su ensordecedor estruendo. Y por la tarde, David regresa corriendo del bosquecillo.

—¡He visto a alguien mirando hacia aquí! —grita aterrorizado.

Jeanne va a buscar el fusil que les queda y abre una caja de municiones.

Con esto podremos defendernos.

—¡Tengo miedo! —lloriquea Judith.

Marie-Hélène comprende que están volviéndose locos y evalúa, entonces, la importancia de los gestos cotidianos, de los hábitos que permiten mantener en su sitio las ideas.

—Hay que ir a buscar leña, de lo contrario el fuego se apagará y tendremos mucho frío. Además, debemos encontrar líquenes para comer esta noche.

Las obligaciones les devuelven a la realidad. Temblorosos, bajan juntos hacia el bosquecillo. Jeanne pasa en primer lugar con el arma dispuesta a disparar. Cortan rápidamente varias brazadas de ramas. Hurgan en la nieve para encontrar unos líquenes cada vez más escasos, Joachim saca algunas matas de hierbas.

—La hierba puede comerse —dice pensando en la desventura de las bellotas—. Mezclada con los líquenes tal vez esté buena... —De pronto, se incorpora y llama a los demás—: Allí...

Retrocede hasta el tronco de un árbol tras el que se oculta. Jeanne se acerca con el fusil apuntando hacia donde el muchacho ha señalado.

—¡He visto a alguien que se escondía!

Suben corriendo a la gruta, olvidando allí su provisión de leña. El fuego está apagándose.

—¿Qué has visto? —pregunta entonces Marie-Hélène, que comprende que el pánico es peor que todo lo demás.

—Algo que se escondía.

—¡También yo lo he visto! —confirma David acercando las manos a las ascuas que palpitan bajo las cenizas.

Marie-Hélène y Jeanne intercambian una mirada cómplice.

—Vais a quedaros aquí, nosotras dos iremos a buscar la leña —dice Jeanne, que sigue empuñando el fusil.

Se alejan por el sendero excavado en la nieve. En el bosquecillo, Marie-Hélène recoge rápidamente un haz de ramas y se lo echa a la espalda. Jeanne, con el fusil apuntando, camina en la dirección indicada por Joachim y no advierte nada especial.

—Eso no significa nada —concluye.

Las ramas de abeto crepitan en el fuego, un ruido que les tranquiliza.

—Tenemos un arma y municiones —dice Jeanne—. Si los alemanes se acercan, podremos soltarles una buena cuando menos lo esperen. ¡No tenemos ya nada que perder!

—Habrà que apuntar bien y no temblar —la pica Joachim.

La noche cae lentamente, mariposean los primeros copos de nieve. Se apretujan junto al fuego, beben la decocción de corteza de abedul y comen los líquenes que quedan. Joachim obstruye la entrada de la gruta con las tablas y pide a David que le eche una mano para apuntalarlas. Cuando lo han hecho, se sienten algo más tranquilos. Judith se aplozona contra Marie-Hélène, los demás se sientan cerca del fuego. Desde que Christophe y Matthieu se marcharon, no se tienden ya sobre sus ropas puestas en el suelo, duermen sentados, con la cabeza apoyada en las rodillas.

## Quincuagésimo tercer día

El fuego se ha apagado durante la noche. Joachim revuelve en las cenizas y no encuentra brasa alguna. Ese desastre les deja casi indiferentes. Permanecen sentados, replegándose sobre sí mismos, resignados. La vida abandona lentamente sus cuerpos sin dolor, sin provocar el menor sobresalto. Es la culminación de su suplicio. Jeanne, que tan fuerte parecía, se abandona a la fatalidad. Ha dejado el fusil a la entrada de la gruta y evita la mirada de Marie-Hélène. El recuerdo de Christophe no le abandona. ¿Por qué no ha regresado con los salvadores? Si ha muerto, ¿para qué querer vivir? También Marie-Hélène piensa en Matthieu. Imaginar que el muchacho ha conseguido llegar al valle y que les ha abandonado le duele terriblemente.

—Es una catástrofe —le dice a Joachim, que le lanza una breve mirada y agacha de nuevo la cabeza.

—Esta vez, Dios nos hace una señal —murmura—. Sólo podemos responder a Su llamada.

Durante aquella apagada jornada, las horas pasan, idénticas, infinitas, sin consistencia. La niebla permanece agarrada a la nieve. Sin reloj, el tiempo no tiene ya sentido: algunos instantes duran una eternidad, otros pasan a toda velocidad. Ya no se hablan.

Y luego, de pronto...

Joachim se incorpora, se frota el estómago, que le duele mucho, hace una mueca y se dirige hacia la salida. Regresa enseguida, presa del pánico: — Pronto, unos hombres...

Jeanne y Marie-Hélène se levantan a su vez. ¡Hombres! ¿Lo habrán conseguido Christophe y Matthieu? No, sin duda Joachim ha tenido una de esas alucinaciones que les afectan desde hace algún tiempo. Desconfiada, Jeanne coge el fusil y escudriña el exterior. Esta vez no es un espejismo. Una fila de seis hombres sube en fila india. Marie-Hélène se reúne con ella y se dispone a salir. Jeanne la retiene: —No sabemos quiénes son. Tenemos que ser cautos.

Judith se agarra a Marie-Hélène. David va a ocultarse al fondo de la gruta. Joachim instala la barrera en la entrada. Jeanne mira entre los intersticios a los hombres que siguen los senderos de los niños, se detienen en el árbol cortado y, luego, uno de ellos, que se encuentra junto a las ruinas de la capilla, les grita algo en una lengua que la muchacha identifica enseguida: —Alemanes.

Aprieta el fusil entre sus manos.

—Al primero que se acerque, me lo cargo.

De pronto resuenan unas potentes detonaciones. El hombre que estaba junto a las ruinas gira sobre sí mismo y cae. Algunos gritos salpican el crepitar de las armas. Jeanne ve a los alemanes atrincherados detrás de las rocas, cerca de la gruta, y a otros hombres que llegan por la derecha. Silban las balas. El pánico se apodera de ella.

—¡Hay que largarse! —chilla—. ¡Nos tomarán como rehenes!

Le responden unos gritos. David gimotea, con la cabeza oculta entre sus brazos; Judith implora a Marie-Hélène que no la abandone. Joachim se esconde detrás de Jeanne, que sigue empuñando el fusil.

—¡Vamos, hay que largarse!

Inconscientes del peligro, salen aullando y se lanzan por la pendiente entre los beligerantes. Las balas silban a su alrededor. Marie-Hélène tira de la mano de Judith, que no tiene ya fuerzas para correr. Jeanne arroja el arma, que le molesta, y se deja llevar por la pendiente.

Para protegerles, los maquis salen al descubierto y corren hacia los niños, mientras otros disparan profusamente para cubrirlos.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí? —brama uno de ellos.

Los niños no oyen nada. Chasquean los disparos. Un alemán, alcanzado, cae gritando. Los demás comprenden que les ataca por la espalda un tirador aislado que ha conseguido colocarse detrás del hangar. El desorden es total en aquel lugar habitualmente consagrado al silencio de las piedras.

—¡He olvidado el violín!

Joachim se detiene y vacila. Luego da media vuelta y pasa junto a los tiradores tendidos en la nieve.

—¿Pero qué estás haciendo?

—¡Mi violín!

—¡Deja ya ese violín! ¡Van a matarte!

—No. Imposible.

Joachim corre hasta la gruta y sale casi enseguida con el estuche bajo el brazo. Silba una bala, la caja vuela hecha pedazos. El violín, roto, cae a sus

pies. Inconsciente del peligro, Joachim se pone a recoger meticulosamente los esparcidos fragmentos.

—¡Lárgate de una vez! —chilla alguien.

—¡Es todo lo que me queda! —responde el muchacho mientras sigue recogiendo los pedazos de madera barnizada.

Marie-Hélène tropieza y arrastra en su caída a Judith. Dos hombres salen de su refugio de nieve para socorrerlas. David, hecho una bola en la nieve, no se mueve ya. Su hermana lo ve y comienza a gritar. Uno de los hombres recupera al chiquillo paralizado de miedo, pero indemne.

El tirador escondido detrás del hangar sigue acosando a los alemanes, dos de los cuales, heridos de muerte, dejan oír sus estertores en la entrada de la gruta. Los demás comprenden que han perdido la partida y huyen. El tirador sale a la descubierta para perseguirles. Al reconocerle, Jeanne se detiene, ignorando a los maquis que le ordenan tenderse. De pronto, el tirador lanza un grito, suelta su arma y cae de espaldas.

Jeanne corre, indiferente a los tiros que disparan los fugitivos para protegerse.

—¡Detente! —ordena el maquis, que obliga a Joachim a ponerse a cubierto—. ¡Vas a lograr que te maten!

—¡Me importa un bledo!

Sube hasta el muchacho inerte, se arrodilla a su lado. La nieve se tiñe de rojo.

—¡Christophe!

El grito reanima al herido, que abre los ojos y hace una mueca.

—¡Me duele! —murmura.

—¡Tienes que vivir! ¿Me oyes? —grita la muchacha.

Sus ojos se cierran, su pecho se hincha y, luego, se vacía en un estertor.

—¡Christophe! —grita de nuevo Jeanne rompiendo a sollozar.

Se deja caer sobre él estrechando la rubia cabeza contra su pecho.

—¡Te amo! —le susurra.

Los disparos han cesado: de los seis alemanes, dos han muerto, los demás huyen.

Algunos maquis se dirigen hacia Jeanne y Christophe.

—¡Le han matado! —gime Jeanne, que se niega a separarse de Christophe—. ¡Oh, Dios mío!

La muchacha, tan contenida por lo común, llora volviendo un rostro desencajado hacia el joven resistente que toma el pulso al herido.

—No. Está vivo. Le llevaremos a la gruta para cuidarle. Tenemos lo necesario.

—¿Qué ha ocurrido?

Nadie responde a la angustiada pregunta de Marie-Hélène, que acaba de reunírsele. Cuando ha reconocido a Christophe, se ha puesto a temblar lanzando a su alrededor una mirada angustiada.

—¿Y Matthieu?

Nadie le responde.

David y Judith lloran sentados ante la gruta, ajenos al frío. Se preguntan si van a morir de fatiga en el último momento, ahora que el socorro ha llegado por fin. Un soldado echa su chaquetón sobre los hombros de la niña. Otro reúne algunos carbones y enciende el fuego para calentar una lata de judías blancas.

—No hay tiempo —dice el tercero, que llega en tromba—. Hay que partir hacia España. Los alemanes regresarán y no tenemos medios para defendernos.

—¿Y Matthieu? —sigue preguntando Marie-Hélène con voz átona.

—¿Matthieu? —repite el hombre que está limpiando la herida en el hombro de Christophe—. ¿Quién es?

El herido abre penosamente los ojos haciendo una mueca horrible.

—Estaba enfermo. Tenía frío y calor. Temblaba. Llegamos a los picos de loro. Había varios y no sabíamos cuál era el bueno. Una cabra montés perseguida por los lobos nos enseñó el camino, pero Matthieu cayó.

Marie-Hélène lanza un grito.

—Estaba atado, colgaba al extremo de la cuerda, en el vacío —prosigue Christophe—. Y yo nada pude hacer para sacarle de allí, nada. Él no tenía fuerzas bastantes, ni yo tampoco. Entonces... —Prorrumpe en sollozos.

Uno de los hombres se inclina sobre él.

—¡Fuiste muy valiente! ¡Deja ya de torturarte!

De pronto, Marie-Hélène se arroja sobre Christophe y le sacude con fuerza.

—Y tú cortaste la cuerda, ¿no es eso?

—Déjale, está sufriendo mucho —dice el hombre, apartando a Marie-Hélène, que se resiste.

—¡Le conozco! —grita—. Es un cobarde. ¡Cortó la cuerda!

—No, no corté ninguna cuerda. Quise ayudarle a subir, lo juro. Pero no podía. Entonces corrí hacia el valle, tan rápido como pude. Llegué a una carretera y caí. Me recogió una patrulla de maquis. Subimos, pero tardamos

más de dos horas por culpa de la nieve y el viento que se había levantado. Fue demasiado tarde.

Marie-Hélène se derrumba en un rincón. Aterrorizado, David sale de la gruta y ve a Joachim recogiendo los últimos pedazos de su violín.

—Voy a ayudarte —dice el chiquillo agachándose.

—Y luego, uno de los maquis se enteró de que seis SS habían salido para atraparnos —prosigue Christophe—. Al parecer habían recibido una llamada por radio. Hemos podido alcanzarlos, de lo contrario los alemanes os habrían cogido y todo habría acabado.

—Apresurémonos —insiste un soldado, recogiendo las bolsas de los niños—. ¡Tenemos que levantar el campamento mientras podamos!

—Casi he terminado —dice el que se atarea junto a Christophe—. Necesitamos unas parihuelas para llevarle.

—Nos encargamos de eso.

Jeanne no se separa de Christophe, tendido junto al fuego. Su herida, bajo el hombro, sangra en abundancia. Hace una mueca. Ella le toma de la mano y ese contacto basta para darle fuerzas.

—¡Te ha ido por los pelos! —dice el hombre que acaba de extraer la bala—. ¡Podrás ofrecerle un cirio a la Virgen de las Nieves!

Jeanne le acaricia la frente con una mano cuya dulzura le hace un infinito bien.

—No te preocupes, vas a curarte. Ahora sé lo que quiero.

A la muchacha le parece que los maquis y el valor de Christophe la han salvado. Acaba de abrirse una puerta. La prisionera abandona su infierno.

El dolor da a la mirada del joven una inesperada profundidad, como la marca de una madurez conquistada en las nieves del Oustal.

—¡Pobre Matthieu! —murmura.

Calla, con la mirada clavada en la de Jeanne, que se muestra agradable.

—Háblame —le pide—. Quiero oírte. Eso impide que me duela.

—Ya sabes lo de los cuatro maquis que fueron a buscarme a la habitación... Se reían. Uno de ellos se acercó a mí y me miraba de un modo que no me gustaba. Me puso la mano en el pecho y luego en los muslos. En fin, no quiero seguir pensando en eso. —Jeanne se detiene, como vencida por el peso de aquel terrible recuerdo del que quiere librarse confesándosele a Christophe—. ¿Comprendes ahora...?

Sí, Christophe comprende y evalúa el sufrimiento de la muchacha. Contempla el pequeño rostro, terriblemente flaco, de Jeanne.

—¡Encontraremos a esos cabrones!

—No —responde ella—. Hoy es el primer día del mundo.

## ¿Qué fue de ellos?

Fueron acogidos en España. Alejados unos de otros, aprendieron de nuevo a vivir. Al finalizar la guerra, regresaron a sus casas con la familia que les quedaba.

David y Judith tuvieron la alegría de recuperar a su madre. Judith se hizo maestra y en 1959 se casó con Jean Bréhart, docente también. Tuvieron tres hijos y pasan su jubilación en Berry. David se hizo peluquero, en Nevers; se casó en 1960 y su esposa murió dos años más tarde de un cáncer fulminante; ha criado solo a su hija Alexandra.

Joachim entregó los fragmentos de su violín a un *luthier* parisino que reconstruyó el instrumento. Luego se dedicó a la música. Su madre intentó volver a verle. Él se negó, recordando las manos llenas de grasa de aquel que le dio su nombre y que había muerto en la deportación. Comprendió muy pronto que le faltaba talento para hacer una carrera de virtuoso, creó entonces una empresa discográfica en Estados Unidos. Actualmente posee un imperio mediático que incluye radios y una docena de cadenas de televisión. Se ha casado varias veces y le gusta mostrarse en público dando el brazo a jóvenes bellas cuya carrera dirige. Ha cambiado sus gruesas gafas por unas lentillas coloreadas. Su liso pelo del Oustal adoptó, primero, un tupé a lo Elvis, luego se hizo más prudente con un corte que pone de relieve su rostro, que sigue flaco y sorprendentemente joven. Algunos periódicos sensacionalistas afirman que se ha gastado una fortuna en cirugía estética.

Pero no ha olvidado.

Al llegar la Liberación, Marie-Hélène regresó a la región parisina. Puesto que su madre había muerto deportada, la muchacha no quiso permanecer junto a su padre. Volvió a España, donde se casó con Luis Bellamonte, un cultivador de naranjas. Del matrimonio nacieron dos hijas.

Christophe, hospitalizado en Barcelona, se recuperó muy pronto de su herida. Fue acogido por una familia de agricultores de Burgos, con quien no se entendió. Huyó con una sola idea en la cabeza: encontrar a Jeanne y alistarse en la Resistencia.

La muchacha estaba en un orfanato de Pampliega regentado por unas monjas, donde se aburría mortalmente. Christophe consiguió raptarla. Volvieron a cruzar los Pirineos y se pusieron en contacto con los resistentes de Vicdessos.

Jeanne fue detenida en junio de 1944 y enviada a un campo de concentración. Tras la liberación, Christophe, que había hecho una breve estancia en Lyon, donde encontró su imprenta en ruinas, se instaló en Poitiers. Buscó activamente a Jeanne, cuya madre encontró. Removió cielo y tierra, pasó horas y horas en el centro de acogida del Lutétia, en París, hasta obtener la prueba de que la muchacha había salido viva del campo de concentración.

Regresó en 1945. Se casaron el 31 de octubre. Cuatro años más tarde nació una hija que se llamó Séverine, en recuerdo de la pequeña enferma muerta en el Oustal. Juntos montaron una imprenta.

Christophe y Jeanne vendieron su negocio en 2001 para dividir su tiempo entre el Nuevo Mundo y la casa que compraron en la isla de Ré.

Y cada primavera Joachim organiza una gran fiesta. Saliendo de Foix, un helicóptero transporta a los supervivientes de la Casa del Diablo al banquete del recuerdo. Encienden un gran fuego en la gruta, sobre las piedras que guardan las huellas de su antigua estancia. Marie-Hélène pone la marmita desportillada sobre las llamas y comen, como entrante, líquenes cocidos en el agua del manantial. «Porque es importante no olvidar», afirma Joachim.

Luego se dirigen al bosquecillo donde brotan pequeñas flores blancas sobre la nieve helada. El milagro de la primavera. Cuando llegan a Vicdessos, van a recogerse ante las tumbas de Loïc, Jocelyne y Marcello. Muy cerca, se añadieron en 1950 dos tumbas más, de mármol blanco, las de Séverine y Matthieu.

Al terminar, cada uno se va por su lado, con el espíritu lleno de aquella imagen sublime, la nieve florecida en la que nacieron por segunda vez.



GILBERT BORDES (Tulle, Francia, 1948). Escritor francés, es miembro de la llamada Nouvelle Ecole de Brive y ha publicado numerosas novelas en su país, logrando el Premio RTL Grand Public en 1991.

*La hermandad del diablo* fue su primer título publicado en castellano y *Los niños del invierno* supuso su primer gran éxito internacional.